

ELENA GARCÍA

*Absolutamente  
única*

zafiro<sup>♥</sup>

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Cita  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Vanessa es una chica albina que sufre *bullying* en la universidad debido a su trastorno genético. Aunque su mente es brillante, se ha visto obligada a cambiar de centro en varias ocasiones debido al acoso constante que recibe por parte de sus compañeros.

Todo ello, sumado a las acusaciones de su madre y a la desidia en la que vive, la empujan a una espiral de depresión y descontrol sobre su cuerpo.

Tras tomar una dura decisión, convencida de que sus días siempre se verán reducidos a las burlas e insultos de los demás, aparece alguien en su vida que le devuelve la confianza y las ganas de vivir.

ABSOLUTAMENTE ÚNICA



Elena García

zafro 

*A todas aquellas personas que, de alguna manera, se sienten o se han sentido diferentes alguna vez. Recordad siempre que no hay nada malo en ello. Nunca os obliguéis a ser como los demás, porque en ese mismo momento, dejaréis de ser libres...*

Se ríen de mí porque soy diferente. Yo me río de ellos porque son todos iguales.

KURT COBAIN

## Capítulo 1

—¡Cadavérica, ¿dónde estás?!

—Otra vez no, por favor... —me digo mientras sujeto la puerta del baño con fuerza.

—Sabes que no puedes esconderte de nosotras, ¡desteñida!

Tamara y su grupo de amigas vuelven a la carga. Llevan meses haciéndome la vida imposible y, por más que me quejo a Dirección, nadie hace nada. La única respuesta que obtengo es que ignore sus burlas y no les preste atención. ¡Como si eso sirviera de algo!

—¡Dejadme en paz! —grito.

—Lo sabía. Está aquí —oigo murmurar a una de ellas—. Es tan tonta que siempre se esconde en el mismo sitio. Apuesto a que está detrás de esta puerta.

—Un fuerte golpe me sobresalta—. ¿A que sí?

—¿Por qué me hacéis esto? —pregunto impotente.

—¿Veis? —Risas—. Lo que os decía, es tan predecible que apesta.

—No entiendo vuestra actitud. Jamás os he molestado.

—Claro que lo haces —no me deja terminar—. Eres nauseabunda. Tu simple aspecto ya es una molestia visual para todos nosotros. Vuelve a tu planeta, marciana.

—Si tanto os disgusta, mirad para otro lado.

—La única manera de no mirarte es que no vuelvas por aquí. Eres repugnante.

Inspiro profundamente tratando de aguantar mis lágrimas. Cada vez se me hace más difícil soportar esta presión. Allá donde voy, siempre es lo mismo. Hoy es Tamara, pero en los anteriores centros lo fueron Rebeca, Alberto, el

Perillas, La Susa... y una infinidad de personas más de las que ya ni siquiera recuerdo el nombre.

—Vamos a sacar al monstruo de su cueva.

Oigo cómo rasgan lo que parece una hoja de papel y, segundos después, percibo olor a quemado. Mis sospechas se confirman cuando una de ellas empuja un folio en llamas por debajo de la puerta y el baño se llena de humo.

Trato de apagarlo con los pies, pero, antes de conseguirlo, noto un repentino dolor en el brazo. Algo me está quemando. Con rapidez, sacudo lo que me causa el daño. Miro hacia arriba y veo caer varias hojas más, todas en llamas.

—¡Estáis locas! —Una bola de papel roza mi cabello y uno de mis blancos mechones cae al suelo—. ¡¡¡Parad!!! —chillo nerviosa—. ¡¡¡Parad!!! —Toso e intento abrir la puerta, pero ellas me lo impiden.

—¿Ahora sí quieres salir? —Ríen—. Deberías darnos las gracias. Estamos ayudándote con tu asquerosa piel. Seguro que después de esto coge un poco de color y no pareces tan desteñida. —Mientras termina la frase, oigo el timbre y respiro aliviada. Deben irse. Ahora sólo tengo que esperar a que todos entren en clase para volver al aula.

Tres minutos después y cuando todo está tranquilo, salgo del servicio y me dirijo al laboratorio. Hoy tenemos que hacer algunas pruebas allí.

Adoro mi carrera, pero me está costando mucho avanzar, y no porque no me guste estudiar; al contrario, siempre me refugio en los libros. El problema reside en que tengo que estar más centrada en esquivar gomas de borrar y bolas de papel que en las explicaciones de los profesores. Si esta situación ya de por sí es difícil, los minutos de descanso entre clase y clase son aún peores. A veces finjo ir al baño, como he hecho hoy, y no salgo hasta que vuelve a sonar la campana. Hago cualquier cosa con el objetivo de evitar a mis compañeros. Al final todos parecen encontrar un gracioso entretenimiento en humillarme y me han convertido en su diversión.

Mi vida social es muy difícil debido a mi aspecto. Desde que recuerdo,

siempre he tenido serios problemas de aceptación en el colegio y, con los años, lejos de solucionarse, éstos han ido empeorando. He cambiado en varias ocasiones de centro, con la esperanza de hacer amistades y empezar de nuevo, pero todo vuelve a lo mismo a las pocas semanas. Comienza burlándose de mí el gracioso de turno, y a los pocos días le siguen el juego los demás. Por culpa de esta situación, soy incapaz de centrarme y fracaso. Es increíble que ahora esté en una universidad... pues siempre tuve la esperanza de que, al llegar aquí, el abuso acabaría.

Nada más abrir la puerta, oigo las típicas risas y cuchicheos que tanto odio.

—¡Vanessa, mayonesa! —dice alguien, y el profesor, lejos de intervenir, se limita a pedir silencio. Para ellos sólo son bromas.

—¡Vanessa, la obesa! —Todos ríen. Bajo la mirada y camino rápido hasta mi silla. Siempre procuro sentarme en la parte de atrás. He notado que, en ese lugar, me molestan menos.

—Imaginemos un gen letal recesivo  $l$  frente a su alelo normal  $L$ . ¿Recordáis cuál es el genotipo que produce la muerte en esta especie? —Comienza la clase.

Conozco la respuesta, pero siempre tengo que privarme de participar, pues, en el momento en que me oigan, o haga cualquier cosa que les recuerde que estoy aquí, la poca paz que consigo algunas veces durante las explicaciones habrá terminado.

—¿Qué establece la ley de la segregación de los caracteres en la segunda generación filial? Responda, Vanessa.

Al oír mi nombre, me tenso. Sé lo que viene. Todos se giran esperando mi respuesta y, con disimulo, tapo mi cara.

—No se moleste, profesor —dice Tamara entre risas—, seguro que tiene la *mente en blanco*.

Las carcajadas no se hacen esperar.

—Esta ley establece que, durante la formación de los gametos —respondo tratando de ignorarlos—, cada alelo de un par se separa del otro miembro

para determinar la constitución genética del gameto filial.

—¡Eh, Casper! —Marcos me habla aprovechando que el profesor ya no mira. Definitivamente es el peor de todos, a veces incluso creo que no está bien de la cabeza. No entiendo cómo ha podido llegar hasta aquí—. Cuando determinaron tu constitución genética, además de separarse los alelos, se separaron tus padres. —Ríe mientras trato de hacer caso omiso. Cada vez me cuesta más mantener la calma, pero sé que, si replico, será mucho peor—. Tu aspecto espantó a tu familia y por eso nadie quiso hacerse cargo de ti.

Sus palabras me duelen, pero le hago creer que no me afectan. Si nota que me debilito, se ensañará el doble.

Hace meses alguien se enteró de que mi madre me abandonó cuando tenía seis años debido a mi condición y se dedicó a correr la voz por la facultad, dándoles otra razón más para atacarme emocionalmente. Estoy segura de que esa información salió de mi madre adoptiva. Cuando bebe, se le suelta demasiado la lengua, y aunque luego se arrepiente, el mal ya está hecho.

Estoy tan agotada y me siento tan mal que ya no me atrevo ni a defenderme. Incluso los profesores, de vez en cuando, hacen comentarios sobre mi aspecto en medio de clase, sin darse cuenta de que me están perjudicando... Una simple palabra suya es suficiente para que mis compañeros se sientan libres de ofenderme. Están esperando cualquier oportunidad para hacerlo y, si se une quien debería dar ejemplo, ya no hay forma de pararlo.

Me he planteado en diversas ocasiones dejar de estudiar. A veces fantaseo con irme a vivir sola a la montaña, en medio de la naturaleza... donde estaría rodeada exclusivamente de vegetación. Si no fuera por todo lo que he tenido que luchar para llegar hasta aquí y que sólo quedan tres meses para terminar la carrera, estoy convencida de que ya me habría ido.

He llegado a un punto en el que ya no sé quién soy, ni quién quiero ser. No tengo ilusiones. ¿De verdad es esto lo que busco? ¿Merece la pena tanto esfuerzo? Me siento inútil y sin ganas de nada. Me han condicionado tanto la vida que soy incapaz de decidir. A todo le encuentro problemas. Cada vez que

imagino cómo será mi futuro, aparece gente en mi mente riéndose de mí haga lo que haga. Es lo que me han hecho toda mi vida y no conozco otra cosa.

Todas las mañanas, antes de salir de casa, me mentalizo y me engaño a mí misma haciéndome creer que la situación cambiará, y todos los días, al volver, lo hago llorando.

Cuando por fin acaban las clases, espero a que los demás recojan y comiencen a marcharse. Aunque pueda parecer lo contrario por mi demora, lo único que quiero es volver a casa cuanto antes, pero, hasta que no me aseguro de que ha salido el último de mis compañeros, no me muevo de mi sitio. La última vez que salí cuando lo hacían todos, me golpearon con tanta fuerza en la espalda que, para evitar chocar de lleno contra una de las taquillas, acabé con un fuerte esguince en una muñeca. Nunca supe quién lo hizo y, por más que los profesores investigaron, extrañamente nadie había visto nada.



## Capítulo 2

—¡Vane! ¡Aquí! —Miro a ambos lados de la calle al reconocer la voz y finalmente lo veo.

Andy, la única persona a la que puedo considerar mi amigo, está esperándome en el aparcamiento que hay frente a la salida. Lo conocí hace cuatro años en uno de los centros por los que pasé y, desde entonces, se convirtió en un pilar muy importante para mí. Hemos mantenido el contacto y nos vemos siempre que podemos. Es dos años menor que yo, pero nos entendemos tan bien que parecemos almas gemelas.

Andy sufrió algo parecido a lo que yo estoy viviendo, pero su vida cambió cuando decidió hacer lo que verdaderamente quería y no lo que le dictaban sus padres. Descubrió quién era realmente, dejó la carrera que estaba cursando y comenzó a prepararse en arte y diseño. Al poco tiempo, se enamoró de uno de los chicos que estudiaba con él, y su autoestima se vio tan reforzada cuando éste le correspondió que, aunque todavía mucha gente sigue humillándolo por ser gay, prácticamente ha dejado de importarle. Admiro su fortaleza. Ojalá algún día llegue a ser como él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto intrigada.

—He venido a despedirme, reina.

—¿Despedirte? —Arrugo la frente.

—Sí, mañana temprano tengo que volar hacia Londres...

—¿Londres? —pregunto de nuevo. Quiero saber qué se trae entre manos.

—Sí. —Sus ojos brillan—. ¡Una marca de ropa se ha interesado en mis diseños! —No puede contenerse más y choca sus palmas con rapidez.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —Mis ojos se abren desmesuradamente.

—¡Oh, sí, querida! —Bailotea dentro del coche—. Cada día estoy más cerca de alcanzar mi sueño.

—¡¡¡Sí!!! —grito apretando los puños—. ¡¡Lo sabía!! —Andy es realmente bueno en lo que hace. Estaba segura de que tarde o temprano comenzaría a recibir ofertas.

—Sube. —Se inclina sobre el asiento del copiloto y abre la puerta—. Te llevo a casa. Hoy hace demasiado sol y ni siquiera te has puesto la gorra.

Debido a mi trastorno genético, mi piel no me protege de las radiaciones solares y Andy lo sabe. Varias veces, estando con él, he acabado completamente quemada. Mi piel jamás se broncea, sólo se enrojece y, cuando eso ocurre, es mala señal.

—Es culpa tuya —digo mientras me acomodo en el asiento—, me he emocionado al verte. —Saco unas oscuras gafas de mi mochila y me las coloco.

Lo bueno es que mis ojos no son tan sensibles a la luz como suelen serlo en las personas que sufren mi condición y tampoco he tenido problemas oculares, pero el sol, en algunas ocasiones, me molesta en exceso.

—¿Y cómo ha sido que se han puesto en contacto contigo? —indago mientras me abrocho el cinturón. Quiero saber más.

—Publiqué algunos bocetos de mis vestidos en mis redes sociales y alguien se fijó en ellos. Un poco después, cuando accedí a mi correo, vi que tenía un mensaje de un usuario al que no conocía y, al abrirlo, me llevé la gran sorpresa. Intercambiamos teléfonos y finalmente hemos acordado vernos mañana. —Hace una pausa y se queda mirando al vacío. Juraría que aún no se lo cree—. ¡Estoy muy nervioso, Vane! —grita, asustándome, al tiempo que finge tirarse del pelo. Le ha crecido tanto en estas semanas que ya puede enredar sus dedos en él.

—Todo saldrá bien. —Río—. Ya verás... La única vez que recuerdo haberlo visto así fue cuando su chico se le declaró, y me consta que estuvo

varios días sin dormir. Por aquel entonces, mi teléfono echaba humo a cualquier hora.

—Y tú, ¿qué? ¿Cómo ha ido la semana? —Cambia de tema.

—Puff... —Expulso el aire sonoramente.

—Puff, ¿qué? —pregunta sin dejar de mirar la calzada. Ha entendido perfectamente mi respuesta, pero prefiere que le cuente más. Sabe que hablar de ello, en parte, me ayuda a desahogarme.

—Como siempre. Una mierda. —Acaricio la piel de mi brazo para calmarla. Todavía me duele la quemadura que me han hecho con el papel en llamas Tamara y sus amigas—. Lo único que quiero es terminar cuanto antes y esconderme debajo de una piedra.

—Ya falta poco, reina. Sólo unas cuantas semanas más y habrás acabado.

—Es que no lo entiendo, Andy... —Niego con la cabeza—. ¿Cómo personas con veinte años o más pueden tener un comportamiento tan infantil? Cuando éramos críos, aún tenía un pase, pero estamos en la jodida universidad... ¿Qué sacan haciendo tanto daño?

—Oh, cariño... Ese tipo de comportamiento malicioso no tiene edad. Lo puedes encontrar en cualquier parte. Y, en las escuelas, institutos y universidades, al hacerse en grupo, es mucho más duro.

—Pero... ¿en la universidad? —insisto. No me entra en la cabeza.

—En la universidad es más común de lo que crees, sólo que, por vergüenza, los acosados no lo denuncian. Lo que buscan los abusones es ejercer poder sobre los que consideran más vulnerables, sin importar la edad. Y, si lo logran, lo repiten hasta la saciedad. —Aprieta sus labios como si estuviera recordando algo malo—. Les gusta sentirse poderosos delante de los demás, por eso casi siempre lo hacen en pandillas. Conozco a varias personas que están sufriendo este tipo de abuso incluso en el trabajo.

—Pues menuda mierda... —respondo totalmente decepcionada.

—Tienes que encontrar la manera de que no te afecte, Vane. —Me mira durante un segundo—. Sé que es realmente difícil lo que te estoy pidiendo,

pero es importante que, todo lo que te digan, por un oído te entre y por el otro te salga.

—Como si sólo fuera verbal... —suelto entre dientes.

—¿Cómo? —No contesto y continúa—. Cuando termines la carrera, todo será mucho más fácil, más llevadero. Siempre habrá algún gilipollas que le ponga la guinda al pastel, pero ni por asomo será como ahora.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo regresarás a España? —Cambio de tema y sus hombros parecen relajarse. A veces ya no sabe qué más decirme para hacerme sentir mejor.

—Quiero estar de vuelta en tres días. Me gustaría alargar el viaje un poco más para hacer turismo, pero recuerda que viene a la ciudad mi fotógrafo favorito y no me lo perdería por nada. —Sus ojos brillan—. Me ha costado mucho conseguir pases VIP para acudir a su exposición. —Adora a ese hombre. No lo conozco, pero siempre que lo nombra suspira como una púber en el concierto de su ídolo—. Si tan sólo lograra que Jonathan Giovanni fotografiara uno de mis modelos... sería el hombre más feliz de la tierra. Todo mi esfuerzo habría merecido la pena y por fin podría sentirme realizado. —Vuelve a mirarme—. ¡Tengo que hablar con él como sea!

—Qué exagerado... Pareces un fan loco —me carcajeo.

—Es lo que soy. —Ríe conmigo—. Oye, Vane —su expresión cambia a una más seria—, tengo que contarte algo... —Arrugo la frente y lo miro extrañada.

—¿De qué se trata? —inquiero rápidamente.

—Ayer por la tarde encontré a tu mami tirada en el suelo del parque que hay cerca de la cervecería.

—Cuéntame algo que no sepa... —digo con rabia—. Últimamente es lo único que hace. Sale de casa por la mañana y regresa por la noche. Su adicción está cada vez peor, y ya no sé qué más hacer, ni dónde acudir con ella.

—Quizá deberías volver a internarla en uno de esos centros...

—Es inútil, Andy. Se escaparía de nuevo. Mi abuelo y yo hemos hecho de

todo para ayudarla. Hemos tocado a todas las puertas que conocemos, pero el principal problema es que no admite que tiene una adicción y, siempre que tratamos de hablar con ella, a mi abuelo lo echa de casa y a mí me llama desagradecida. Si no quiere dejarlo, de nada sirve que la obliguemos. En cuanto acabe la terapia, volverá a agarrar la botella.

—Ahí tienes razón, pero me da mucha pena verla así.

—Pues imagina a mí. Es un sinvivir continuo. Me acuesto muchas noches de madrugada esperando que vuelva y otras noches salgo a buscarla por temor a que muera de hipotermia o ahogada en su propio vómito. —Inspiro profundamente—. Siempre había sido una mujer que podía con todo, y ahora todo le puede.

—Debió de ser muy duro para ella tener que pasar por aquello.

—No sólo fue duro para ella. —Giro el cuello y miro por la ventana.

—Sí... bueno... —No sabe qué decir.

—Siempre me ha acompañado la sensación de que ella hubiera preferido que...

—Chist... Ni se te ocurra decirlo.

—Es la verdad —protesto.

—No es la verdad. Es lo que tú crees.

—Ojalá me equivoque —insisto.

—Vane —me riñe—, fin de esta conversación, ¿de acuerdo?

—Ok —contesto secamente.

—Ahora volvamos a hablar de Jonathan Giovanni. —Me guiña uno de sus bonitos ojos verdes y el resto del camino se hace más ameno.

Andy no es un hombre excesivamente guapo, pero sí tiene algo que llama la atención y hace que todos lo miren. Siempre bromeamos sobre ello, pero todavía no hemos descubierto qué puede ser. Él lo llama *sex-appeal*; yo, carisma. Es tan vivo, enérgico y eléctrico que va dejando estelas de positivismo allá por donde pasa, y estoy segura de que eso es algo que los demás también perciben.

Nada más llegar, me despido de él y le hago prometerme que me llamará en cuanto pise Londres. Mientras se aleja, meto la llave en la cerradura y cruzo los dedos para no encontrarme nada raro. Últimamente mi madre ha empezado a traer hombres a casa, de los que pasadas unas horas ni se acuerda, y tengo que ser yo quien los invite a marcharse.

—¡Hola, *Copo*! —*Copo* es mi gato y, siempre que me oye, viene a recibirme. Tiene el pelo tan blanco como el mío y por eso decidimos llamarlo así. Mi madre me lo regaló cuando tenía diez años, con la intención de que no me sintiera tan sola, ni tan diferente, y la verdad es que funcionó. Desde que vive conmigo, el momento más feliz del día es entrar por la puerta y encontrármelo—. ¿Cómo está mi niño? —Rasco su suave cabecita y comienza a rozarse con mis piernas, impidiéndome caminar. Tiene tantas ganas de mimos que puedo deducir que lleva varias horas solo—. ¿Dónde está mamá? —le pregunto como si pudiera entenderme y, por supuesto, me ignora. Se dirige elegantemente hacia su plato y espera a que le ponga la comida. Mientras lo hago, ronronea desesperado. Lleno el otro cuenco con agua fresca y me voy a mi habitación.

A medio pasillo me doy cuenta de que hay varias gotas oscuras en el suelo. Me inclino para ver de qué se trata, y mi estómago se encoge cuando descubro que es sangre.

## Capítulo 3

—¡¡Copo!! —lo llamo y no viene—. ¡Copo! —Vuelvo sobre mis pasos y, cuando llego a él, lo levanto en brazos mientras busco por todo su cuerpo alguna herida. Doy gracias al descubrir que no es suya, aunque tiene más sangre en sus rosadas almohadillas. Debe de haberla pisado.

Saco el teléfono de mi mochila y marco el número de mi madre. Quizá le ha pasado algo. Tras varios intentos, no contesta, y comienzo a ponerme nerviosa. Barajo la posibilidad de llamar a la policía y, cuando estoy a punto de hacerlo, la puerta se abre.

—¿Ya has llegado? —dice como si nada mientras suelta sus cosas en el sofá. Rápidamente el olor a alcohol inunda la estancia.

—¿Estás bien? —Busco algún vendaje en su cuerpo.

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunta tambaleándose.

—Hay sangre en el pasillo y no es de *Copo*... —Sin decir nada, camina torpemente hasta donde le indico.

—Mierda —susurra.

—¿De quién es? —Empiezo a preocuparme.

—De... no sé. Quizá me corté preparando la comida.

—¿Qué comida? —Hace más de un año que no guisa.

—O quizá me... O...

—De acuerdo. —Trato de mantener la calma. Por más que le pregunte, está tan borracha que no lo recordará—. Si no te ha pasado nada, mejor. —Tal vez es de alguno de sus amigos. No le encuentro otra explicación.

—Préstame algo de dinero. —Tiende su temblorosa mano hacia mí. Es incapaz de mantenerla quieta. Su equilibrio se ve demasiado afectado.

—No voy a darte dinero. Sabes que lo tengo prohibido. —Mi abuelo adoptivo, sabiendo lo que está pasando, ha estado enviándome dinero con la condición de que sea yo quien lo administre.

—Te lo devolveré. —Vuelve a acercarme su mano—. Sólo quiero comprar un par de cosas.

—Un par de botellas —afirmo sin pensar.

—¡Maldita! —grita—. ¿Así me pagas que te recogiera cuando nadie te quería? —Una conocida y dolorosa punzada se instala en mi pecho. Lleva tiempo verbalmente muy agresiva conmigo. Sé que no siente lo que dice, pero a mí me afecta de igual manera.

—¿Por qué no te acuestas un rato? —Le sujeto un brazo para acompañarla a la cama sin que se caiga, pero ella lo mueve violentamente para soltarse.

—Me acostaré cuando me venga en gana, no cuando tú me lo digas.

Lejos de ir a su dormitorio como esperaba, avanza, trastabillando, en dirección contraria y sale de la casa dejando un fuerte portazo tras de sí. Cierro los ojos al notar que se me humedecen y, como si *Copo* lo supiera, roza su lomo contra mis rodillas para captar mi atención.

—Hola de nuevo, pequeño. —Me inclino para cogerlo en brazos y lo pego a mi cuerpo—. Estoy agotada, *Copito*; sólo vivo para sufrir. —Acaricio su blanca cabeza con mi nariz—. No sé cuánto tiempo más voy a soportar esto. Estoy muy cansada de todo... —Me acomodo en el sofá con él y lloro hasta quedarme dormida.

—¡Joder! Mira lo que tenemos aquí. —La voz ronca de un hombre me despierta.

—¿Qué coño es eso? —dice otro—. Qué asco, tío. ¡Está muerta!

Abro los ojos y lo primero que veo son dos siluetas humanas frente a mí, observándome. Me incorporo rápidamente, asustada, y, antes de ponerme en pie, uno de ellos me sujeta.

—¿Qué eres? —Me mira con atención.

—¡Suéltame! —grito. Están sucios y apestan a cerveza.



—¿Qué cojones te pasa en el cuerpo? —Arruga su cara en una mueca de repulsión.

—¡No te importa! —vuelvo a gritar. Esta vez consigo levantarme y me aparto de ellos.

—Santo Dios, mira sus ojos... —El más alto camina hacia atrás, como si temiera que pudiera hacerle daño.

—¡Aj! Vámonos de aquí. Esta tía me da muy mal rollo.

Sin decir nada más, se marchan.

Miro a mi alrededor sin comprender muy bien qué acaba de pasar y, cuando veo a mi madre de rodillas en el suelo intentando sujetarse con la pared, lo entiendo todo. Seguro que está tan borracha que han tenido que traerla porque no puede caminar sola.

—Deja de mirarme y ayúdame —balbucea.

—¿De verdad te compensa ponerte tan ciega? —Tiro de su mano para levantarla.

—Sí —responde secamente—. Es lo único que frena mi mente.

No puedo evitar sentir una gran lástima por ella y, en cierto modo, algo de culpa. Siempre había sido una mujer ejemplar y llena de vida, pero después de lo que le ocurrió a mi hermano, su único hijo biológico, empezó a beber con la excusa de olvidar y ahora es tan adicta al alcohol que no puede poner un pie en el suelo si no tiene una botella en la mano.

Mientras ayudo a mi madre a meterse en la cama, veo en el reloj de su mesilla que son las dos de la madrugada y me sorprende. Estaba tan cansada que he dormido todo el día.

Cuando estoy a punto de salir de la habitación, me quedo mirando mi reflejo frente al gran espejo de su armario. Llevaba meses sin hacerlo. Siempre trato de evitarlo, porque veo en él lo que otros ven en mí. Odio tanto mi aspecto que entiendo por qué se ríen y no me aceptan. Cabello, cejas y pestañas blancas... Piel totalmente incolora, cinco o seis kilos de más y, para colmo, el color de mis ojos es violeta. Todos se impresionan al verlos y

muchos creen que llevo lentillas. Ojalá fuera verdad y pudiera cambiarlos de tono.

Hace algunos años, mis médicos creyeron que, al carecer de melanina, ese color posiblemente era causado por la mezcla de mis glóbulos rojos con los tonos azules que debían de tener mis iris, pero, después de algunas pruebas, descubrieron que no era así: ese color era anómalo y se debía a un capricho de la genética.

Vuelvo la atención a mi reflejo y observo mi contorno. Mis caderas están algo más anchas, al igual que mis hombros; he ganado peso este último año debido a que apenas salgo de casa.

«Vanessa, la obesa», digo mentalmente, acordándome de la frase que alguien me ha gritado hoy en clase. Estoy convencida de que ellos también lo están viendo. Me pellizco la barriga y noto piel sobrante. Vuelvo a levantar la mirada hacia el espejo y cada vez encuentro más defectos en mi cuerpo. Mis brazos parecen más gruesos, al igual que mis piernas. Sacudo la cabeza y salgo de la estancia bastante afectada. Lo último que quiero es engordar más, ya me cuesta bastante pasar desapercibida así.

Siento hambre al no haber comido nada en todo el día y, después de meditarlo durante unos segundos, camino hacia la nevera. Al no encontrar ni un solo producto bajo en calorías, decido irme a la cama sin ingerir nada. Necesito quitarme de encima este peso extra cuanto antes y para ello debo cuidar lo que como. Mañana, antes de volver a casa, pasaré por el supermercado y compraré verduras y carnes bajas en grasas. Con ese pensamiento me voy a mi habitación y *Copo* me sigue. Subo a la cama y él hace lo mismo.

—Ya tienes sueño, ¿verdad? —Paso los dedos por su cuerpo a modo de caricia y noto que tiene un enredo en el pelo. Trato de quitárselo y, al ver que le hago daño, abro uno de los cajones y saco unas pequeñas tijeras para cortárselo—. Chist, tranquilo —le digo con cariño, pero quiere jugar y no me deja—. ¡Estate quieto, *Copo*! —lo riño, pero no para y sigue moviéndose.

Levanto la tijera para no clavársela justo en el momento en el que salta y me hago un pequeño corte en la mano. «¡Mierda!» La suelto rápidamente y miro mi herida. Duele, pero es soportable. Varias gotas de sangre comienzan a brotar de ella y las observo con atención. Se extienden, se juntan y se hacen una...

Extrañamente me siento bien, es como si mi dolor físico hubiera calmado por unos segundos mi dolor interno, como si parte de mi angustia se fuera con ese espeso líquido rojo. Miro las tijeras, las cojo con cuidado y clavo en mi muñeca una de sus puntas. El dolor no tarda en llegar como una corriente eléctrica hasta mi cabeza, erizando todo mi vello a su paso, y un fuerte suspiro escapa de mi boca.

—¡No! —grito angustiada al darme cuenta de lo que estoy haciendo, y lanzo el objeto punzante contra la pared. No puedo creer lo que acabo de hacer. He visto algunos documentales de chicas que se autolesionan y por nada del mundo quiero ser una de ellas. Seco mi sangre con un pañuelo de papel y, aún nerviosa, me echo sobre el colchón y abrazo a mi gato—. Me estoy volviendo loca, *Copo* —le digo mientras cierro los ojos para forzarme a dormir, pero pasan las horas y soy incapaz de hacerlo, no puedo dejar de pensar en lo que he sentido.

Cansada de estar tumbada, doblo la almohada detrás de mi espalda y me siento sobre la cama. Desbloqueo la pantalla del teléfono y entro en un periódico digital para ojear alguna noticia con la intención de olvidarme de lo ocurrido. Una de ellas llama especialmente mi atención y no puedo evitar pensar en Andy: «Jonathan Giovanni visitará España esta semana»; sonrío y sigo mirando más titulares. Cuando termino, recuerdo que hace algunos días comencé un libro bastante interesante en una aplicación y, tras encontrarlo de nuevo y leer varios capítulos, por fin me relajo y me quedo dormida...

## Capítulo 4

El teléfono comienza a vibrar y sonar; por la melodía, sé que no es la alarma, aunque, por la luz que ya entra a través de la ventana, ésta no debería tardar en oírse. Giro el móvil con la intención de saber quién es, pero acabo de despertarme y la luz me deslumbra tanto que no logro leer el nombre en la pantalla.

—¿Sí? —decido contestar. Es demasiado pronto y quizá sea importante.

—¡Buenos días, cariii! —Es la voz de Andy. No recordaba que me llamaría.

—Hola, ¿cómo estás? —Mi voz suena ronca.

—¿Te he despertado?

—Tranquilo, es mi hora de levantarme. ¿Has llegado ya?

—Sí, hace escasos minutos y... no imaginas la cantidad de chicos guapos que he visto ya por aquí. —Silba.

—Se lo diré a tu novio. —Río.

—No serás capaz. —Ríe conmigo.

—Ponme a prueba... —bromeo—. ¿Qué tal el viaje?

—Genial, la verdad. No me he enterado de nada. Anoche, con los nervios, apenas descansé y he venido todo el vuelo durmiendo.

—¿Y cuándo tienes esa cita tan importante? —pregunto adormilada.

—En una hora y media debo estar en la reunión.

—Entonces no te entretengo más. Llámame cuando acabes, ¿de acuerdo? —  
Quiero saber cómo le ha ido.

—Cuenta con ello, reina.

Nos despedimos y, cuando cuelgo, me quedo mirando al vacío durante unos

segundos con una agradable sensación de felicidad. Me alegro tanto por él que con eso me basta para salir de la cama y enfrentarme a un nuevo día.

La desmotivación con la que me estoy levantando últimamente está empezando a preocuparme. Mi apatía aumenta por momentos y a veces tengo que luchar por desechar de mi mente ideas macabras que no dejan de atormentarme, y lo peor de todo es que me creo capaz de llevarlas a cabo. Si por mí fuera, acabaría con mi sufrimiento de un plumazo, pero mi madre me necesita y no me queda más remedio que continuar por ella. Ojalá pudiera dormir hasta que mi vida acabara. Así, al menos, no experimentaría este dolor que poco a poco me está consumiendo. Odio mi cuerpo, odio el mundo y odio todo lo que soy.

Cuando salgo de la ducha, abro uno de los cajones del baño para sacar mi perfume y encuentro un tubo de rímel. Desde hace años no he vuelto a usar sobre mi piel ningún producto que no sea crema solar. Una vez intenté teñirme el cabello y tuvieron que medicarme. Al parecer soy alérgica a algunos productos químicos.

Abro el pequeño botecito y rozo la piel de mi muñeca con el cepillo impregnado de ese cosmético; al ser ésta la zona más sensible del cuerpo, si se enrojece o pica, sé que no debo usarlo. Es un pequeño truco que me enseñó el dermatólogo. Pasados unos minutos, y viendo que no me hace ninguna reacción, comienzo a aplicarlo sobre mis pestañas. Cuando termino, no veo demasiado cambio, pero al menos ahora algo parece normal en mi cara. Desearía poder hacerlo con todo lo demás.

Voy a la cocina con la intención de comer algo y, tras mucho buscar, encuentro una manzana en la despensa. Llevo demasiadas horas sin tomar nada y me muero de hambre, pero, hasta que no haga la compra, no me queda más remedio que aguantar con ella.

Subo al autobús y, a medida que me acerco a la facultad, es lo de siempre... mis pulsaciones aumentan y tengo que tomar una gran bocanada de

aire antes de entrar. Al hacerlo, todas las miradas se centran en mí. Aguanto la respiración y me preparo para lo que viene.

—¡Eh, anciana!, te has equivocado de lugar, la residencia de mayores está en la calle de más abajo. —Los universitarios que hay en la entrada comienzan a reírse.

—¡Mi bocadillo de queso tiene más color que tú!

Quisiera contestarles, pero no me atrevo. Si lo hago, además de a ellos, tendré que enfrentarme a todos los demás. Suelen aunarse cada vez que lo intento y el acoso se intensifica durante días.

—¡Es igualita a un muñeco de nieve!

Todo parece afectarme hoy mucho más; quizá se deba a que estoy algo nerviosa esperando la llamada de Andy.

—Dejad de meteros con la pobre chica. —Alguien los interrumpe y busco con la mirada a la persona que me defiende—. ¿No veis que se ha puesto... *pálida*? —continúa su frase dejándome en ridículo y los demás se carcajean. He llegado a odiar tanto el sonido de las risas que incluso, cuando las oigo en la calle, me molestan. Siempre pienso que van dirigidas a mí... y la mayoría de las veces acierto.

—¿Buscáis todas estas frases en Internet para soltármelas cuando llego? —No puedo más y exploto, aun sabiendo lo que ocurrirá luego—. Porque dudo mucho que tengáis la capacidad suficiente de improvisar todo esto. ¡Parecéis críos de doce años!

Camino entre la multitud y, cuando apenas he avanzado un metro, tengo que taparme la cabeza para esquivar algunas manos que no paran de golpearme en la nuca. «Hoy no va a afectarme —repito mentalmente mientras siguen burlándose—. No dejaré que me estropeen el día.» Cuando consigo entrar en clase, me doy cuenta de que soy la primera. Al menos, hasta que suene el timbre, podré estar tranquila. Saco mi teléfono para ver si tengo algún mensaje de Andy y, cuando estoy revisándolo, la puerta se abre y oigo pasos acercarse.

—Hola. —Alguien habla cerca de mí. Alzo la mirada y una chica morena

está mirándome.

—Ho... la —respondo, extrañada de que me salude. No la había visto antes.

—Qué gente más estúpida, ¿verdad? —No me fio de ella y, sin contestar, vuelvo la atención a mi teléfono—. Sólo llevo tres días aquí, pero ya he visto cómo te tratan.

—Sí, bueno... —Sigo a lo mío. Seguro que no trae buenas intenciones y está esperando la oportunidad para mofarse de mí como los demás.

—Me llamo Carla y ésa es mi zona. —Señala una mesa. No tengo por costumbre mirar a nadie a la cara y por esa razón no me he dado cuenta de que hay una chica nueva.

—Ah, pues bienvenida entonces. —Sigo esperando algo ofensivo salir de su boca en cualquier momento.

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a mi hermana, ella también es como tú.

—¿Cómo yo? —Si pretendía captar mi atención, acaba de conseguirlo.

—Ajá —asiente—. Vive lejos de aquí, pero hablamos todas las semanas. Ella también ha sufrido mucho.

—Es muy duro... —respondo con sinceridad. Por primera vez siento que alguien podría entenderme.

—Sí, lo es. Dejó de estudiar por eso mismo; no soportaba ir a clase y, desde entonces, apenas sale de casa.

—Es una lástima —me lamento—. No es justo que otros nos traten así.

—No... —Junta los labios en una expresión apenada. De pronto suena la campana y comienzan a entrar los alumnos—. Hablamos después. —Me guiña un ojo y camina hasta su asiento.

Durante la clase soy incapaz de centrarme; es la primera vez en años que una chica se dirige a mí con la única intención de hablar. El teléfono comienza a vibrar en mi bolsillo y me excuso para ir al baño. Sé quién es y no puedo esperar.

—¡Cuéntamelo todo! —digo nada más descolgar. No puedo esconder mi

curiosidad.

—¿Por dónde quieres que empiece? —Su voz no suena como esperaba.

—¿Se han echado atrás? —respondo con otra pregunta.

—No, es sólo que no me han gustado demasiado sus condiciones. Quieren cambiar algunas cosas en mis diseños y siento que perderían mi esencia si lo permito.

—¿Qué harás entonces?

—No lo sé, Vane. Si no acepto, podría perder este tren y quizá no llegue otro...

—No digas eso, tú siempre tendrás trenes a los que subirte. Tus trabajos son increíbles. Si esta marca se ha interesado por ellos, es porque son buenos. No tardará en llegar otra oferta.

—No sé qué hacer. Tengo tres días para darles una respuesta y quiero meditarlo bien, no me gustaría precipitarme.

—Decidas lo que decidas, sé que será lo correcto.

—Gracias, Vane. Tengo que dejarte, que acabo de llegar al hotel.

—Mantenme informada.

—Por supuesto.

Cuelga y me quedo con mal sabor de boca. No parece el mismo que me ha llamado hace un rato.

Durante las siguientes horas, Carla y yo hablamos en los descansos que tenemos entre clase y clase. Aunque al principio me he mostrado un tanto cautelosa, poco a poco he ido abriéndome más. Ella, como la mayoría de los alumnos, que han aprobado a la primera, es casi tres años menor que yo, pero, por su forma de hablar, parece más madura y no tan infantil como los demás. Dice no soportar al grupo que la tiene tomada conmigo, y sólo por eso ya me cae mejor. Es agradable ver que alguien no les sigue la corriente ni se rebaja a ellos sólo para que lo acepten.

—¿Vamos a comer? —pregunta Carla con una gran sonrisa. Sé que se refiere al restaurante de la universidad y no sé cómo decirle que no. Durante



todo el curso ha sido uno de los lugares que más he tratado de evitar. Aunque a veces hace mucho frío, siempre almuerzo en el parque y, si llueve, me refugio en el portal de la biblioteca.

—No sé si es buena idea... —Arrugo el entrecejo.

—Entiendo. —Curva los labios hacia arriba—. Deja que compre un bocadillo y algo para beber y nos vamos al parque.

—Eso me parece mejor. —Sonrío.

La acompaño hasta la misma puerta y espero a que salga. Cuando lo hace, trae varias bolsas. Caminamos hasta uno de los bancos donde no da el sol y nos acomodamos en él. Comienza a sacar con cuidado todo lo que ha comprado y lo pone frente a ella. Yo saco mi manzana y la muerdo.

—¿Empiezas por el postre? —pregunta extrañada.

—Eh... no... —Me rasco la cabeza—. Es que estoy a dieta.

—¿Eso es lo que comes todos los días? —Abre mucho los ojos.

—No, la verdad es que he empezado el régimen hoy... y, al no estar preparada para ello, ha sido lo único adecuado que he encontrado en mi nevera. Mañana ya traeré algo más equilibrado.

—Ah. Me habías asustado —dice con la boca llena. Su bocadillo se ve delicioso y mi estómago protesta. Levanta su refresco y me lo ofrece—. ¿Quieres un sorbo?

—No, no, gracias. Tiene azúcar. —Salivo, pero no me queda más remedio que contenerme si pretendo bajar de peso.

El resto del día, aunque mi estómago ruge constantemente, resulta mucho más agradable de lo que creía. Carla y yo nos despedimos y acordamos vernos al día siguiente. Antes de llegar a casa, paso por el supermercado y compro todo lo que necesito. De regreso, llamo a Andy para contarle mi nueva experiencia y de paso saber cómo está, pero tiene el teléfono apagado. Cinco minutos después, noto vibrar el aparato en mi bolsillo y, convencida de que es él, contesto sin mirar.

—Tengo algo que contarte que quizá te anime un poco —digo emocionada.

—¿Señorita Vanessa? —No es su voz. Aparto el teléfono de mi oído y en la pantalla sólo aparece un número muy largo.

—Sí, soy yo. Dígame.

—La llamo para comunicarle que su madre está detenida en nuestras dependencias.

—¿Qué? —Mi corazón late con fuerza—. ¿Qué ha hecho? ¿De qué se la acusa?

—Robo y resistencia a la autoridad.

—¿Lo está diciendo en serio? —Me pongo la mano libre sobre el pecho. Lo único que quiero es que alguien me diga que todo es una broma.

—Totalmente. Si tiene papel a mano, anote la dirección, por favor.

—Un momento, sí. —Abro rápidamente mi mochila, saco mi libreta y anoto todos los datos que me dicta.

## Capítulo 5

Dejo la compra en casa y me dirijo hasta el lugar donde tienen a mi madre. Tras pasar unas cuantas horas esperando, por fin el abogado con el que he contactado consigue que la dejen libre, aunque tendrá que volver todas las semanas a fichar hasta que se celebre el juicio. Según la denuncia, ha intentado robar varias botellas de un establecimiento y el dependiente la ha retenido. Cuando ha visto llegar a la policía, se ha puesto nerviosa y ha tratado de escapar en varias ocasiones e incluso ha llegado a golpear a los agentes.

Firmo algunos papeles y regresamos a casa en silencio. Lo único bueno es que estamos a diez minutos caminando. Es tan tarde que en la calle sólo se oyen nuestros pasos; apenas hay gente y no se ven coches. Mi madre comienza a hacer ruidos extraños con la boca y la miro de reojo. Parece mucho más inquieta que de costumbre y, además, tiembla.

—¿Tienes frío? —pregunto preocupada.

—No —responde secamente. Noto cómo su respiración se acelera y empieza a tener pequeños espasmos.

—¿Te encuentras bien? —insisto.

—¿Tú qué coño crees? —gruñe—. Estoy hasta los cojones de ti. ¡Todo esto es por tu culpa!

—¿Por mi culpa? —planteo confusa.

—¡Tenías que haberme dado el dinero cuando te lo pedí! —Su cuerpo cada vez tiembla más e intuyo lo que está pasando. Cada vez que se pone así es por el síndrome de abstinencia. Lleva demasiadas horas sin beber.

—¿Para que querías el dinero? ¿Para seguir matándote? —replico con dureza.

—Tú... —me señala—... eres una maldita desagradecida. —Siempre que me dice ese tipo de cosas, me intimida y algo se rompe dentro de mí que me impide enfrentarla. Siento que, a pesar de todo, le debo estar agradecida, pero hoy ha llegado demasiado lejos y me veo en la necesidad de recriminarle.

—Ponte como quieras, pero no pienso colaborar en tu autodestrucción. —Paramos frente a la puerta del portal, meto la llave en la cerradura y la giro—. Fíjate en lo que ha pasado hoy. ¿Qué será lo próximo? —Me aparto para que entre—. Necesitas ayuda urgente.

—Tú... —vuelve a señalarme, esta vez con lágrimas en los ojos—... ¡tú eres la responsable de todas mis desgracias! —Sus palabras duelen—. Mi pobre hijo... —Se cubre el rostro con las manos y llora—. Mi pobre niño. Le quedaba tanto por vivir...

—Mamá —mi corazón se encoge. No soporto verla sufrir así—, tienes que intentar superarlo. —Casi no puedo hablar, debido al gran nudo que se está formando en mi garganta—. No puedes ahogar tus penas en alcohol. Tienes que mentalizarte de una vez de que Daniel ya no volverá para poder pasar página. Sé que es duro, pero ya no se puede hacer nada.

—Era tan pequeño... —Su llanto se hace más intenso—. Mi chiquitín...

Varios recuerdos me vienen a la mente. Aquella desgraciada tarde, mi hermano y yo estábamos fuera jugando con la nieve mientras mi padre adoptivo sacaba el coche del garaje. Era Navidad y mis abuelos nos estaban esperando para que pasáramos unos días con ellos. Al estar la rampa helada, mi padre perdió el control del vehículo y, aunque gritó para que nos apartásemos, cuando quisimos darnos cuenta ya era demasiado tarde y nos arrolló. Todo se volvió negro y, cuando desperté en el hospital dos días después, mi querido hermano Daniel ya no estaba y mi padre se había marchado al no soportar la culpa.

Mi nueva familia se desmoronó en unas pocas horas, y tuve que enfrentar la muerte de mi hermano y un nuevo abandono completamente sola, porque mi madre dejó de ser ella en ese mismo instante.

—Venga, mamá. —Saco un pañuelo de uno de mis bolsillos y se lo entrego—. Vamos a dormir, seguro que cuando te levantes te sentirás mejor. —Pongo una mano sobre su hombro para calmarla y se aparta como si quemara.

—Todavía no entiendo cómo eres capaz de conciliar el sueño. —Me mira con rabia.

—¿Cómo? —Hay algo raro en esa frase.

—¡Debiste salvarlo! —Sus ojos están rojos—. ¡Sólo te salvaste tú y a él lo dejaste morir!

—¿Qué? —Niego con la cabeza, no puedo creer que me esté recriminando eso.

—¡Tenías que haber muerto tú y no él! —grita con todas sus fuerzas, y mi sangre se hiela. Hasta ahora nunca me lo había dicho, pero de alguna manera siempre lo había sabido, aunque me negara a creerlo.

—Mamá... —Mi respiración se vuelve rápida.

—¡No me llames así! —Varios escupitajos de saliva salen de su boca por la rabia con la que habla—. ¡Odio cada vez que lo haces! ¡Me asquea! —Clava sus ojos en los míos—. Te adoptamos sólo para que hicieras compañía a nuestro hijo, porque no podíamos tener más familia. —Sus puños están casi tan apretados como mi mandíbula—. No queríamos que creciera solo y te elegimos porque nos diste pena.

—No... no eres tú quien habla... —Niego con la cabeza.

—Entérate de una vez: entraste en nuestra familia por lástima. —Su barbilla tiembla—. Piénsalo. ¿Quién en su sano juicio adoptaría a una albina, si no es por compasión? —Se marcha, dejándome sola y emocionalmente destrozada.

—No es verdad... No siente lo que ha dicho —me repito, pero no me calma. Ha salido de ella y ni siquiera tengo la excusa de que está ebria para consolarme. Lleva horas sin tomar nada.

Miles de pensamientos invaden mi mente a gran velocidad y todos son horribles. Por más que intento pararlos, soy incapaz. Quiero llorar, pero no

puedo; estoy tan alterada que ni siquiera mis lágrimas me obedecen. Mi mundo se tambalea y empiezo a convencerme de que no formo parte de él. Siento que no merezco vivir. Una de las pocas personas a las que quiero con toda mi alma acaba de aplastarme el corazón.

Corro hasta mi habitación, me echo sobre la cama, me tapo la cara con la almohada y ahogo varios gritos con ella. Necesito exteriorizar mi dolor, tengo que sacarlo de mi cuerpo como sea o me volveré loca.

Casi inconscientemente abro el cajón de la mesilla y saco las tijeras afiladas con las que me corté el día anterior. Pongo sobre mi muñeca una de sus hojas, buscando alivio, y, sin ningún temor, la hundo en mi piel hasta que la sangre comienza a brotar. El dolor físico parece traerme de nuevo al mundo real, pero no es suficiente, necesito más. Con rápidos movimientos, paso la afilada punta por mi carne una y otra vez. A medida que me abro más heridas, empiezo a experimentar un extraño consuelo que me hace sentir bien. Pierdo la cuenta de las veces que repito ese movimiento y, sólo cuando veo mis piernas y la sábana teñidas de rojo, me detengo. Sofocada, cierro los ojos y, con esfuerzo, me obligo a tranquilizarme. Cuando noto que estoy más relajada, los abro lentamente, rezando para que todo haya sido producto de mi imaginación, pero, cuando veo lo que he hecho, me vengo abajo y comienzo a llorar amargamente. No puedo creer que haya llegado a esto.

Examino mi brazo con atención y sufro un fuerte mareo. Varias gotas de sudor corren por mi frente y tengo náuseas. Algunos de mis cortes son tan profundos que puedo ver mis tejidos internos. Todo empeora cuando oigo un maullido y, al levantar la mirada, compruebo que *Copo* está frente a mí, observándome asustado. La sensación de culpa es tal que mi único deseo en ese momento es desaparecer.

—*Copo*, cariño... —Al hablarle, baja de la cama de un salto y sale de la habitación—. *Copo*, ven. —Vuelvo a llamarlo, pero me ignora.

Me levanto como puedo, cubro con un pañuelo mis heridas para que dejen de sangrar y lo sigo. Cuando llego hasta él, estiro un brazo para acariciarlo y

me bufa. Nunca antes lo había hecho, me debe de odiar por lo que ha visto.

Decido dejarlo tranquilo por el momento y voy hasta el cuarto de baño para lavarme. Paso mi antebrazo por el chorro de agua y un dolor punzante me llega hasta el hombro. Es tan fuerte que tengo que mordirme los labios para no gritar. No entiendo por qué, mientras me cortaba, no me dolía de la misma manera.

Desinfecto las heridas y barajo la posibilidad de buscar ayuda médica, pero el simple hecho de tener que dar una explicación a lo que ha pasado me echa para atrás. Lo último que quiero es que me encierren o me tomen por loca.

Saco algunas vendas y enrolló mi muñeca con ellas. Aunque hace calor, todavía puedo llevar manga larga y así evitar que los demás lo vean.

Nada más echarme sobre el colchón, mi mente comienza de nuevo a darle vueltas a todo. La voz de mi madre adoptiva culpándome de la muerte de mi hermano hace eco en mi cabeza y no puedo pensar en otra cosa. Ya no me siento a gusto aquí... no después de lo que me ha confesado. Buscaré un trabajo y me marcharé cuanto antes. Ésta ya no es mi casa.

Dani era sólo unos meses menor que yo. Aún recuerdo la primera vez que lo vi; vino hasta mí y me ofreció su juguete con una amplia sonrisa. Fue el primer niño que me aceptó sin importarle mi aspecto, ya que a todos los demás parecía asustarles. Debo admitir que yo tampoco era demasiado sociable debido a que los primeros años de mi vida los pasé encerrada en una habitación oscura. Mi madre biológica se avergonzaba de mí y apenas me sacaba de casa, hasta que un día se fue... y nunca más regresó. Una vecina, al oír mi llanto, alertó a los de asuntos sociales y no tardaron en venir a rescatarme. Por suerte el único recuerdo que tengo de todo aquello es una habitación en la que apenas entraba luz, y el día que me sacaron de ella. Si no llega a ser por aquella mujer, habría muerto de inanición.

Al pensar en aquello recuerdo que hoy apenas he probado bocado. Una manzana a la hora de la comida ha sido todo lo que le he dado a mi cuerpo.

Me pongo en pie con la intención de ir a la cocina, pero recuerdo que estoy a dieta y, aunque sé que no está bien privarme así de alimento, decido dejarlo para mañana, segura de que dos días sin comer ayudarán a que mi pérdida de peso sea más rápida.

Una hora después todavía no he conseguido conciliar el sueño; desesperada, busco mi canción favorita en el teléfono, conecto los auriculares y subo el sonido al máximo. Necesito dejar de oírme pensar.



## Capítulo 6

Como en la mañana anterior, mi móvil empieza a vibrar y sonar antes de que se dispare la alarma. Estiro un brazo para cogerlo y un fuerte dolor me recuerda lo que pasó hace unas horas.

—Hola, Andy —digo tras descolgar, esta vez sabiendo quién es.

—¡Hola, cariii! —Su humor ha vuelto. Eso sólo puede ser una buena señal.

—Ya estás contándome la buena nueva... —respondo mirando mis vendajes; la sangre se ha filtrado a través de ellos y tendré que cambiármelos antes de ir a clase.

—Cómo me conoces, reina. —Ríe.

—Eres muy transparente. —Finjo reír con él. No quiero que sepa cómo me siento realmente—. Cuéntame.

—Pues verás... —su voz se vuelve más aguda—... anoche, mientras cenaba, recibí una llamada de la misma persona que me había entrevistado y... ¿sabes qué?

—¿Qué?

—¡Aceptan mis diseños originales! ¡No van a retocarlos!

—¿En serio? —Me siento en la cama—. ¡Eso es genial! —Esta vez sí hay sinceridad en mis palabras.

—Oh, sí, querida. ¡Estoy loco de contento!

—No mientas, loco estás siempre. —Levanto una de mis cejas, como si él pudiera verme.

—Qué graciosa, la canita... —Andy es a la única persona a quien le permito bromear acerca de mi aspecto, pues sé que no hay maldad en sus palabras—. Oye... —Hace una pausa y, al ver que no respondo, continúa—.

Finalmente vuelvo hoy a España. Pensaba quedarme un día más por aquí, pero necesito preparar mis dibujos por si quieren más diseños. ¿Paso a recogerte y comemos juntos por ahí?

—No —respondo casi sin pensar. Con lo hábil que es, descubriría que algo me pasa—. Tengo... tengo que estudiar para un examen muy importante... y...

—Ah... de acuerdo. Pero tienes que prometerme que vendrás conmigo a la exposición de Jonathan Giovanni.

—Andy, sabes que no me gustan nada los sitios donde hay mucha gente —me excuso. Desde hace meses estoy empezando a notar que tengo cierta especie de fobia social y que se me hace muy difícil entrar en sitios públicos; comienzo a hiperventilar y tengo la constante e inminente sensación de que podría perder la conciencia en cualquier momento. Hasta ahora, esta sensación sólo la había experimentado en los espacios cerrados.

—¿Vas a dejar que vaya solito? —Finge llorar—. Mi chico, finalmente, no podrá acompañarme.

—No puedo, en serio...

—¿Y si algún desalmado quiere abusar de mí?

—Es más probable que tú abuses de él. —Río.

—Oh, vamos, sabes que no te lo pediría si no fuese importante para mí.

—Andy... De verdad que no me siento con ánimo.

—Por favor —insiste tan lastimosamente que ya no puedo seguir negándome. Tendré que arreglármelas como sea.

—Está bien. Pero sólo si me prometes que no te parará a hablar con todo el mundo, no montarás ningún espectáculo y volveremos pronto.

—Te doy mi palabra —responde entre grititos de emoción—. Sólo con mi amor platónico.

—Sólo con él. ¡Júralo!

—¡Lo juro por el 4G de mi móvil! —Cuelga.

No importa como estén las cosas, Andy siempre consigue sacarme una sonrisa.

Salgo de la cama y, nada más poner los pies en el suelo, la primera imagen que aparece en mi mente es la de mi madre. Como todas las mañanas, miro preocupada en su cuarto. Aun habiéndome dicho todas esas cosas tan horribles, sigo teniendo la necesidad de cuidar de ella. Desgraciadamente, ya sé que a ella no le sucede eso conmigo. Debo de ser idiota. Cuando compruebo que todavía está dormida, me quedo tranquila y me dirijo al baño para arreglarme. Me siento débil y sé que mi cuerpo me está pidiendo nutrientes con urgencia. Al entrar, me detengo frente al espejo y observo mi figura en él. Todavía es pronto, pero quiero ver si ya se nota la pérdida de peso.

Mi cara se ve más hinchada y quiero creer que es por haber llorado; mis ojeras también parecen mucho más marcadas. Bajo la mirada hasta mis hombros y me disgusta notar que están más anchos. A mis caderas les pasa exactamente lo mismo. No entiendo qué está pasando. ¿Cómo puedo haber engordado si no he comido? Juraría que mi pijama me queda más suelto, pero el espejo no miente y me está diciendo otra cosa muy distinta.

Cuando termino de vestirme, voy hasta la cocina y abro la nevera. Elijo, de entre todas las cosas que compré ayer, las que creo más ligeras: un zumo de piña sin azúcar y de nuevo otra manzana. Sé que es escaso, pero de momento tendrá que ser así. Si con poco engordo, no quiero pensar qué pasará si añado más calorías a mi dieta. Debo estar reteniendo líquidos; si no es así, no me lo explico. Cargo mi mochila y me dirijo a la universidad. Sabiendo que estará Carla allí, me siento más animada. Al menos tendré a alguien con quien hablar y olvidarme un poco de todo.

Como imaginaba, Carla está esperándome con una amplia sonrisa en la boca. La sensación de que una chica me acepte en su vida es nueva para mí. Sólo Andy lo hacía cuando estábamos en el mismo centro.

—Hola —la saludo cuando llego hasta ella.

—Hola —responde—. Parece que alguien ha pasado mala noche.

—Sí... bueno —le quito importancia—, estamos muy cerca de acabar y ya

sabes...

—¡Te entiendo tan bien! —Ríe—. ¿Tienes algo que hacer cuando salgamos de clase?

—En teoría, no. ¿Por qué? —pregunto intrigada.

—Por si querías venir a la biblioteca conmigo. Es aburrido estudiar sola. Además, hay un par de cosas que no entiendo y quizá tu podrías ayudarme.

—¡Claro! —No puedo creer que me esté pidiendo ayuda. Es increíble lo bien que siento que otros te vean capaz.

Durante toda la mañana miro el reloj constantemente contando los minutos que faltan para terminar. Me siento como una niña pequeña esperando un bonito regalo. ¿Cómo algo tan simple como ir acompañada a una biblioteca me puede hacer tan feliz? Presiento que estas nuevas experiencias me devolverán la motivación y las ganas de vivir que me faltan.

Cuando por fin llega la hora, caminamos juntas hasta la máquina expendedora y sacamos un par de refrescos por si nos da sed. Suena su teléfono y nos sentamos en uno de los bancos de piedra que hay en el parque mientras atiende la llamada.

—Espérame aquí cinco minutos —dice tras colgar—. Una chica me ha pedido unos apuntes y se los tengo que llevar. ¡No tardo!

—No te preocupes —le digo, pero se aleja tan rápido que dudo que me haya oído.

Mientras espero, una avispa comienza a sobrevolar muy cerca de mí. Tengo miedo de que me ataque y me levanto rápidamente para apartarme de ella. Sacudo mi brazo sano con violencia y, tras resistirse unos segundos, parece que se aleja. Antes de sentarme de nuevo, la sigo con la mirada por si tiene intención de volver y veo a Carla hablando con alguien a varios metros de distancia. Me fijo mejor y mis ojos se abren mucho al descubrir que está con Tamara. Se gira en ese instante y, al ver que estoy mirando en su dirección, se despide de ella y camina deprisa hasta mí.

—Ya estoy aquí —dice algo sofocada.

—¿Eres... amiga de ella? —Hay temor en mi voz y parece notarlo.

—¡No! —Arruga la frente, ofendida—. Es sólo que no quiero problemas. Prefiero ceder y entregarles lo que me piden antes de que me conviertan en su punto de mira. Por nada del mundo quiero que me acosen.

—Ah... entiendo —respondo aliviada. Mi desconfianza hacia las personas es tal que siempre pienso mal.

—¿Vamos? —Señala la puerta de la biblioteca y asiento. Al entrar vemos que todas las mesas están vacías. Hace tan buen día que la gente prefiere estudiar fuera—. Aquí estaremos bien. —Pone las carpetas en el lugar más escondido y lo agradezco mentalmente. Piensa en mi comodidad y eso me hace sentir bien.

Le explico sus dudas y apenas tengo que esforzarme, pues lo capta todo rápidamente.

—Vaya... Ojalá yo aprendiera a la misma velocidad que tú —comento sorprendida. Desconozco sus notas, pero seguro que no son nada malas.

—Tengo facilidad —se encoge de hombros—, pero a veces, si algo no me entra, necesito que alguien me lo explique de otra manera. Me has sido de gran ayuda. —Sonríe.

—Me alegra saberlo. —Le devuelvo la sonrisa. Apenas puedo ocultar mi emoción. Por fin alguien ha valorado mi trabajo y todavía me cuesta creerlo.

—¿Nos tomamos el refresco antes de continuar? Tengo sed —propone mientras guarda algunas libretas que ya no necesita.

—Sí, vamos. Yo también estoy empezando a notar la boca seca. —Salimos a la zona de descanso y aprovechamos para ir al baño. Sujeto su bebida mientras está dentro y le entrego la mía cuando llega mi turno. Reviso mis vendajes y me tranquiliza ver que están limpios. Diez minutos después, damos el último sorbo y volvemos a nuestra mesa.

Mientras hago algunos ejercicios, noto que, por alguna razón que ignoro, me cuesta centrarme. Abro mi mochila para sacar un bolígrafo negro y, cuando

me quiero dar cuenta, llevo rato escribiendo con el rojo. Las cuadrículas de mis hojas parecen moverse solas y no puedo centrar mi letra.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Carla.

—La verdad es que no lo sé. —Mi lengua se enreda y una fuerte luz blanca me ciega—. Creo que... —es lo último que digo antes de que todo me dé vueltas y mi cabeza se llene de niebla.

Noto cómo mi cuerpo se mueve solo y oigo lo que parecen risas. Alguien me deja caer sobre una superficie fría y, cuando intento abrir los ojos, sólo veo destellos. Soy incapaz de enfocar la vista.

—¡Esto va a ser la bomba! —Las risas se vuelven carcajadas.

Quiero preguntar qué está pasando, pero a mi boca le pasa algo y tampoco puedo vocalizar.

—Creo que esta vez hemos llegado demasiado lejos —susurra una voz femenina.

—Si no te gusta, puedes irte... irte... irte... —Un horrible eco se adueña de mis oídos y dejo de entender lo que hablan.

## Capítulo 7

—Disculpa. —Una mano fría toca mi hombro—. Vamos a cerrar ya. —La voz parece estar metida dentro de una botella—. Oye, chica —insiste.

Alguien me está hablando, pero no puedo moverme. ¿Qué me pasa?

Levanto la cabeza con trabajo y en un primer momento no sé dónde estoy. Miro a mi alrededor y veo estanterías llenas de libros. Reconozco el lugar e intento hacer memoria para saber cómo he llegado hasta aquí. Mi cuerpo está dolorido por la postura tan incómoda en la que me encuentro y tengo que hacer un gran esfuerzo para ponerme en pie.

—¿Llevo mucho tiempo aquí? —pregunto extrañada al bibliotecario. Mis extremidades me pesan como si hubiera estado haciendo ejercicio durante horas y trato de disimular. No puedo creer que me haya quedado dormida en un sitio así.

—Toda la tarde.

—¿Toda la tarde? —contesto sorprendida.

—¡Vane! —Andy entra corriendo por la puerta y parece sofocado—. ¡Joder! —grita—. No imaginas lo preocupado que estaba. ¿Por qué coño no me has contestado al teléfono? —Pone las manos en sus muslos y jadea—. ¡Te he llamado como cien veces!

—Pero... —Sigo aturdida y no entiendo nada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al ver confusión en mi cara.

—No estoy segura... —Mi visión va y viene. Empiezo a creer que no ha sido sólo un golpe de sueño—. ¡Carla! —exclamo en alto al acordarme de que vine con ella—. ¿Dónde está? —me dirijo al bibliotecario de nuevo.

—Si te refieres a la chica que llegó contigo, se fue hace rato.

—¿Se fue? —Lo miro totalmente extrañada—. No recuerdo haberme despedido de ella... —murmuro.

—Vane, ¿te ocurre algo? —insiste Andy.

—No lo sé, quizá estoy enfermando... —Me mira con el ceño fruncido—. Tengo un horrible dolor de cabeza y me noto mareada. —Masajeo mis sienes, buscando alivio, mientras pienso en lo raro de la situación—. ¿Puedes llevarme a casa?

—¿Y si nos pasamos mejor por el centro médico para que te hagan un chequeo? No tienes buena cara.

—No, tranquilo. —Termino de recoger mis cosas. No quiero angustiarte más—. Sólo a casa. —Sigue mirándome. No acaba de fiarse—. Creo que sé lo que me ha pasado. Llevo días comiendo fatal y me encuentro muy débil.

—¿Comiendo fatal? ¿Es que no puedo dejarte sola? —me riñe.

—Estoy intentando hacer dieta y creo que se me ha ido de las manos. ¿Cuándo has llegado? —cambio de tema.

—A media mañana... —Me mira—. ¿Por qué coño estás haciendo dieta? Tú no estás gorda. —Señala mi cintura.

—Las tablas de peso dicen lo contrario —le discuto.

—Sabes a lo que me dedico y te puedo asegurar que tú no tienes sobrepeso. —Cruza los brazos a la altura del pecho—. Por cierto —levanta una ceja—, no me cambies de tema. Tendrás que recompensarme por el susto que me has dado.

—Lo siento —digo apenada—. Puse el teléfono en silencio al entrar aquí y... —Me pitan los oídos.

—He pasado horas intentando localizarte. Como no has querido venir a comer conmigo, he venido a recogerte por sorpresa para llevarte a casa, ya que he pensado que después te quedarías en casa estudiando para el examen, y me ha extrañado no verte salir. —Apenas oigo lo que me dice. El pitido en mis oídos aumenta.

—Uff... —Pongo los dedos sobre el tabique de mi nariz e intento mantener



el equilibrio. Un mareo está debilitándome.

—Vane —me sujeta—, estás asustándome. Ven a sentarte. —Me guía hasta una silla—. Voy a llamar a urgencias. No me gusta lo que te está pasando. — Mete la mano en su bolsillo para sacar el teléfono y se lo impido.

—No, no. Ya está. Es pura debilidad —confieso—, llevo días sin probar bocado.

—¿Qué? ¿Dejar de comer durante días es la dieta que estás siguiendo?

—Sí, bueno... pero no todo es eso. Hubiera querido alimentarme bien, pero han surgido algunas cosas que me lo han dificultado todo y no he tenido tiempo para nada.

—Jamás entenderé a las mujeres. —Resopla—. Cuando mejor estáis, peor os veis. —Me repasa con la mirada y se queda con la vista fija en mi brazo—. ¿Y esta venda? —Señala mi muñeca.

—Ahh... —Siento calor en la cara—. Nada. *Copo* me arañó mientras jugábamos. —Fuerzo una sonrisa y bajo mis mangas con disimulo.

—¿Pero si *Copo* es un bendito! —suelta sorprendido—. ¿Qué le has hecho para que te clave las uñas?

—Es un gato... demasiado viejo y se cabrea fácilmente... —Me encojo de hombros. Me duele mentirle, pero no quiero que piense que he perdido la cabeza. Temo que se aparte de mí por ello.

—¡Madre mía!, me voy unos pocos días y, cuando regreso, tu gato se ha convertido en una fiera y tú estás hecha una mierda. No quiero saber qué me hubiera encontrado si llego a irme un mes... —Parece que se ha quedado conforme con mi respuesta y siento alivio.

Varios minutos después, y cuando ya me encuentro más recuperada, caminamos hasta su coche y, durante el trayecto a casa, va contándome todo lo que ha vivido estos días. Se le nota realmente entusiasmado y está deseando empezar a diseñar para la nueva marca de ropa.

—Fin de viaje, señorita —dice cuando aparca, y me bajo—. Recuerda que pasado mañana es la exposición. ¿Tienes ya el vestido preparado?

—Eh... no... —digo para disimular que no me acordaba. Casi lo olvido.

—Confeccioné uno monísimo hace unos meses que seguro que te sienta de lujo. Mañana te lo traigo, por si hay que hacerle algún arreglo. ¡Apenas nos queda tiempo!

—¿Tiene que ser vestido? ¿Por qué no puedo llevar mi ropa habitual? —protesto—. Es sólo una exposición.

—¡Ay, no! —grita espantado—. ¿Cómo dices eso? Vas a ir conmigo, cariño. Tenemos que lucirnos. —Acelera y se marcha sin darme opción a más quejas. Me conoce demasiado bien.

Abro la puerta de casa y *Copo* asoma la cabeza. Lanza algunos maullidos y parece haberme perdonado. Esta mañana todavía estaba algo disgustado conmigo, no se despidió de mí como hace habitualmente.

—Hola, cariño. —Me inclino para acariciarlo y, al hacerlo, mi dolor de cabeza aumenta.

Vuelvo a ponerme en pie y camino hasta la cocina mientras *Copo* me sigue. Saco una de las pastillas que me recetaron hace algunas semanas para las jaquecas y me obligo a tomarla con un tazón de leche desnatada y un puñado de copos de avena sin azúcar. No me gusta tomar medicamentos con el estómago vacío. Minutos después me encuentro mucho mejor.

Me dirijo a mi habitación y saco de la mochila el portátil donde voy preparando el trabajo que debo entregar en dos semanas. Tenía intención de adelantar algo en la biblioteca, pero, después de lo que me ha pasado, ha sido imposible. «Qué vergüenza», me digo mentalmente. Menos mal que Carla eligió el sitio más escondido y no había nadie más allí, aparte del bibliotecario. Quisiera poder llamarla para disculparme por lo ocurrido, pero hace tan poco que nos conocemos que todavía no hemos intercambiado nuestros números de teléfono. Espero no haberla ofendido. Ojalá no crea que me he aburrido con ella. Jamás me había pasado algo así. Estoy segura de que este agotamiento y esta debilidad se deben a mi mala alimentación.

—Qué raro... —exclamo al abrir el archivo—, hay varias palabras que no

recuerdo haber tecleado.

Siendo la genética el estudio de la herencia el proceso en el cual el padre transmite

De pronto, una imagen acude a mi mente y el dolor de cabeza amenaza con volver. Algo me ha pasado en la biblioteca... Recuerdo que las letras de mi ordenador han comenzado a moverse solas y se han vuelto borrosas. ¿Me habré desmayado?

Me echo sobre la cama, pensativa, y *Copo*, como cada noche, se tumba a mi lado. Me fijo en las pequeñas almohadillas de sus pies y parece que ha pisado sangre de nuevo con ellas.

—¿*Copo*?

Lo miro por todas partes y no veo ninguna herida. Al contrario, ronronea mientras paso los dedos por su piel y eso me tranquiliza. Como no me he quedado tranquila, voy hasta la habitación de mi madre y compruebo que está dormida. Quizá es algún tipo de salsa y me estoy asustando por nada.

Me siento tan cansada que, al regresar a mi cuarto, no tardo en cerrar los ojos y quedarme frita.

A la mañana siguiente me despierto antes de que suene la alarma y, en el pasillo, me cruzo con mi madre. Me ignora y mi estómago se hace un nudo. Desde nuestra conversación, me siento muy incómoda a su lado. Hay momentos en los que quiero creer que todo lo que me dijo fue parte de su enfado, pero no es así. Ni siquiera me mira a los ojos. Aunque me parta el corazón, debo aceptar que es eso lo que siente.

Hoy mismo hablaré con mi abuelo y le explicaré la situación. Empezaré a buscar trabajo para marcharme de aquí y alguien tendrá que hacerse cargo de ella. Espero que mi marcha la ayude. Al menos así ya no tendrá que verme más si tanto me detesta. Todo lo que me unía a ella se rompió en el momento en el que admitió que hubiera preferido que muriera yo. Y todavía es peor saber que me culpa de ello.

Al llegar a la universidad, veo a un gran grupo de personas observando

algo en la pared. A medida que avanzo, me voy encontrando más grupos parados delante de lo que parecen carteles. Ríen a carcajadas y bromean entre ellos. Me pica la curiosidad y quiero saber qué están viendo, pero evito acercarme. En cuanto lo haga, perderán el interés en los carteles y se centrarán en mí.

Busco con la mirada a Carla. Antes de que empiecen las clases quiero asegurarme de que no está enfadada conmigo. Cuando por fin la encuentro, veo que está con Tamara y sus amigas. Quiero creer que están hablando de los apuntes que le prestó ayer. Me extraña la confianza con la que se tratan, pero, aun así, me voy al aula con la intención de esperarla.

—Eh, grano de pus —Marcos se mete conmigo—, ¡qué bien lo pasaste ayer! —Ríe y no entiendo a qué se refiere.

—Vaya, vaya... Mira quién está aquí —dice su amigo Luis—. Tienes una ropa interior muy sexy.

Me miro rápidamente, buscando algún botón abierto en mi camisa o pantalón, pero todo parece estar en orden. ¿Por qué dicen eso?

Camino por el pasillo y siento todas las miradas puestas en mí, más incluso que otros días. Ríen, me señalan y cuchichean. ¿Qué está pasando?

## Capítulo 8

—¡Engendro! —Evito mirar. Sé que es a mí—. ¿Te bañas en horchata? —  
Ríen.

—¡No! ¡En cloro! —suelta otro, y comienzan las carcajadas. Empiezo a notar que estoy llegando a mi límite y decido salir de allí. Camino rápido en dirección contraria y, antes de alcanzar la salida, Tamara me corta el paso.

—¿A dónde crees que vas? —Cruza los brazos sobre el pecho y ladea una sonrisa irónica.

Hoy todo se está volviendo mucho más difícil.

—Aparta —digo con odio.

No puedo más. Necesito irme cuanto antes o sufriré una crisis de ansiedad. Estoy demasiado alterada.

—Oh, vamos... No puedes irte todavía. —Levanta una ceja—. No has visto la bonita sorpresa que Carla te ha preparado.

—¿Carla? —pregunto extrañada. ¿Por qué la nombra? ¿Qué ha hecho?

—Ven, querida. —Hace un gesto para que se acerque y ésta obedece. Busco en su mirada saber qué está pasando y me asusto al percibir que evita el contacto visual conmigo.

—Carla, ¿de qué está hablando? —me dirijo a ella angustiada.

—¡Vamos! —Tamara la anima—. Cuéntaselo. —Al ver que Carla está inmóvil y no despega sus labios, camina hasta una de las paredes y arranca lo que parece un cartel—. Sin duda —dice mientras lo observa—, esta imagen ha pulverizado mis retinas. Tendré pesadillas a partir de ahora. —Lo enrolla y viene de nuevo hasta mí—. Toma, querida. —Extiende su mano y me ofrece el folio.

Con un rápido movimiento se lo arrebato y lo desenrollo lentamente por miedo a lo que me pueda encontrar. Lo primero que veo es mi cara, y abro mucho los ojos, con sorpresa. ¿De dónde ha salido esto? Parezco dormida y tengo un plátano en la boca. Hay un gran silencio y los miro a todos desconcertada. Vuelvo la atención al papel y mi sangre se hiela al ver la imagen completa. Estoy en ropa interior y con las piernas abiertas sobre una de las mesas de la biblioteca. Varios recuerdos vienen a mi mente y sólo necesito unos segundos para hilarlos.

—¡No! —grito al borde de la histeria—. ¡¡¡Nooo!!! —Carla baja la mirada—. ¿Por qué? —le pregunto con rabia y los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué tanta maldad? ¿También le haces esto a tu hermana? —vuelvo a gritarle. Estoy tan dolida que podría golpearla.

—¿Hermana? —Tamara ríe a carcajadas—. ¿Le has dicho que tienes una hermana? —Me siento morir al comprender hasta dónde ha llegado su mentira. Me engañó en todo. Estoy segura de que no tiene ninguna hermana con mi misma condición, sólo lo dijo para ganarse mi confianza—. ¡Qué buena estrategia! Oh, Dios, Carla... —Sigue riendo y echa el brazo sobre el hombro de su nueva amiga—. Prueba superadísima, querida. Bienvenida al grupo.

Mi corazón se hace pedazos y me siento tan ridícula, vacía y triste que lo único que quiero es desintegrarme. El timbre suena entre sus risas y entran en clase. Algunos de ellos me empujan al pasar, pero estoy tan paralizada que no siento nada.

Poco a poco el pasillo se queda desierto y, cuando por fin recobro mis sentidos, camino hasta la salida. Nada más pisar la calle, una gran furia se apodera de mí y comienzo a correr sin control. No sé a dónde voy, pero tengo claro que quiero alejarme de allí y dejar atrás mi dolor.

Los segundos pasan y mis pulmones arden, pero no me detengo. Necesito sentir algo que no sea esta horrible sensación de vergüenza y humillación. Mis zancadas cada vez son más largas y rápidas. Debido a ello, tropiezo en un par de ocasiones, pero consigo mantener el equilibrio y continuar. Lloro y grito al

mismo tiempo mientras oigo mi respiración ahogada en los oídos. Podría perder la razón en cualquier momento.

Varias imágenes vienen a mi mente como si fueran una película. Mis padres biológicos encerrándome en el sótano mientras les suplicaba que no me dejaran sola; mi hermano segundos antes de morir atropellado... y mi padre adoptivo abandonándonos; mis compañeros de clase insultándome y acosándome; mi madre tirada en el suelo, totalmente borracha; mi espantoso reflejo en el espejo; cortes en mi brazo; una voz diciéndome una y otra vez: «Tenías que haber muerto tú y no él»...

—¡¡¡¡Nooo!!!! —lanzo un grito desgarrador mientras me tapo los oídos. Necesito sacar toda esta angustia de mi interior.

Llego hasta un edificio en ruinas y entro buscando refugio. Quiero esconderme de todas las miradas y llorar donde nadie pueda verme. Pongo las manos sobre mis muslos y jadeo con fuerza. Mi desesperación es tan fuerte que no creo poder soportarlo.

—¡¡¡¡Nooo!!!!

Cojo entre mis manos un ladrillo y lo estampo contra la pared. Agarro otro y hago lo mismo, pero esta vez contra una ventana. El cristal se hace añicos y un trozo de vidrio cae cerca de mis pies. Sin pensarlo demasiado, me inclino hasta él y lo sostengo entre mis temblorosos dedos. Lo miro fijamente durante unos segundos y, buscando alivio a cualquier precio, coloco la parte más afilada sobre mi brazo sano. Rasgo mi piel sin pensar y cierro ambos ojos, esperando que el dolor haga perder fuerza a mis pensamientos. Lo repito una y otra vez, con la única esperanza de que el dolor emocional desaparezca y deje paso al físico, pero no funciona. Estoy tan destrozada por dentro que mi cuerpo no responde a ningún estímulo.

Noto el calor de mi sangre correr por mis manos y, al ser consciente de lo que he hecho de nuevo, todas las imágenes vuelven y esta vez más nítidas. Miro a mi alrededor y diviso una gran escalera de caracol. Subo los escalones de dos en dos hasta llegar al primer piso y continúo hasta el segundo. Las

lágrimas apenas me dejan ver dónde piso. Llego al tercero y, aunque me falta el aire, me obligo a continuar. En el cuarto ya no hay barandilla y al quinto le faltan escalones, pero no me detengo. El miedo ha desaparecido completamente de mi cuerpo. Cuando parece que he llegado al final, me doy cuenta de que estoy en una especie de ático y me dejo caer de rodillas en el suelo para tomar aliento.

Lloro amargamente y, como si el cielo supiera por lo que estoy pasando, lanza un trueno y comienza a llover con fuerza. Las gotas de agua golpean mi cuerpo y se escurren por mis brazos, lavando mis heridas. Mi sangre se mezcla con la arena suelta del suelo, dejando una mancha bajo la palma de mi mano, y me fijo en mis cortes. Son incluso más profundos que la vez anterior.

Inspiro profundamente hasta llenar mis pulmones con el fresco olor a tierra mojada y me obligo a calmarme. El aire sopla con fuerza y mueve mi cabello como si estuviera masajeándolo. No hace frío ni tampoco calor, la temperatura es bastante agradable. Camino como si no sintiera el suelo bajo mis pies y llego hasta el final de la azotea. Observo las vistas y realmente son increíbles. Se puede ver toda la ciudad. Desde esta altura los coches parecen de juguete y las personas, hormigas. Extrañamente no siento vértigo y disfruto de lo que veo.

Otro fuerte trueno me sobresalta y dirijo mi atención al cielo. Está cada vez más oscuro. Un pájaro llega aleteando y se refugia en una especie de portal que todavía queda en pie; lo miro y, cuando se percata de mi presencia, levanta el vuelo y se marcha. Prefiere mojarse y ponerse en peligro antes que quedarse conmigo. Pienso entonces en todos los desprecios que he vivido desde que tengo uso de razón y me doy cuenta de lo infeliz que soy. Por el simple hecho de ser diferente, no me aceptan. He luchado toda mi vida por encajar y nunca lo he logrado.

Doy un paso al frente y me quedo muy cerca del borde. Comienza a llover de nuevo y el pájaro regresa a mi mente. Me encantaría tener alas como él para poder huir de todos cuando me sintiera amenazada. Volaría tan alto que



nadie podría verme... Junto los pies y las punteras de mis zapatos quedan suspendidas en el aire. Miro hacia atrás por un segundo y analizo la situación.

Bajar de nuevo por esa escalera implica sufrimiento..., significa seguir viviendo la misma tortura. Desde el momento en el que abra los ojos por la mañana hasta el instante en el que los cierre por la noche, todo se resumirá en desprecio social. Mi corazón late con fuerza. No tengo futuro y no me veo capaz de terminar mis estudios ni aun estando tan cerca de hacerlo. No podré encontrar un empleo, porque para todo piden titulaciones. Y si por casualidad lo consiguiera, mis compañeros se burlarían de mí como lo hacen los de la universidad...

Todos esos pensamientos provocan que cada vez me altere más. Ni siquiera me he atrevido a sacarme el carnet de conducir porque supone ir a clases, y clases, para mí, son sinónimo de mofa y calvario. Miro al vacío. Si tan sólo tuviera el valor de saltar... toda esta mierda habría acabado en menos de un segundo y no sufriría más. Un escalofrío recorre mi columna vertebral y comienzo a creer que sería capaz de hacerlo.

—Vamos —digo en alto y mis piernas tiemblan—. Sólo será un instante —me animo.

Cierro los ojos y estiro los brazos en cruz. Puedo notar la sangre bombear con fuerza en mis sienes y estoy muy nerviosa. «¡¡Salta, salta, salta!!» Imagino a todos los que me acosan coreando esa palabra para que lo haga. «¡¡Salta, salta, salta!!» Puedo ver en mi mente a mi madre entre ellos. «¡¡Salta, salta, salta!!» Tamara, Carla, Marcos... Todos están en mi cabeza, pidiéndome que lo haga. Mi inclino hacia delante y mi respiración se acelera tanto que siento que me ahogo.

—Lo siento, Andy —susurro. Sé que algún día lo entenderá. Aprieto los dientes y me dejo caer.

## Capítulo 9

Cuando espero sentir la ingravidez, algo agarra mis ropas y tira de mí con tanta fuerza hacia atrás que caigo en sentido contrario sobre una superficie blanda.

—*Cazzo, sei pazza?* —Alguien habla cerca de mi oído y se mueve debajo de mí. Intento ponerme en pie rápidamente, pero lo impide—. *No, ragazza, non te lo permetterò.*

—¿Qué? —No sé qué ha pasado y no entiendo lo que dice—. ¿Sigo viva? —pregunto totalmente confusa—. ¿Quién eres? —No reconozco su voz. Miro a mi alrededor y veo que continúo en la azotea.

—¿Has perdido la cabeza? —dice ahora en español, aunque es fácil deducir por su acento que es italiano.

Forcejeo para levantarme, pero sus brazos me tienen rodeada de tal manera que no puedo moverme.

—¡Suéltame! —Muestro resistencia. Necesito terminar lo que he empezado.

—No voy a permitir que saltes —afirma desde atrás, cerrándome más en su agarre. Parece saber mis intenciones.

—¡Déjame! —Mi voz se quiebra y la impotencia cada vez es mayor.

—Chist... *Calmati...* —Su tono cambia a uno más suave—. Sea lo que sea, pasará. Sólo necesitas ver un poco de luz...

—¿Qué luz ni qué mierda? —le espeto con rabia—. ¡Quiero morir! Soy un monstruo —sollozo—. No quiero seguir sufriendo... Por favor, suéltame. Este mundo no es para mí.

—No digas eso; el mundo es muy grande y todos tenemos nuestro sitio en

él. —Percibo el calor de su aliento en mi cuello.

—¡Yo no! —Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza—. Yo no... —Lloro desconsoladamente y pasamos varios minutos así. No se aparta de mí y tampoco habla. Sólo se mece y me rodea con sus brazos hasta que, poco a poco, mi crisis va pasando.

—¿Qué te ha llevado a hacer algo así? —pregunta cuando parezco más tranquila.

—Déjame, por favor —insisto. No quiero hablar.

—Ey, ¿qué es esto? —Levanta mi mano—. *Santa Madonna!* ¡Estás sangrando! —Me inmoviliza con un solo brazo para que no me mueva y, aunque no puedo verlo, noto que busca algo en su bolsillo. Su brazo regresa a mi vista segundos después, con lo que parece un pañuelo y, agarrándolo de uno de los extremos, lo sacude para extenderlo—. Esto no se ha hecho solo, ¿verdad? —inquire mientras envuelve como puede mi muñeca—. No sé qué te ha pasado, pero tiene que haber sido muy malo... —Miro al vacío pensativa, recordándolo—. ¿Cómo te llamas? —No contesto—. Humm, déjame adivinar... —dice al captar mi silencio—. ¿Susana? —lo ignoro—, ¿Nerea? —continúa—, ¿Raquel? —Hace una pausa y empiezo a agobiarme—. ¿Julia?, ¿Daniela?, ¿Carmen?, ¿María? —Niego. Presiento que no lo dejará hasta que se lo diga.

—Vanessa. —Siempre que digo mi nombre en alto, me siento extraña, y esta vez no es diferente.

—Ah. Me gusta. Estaba a punto —contesta divertido—. Lo tenía en la punta de la lengua. Ahora vamos con tu edad. Dieciséis, diecisiete... dieciocho, diecinueve... —Hace otra pausa—. ¿Me tendrás diciendo números hasta que acierte?

—Veinticuatro —respondo cansada.

—No ha sido tan difícil, ¿cierto? —Asiento. Habla demasiado y me encuentro tan mal que lo que menos me apetece es mantener una conversación—. Bien, Vanessa, ahora que parece que estás un poco más sosegada, vamos a

levantarnos de aquí y buscaremos ayuda, ¿de acuerdo? Tengo el culo empapado, por no decir otra cosa. —Miro al suelo y veo que estamos sentados en medio de un charco.

—Yo no necesito ayuda... —Debo evitar que vean lo que yo misma me he hecho. No quiero que me encierren en una habitación o me aten a una cama.

—Bueno, primero vamos a bajar de aquí y, una vez en tierra firme, veremos qué hacer.

Se mueve y sale de debajo de mí mientras que, sin soltarme, tira de mi ropa para que me levante con él. No se fía.

Cuando se coloca delante, instintivamente bajo la mirada. No quiero que me vea. Estoy demasiado avergonzada. No sé qué estará pensando de mí y quiero evitar que descubra mis rasgos. Se asustaría al instante y me sentiría aún peor.

—Oye... ¿por qué no nos olvidamos de esto y...? —Quiero que se vaya.

—¡Ey! —dice sorprendido y me agarra de la barbilla para levantar mi cara —. Eres albina.

—¡Déjame! —Sacudo la cabeza para soltarme y la bajo de nuevo. Quiero ocultarme de su mirada.

—*Sei come un angelo del Paradiso.*

Usa expresiones italianas y me cuesta entenderlo.

—Mira, dejemos esto aquí... —Lo miro un segundo, consciente de que ha descubierto lo que quería ocultarle. Es mucho más joven de lo que creía. Tiene los laterales del cabello rapados, el pelo entre rubio y anaranjado y es bastante alto—. Hagamos como que no ha pasado nada, ¿de acuerdo?

Hago el amago de marcharme, pero no me deja.

—No, espera... No puedes irte así. —Clava sus ojos en los míos y hace un gesto de sorpresa. Estoy segura de que acaba de descubrir cuál es el color de mis iris. Un trueno nos sobresalta y desvía la atención al cielo—. Vayamos a tomar un café caliente y a ponernos a cubierto. Está a punto de caer otro chaparrón y ya nos hemos mojado bastante.

—Te lo agradezco, pero... —Me noto más tranquila y el impulso de saltar ha desaparecido. Su acento me relaja.

—Mierda —dice mirando fijamente al suelo y se separa de mí, dejándome libre. Se inclina y recoge una cámara de fotos bastante grande—. ¡Qué putada! El objetivo se ha roto. —Lo desenrosca, lo observa durante unos segundos y lo guarda en una especie de bolsa que lleva colgada y que hasta ahora no había visto—. Espero que puedan repararlo...

—Lo siento —digo apenada. Sé que ha sido por mi culpa.

—No te preocupes. —Me mira de nuevo y sonrío sin enseñar los dientes. Saca algo parecido a lo que ha guardado, pero más pequeño, y lo enrosca—. Éste también servirá. Sólo necesito un par de disparos más y habré terminado —presiona varios botones para ajustarlo—, pero hasta que no pase la nube no podré hacerlos. —Mira al horizonte—. Tendré que subir después.

—¿Qué se puede fotografiar en este lugar? —planteo intrigada, y me arrepiento un instante después. No quiero que piense que soy una cotilla.

—Las vistas —señala al frente—, desde aquí, son realmente increíbles. Y este edificio en ruinas tiene unos planos fantásticos. —Peina hacia atrás varios mechones de su largo flequillo—. Sería un gran decorado para un *book* de fotos. —Me habla como si me conociera de toda la vida.

Varias gotas comienzan a caer y hace un gesto para que lo siga. Cubre la cámara con su chaqueta de cuero negra y no me quita ojo en ningún momento. Entramos en la zona techada, y la lluvia cada vez suena más fuerte. Al llegar a la escalera, recuerdo lo ocurrido y me detengo.

«Si bajo, todo volverá a ser lo mismo», me digo mientras observo el profundo hueco que llega hasta abajo.

—Vamos —dice al notarme pensativa, pero continuo inmóvil. Miles de cosas comienzan a proyectarse en mi cabeza. Segundos después, pone su mano en mi hombro y me asusto al no esperar su contacto—. No le des más vueltas, dentro de un rato lo verás todo de manera diferente.

Tira de mí y comienzo a bajar escalones al mismo tiempo que él. No puedo

creer que haya subido antes por aquí, faltan muchos peldaños y los que quedan son bastante peligrosos.

Cuando por fin llegamos abajo, no reconozco la calle. Estaba tan sumergida en mi dolor que no recuerdo haber pasado por aquí. Es como si me hubiera teletransportado.

—Mira. —Señala un edificio donde se ve un gran cartel en el que pone «Cafetería»—. Podemos ir allí mismo.

Antes de que pueda negarme, echa a correr para no mojarse y no me queda más remedio que ir con él. Se gira varias veces para comprobar que lo sigo y, al llegar, abre la puerta y me hace pasar a mí primero.

—Creo que es mejor que vuelva a casa —comento incómoda. No me apetece nada estar ahí.

—Volverás, tranquila. —Alza la cabeza y mira entre la gente—. Allí hay un sitio libre. —Ignora lo que le digo—. Vamos.

Nos acomodamos a una mesa de madera y minutos después el camarero nos sirve lo que le hemos pedimos: él, un *cappuccino* con mucha nata, y yo, un descafeinado. No tengo ganas de nada, pero lo tomo por compromiso.

—Hummm... *delizioso caffè*. Amo este sabor —dice mientras limpia su labio superior con la lengua—. Ahora que ya somos casi amigos, cuéntame qué te ha pasado.

—Es algo personal y la verdad es que no me apetece hablar de ello —me excuso.

—Te hará bien, hazme caso. —Pone su mano sobre la mía y la aparto disimuladamente. No estoy acostumbrada a que nadie me toque—. A veces, hablar de los problemas con un desconocido desahoga más de lo que puedas imaginar.

—Prefiero guardármelos para mí. —Finjo una sonrisa.

—Entonces... tendré que adivinarlo. —Tuerce la boca, simulando pensar mientras se da golpecitos con el dedo índice en la barbilla—. Te cagó una cigüeña en el coche cuando salías de lavarlo.

—No. —Río

—Linda sonrisa —dice al verme, y dejo de hacerlo. Desde siempre me incomodan los halagos—. Veamos... si no es eso, entonces... —levanta una ceja—, tu perro masticó todos tus calcetines derechos.

—Tampoco. —Disimulo una sonrisa para evitar que diga lo mismo de antes.

—Déjame pensar... ¡Ya lo tengo! Tu madre te dijo que eras adoptada. —Me tenso y lo nota—. Oh... oh... Creo que, por hacerme el gracioso, estoy tocando algo que no debo, ¿verdad?

—Es posible.

Aprieto los labios en una línea recta mientras remuevo con la cucharilla lo que queda en la taza.

—Lo siento. No pretendía...

—No te preocupes. Estoy acostumbrada —digo para quitarle importancia—. Conmigo es difícil escoger un tema y que no me afecte... pues en todos he tenido malas experiencias. Familia, amigos, estudios, trabajo... —Trago saliva y continúo. Siento que merece una explicación—. Lo que has presenciado hace un rato ha sido debido a que, básicamente, he tocado fondo. Me es imposible seguir nadando en contra de la corriente y, como era de esperar que hiciera cualquier día de éstos, hoy he explotado. —Me presta tanta atención que decido contarle un poco más. Él tenía razón. Es cierto que me encuentro mejor ahora. Es como si me sintiera más ligera—. Llevo toda mi vida soportando el desprecio de los demás debido a mi trastorno genético y se me ha juntado con otras muchas cosas que voy arrastrando.

—Empiezo a entender...

## Capítulo 10

Cuando miro el reloj, quedo totalmente sorprendida al ver que han pasado más de tres horas desde que llegamos. Me he sentido tan a gusto que el tiempo ha volado. Aunque soy una persona muy reservada, me he dejado llevar y le he resumido toda mi vida a un desconocido. Nunca imaginé que eso me haría tanto bien. Al saber que no tiene nada que ver con mis compañeros de universidad, sé que no se lo contará a nadie que me pueda dañar y eso lo ha hecho todo mucho más fácil. El hecho de no tener conocidos en común me ha dado la confianza que necesitaba.

—Creo que ya es hora de que me vaya —anuncio mientras me levanto. Sé que todavía tiene fotos que hacer y no quiero entretenerlo más.

—¿Tienes prisa? —pregunta apenado.

—Sí... —miento.

—Ups, pues hace un rato no lo parecía. —Sonríe y, al ver que yo no lo hago, continúa—. Soy un acaparador, lo siento. Te he robado toda la mañana. —Se pone en pie conmigo y caminamos hasta la puerta.

—Muchas gracias por todo —me despido. No se hace una idea de cuánto necesitaba esto.

—Gracias a ti, Vanessa, ha sido una charla muy amena. —Al oír mi nombre, recuerdo que no sé el suyo, pero no se lo pregunto. No me parece algo importante, ya que estoy segura de que no nos volveremos a ver.

—Espera —me pide mientras saca algo de su bolsillo—; dame tu número y, si quieres, seguimos en contacto.

—Creo que es mejor así. —Fuerzo una sonrisa—. Después de todo lo que te he contado, prefiero que sigas siendo un desconocido.



—Si es lo que quieres... —Se encoge de hombros—. ¿Al menos me prometes que no volverás a intentar lanzarte de un ático si no estoy cerca?

—Te lo prometo. —Río.

—Ahora hablando en serio... Espero, de verdad, que cumplas. —Pone una mano sobre mi hombro y me mira fijamente a los ojos—. *La vita è bella, ragazza, bellissima*. —Esta vez sí lo entiendo.

—Gracias de nuevo... —Sus ojos marrones son tan intensos que no puedo mantenerle la mirada.

—¿De verdad que no quieres que te ayuden con esos cortes? —Durante toda la charla se ha preocupado por ellos e incluso se ha ofrecido a acompañarme a algún centro hospitalario, pero me he negado. Desde que me colocó su pañuelo, dejaron de sangrar y, en cuanto llegue a casa, los vendaré correctamente.

—Sanarán, no te preocupes. —Ladeo una sonrisa—. Hasta siempre.

—*Arrivederci* —le oigo decir mientras me alejo.

De camino a casa pienso en todo lo que ha pasado y en lo cerca que he estado de perder la vida, y mi vello se eriza. Me he enajenado de tal manera que no era yo. Lo único que mi cerebro buscaba era dejar de sentir esa humillación tan insoportable y he optado por la manera más fácil. Si ese chico no llega a estar ahí, ahora mismo estaría muerta.

Me siento tan avergonzada por lo que me han hecho hoy en la facultad que no podré volver a clase nunca más. El italiano me ha aconsejado denunciar a Carla y a Tamara, y eso es lo que haré. Según me ha explicado, hacer fotos sin el consentimiento de la persona fotografiada puede ser punible por tratarse de un atentado al derecho al honor y a la intimidad, y está penado por la ley. Espero conseguir que algún juez me escuche y que paguen por lo que han hecho. Esto no puede quedar así.

Al llegar veo a uno de los vecinos en el portal, guardando varias botellas vacías en una bolsa.

—Hola —saludo para no parecer maleducada y, antes de subir los

escalones, se dirige a mí.

—Disculpa —me giro hacia él—, ¿tú eres la hija de la...? —Mira una de las botellas.

—Sí, soy yo —contesto con desgana.

—Tengo que hablar contigo, ya que lo he intentado con ella y ha sido inútil. ¿Tienes un momento?

—Eh... sí... —Sé que me hará algún reproche.

—Hoy hemos tenido una junta todos los vecinos con el propietario del inmueble y hemos decidido por unanimidad que no se os renovará el contrato de alquiler.

—¿Qué? —Mis ojos se abren como platos.

Cuando murió mi hermano, aunque teníamos casa propia, nos vinimos a vivir aquí porque mi madre no podía soportar el hecho de que todo le recordara a él. Finalmente acabó vendiéndola y, desde entonces, no nos hemos movido de este lugar.

—Tenéis un mes para buscar otro sitio. Aquí hay niños pequeños y muchos padres temen por ellos. Les da miedo la gente tan... tan rara que trae tu madre.

—Pero...

—Además, lo dejan todo lleno de cristales y cualquiera se puede cortar.

—Llevamos aquí más de...

—Lo siento. —No me deja hablar—. La ley dice que hay que avisar con un mes de antelación y acabo de hacerlo. —Se marcha.

—Lo que faltaba —digo entre dientes mientras subo los escalones.

No sé cómo se lo voy a decir a mi madre si ni siquiera me dirige la palabra. Seguro que las pagaré conmigo, como hace siempre que tiene algún problema.

Al entrar en casa oigo mi teléfono. Lo miro y veo que es un mensaje de Andy.

Cuando salgas de clase, búscame.

Estaré esperándote en el aparcamiento; llevo el

vestido para que te lo pruebes.

—Mierda, lo había olvidado —suelto en alto—. Todo son problemas hoy... —Le escribo de vuelta.

Ya estoy en casa. Hoy he salido antes.

Pulso el botón de enviar.

Responde casi al instante.

¡Uy! Hoy es mi día de suerte, voy para allá.

—¡Joder! —Suelto el teléfono y entro rápidamente en el baño. Abro algunos cajones y saco vendas y gasas. Tengo que cubrirme los brazos antes de que llegue para no levantar sospechas.

Quince minutos después oigo la puerta.

—Hola, cariii —grita entusiasmado al verme, y me da un beso en cada mejilla—. ¿Estás bien? —Me mira fijamente—. Tienes mala cara.

—Sí, sí. Es sólo que estoy cansada —disimulo. No quiero imaginar todo lo que me diría si supiera lo que ha pasado esta mañana.

—Mejor así. Eso durmiendo se arregla. Por cierto... —Abre una gran bolsa negra y despliega una tela azul—. ¡Tachán! Mañana vas a ir monísima.

Es un precioso vestido de gasa. Algo corto para mí, pero me alivia ver que, al menos, tiene las mangas largas.

—Andy... ¿no es demasiado?

Sabe perfectamente que no me gusta nada llamar la atención.

—Es una exposición a la que acudirán grandes celebridades. Hay que ir elegantes, reina.

—Puff... —Me arrepiento de haberle dicho que sí—. ¿Tu novio sigue sin poder acompañarte?

—Aunque pudiera, prefiero que vengas tú. —Da palmaditas—. Vamos, pruébatelo. —Estira sus brazos hacia mí—. Seguro que te queda de escándalo.

Pongo los ojos en blanco, pero entro en mi cuarto y me cambio.

—¿Te vale así? —digo cuando regreso hasta donde está él.

—¡Oh, sí! —chilla con una mano a cada lado de su cara cuando me ve—. ¡¡¡Oh, sí!!! ¡¡Lo sabíaaa!! —Saca una especie de bola con alfileres de la bolsa, se acerca y comienza a ponerlos por las costuras—. Sólo hay que coser aquí... Sacar un centímetro de aquí... ¡¡Listo!! —Se aparta y me observa—. Querida, estás fabulosa... y todavía falta lo mejor. ¡Te vas a morir de gusto! —Trae una caja y, cuando la abre, veo dentro unos espectaculares zapatos rojos. Los deja con cuidado en el suelo y espera a que me los ponga.

—Me caeré, Andy —protesto al sentirme poco segura sobre ellos. Los tacones son demasiado altos y finos para mí—. Además, creo que son un número más grandes del que uso.

—Por eso no hay problema. Colocamos una plantilla y arreglado.

—Perderé el equilibrio y todos se reirán de mí... —insisto.

—No, porque vas a quedártelos y practicarás con ellos durante todo el día. —Levanta una ceja—. No más excusas, nena. Esto está chupado.

—Será para ti —resoplo.

Durante la siguiente hora me ayuda con varios peinados. No imaginaba que Andy tuviera tan buenas manos para la peluquería. Después de probar sobre la piel de mi muñeca que ninguno de los productos me provoca alergia, me pinto las uñas y él prueba algunos tonos de maquillaje y apunta en un papel los que más le gustan. Cuando todo está elegido y preparado, se marcha y vuelvo a quedarme sola.

Levanto la mirada y veo a *Copo*. Ha estado observándonos todo el rato desde la puerta, pero no ha entrado en ningún momento y eso que adora a Andy. Parece triste y me preocupa. Es un gato con muchos años y tengo miedo de que pueda estar enfermando. Me levanto para acariciarlo y se aparta de mí. Se sienta sobre sus patitas traseras y maúlla.

—¿Tienes hambre? —le pregunto mientras camino hacia donde guardo su comida. La muevo para que venga y me extraña ver que no lo hace. Cuando

voy de nuevo hacia él, se levanta y se acerca a comer. No lo hace con la misma ansia de otras veces, pero me tranquiliza comprobar que tiene apetito.

Recojo la casa y preparo una ensalada baja en calorías. Mientras la aliño, siento náuseas y el estómago cerrado. Todavía tengo mal cuerpo por todo lo que he vivido hoy. Como imaginaba, ni siquiera me termino la mitad. Luego me acomodo en el sofá y espero a que venga mi madre.

Las horas pasan y no aparece. Me siento tentada de llamar a mi abuelo en un par de ocasiones para contarle lo del alquiler, pero decido aguardar. Quizá no esté demasiado bebida y me escuche.

Al caer la noche y ver que no ha regresado, decido irme a la cama. Estoy tan agotada que se me cierran los ojos y no quiero dormirme en el salón.

A la mañana siguiente me despierta mi teléfono. Últimamente se está convirtiendo en una costumbre. Es un mensaje.

¡El día ha llegado, linda flor!

Sonríó al verlo y pienso en lo feliz que esto le hace. Por fin conocerá a su ídolo en persona y está muy emocionado. Le contesto.

Sííí.

¿Hoy también saldrás pronto? Quiero ver si los arreglos que le hice al vestido están bien antes de que llegue la hora... por si hay que retocar algo más.

Escribo la primera excusa que me viene a la cabeza. Tarde o temprano tendré que contarle mi decisión. Si se entera por otra boca, se enfadará.

Hoy no he ido a la facultad, me he dormido.

¡Genial! Voy a verte antes de que sea más tarde.

Apoyo mis manos en la cama para levantarme y siento un fuerte dolor en las muñecas. Es horrible la sensación de notar cómo las heridas se abren con los

movimientos. Busco las gasas y arreglo el vendaje para que no me moleste tanto. Me visto y espero a Andy. Debería desayunar algo, pero sigo sin hambre. Si todos los días fueran así, perdería peso rápidamente.

Nada más llegar hace que me lo pruebe todo de nuevo y, cuando por fin le damos el visto bueno, me muestra su traje. Es un elegante esmoquin azul con pajarita roja. Todo muy a juego con mi ropa.

—¡Vane! —Me habla a través de la puerta mientras estoy en el baño comprobando que mis vendas estén en orden—. Voy a encargarme unas pizzas, ¿de qué la quieres? —La verdad es que ya empiezo a notar bastante hambre, pero, cuando pienso en la cantidad de calorías que tiene ese alimento, se me pasa.

—Prefiero algo más ligero —le grito desde dentro—. Una ensalada para mí está bien.

—Oh, vamos... —replica con disgusto—, un día es un día.

—Ensalada para mí —repito, y oigo cómo se aleja.

Finalmente me hace caso y, pasada media hora, el repartidor llama a la puerta y trae lo que le hemos encargado.

—¿En serio que no quieres un trozo? —pregunta extrañado mientras muerde una porción. Lleva varios de mis ingredientes favoritos y se me hace la boca agua.

—Claro que lo quiero —respondo mientras clavo el tenedor de mala gana en las hojas verdes—, pero tengo que cuidarme un poco.

—Venga, boba —pasa el trozo cerca de mi cara—, dale un bocado. No sé de dónde te sacas que estás gorda.

—No, en serio. No me tortures más —río—: Es muy difícil ya de por sí contenerse.

—Vamosss, no seas tonta... —Ríe conmigo. Toca mis labios con la pizza y no puedo resistirme más. Son demasiados días sin comer y el estómago me duele. Hundo mis dientes en la masa y mis glándulas salivares se activan. El rico sabor impregna mi lengua y gimo mientras mastico.

—Está buenísima —afirmo, aún con la boca llena.

—Por eso la he pedido.

Me ofrece una porción completa y la cojo con los dedos. Es tan esponjosa que es imposible resistirse. Engullo tan rápido que hasta Andy se sorprende.

—Menos mal que no querías, bonita —suelta en tono burlón.

—Menos mal —respondo mientras corto otro trozo y me lleno la boca con él.

Cuando terminamos, me noto muy molesta. He comido demasiado y me siento culpable. Llevo varios días privándome de muchas cosas y acabo de estropearlo todo en tan sólo diez minutos. Recojo la mesa con ayuda de Andy y la sensación de culpa aumenta. No paro de pensar en todas esas calorías que he ingerido y en las zonas de mi cuerpo donde se acumularán. Recuerdo mi figura y lo poco que me he ayudado hoy para estilizarla y me enfado conmigo misma. Visualizo en mi mente el contenido de mi estómago y lo único que quiero es vaciarlo cuanto antes para que mi cuerpo deje de absorber lo que hay en él. Si lo saco, no tendré que preocuparme. Me habré saciado comiendo, pero no engordaré.

—¿En qué piensas? —me plantea Andy al percibir que estoy ausente.

—En que tengo que ir al baño —anuncio casi sin pensar mientras me levanto.

Al entrar, bloqueo la puerta y me coloco de rodillas delante del inodoro. Inclino la cabeza y me doy cuenta de que mi cabello podría mancharse. Me lo recojo en una coleta y vuelvo a la misma posición. Durante al menos un minuto, intento provocarme arcadas moviendo la lengua, pero es imposible. Pienso en cosas desagradables y tampoco es suficiente. Recuerdo entonces lo que me ocurre a veces al lavarme los dientes, sobre todo si rozo mi garganta con el cepillo, y con cuidado me meto varios dedos en la boca para alcanzar ese mismo punto. Como imaginaba, al tocar esa parte, la angustia y los espasmos hacen que me vacíe y la sensación de culpa desaparece, haciéndome sentir liberada.

## Capítulo 11

Retiro mis mangas con cuidado de no mojar los vendajes y me lavo. Observo mi rostro en el espejo y veo que mis ojos están rojos debido al esfuerzo. Me mojo la cara y, al secarme, me miro de nuevo. No puedo evitar sentir asco. Odio mi aspecto.

A veces, cuando no me queda más remedio que caminar por la calle para ir a algún lugar, fantaseo con que soy una persona normal. Me ayuda a sentirme mejor mientras no pase cerca de ventanas o escaparates, porque, cuando lo hago, todo vuelve a la realidad. Pierdo esa falsa seguridad, deprimiéndome al instante, y lo único que quiero es esconderme.

—¿Vane? —Andy golpea la puerta—. ¿Todo bien?

—Claro —digo mientras la abro, fingiendo una sonrisa.

—¿Has llorado?

—No, ¿por qué dices eso? —Algo está notando.

—Tus ojos... están vidriosos.

—¡Aaah! No te preocupes. Al lavarme las manos me ha saltado jabón. —

Vuelvo a sonreír para restarle importancia.

—¿Te molesta mucho? Eso escuece una barbaridad.

Se acerca a mí para verme mejor.

—No, tranquilo. Me los he aclarado y ya.

Me aparto con disimulo.

—Entonces será la irritación. —Arruga la frente y me observa, haciéndome sentir incómoda. Temo que descubra algo que no quiero—. Oye, Vane —me tenso—, tengo que irme ya. Estas costuras no se cosen solas y deseo tenerlo todo perfecto para mañana. —Respiro aliviada mientras recoge el vestido, lo



dobra y lo mete en la bolsa—. ¿A qué hora paso a por ti? Empieza a las doce del mediodía, pero quiero estar antes.

—Humm... ¿Sobre las diez te viene bien? Así nos da tiempo de sobra a prepararnos.

—¡Perfecto! A ver si con suerte veo a mi *crush* antes de que todas las pelanduscas de la ciudad se le echen encima. ¡Las muy perras olfatean su dinero a kilómetros!

—¿Y tú? —Río.

—Yo sólo lo olfateo a él, querida. Se pueden quedar con todo lo que tiene, pero a mi Gio que no lo toquen.

—¿Gio? ¿Qué confianzas son ésas? —bromeo—. Si te oyera tu chico...

—Está harto de oírmelo, cari —ríe conmigo—, pero sabe que puede estar tranquilo. Es demasiado heterosexual como para fijarse en alguien como yo. —Finge un puchero—. Debería ponerme yo ese vestido. Quizá, con una peluca rubia, no se daría cuenta...

—Por mí no hay problema.

Me carcajeo imaginando cómo se vería en tacones.

—Tengo demasiado estilo, reina. —Echa una mano hacia atrás y mueve la cadera—. No quiero eclipsar a nadie. —Da una vuelta sobre sí mismo—. Soy *per-fec-to*. —Me lanza un beso—. ¡¡*Per-fec-to!!* —repite remarcando las sílabas—. Me voy, chata. ¡Nos vemos mañana!

—Aquí te espero —digo mientras abre la puerta y se marcha.

Cuando la cierra, me quedo mirando al vacío durante varios segundos. Mi cerebro está agotado y ya no puede con tanta presión. El día ha sido demasiado para mí. Camino hasta el sofá y me siento en él, exhausta. Exhalo sonoramente y cierro los ojos para liberar tensión. Aunque no lo veo, noto cómo *Copo* da un salto y se sube conmigo. Apoya su cabecita en mi pierna buscando mimos y le doy lo que quiere. Su ronroneo me relaja.

—¡Maldita sea! —Un golpe me sobresalta y *Copo* se mueve asustado sobre mí. La luz del pasillo se enciende y algo se cae. Me asomo para ver lo que

sucede y descubro que mi madre está tumbada en el suelo.

—Mamá —digo sin pensar, y corro para ayudarla.

—Tu madre no está aquí —responde con desprecio, y me aparto. No recordaba que me pidió que no volviera a llamarla así—. No me toques. Ni te me acerques. Yo puedo sola. —Se agarra al radiador de la pared y, con esfuerzo, se pone en pie. Camina hasta la habitación y la sigo. Tengo miedo de que, si vuelve a caerse, se golpee la cabeza. Está demasiado bebida. Cuando llega, abre uno de los cajones y saca una foto de mi hermano. La pega a su pecho y llora mientras se mece—. Mi niño... —Levanta la mirada y se da cuenta de que estoy ahí—. Mi único hijo... —Capto al momento lo que pretende y me marcho.

Debería contarle lo del alquiler, pero definitivamente prefiero hablarlo con mi abuelo, y que sea él quien se lo notifique. Después de lo que he estado a punto de hacer hoy, no sé si seré capaz de aguantar más desprecios.

Voy hasta la cocina y, con trabajo, abro un *brik* de zumo sin azúcar. Cada vez que tengo que hacer algún movimiento con las manos, siento tirantez y dolor en mis heridas de ambas muñecas. Lleno un vaso y me voy con él a la habitación. Todavía no me he repuesto del todo y mi estómago aún está irritado. No debí provocarme el vómito. Si ceno ligero, no me sentiré tan culpable como esta tarde y no tendré necesidad de hacerlo otra vez. Es preferible usar la fuerza de voluntad.

Coloco el vaso en la mesilla y me pongo los zapatos rojos. Paseo por la estancia intentando hacer el menor ruido posible y, cuando me siento un poco más segura, los guardo en su caja y me recuesto sobre el colchón. *Copo*, al verme, viene de nuevo y se echa a mi lado. Parece cansado.

Leo varios capítulos de mi historia favorita y, aunque me cuesta apartarme del libro, decido dejarlo para ponerme a dormir. Mañana es el gran día de Andy y no quiero tener peor cara aún. Todavía no entiendo cómo quiere que lo acompañe. Otro en su lugar se sentiría avergonzado de ir conmigo. Ojalá esto

no le ocasione problemas. Odiaría que se rieran de él por llevar a su lado a alguien como yo...

—Hasta mañana, *Copito*. —Beso su cabeza, pego su pequeño cuerpo al mío y no tardo en dejarme llevar por el sueño.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Andy llega a la hora acordada. Nos arreglamos y me ayuda con mi cabello y el maquillaje.

Ha hecho un trabajo increíble. Lástima que yo sea tan horrenda. Estoy convencida de que cualquier otra chica se vería fantástica dentro de una prenda así. Por desgracia, yo nunca podré lucir un diseño como se merece. Siempre acabo estropeando cualquier cosa que me ponga.

—¡Estás di-vi-na, querida!

—Si tú lo dices... —Me encojo de hombros.

—Lo digo yo y punto. Vamos a recoger esto ya o no llegamos.

Entre los dos guardamos todo lo que ha traído.

—Ya está —anuncio al cerrar la última bolsa. Bajamos hasta donde tiene aparcado el coche y lo guardamos en el maletero.

—Pues parece que, después de todo, no se te da tan mal moverte sobre esos zapatos.

Levanta una ceja mientras me observa caminar hasta la puerta del copiloto.

—Anoche, ellos y yo nos hicimos amigos. —Le guiño un ojo.

—¿Tengo que preocuparme? No sé si me gusta que os llevéis tan bien.

—Es posible... —Sonrío mientras me coloco en el asiento y se hace el ofendido.

Abrochamos nuestros cinturones y conduce hasta la sala donde se celebrará la exposición.

—Ay, Dios, Vane —dice cuando llegamos—, mira mis manos. —Las estira hacia mí y veo que están temblando—. Pellízcame, querida. Esto no puede

estar pasando. Seguro que es otro de mis sueños y, cuando entremos, despertaré.

—Veamos... —Agarro un poco de piel de su brazo y aprieto con fuerza los dedos.

—¡¡Aaayyy!! —Se aparta violentamente y se frota por la zona dolorida para calmarla—. ¡¡¡Asquerosa!!!

—Pues parece que estás despierto —me cachondeo, y rompo a reír.

—Ésta me la pagas.

Bajamos del coche y cruzamos la calle.

En la puerta, un hombre vestido con traje y pajarita nos pide algunos datos. Andy se los da y, seguidamente, nos entrega una especie de acreditación. Retira el cordón para que podamos pasar y descendemos varios escalones llenos de pequeñas luces.

—¡Guau! —exclamo al entrar. Es enorme y hay fotografías por todas partes.

—Hay que ir allí. —Andy tira de mi brazo y avanzamos por un largo pasillo—. Es posible que esté en esa zona. Conozco esta sala y los artistas salen por aquella puerta. —Vamos hasta donde dice—. Vane, si me desmayo, no te asustes. Estoy demasiado nervioso. —Lo miro y su piel parece mucho más pálida de lo normal.

—Cálmate. No vayas a montar un espectáculo. Es sólo una persona... —le digo en forma de susurro para que nadie más nos oiga.

—¿Una persona? Querida... ¡Jonathan Giovanni es un dios griego! —grita y mueve las manos dramáticamente—. ¡Ay, no! —Para y me mira asustado—. Ahora no...

—¿Qué? —me preocupo.

—Estoy tan nervioso que me hago pipí. —Se mueve inquieto.

—Ve al baño.

—¿Y si sale antes de que vuelva?

—Le digo que te estabas meando como una persona mayor y que ahora vienes.

—Muy propio de una señorita hablar así... ¡Ay, no puedo más! —Pone una pierna sobre la otra—. Vengo en un minuto. No te muevas de aquí. —Se marcha rápidamente, dejándome sola... y no me gusta esa sensación. Me siento demasiado expuesta.

Mientras veo cómo se aleja, oigo cuchicheos cerca de mí.

—¿Qué hace ésta aquí? —Risas. Me giro al reconocer la voz y no puedo creer lo que veo. Tamara, Carla y las demás chicas están frente a mí—. Vaya vestido... ¿Qué pretendes? ¿No sabes el refrán? «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda»... y tú pareces *Copito de Nieve*, el gorila blanco.

Todas se parten de risa menos Carla, que no es capaz de mirarme a los ojos. Juraría que se siente avergonzada.

—¿No me habéis hecho ya suficiente daño? —suelto con rabia mientras miro en todas direcciones buscando una salida, pero la única forma de escapar de aquí es volver por donde hemos venido y ellas están en medio—. Disculpad, pero tengo cosas mejores con las que perder el tiempo que con vosotras. —Trato de abrirme paso entre ellas, pero me lo impiden.

—¿Te empolvas con harina cada vez que sales? —Ríen.

—De verdad que no os entiendo. —Las miro con odio—. ¿Maduraréis algún día? ¿Qué adulto actúa de la forma en la que vosotras lo hacéis?

Tamara sonrío con malicia y, cuando voy a continuar, noto que deja de prestarme atención. Su mirada se eleva sobre mi cabeza, al igual que la de las demás, y sus bocas se abren como si hubieran visto un fantasma. No entiendo qué les ocurre. En el momento en el que voy a darme media vuelta para buscar la razón, unas fuertes manos se posan en mis hombros.

—Vanessa, *amore mio*. ¡Al fin has llegado! —Mi corazón late con fuerza al oír mi nombre con ese acento y, antes de poder reaccionar, me gira hacia él—. Mi *amico* Alessandro consiguió la reserva. Tendremos la mesa preparada a las dos en punto. —Mis ojos se abren con sorpresa al ver al chico que me salvó la vida delante de mí. Jamás hubiera imaginado encontrármelo de nuevo.

Me enmarca la cara con sus manos y besa mi frente delante todos—. No te alejes demasiado. Debemos ser *puntuales*...

## Capítulo 12

—Pero... —No sé de qué me habla.

—Chist... Sin peros. —Pone su dedo índice sobre mis labios para que no hable y me guiña un ojo—. Recuerda, *alle due* en punto. Te encantará el lugar. —Acaricia mi rostro al tiempo que aparta su mano y se marcha acompañado de dos hombres más, ambos con la cabeza afeitada y vestidos de la misma manera.

Extrañada, vuelvo mi atención hasta donde está Tamara y ésta parece petrificada. Me mira fijamente y apenas pestañea. Las demás parecen estar igual. ¿Qué les pasa?

—Vámonos —interviene una de ellas, y todas actúan como si fueran robots. Se giran perdidas en sus pensamientos y se van en silencio.

No entiendo nada. ¿Por qué ha actuado así el italiano? ¿Es posible que haya oído las cosas que me estaban diciendo? Él sabe del acoso al que me están sometiendo, se lo conté en la cafetería... Espero encontrármelo de nuevo para que me dé una explicación.

—¡Ay, por Dios! —Andy vuelve del baño—. No sabes lo a gusto que me he quedado.

—Sobra tanta información —bromeo.

—¿Ha salido ya Jonathan?

—Que yo sepa, no... ¿Tiene la cabeza rapada? —pregunto recordando a los chicos que vestían iguales.

—No —dice mirando el reloj—. Los que tienen la cabeza rasurada son sus guardaespaldas.

—Entonces sigue dentro —afirmo convencida. Sólo han salido ellos, y el

italiano.

Esperamos durante varios minutos más y empieza a impacientarse.

—Qué extraño. —Mira de nuevo su reloj—. Tengo entendido que es muy puntual.

—Pues ya ves que no.

Me recuesto en la pared. Los tacones me están matando.

—Y la gente, ¿dónde está? —Mira en todas direcciones—. Cuando me fui, esto estaba lleno.

—Ni idea. —Me encojo de hombros.

—Mira, allí hay un montón de personas. —Señala al final del pasillo—. Vamos a ver qué sucede.

A medida que nos acercamos, Andy comienza a gritar.

—¡Es él! ¡¡Es él!! ¡¡¡Míralo!!! —Se pone ambas manos en el pecho—. ¡Me mueero!

—Pues parece que te habías equivocado de puerta y los artistas entran y salen por otra parte —digo convencida.

Acelera el paso y me cuesta seguirlo.

—¡Dios mío! ¡Qué guapo!

—¿Quién de ellos es? —No lo he visto nunca y tengo curiosidad.

—¡¿Quién va a ser?! ¡El que está frente a las fotos, explicando!

Lo busco con la mirada, pero al único que veo es al chico italiano. Al ser fotógrafo, seguro que no ha querido perderse la exposición.

—¡¡¡¡Jonathann!!!! —Todos se giran y siento una gran vergüenza. Quería pasar desapercibida y, después de esto, será todo lo contrario—. ¡¡¡Mi amorrrr!!!

—¡Andy! —lo reprendo. Cuando se pone en modo fan, es incapaz de controlarse. Aún recuerdo la que montó el día que, de casualidad, nos cruzamos con Lady Gaga. Casi nos apalea su escolta.

—¡¡¡Te quieroooo!!! —El italiano también mira hacia nosotros y desearía poder volverme invisible. Lo agarro de la ropa como puedo y lo freno.



—¡Si no paras, me iré! —lo riño—. No imaginas lo incómoda que me estás haciendo sentir. ¡No puedes interrumpir un acto así!

Parece entender mis palabras y trata de calmarse, aunque su respiración sigue agitada.

Todos vuelven de nuevo su atención al acto y expulso sonoramente el aire de mis pulmones. He estado a punto de salir corriendo. No soporto las miradas.

—Este hombre me tiene loquito. —Muerde su labio inferior mientras mira entre la gente—. Lo-qui-to. ¿Imaginas cómo me sentiría si aceptase hacerles fotos a mis diseños?

—Pues, después de esto, no creo que quiera siquiera oírte hablar de ellos —respondo con tono serio.

—Vanessa... —La mirada de Andy me atraviesa. Su expresión ha cambiado totalmente.

—Te lo digo en serio. —Cruzo los brazos y lo miro extrañada.

—Vane... ésa... —Traga saliva y achina los ojos.

—Ésa, ¿qué? —Parece estar viendo algo raro.

—Ésa... ¿Eres tú?

—¿Qué? ¿Quién?

—Es igual que tú por detrás y lleva la misma ropa que llevas tú algunas veces...

—¿De qué hablas?

—Mira esta foto. —Señala por encima de mi hombro y me giro. Al verla, me quedo totalmente inmóvil y mi corazón amenaza con pararse. Efectivamente soy yo... en el borde del ático en ruinas, con los brazos en cruz, segundos antes de intentar lanzarme al vacío.

—¿Qué es esto...? —es lo único que acierto a decir. Me fijo en el pie del marco y alguien la ha titulado como *Desesperación*.

—¡Aquí se ve a la misma chica de perfil y todavía pareces más tú!

Muevo la cabeza hasta donde me indica y mi vello se eriza. Hay una imagen

mía en la que estoy de rodillas, llorando en medio de la lluvia, y al fondo se ven varios rayos de la tormenta. Escrito a mano en la parte de abajo pone *Angustia*.

—No puede ser... —Noto un fuerte calor en la cara y varios recuerdos, que deseo olvidar, acuden a mi mente.

—¡Sujétame, Vane! —Andy aprieta sus dedos alrededor de mi brazo y reacciono—. ¡Viene hacia aquí!

—¿Quién? —Su rostro parece completamente desencajado.

—¡Giovanni viene hacia aquí! ¡Me voy a caer muerto!

Miro hacia el pasillo y veo a un hombre de unos cuarenta y cinco años acercarse a nosotros e intuyo que es él. A su lado camina el italiano y siento rabia. Estoy segura de que son amigos y deduzco que le ha prestado las fotos para que las exponga.

Andy cada vez hiperventila más y temo que pueda desmayarse en cualquier momento.

—Creo que te debo una explicación... —dice el italiano al ver mi cara.

—¿Qué coño hace esto aquí? —respondo cabreada—. Creía que podía confiar en ti.

El hombre que ha venido con él me mira extrañado. Se para durante un par de segundos a mi lado y, después de que el italiano le haga un gesto, se marcha y entra en una de las habitaciones, cosa que agradezco, ya que no quiero tener que atender a mi amigo en medio de una discusión.

—Lo siento, Vanessa. Nunca imaginé que llegarías a verlas... —Se rasca la cabeza mientras fuerza una sonrisa—. Me he atrevido a usarlas porque no se ve tu rostro.

—¿¿Quééé?! ¡¿Sabe tu nombre?!! —Andy abre los ojos desmesuradamente, tanto que parece que van a salirse de sus órbitas.

—¡Debería denunciarte por esto! Tú mismo me dijiste que no se le podían tomar fotos a nadie sin su consentimiento. —Mira hacia atrás, temiendo que alguien pueda estar escuchando nuestra conversación—. ¡Y para colmo se las

entregas al tal Giovanni ese para que las esponga! —Esboza una extraña sonrisa y me enfurezco más.

—¡Ay, Dios mío! ¡No noto las piernas! —Andy sigue a lo suyo.

—De verdad que lo siento. Si tú quieres, las retiramos ahora mismo.

—¡Por supuesto!

—¡¡¿Os conocéis?!! —chilla Andy agudamente—. ¿Eres la de las fotos? ¿Te las ha hecho él? —quiere saber.

—Por desgracia, sí —suelto con rabia—. Ahora te cuento... —respondo rápido, para poder seguir mostrándole mi malestar al traidor.

—Entonces... ¿¡lo conoces!?!?

—¡Que sí! —No entiendo qué parte no acaba de comprender mi amigo.

—No pretendía hacerte sentir mal...

—¡¡¡¡Aaarrgghh!!!! —grazna Andy, y lo miro de reajo para que deje de hacer ruidos raros.

—¿Cómo creías que iba a sentirme expuesta así, después de por todo lo que estoy pasando? ¡Sabes lo que estuve a punto de hacer!

—Tienes razón. *Dammi un minuto* y las retiro.

—Jonathan —el hombre que ha entrado antes en la habitación sale con algo en las manos—, tienes una llamada de tu padre.

—¿Jonathan? —pregunto extrañada, y se encoge de hombros—. ¿Jonathan? —digo de nuevo, con los ojos muy abiertos al caer en la cuenta de lo que eso significa. Miro a Andy y parece congelado. Tiene la boca completamente abierta y no aparta la mirada de él.

—Dile que ahora le devuelvo la llamada.

—De acuerdo. —Cuando se va a retirar, le habla de nuevo.

—Alessandro, por favor, quita estas dos *immagini* de aquí. No tenemos el permiso de la *modella*.

—Ahora mismo. —Las levanta de la pared y me fijo en la parte de atrás. Hay un pequeño cartel en el que pone «Propiedad de Jonathan Giovanni».

—¿Eres tú? —pregunto todavía incrédula. Quiero asegurarme.

—Eso dicen. —Alza ambas cejas y sonrío con los labios apretados.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Hablo totalmente sorprendida.

—No lo vi necesario... —Levanta los hombros y los deja caer de nuevo.

De pronto, un ruido nos hace mirar a los dos en la misma dirección.

—¡Andy! —chillo al ver que mi amigo ha golpeado el suelo con la cabeza—. ¡Andy! —Me arrodillo junto a él y lo muevo para que abra los ojos. Parece inconsciente y temo que se haya hecho daño.

—Vane —agarra mi mano y siento alivio al ver que está despierto—, me duele la frente, dime que no me he hecho un bollo.

—¿Que no te has hecho qué? —Estoy tan asustada por él que no entiendo lo que me dice.

—Un chichón —susurra—, no quiero tocarme delante de él.

—¿En serio eso es lo que te preocupa? —Esto no puede estar pasando—. Creo que te has dado demasiado fuerte... —resoplo mientras lo ayudo a ponerse en pie.

—¿Se nota, entonces?

—No... No se nota —miento. Está empezando a marcarse un bulto en el lado derecho de su frente.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta el italiano, y sus piernas se doblan de nuevo. Por suerte, está todavía sujeto a mí y mantiene el equilibrio.

—¡¡Sí!! —Alisa su traje—. Perfectamente. Ha sido sólo un mareíto de nada...

—Pues por el *cornio* que te está saliendo ahí arriba —señala su ceja—, no lo parece.

—¡Ay, no! ¿Se nota? —Lleva la mano a su hinchazón y me mira—. ¡Embustera! —Corre hasta el baño y nos deja solos. Pongo los ojos en blanco y me esfuerzo por mantener la calma. Sabía que, si venía con él, pasaría algo así.

—Vanessa, de verdad que lamento mucho lo de las fotos. No pensé en lo que sentirías si las veías.

—Pues podrías haberte hecho una idea —replico dolida—. Me está costando mucho no pensar en ello. Imagina lo horrible que es para mí saber que incluso hay fotos de ese momento y que están al alcance de cualquiera...

—Tienes razón. Las destruiré.

—Prométemelo. —No sé si es un hombre que cumple sus promesas, pero necesito oírsele decir.

—*Ti do la mia parola.*

—¿Cómo?

—Te doy mi palabra. *Te lo prometto.* Las eliminaré hoy mismo.

—De acuerdo... —Quiero creerle.

—Sólo una *condizione*...

—¡Vanessa! —Andy me llama desde el baño y nos interrumpe—. Tráeme hielo, por favor. Esto parece ya el huevo de un avestruz.

—¿Dónde puedo conseguir hielo? —le pregunto a Jonathan.

—Yo tengo. Espera. —Entra en la habitación de la que salió antes y me entrega un pañuelo con varios cubitos.

—Gracias. Dame un momento. No tardo.

—Tranquila. Yo *spero*.

Camino hasta mi amigo y, al ver que el baño es muy espacioso, paso con él y lo ayudo.

—Siéntate aquí. —Andy se sienta donde le indico y, con cuidado, pongo el hielo sobre el golpe.

—Tienes que contarme muchas cosas... —suelta con tonito—. ¿Por qué no me habías dicho que conocías a Giovanni?

—Porque no sabía que era él hasta hoy.

—¡Pero si fue él quien te hizo fotos!

—Más bien quien me las robó... Yo no sabía que estaba allí.

—¿Y qué hacías tú en esa azotea? ¿Por qué parecía que ibas a saltar?

## Capítulo 13

—Necesitaba aire fresco —respondo para esquivar su pregunta.

—¿Y tenías que arriesgarte así? ¿En el borde de un edificio y con una tormenta de fondo?

—Fue un día duro...

—¿Qué te está pasando, Vanessa? Llevo días viéndote diferente.

—Nada.

—A mí no me digas que nada. Te conozco muy bien.

—Es sólo que no estoy pasando por mis mejores momentos..., pero, de verdad, no tienes de qué preocuparte. —Pongo el hielo sobre su frente.

—Vanessa, cariño —agarra mis muñecas y mi pulso se acelera. Disimulo el dolor y lo miro fijamente a los ojos—, sabes que estoy aquí para lo que necesites. Puedes contar conmigo siempre. Sea lo que sea. Te prometo que, entre los dos, conseguiremos hacer todo esto más llevadero.

—Gracias, Andy. No te angusties ni le des más vueltas, todo está bien ya...

—De acuerdo. No voy a presionarte más. Casi que no quiero saber qué es lo que te pasó para que actuaras de esa manera, pero admito que estoy empezando a temer por ti. En esas fotos se te veía realmente mal... —Pone su mano sobre mi cara—. Cuando te vuelvas a sentir así, sólo tienes que llamarme. Por favor, Vanessa, marca mi teléfono antes de hacer algo que no debas. La desesperación a veces te puede llevar a un instante de locura y... —Traga saliva—. Sé lo que es eso. He pasado por cosas parecidas y me ayudó mucho conocerte y hablar contigo. Prométeme que me buscarás.

—Te lo prometo. —Bajo la mirada. No ha hecho falta que le explique nada, estoy convencida de que sabe qué estaba pasando por mi cabeza en ese

momento.

—Por tu bien espero que digas la verdad... —sonríe apenado—... y, como vuelvas a verte a escondidas con mi Jonathan Giovanni y sin avisarme, la vamos a tener tú y yo, ¿eh? —Cambia de tema para no incomodarme—. ¡Pendón!

—Fue casualidad —respondo aliviada—. Él estaba allí cuando... —una imagen viene a mi mente—... cuando subí, y me fotografió sin mi consentimiento.

Pienso en la posición de las fotos y me doy cuenta de que lo tuve detrás todo el tiempo, a escasos centímetros de mí. Estuvo observándome desde que llegué y por eso me sujetó en el último instante. Intuyó mis intenciones y, aun así, no quiso perder la oportunidad de realizar un buen disparo y obtener una buena imagen.

—¿Lo perdonarás? —Andy me saca de mis pensamientos.

—No lo creo —digo mirando a un punto fijo.

Agradezco que me ayudara, pero me duele saber que, en un momento tan crítico, alguien prefiera hacer su trabajo antes que salvar una vida. Si me hubiera lanzado sólo una décima de segundo antes, ahora mismo estaría muerta.

—Ojalá me hubiera pasado a mí con él lo que a ti —suspira sonoramente—. Si llego a encontrarme una foto mía colgada de esa pared, me habría desmayado de inmediato.

—Creo que esa parte ya la has hecho. —Río.

—¡Ay!, qué manía con fastidiarme las fantasías. —Me golpea suavemente con su mano en la cadera.

—Para fantasía la que tienes en la frente. —Lo miro—. Pareces un unicornio.

Se pone en pie y corre hasta el espejo.

—¡Ay, no! —exclama al verse—. ¡Mátame para que deje de sufrir!

—Deja que te ponga un poco más de hielo, anda. —Regresa a mi lado y le

coloco el pañuelo sobre la contusión.

—¿A que es muy guapo? —me pregunta con la mirada perdida.

—No me he fijado demasiado —contesto para esquivar su pregunta—. Lo que sí que me ha sorprendido es que no sea tan mayor como creía. Sabiendo que te van los maduritos, pensaba que rondaría los cincuenta.

—Ey, guapa, no te pases. —Me apunta con un dedo—. Me gustan los maduritos, no los que tienen más arrugas que un gusano frenando.

Río con su ocurrencia.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y uno. —Suspira de nuevo—. ¡Qué lástima que sea hetero! ¿Te has fijado en su cabello? —Se muerde el labio—. Esos reflejos rojizos me tienen loco, y esa barba cobre... Humm...

—Ten cuidado ahora cuando te levantes, no vayas a resbalar con tu propia baba y pasemos de unicornio a Minotauro —bromeo.

—¡Déjame vivir! —grita.

—Yo te dejo, eres tú el que se empeña en golpearse con todo.

—Qué graciosa. —Se cruza de brazos—. Habría que verte a ti con un huevo de este calibre delante del chico que te gusta.

—Me temo que eso no lo verán tus ojos —respondo convencida.

Exceptuando a Andy, odio a todos los chicos que conozco. Siempre han sido unos patanes que me han hecho la vida imposible. Jamás me he enamorado ni he sentido nada por ninguno. Ni siquiera por los nuevos. Sé por experiencia que, al final, todos acaban haciendo lo mismo.

—Tiempo al tiempo, querida. Yo tampoco esperaba encontrar a nadie para mí... —Se levanta—. A ver cómo va esto... —Acerca el rostro al espejo y se mira—. Parece estar mejor. —Mete la mano en su bolsillo y saca una pequeña barra de corrector. La pasa por su cara y rápidamente el color rojo desaparece bajo la crema—. Esto es magia pura —dice, lanzándole un beso al cosmético a continuación—. No lo hagamos esperar más, cari. Vamos a ver a ese portento de hombre. —Camina completamente estirado delante de mí y lo sigo.



Cuando salimos del baño, miro hacia el pasillo donde se quedó el italiano y compruebo que ya no está ahí.

—Andy, ya lo has visto antes —protesto—. ¿Por qué mejor no nos vamos a casa?

Realmente no me apetece demasiado encontrármelo otra vez. Aún estoy bastante molesta por lo que ha hecho.

—Ni en sueños, monada. Quiero hablar con él y, hasta entonces, de aquí no nos movemos. Teníamos un trato.

—Está bien... —Pongo los ojos en blanco. Aunque me gustaría largarme de aquí, no puedo hacerle esto. Lleva días muy ilusionado y no me lo perdonaría.

—¡Creo que está ahí! —Señala a un grupo de chicas y puedo ver su cabeza entre ellas. Parece estar firmando autógrafos—. Vamos, Vane... date prisa o esas arpías no nos dejarán nada. —Camina rápido—. ¡Yo te salvaré, Gio! —grita, y resoplo. No quiero pasar otra vez por lo mismo.

A medida que nos acercamos, el italiano nos ve y deja de escribir para centrar su atención en mí. Una de las chicas, al notar que se detiene, mira hacia nosotros y, al ver que es Tamara, instintivamente dejo de avanzar y decido esperar a que mi amigo regrese. Lo último que quiero es que vuelva a humillarme delante de todos.

—El que faltaba —suelta Tamara sarcásticamente al ver a Andy, y éste la oye.

—¿Tienes algún problema? —le pregunta. No es la primera vez que cruzan alguna palabra.

—Vosotros sois mi problema. —Sonríe—. Mire donde mire, siempre estáis ahí, estropeándome las vistas.

—Eso tiene fácil solución: sácate los ojos. —Al oírle decir eso, cambio de opinión y decido ir hasta ellos—. O, si lo prefieres... —continúa—, te los saco yo mismo. ¡Bruja! —Justo cuando hace el intento de acercarse a ella, me pongo en medio.

—Vanessa —Jonathan me llama al darse cuenta de que algo pasa—, *vieni*

*con me.* —Hace un gesto y, al ver que no me muevo, se aparta de la gente y viene hasta donde estoy—. ¿Qué ocurre?

—Nada, no te preocupes. —Me esfuerzo en quitarle importancia. Debo evitar que continúen con esto.

—*Ragazza* —se dirige ahora a Tamara—, *qual'è il tuo nome?*

—Tamara —dice sin pensar y visiblemente emocionada. En un segundo ha perdido todo el interés en Andy.

—Ah, Tamara... —La mira de arriba abajo y después a mí—. Es ella, ¿cierto?

—Sí —digo convencida. Le hablé de Tamara en el café.

—Eres muy *bella*. —Oírle decir eso me produce rabia. Esto empeorará las cosas y se sentirá mucho más superior.

—Gracias. —Sonríe ampliamente y me mira de reojo. Está disfrutando del momento.

—Ten esto. —Jonathan mete la mano en su bolsillo, saca una tarjeta y se la entrega—. Llámame en *quattro* días. Quiero ofrecerte trabajo y me gustaría hablar tranquilamente contigo cuando acabe las exposiciones.

—¿En serio? —casi grita de alegría.

—Por supuesto. *Devo preparare una sessione di foto in una piscina* y necesito una *ragazza* para...

—¿Una sesión fotográfica? —No lo deja terminar. Sus manos tiemblan—. ¿Me estás pidiendo que sea tu modelo? ¡Oh, Dios mío! —Todos giran las cabezas hacia nosotros y siento el impulso de marcharme. No puedo creer que, después de haberle contado todo lo que me hizo, además le ofrezca trabajo. Siento que está de su parte. Jamás volveré a confiar en nadie—. ¡No lo puedo creer! —Se pone las manos sobre el pecho, buscando tranquilizarse. Está realmente emocionada—. ¡Seré una modelo de Jonathan Giovanni! —Sus amigas saltan y gritan con ella.

—No, Tamara. —Sonríe y me mira—. Te estás equivocando. —Me guiña un ojo y no entiendo nada—. Necesito una *ragazza* que se encargue de limpiar

los vestuarios. Vanessa es mi modelo y quiero que todo esté impecable para ella.

—¿Qué? —Su expresión y el color de su cara cambian.

—Oh, vaya... ¿creías que estaba interesado en que posaras para mí? —El italiano es incapaz de disimular su risa y todos se carcajean. Andy es el que más fuerte lo hace—. Oh, lo siento mucho si te he hecho pensar eso. *Devo praticare* más el español. A veces no me expreso *bene*.

—¡Que te zurzan! —Le lanza la tarjeta a la cara y se marcha dando grandes pasos. Camina tan rápido que a sus amigas les cuesta alcanzarla.

—*Arrivederci, Tamara!*

—¡Ay, Dios mío! —Andy aplaude ruidosamente—. ¡Jamás podré superar esto! ¡Ay, me meo *toa!* —Ríe a carcajadas.

—Parece que no le ha gustado. —El italiano nos mira y se encoge de hombros—. Yo sólo quería ofrecerle trabajo, pero se lo ha tomado realmente *male*.

—Sí, eso parece... —Me siento mal por reírme, pero lo necesitaba. Por fin alguien le ha dado un escarmiento.

—Jonathan —se gira al oír su nombre—, ya tienes el coche esperando en la puerta. —Quien le habla es uno de los hombres con la cabeza rapada.

—¿Ya? ¿Qué hora es? —pregunta extrañado.

—La una y media —contesta.

—Oh... *va bene. Grazie*. Enseguida voy.

—De acuerdo. Te esperamos fuera. —Se marcha.

—Andy. —El italiano se dirige a mi amigo por su nombre y éste prácticamente deja de respirar—. ¿Me permites invitarte a *mangiare*?

—¡¡¿Quééé?!! —grita como una grulla. No cree lo que acaba de oír.

—A comer... ¿Vendrías conmigo? —Se peina hacia atrás su largo flequillo—. Por supuesto Vanessa también puede acompañarnos. Si ella acepta, claro.

—¡¡¡Vanessa!!! —Busca mi mano y la agarra con fuerza—. Llévame al médico, que del golpe estoy alucinando. Me debe de estar dando un ictus o

algo así.

—No seas dramático. —Río.

—¡¡Sí, sí y mil veces sííí!! —chilla eufórico—. ¡Vane, di que sí!

Miro a Jonathan Giovanni y descubro que está sonriendo triunfante. Sabe perfectamente cuál va a ser mi respuesta. Invitando a Andy, se ha asegurado de que yo no pueda negarme. Buena jugada...

## Capítulo 14

—Andy, recuerda que tú y yo habíamos acordado regresar pronto a casa... —  
No quiero ponérselo tan fácil al italiano.

—Vanessa... por tu gato... —dice entre dientes.

—No. No, no —respondo—. Esto se ve demasiado romántico y mi presencia estropearía el momento. Tres seríamos multitud. —Los ojos de Giovanni se abren mucho—. No te preocupes por mí, volveré a casa en taxi. Hay una parada aquí al lado. —Beso su mejilla y hago el amago de marcharme.

—Vanessa. —Mi amigo me agarra de un brazo y me aparta un par de metros —, Va-nes-sa... —Su respiración es sonora y parece nervioso—. Los dos sabemos que, aunque soy irresistible, no lo hace para que vaya yo, sino para que vengas tú.

—Yo no...

—Está muy interesado, ¿no lo ves? Algo quiere. Como se te ocurra negarte, te dejo la cabeza como a una muñeca pelona. —Río al tiempo que levanto la mirada y veo al italiano observándonos con suma atención—. ¡Podría ser una oportunidad única para nosotros! ¿Qué te pasa?

—Andy, no me pasa nada, es sólo que él te ha invitado a ti. —Sé que nos está escuchando—. No importa que yo vaya o no. Comerás con él de todas maneras, y podrás hablarle de lo que quieras. Aprovecha la oportunidad.

—Va-nes-sa —tira de mi ropa para que lo mire—, ¡¡te ma-to!! ¿Me oyes? ¡¡¡Te ma-to...!!!

—*Accetta il mio invito*, Vanessa —dice al ver que a Andy le está costando convencerme—. Me gustaría charlar tranquilamente y disculparme como es

debido.

—Vamos, cariii... —Parece tan entusiasmado que empieza a saberme mal seguir con el juego y dejo de negarme.

—Está bien..., pero que sepas que lo hago por él. —Señalo a mi amigo—. En cuanto terminemos de almorzar, nos iremos. No creas que una comida o una disculpa servirán de mucho, después de lo que has hecho.

—Lo entiendo. —Respira aliviado—. Sólo permíteme intentarlo. —Antes de darle una respuesta, pone la mano sobre mi hombro y me empuja suavemente para que camine—. Están esperándonos *fuori*.

Nada más cruzar la puerta de la sala donde se ha realizado la exposición, oigo gritos y me sobresalto. Miro a mi alrededor y veo que la calle está llena de gente. Varias chicas sujetan pancartas con su nombre y otras lo llevan escrito en sus camisetas.

«¿De verdad es tan famoso?», me pregunto.

—¡Giovanni! —gritan al tiempo que cientos de luces blancas caen sobre nosotros—. ¡Mirad aquí! —No tardo en darme cuenta de que una gran mayoría de los allí presentes son periodistas y que esas extrañas luces son los *flashes* de sus cámaras—. ¿Quiénes son ellos? ¿A dónde vais? ¿Qué tal ha ido la exposición?... —No paran de preguntar y me siento agobiada. Necesito esconderme cuanto antes para apartarme de tantos ojos. Cada mirada que he sentido en mí siempre se ha convertido en mofa, y no quiero imaginar cuántas risas se echarán hoy a mi costa.

—¡Vane, somos famosos! —Andy se detiene para lanzar besos a todos y hace posturas ridículas—. ¡Somos sus amigos y vamos a comer con él! —les grita.

Uno de los escoltas, al darse cuenta, agarra a Andy y lo obliga a entrar en un enorme Hummer negro.

El todoterreno es tan alto que, cuando llega mi turno, prácticamente tienen que ayudarme a subir. Nada más cerrar la puerta, expulso el aire que con angustia tenía retenido en los pulmones y Giovanni arruga la frente. Parece

haberse dado cuenta del mal rato por el que acabo de pasar. El escolta se sienta a mi lado y encara a mi amigo.

—No hables con la prensa. —Lo señala con el dedo al tiempo que lo riñe—. No debes informarles de nada, ¿entendido?

—¡Ay! ¿Por qué no? ¡Que se mueran de envidia! —Levanta la barbilla, orgulloso.

—Cualquier cosa que digas la utilizarán para hacer dinero, sin importar el daño que causen. —Clava sus ojos en los de Andy y, cuando se asegura de que lo ha entendido, abre un maletín y nos entrega dos papeles y un bolígrafo a cada uno—. Debéis firmar esto.

—¿Qué es? —inquiero extrañada.

—Un acuerdo de confidencialidad. En él os comprometéis a no revelar o divulgar información de ningún tipo respecto a Jonathan Giovanni.

—Carlo —lo interrumpe éste—, no será necesario con ellos. —Nos quita los folios y se los entrega al escolta de nuevo.

—Podrían buscarte problemas —insiste.

—Serán *discreti, prudenti e moderati*, ¿verdad? —Nos mira para asegurarse.

—Por supuesto —respondo aprovechando la oportunidad—, al igual que tú lo has sido con mis fotos.

No esperaba esta contestación y sonrío.

—Buen golpe. Lo merezco.

Apoya la espalda en el asiento y se abrocha el cinturón.

Al oír que arrancan el motor, nosotros hacemos lo mismo. Cuando el coche comienza a moverse, pone sus ojos en mí y me hace sentir incómoda. Intento disimular mirando para otro lado, pero no sirve de nada. Desearía poder cubrirme parte del cuerpo, como hago con mi chaqueta en la universidad cada vez que me siento expuesta, pero esta vez no la he traído conmigo. Por suerte el restaurante está cerca y, pasados unos minutos, nos detenemos.

Alguien abre la puerta desde fuera y nos da la bienvenida. Al salir, veo que

estamos en un gran aparcamiento, donde hay varios coches lujosos.

—Vengan conmigo —dice una chica morena embutida en un vestido rojo.

La seguimos y nos lleva hasta un gran comedor. Nos indica cuál es nuestra mesa y quedo sorprendida al ver su tamaño. Es enorme, pero sólo hay tres sillas alrededor de ella. Nos acomodamos y procuro sentarme cerca de mi amigo. Me fijo en cómo está vestida la mesa y quedo fascinada. Todo está impecablemente montado. La cristalería brilla como si estuviera hecha de diamantes y hay tantos cubiertos que desconozco la utilidad de muchos de ellos.

—¿Qué desean comer? —La morena se inclina hacia delante, dejando su escote a la vista del italiano, pero éste la ignora.

—Pregúntales a ellos primero —indica sin levantar la mirada. Está demasiado centrado leyendo la carta.

Andy tiene que explicarme algunos nombres raros que no entiendo y, cuando por fin nos decidimos, la chica nos toma nota. Vuelve a intentar mostrarse mientras recoge las copas que no utilizaremos y el italiano vuelve a ignorarla de la misma manera. Al ver que no consigue captar su atención, su expresión cambia a una más seria y se marcha moviendo con energía las caderas. Parece molesta.

—Amo este lugar —dice mientras despliega una preciosa servilleta bordada a mano y la coloca sobre sus piernas—. La comida aquí è *squisita*.

—Tú sí que estás exquisito —susurra Andy, y lo miro de reojo—. ¿Qué? —vocaliza sin emitir sonido alguno al darse cuenta.

—Nada... —contesto entornando los ojos. Lo adoro, pero a veces me hace pasar demasiada vergüenza. Al menos esta vez el fotógrafo no lo ha oído.

—No puedo creer que estemos aquí —susurra cerca de mi oído y veo cómo una de sus piernas se mueve sola. Pone las manos sobre ésta para intentar pararla y, lejos de detenerla, todo su cuerpo se mueve a la vez—. ¡Qué nervios! —añade sonriente y tratando de disimular cuando Giovanni busca saber por qué tiembla la mesa.



—Tranquilo, *amico* —le pide como si estuviera acostumbrado a ese tipo de comportamiento, y revisa su teléfono.

—¡Me ha llamado *amico*! ¡A mí!, que soy un ser insignificante a su lado. — Dobla su dedo índice y muerde con fuerza el nudillo para calmar la emoción —. Ahhh...

—Andy. —Le hago un gesto para que deje de comportarse así—. Contrólate, por favor.

—Créeme que lo estoy haciendo, cari. Si no fuera así, hace rato que hubieran saltado las alarmas contra incendios.

—No vuelvo a acompañarte a un sitio así —Pongo los ojos en blanco—. Empiezo a sospechar cuál es la verdadera razón por la que no ha venido tu novio contigo.

—No hables de Roberto delante de Giovanni. No quiero que sepa que tengo pareja.

—Vanessa —el italiano llama mi atención—, ¿hay algo que pueda hacer para que dejes de estar molesta conmigo?

—No —respondo secamente—. Ya te he avisado.

—Siento que te he fallado y quiero *risolvere il problema*.

—Aquí está su comida.

La morena nos interrumpe y coloca varios platos delante de nosotros.

—*Perfetto. Grazie*. —Aparta su teléfono y huele la comida—. Hummm... —No espera y, con su tenedor, toma un poco de pasta fresca y se la lleva a la boca. Cierra los ojos y junta las yemas de sus dedos—. *Spettacolare*. — Cuando los abre, ve que estamos mirándolo atentos—. *Provate*. —Nos ofrece su plato—. Saben igual que en la *mia Italia*.

—No, gracias —digo pensando en mi dieta. Todo lo que he pedido son vegetales y, aun así, creo que son demasiados.

—¡Oh, Dios mío! —Andy pincha con su tenedor y mira el contenido, indeciso—. No sé si comérmelo o enmarcarlo. ¿Te das cuenta, Vanessa?

¡Estoy comiendo del mismo plato que Jonathan Giovanni! —En la última palabra, se le escapa un pequeño grito.

—Sí... me he dado cuenta. Y todos los que están en este restaurante creo que también. —Miro a mi alrededor y varias personas tienen su atención puesta en nosotros.

—¡Deja vivir al chico! —Una señora de unos sesenta años, que hay sentada en la mesa de al lado, me habla—. Yo estaría igual o peor que él si estuviera en esa mesa.

—¡Por fin alguien que me entiende! —Andy le lanza un beso y todos ríen—. ¡Gracias, reina!

—¡Gloria! —Giovanni se dirige a la mujer como si la conociera—. No sabía que estabas aquí. Esta noche *l'invito*.

—Te tomo la palabra, guapetón. Espero que a mí también me dejes comer de tu plato. —Todos ríen.

—Por supuesto. —Levanta la copa en su dirección y bebe un sorbo—. Hablamos luego.

—Esa mujer es mi ídolo. —Comenta mi amigo antes de meterse el tenedor en la boca.

—Vanessa —el fotógrafo se dirige a mí de nuevo—, *scusate la mia insistenza*, pero realmente necesito que todo esté bien entre nosotros.

—Perdónalo. —Andy me habla entre dientes, al tiempo que me pisa un pie—. Si sigues siendo tan dura con él, se cansará de nosotros y nos mandará a la mierda.

—No pretendí *offendere* y me siento mal por ello... Estoy seguro de que algo podré hacer para *risolvere questo problema*.

—Está bien —respondo ante la sorpresa de Giovanni—. Te perdonaré con una condición.

—Oh, genial. Soy todo oídos.

—Viendo cuánto amas tu trabajo, te pediré algo referente a ello.

—¿Por qué no me sorprende? —Sonríe alzando una de sus perfiladas cejas

—. ¿Cuántas fotos quieres que te haga?

—A mí, ninguna. —Me mira atento. Estoy convencida de que no esperaba esa respuesta—. Si crees que busco fama, como imagino que hacen todas las personas que te rodean, estás muy equivocado.

—¿Entonces?

—Las fotos no son para mí, sino para los diseños de Andy.

—¡Ay, que me da!

Mi amigo jamás hubiera imaginado que yo iniciaría esta conversación.

—¿Qué diseños? —Lo mira y, cuando va a continuar, su teléfono suena—. *Un secondo*, por favor. —Lee algo en la pantalla que parece no gustarle y luego suelta el aparato de mala gana—. *Merda...* —Peina su cabello y se mueve inquieto—. Tengo que hacer una llamada. Un momento. —Se pone en pie, pero algo pasa por su cabeza en ese instante y vuelve a sentarse—. Mejor que espere ella... —dice para sí mismo y apenas le entiendo—. Habladme de esos diseños.

Andy no pierde el tiempo y le muestra varias imágenes de sus trabajos y no parecen disgustarle. Al contrario de lo que creía, se muestra interesado. Mientras mi amigo le explica sus ideas, el italiano no deja de mirarme de una manera extraña.

—No imaginas cuánto me ayudaría que esas fotografías llevaran tu firma —confiesa—. Me facilitaría mucho la tarea de abrirme un camino en este mundo. Ya sabes lo difícil que es...

—De acuerdo.

—¡¡¿Qué?!! —Andy no se cree lo que acaba de oír.

—Que me parece bien. Haré esas fotos.

—¿Así? ¿Tan fácil?

—Claro. —Sonríe y me señala—. Sólo tienes que convencer a Vanessa para que pose con ellos.

—No... No, no... —respondo al borde de un ataque de nervios, mientras él me mira victorioso—. Eso es jugar sucio...

## Capítulo 15

—¡¿Qué?!! —Andy abre los ojos como platos—. ¡Vanessa! —Me mira—.

¡¡Vanessa!!! ¡Di que sí! ¡¡Por Dios, di que sí!! —Da palmaditas, histérico.

—No.

—¡Sí!

—¡¡No!!

—¡¡¡Que sí!!! —chilla.

—¡He dicho que no!

—¡Ha dicho que sí! —le dice a Giovanni.

—No. No, no... y mil veces no. —Comienzo a ponerme nerviosa.

—Vanessa, por favor... —suplica.

—Lo siento mucho, pero no voy a hacerlo.

Me pongo en pie con la intención de marcharme y me sujeta del brazo.

—Espera, Vane. Hablemos de esto con calma.

—Es que lo tengo claro, Andy. No voy a hacerlo. No hay más que hablar.

El italiano nos mira con atención.

—Piénsalo un momento antes de seguir negándote, por Dios... Imagina la cara de todas esas perras envidiosas mirando tus fotos.

—Lo siento, de verdad. Esa clase de vida no va conmigo.

—Vale... eso no sirve. Déjame pensar. —Me mira—. ¡Imagina mi cara de felicidad en todas las televisiones de mundo mientras hablo de mis diseños!

—Quiero marcharme a casa, Andy.

—Vanessa...

—Quiero irme. En serio, no me siento cómoda con esto. —Mi amigo me mira unos segundos en silencio y, cuando creo que va a volver a insistir, se

pone en pie y coge mi mano.

—Está bien. Si es lo que quieres, vámonos.

—No... No es necesario que vengas conmigo —empiezo a arrepentirme. No quiero que pierda su oportunidad, pero no me siento capaz de posar para Giovanni.

—Lo siento, querido Gio. —Lo mira—. Si la condición es ésa y mi Vane no quiere, no hay más que hablar.

—Andy... —Mi corazón da un vuelco.

—Vámonos de aquí antes de que me ponga a llorar como una quinceañera histérica —suelta entre dientes al tiempo que tira de mí.

—Un momento. —El fotógrafo nos habla—. Conversemos con calma... —Nos señala de nuevo las sillas para que nos sentemos—. Vanessa, ¿a qué le tienes miedo? —me pregunta—. Es más sencillo de lo que crees.

—¿Qué parte no has entendido todavía? —replico con rabia—. Llevo toda mi vida escondiéndome de las miradas de la gente y no pienso exhibirme como si fuera un... un animal en peligro de extinción.

—*Calmati*, Vanessa. Estás exagerando.

—No estoy exagerando. ¿Qué crees que pensará todo el mundo cuando vea esas fotos? En lo único que se fijarán será en el engendro grotesco que aparece en ellas.

—¡Vanessa! ¡Te voy a lavar la boca con jabón! —me reprende Andy a gritos, y todos nos miran.

—¿De verdad crees que alguien se fijará en tus diseños si soy yo quien los lleva puestos?

—¡Por supuesto que sí!

—Qué equivocado estás... —Sonrío sarcásticamente.

—Vanessa, tu *amico* tiene razón. Tu *bellezza naturale* haría resaltar cualquier prenda.

—Oh, sí, venga... no te cortes. Ahora suelta una frase graciosa sobre mi aspecto.

—¿Por qué dices eso? —Me observa confuso—. *Oh, ragazza...* —Niega con la cabeza al comprender lo que ocurre—. Estás muy dañada... mucho más de lo que creía... Yo jamás te faltaría *il rispetto*.

Sus palabras me hacen sentir extraña. Esperaba una burla u ofensa por su parte y, aunque me he preparado mentalmente para recibirla como hago siempre, esta vez no ha llegado. Debo de estar loca, pero tengo la sensación de que falta algo para concluir la conversación.

—Bueno... ha sido un placer conocerte. —Andy me mira de reojo mientras le habla. Sabe que estoy pasando un mal rato y quiere sacarme de allí. La petición de Giovanni ha hecho que me altere demasiado.

—Llévate esto. —El italiano le entrega una de sus tarjetas—. Estaré aquí unos días más, por si cambiáis de opinión.

—No creo que eso ocurra —responde mi amigo mientras guarda la tarjeta en su bolsillo—, pero gracias. Ahora ya puedo decir que, además de comer contigo, me diste tu número. —Su entusiasmo y el tono de su voz ya no son los mismos.

—Sí —sonríe—, aunque procura no contarlo mucho; no me gustaría que hubiera malentendidos.

—No puedo prometerte eso, rey. —Le guiña un ojo y un segundo después nos estamos marchando.

—Lo siento, Andy... —es lo único que me atrevo a decirle cuando salimos del restaurante.

—No te preocupes, cari. Lo superaré. —Se esfuerza en aparentar que todo está bien, pero en el fondo sé que está decepcionado.

Mientras llegamos a la salida, siento una gran impotencia al saber que Andy no podrá cumplir su sueño, en parte, por mi culpa, pero las condiciones del fotógrafo son superiores a mí. Si ya me cuesta ponerme delante de un espejo en el que sólo me veo yo, no quiero ni imaginar qué pasaría si lo hiciera delante de una cámara...

Camino tan absorta en mis pensamientos que, si no es porque Andy me

avisa, ni siquiera me doy cuenta de que ya hemos llegado al coche. Es como si tuviera la mente en otro lugar. Por un lado, quisiera entrar y decirle al italiano que sí, sólo para que mi amigo tuviera su gran oportunidad, y, por otro, desearía cubrirme la cabeza con mis sábanas y llorar hasta que me quedase sin lágrimas.

La vuelta a casa la hacemos en completo silencio. Andy intenta hacer un par de comentarios graciosos para romper el hielo, pero no funcionan. Cuando llegamos, le digo adiós y, mientras bajo del vehículo, me llama.

—Vane... —Lo miro esperando que continúe—. No le des vueltas, ¿de acuerdo?

—No te preocupes. —Fuerzo una sonrisa y me despido.

A medida que oigo cómo el ruido del motor se aleja, todos los sentimientos que estaba reprimiendo para no preocuparlo salen al exterior y comienzo a llorar. Corro para que nadie me vea y, hasta que no abro la puerta de mi habitación y entro en ella, no encuentro alivio. Son sólo cuatro paredes, pero es el único espacio en este mundo en el que hasta ahora me he sentido protegida. Me tumbo sobre el colchón y miro fijamente al techo mientras noto mis lágrimas correr por la cara. *Copo* sale de debajo de la cama y viene conmigo. Frota su blanca cabecita contra mi mano, buscando caricias, y, cuando las consigue, comienza a ronronear. No sé qué sentirán los bebés cuando oyen canciones de cuna, nunca tuve la oportunidad de que alguien me cantara una, pero su ronroneo para mí siempre ha sido lo más parecido a eso. Son tantos los años que llevamos juntos que estoy segura de que sabe que ese sonido me relaja.

Cierro los ojos anhelando encontrar algo de paz mental y, cuando creo empezar a encontrarla, oigo el timbre.

—Joder —digo mientras me levanto. Me seco las lágrimas y camino hasta la puerta—. ¿Quién es? —pregunto antes de abrir. Seguro que es algún amigo de mi madre que viene a buscarla, o a traerla. He entrado tan rápido que todavía no sé si está en casa.

—Soy yo, Vane. Traigo un paquetito para ti.

—¿Andy? —Abro rápidamente—. Mierda... —exclamo al ver lo que encuentro al otro lado. Viene con mi madre prácticamente colgada de su hombro.

—La he encontrado tirada en medio de la calle. O la recogía o sufría una combustión espontánea.

—¿Una combustión espontánea?

—Sí, reina. Con el calor que hace fuera y el alcohol que ella lleva dentro, era cuestión de minutos que empezara a arder.

—Puff... Entra, anda... —Me aparto para dejarle paso y lo ayudo. Mi madre está tan ebria que ni siquiera es capaz de abrir los ojos.

Con esfuerzo, entre los dos la colocamos boca abajo sobre su cama. Por experiencia sé que, cuando viene así, es peligroso ponerla en otra postura que no sea ésa. Suele vomitar y temo que se ahogue.

—¿Estás mejor? —demanda, preocupado—. Humm... —arruga la frente—, ya veo que no.

—¿Por qué dices eso? —pregunto extrañada.

—Porque pareces un mapache, cari.

—Auuu —entro en el baño y, con unas toallitas húmedas, me limpio la cara. No recordaba que tenía los ojos pintados cuando he estado llorando.

—Cielo —se apoya en la pared mientras me lavo—, no debes sentirte mal. Pienso seguir triunfando sin él. Además... sólo son unas fotos. ¿A quién le importan?

—A ti —suelto sin pensar.

—No cuando me dan a elegir entre eso o mi mejor amiga.

—*Eso* podría haber sido un gran paso en tu futuro.

—Mi futuro tiene muchos caminos. Puedo dar pasos en otra dirección. —Se encoge de hombros.

—Me da rabia saber que has estado tan cerca de trabajar con Jonathan Giovanni y que, por mi culpa...



—¡Ay, Vane! ¡Déjalo ya! —me interrumpe—. Te está afectando más a ti que a mí. ¡Que le den a Giovanni por donde amargan los pepinos! Con suerte quizá le guste y me invite a comer de nuevo. Ji, ji, ji... —Mueve las cejas arriba y abajo, divertido.

—Estás loco. —Río.

—No te haces una idea, chata. —Simula sacudirse la melena que no tiene—. Ahora prométeme que no llorarás más y que, si tu madre empieza a echar humo, la meterás en la bañera.

—Te lo prometo. —Río de nuevo. Es único en sacarme una sonrisa cuando las cosas no van bien.

—Entonces, ¿me puedo ir tranquilo? —pregunta.

—Por supuesto.

—Bien, pues mañana te llamo y hablamos. —Me besa en una mejilla y se va.

Me aseguro de que la puerta queda bien cerrada y, antes de volver a mi habitación, paso por la de mi madre para comprobar que sigue bien. Al entrar, me fijo en que hay algo en el suelo y, cuando me acerco para ver qué es, descubro que se trata de la cartera de Andy. Se le debe de haber caído mientras me ayudaba a tumbarla sobre la cama. La cojo entre mis dedos y veo asomar parte de la tarjeta que le ha dado el italiano. Tiro de ella para terminar de sacarla y la observo durante varios minutos, mientras una idea se forma en mi mente.

Voy hasta mi cuarto, cojo el teléfono con manos temblorosas y marco su número.

«Es por Andy. Es por Andy... Se lo merece —digo mentalmente para convencerme de que estoy haciendo lo correcto—. Si él es capaz de renunciar a sus sueños por mí, yo puedo enfrentar mis miedos por él.»

En el primer tono de llamada, cambio de idea y, cuando estoy a punto de colgar, lo oigo.

—*Pronto, chi parla?* —responde en su lengua y, al no entender qué dice,

me quedo callada—. *Pronto?* —insiste.

—Jonathan... —Carraspeo. Estoy tan nerviosa que temo quedarme sin voz—. Soy Vanessa.

—*Ciao, Vanessa.* ¿Va todo bien?

—Sí. Bueno, no lo sé. —Trago saliva y me armo de valor—. He estado pensando en tu propuesta y... quiero hacerte unas preguntas.

—Claro. Dime.

—Si acepto que me hagas esas fotos... ¿hay alguna forma de esconder mi cara?

—¿Cómo?

—¿Se podría pixelar con algún programa informático?

—Humm... *Non è possibile.*

—¿Y taparme con el pelo o algún sombrero para que nadie sepa que soy yo?

—Eso quizá sí.

—Está bien —inspiro profundamente—. ¿Hay forma de que mi nombre no aparezca en ningún sitio?

—Claro. Podemos hacerlo de manera anónima.

—Vale... Espero no arrepentirme de esto, pero, si es como dices, acepto.

—*Magnifico!* —dice satisfecho—. Habla con tu *amico*. Mañana por la tarde estaré en la sala de la *esposizione*. Venid sobre las ocho. Os esperaré allí.

—Ok, gracias. —Puedo oír los latidos de mi corazón. No me creo que haya hecho esto—. Hablamos mañana. —Cuelgo antes de que termine de despedirse. Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo controlarlas.

Busco el número de Andy y le mando un mensaje.

Ven a buscarme mañana sobre las siete de la tarde.  
Tenemos una reunión con tu amado Gio. He aceptado  
hacerme las fotos. Por cierto, no busques tu cartera,  
está aquí.

## Capítulo 16

Dejo el teléfono sobre la mesita de noche y trato de tranquilizarme.

—Mierda... ¿qué he hecho? —digo en voz alta mientras cierro los ojos con fuerza. Empiezo a arrepentirme, pero ya es tarde para echarme atrás. Visualizo cómo será la futura sesión de fotos y comienzo a sudar—. No podré... no podré... —farfullo angustiada.

El simple hecho de imaginar una cámara cerca y a personas viendo el resultado después, me aterra. Puedo oír cómo se burlan, cómo me señalan en la fotografía y cómo se ríen a carcajadas mientras hacen chistes sobre mi aspecto.

De pronto, noto la boca seca y, al girarme para ir a beber, siento un raro mareo. Pongo ambas manos sobre la cama para sostenerme y espero unos segundos. Al ver que no se me pasa, decido sentarme. Si no lo hago, estoy segura de que me caeré.

Mi teléfono suena en ese instante y tengo que ignorarlo. Al intentar moverme, es mucho peor. Todo me da vueltas. Tras varios minutos de angustia y preocupación por no saber qué me está ocurriendo, por fin empiezo a encontrarme mejor y poco a poco me levanto. Al ponerme en pie, experimento unas horribles ganas de vomitar. Camino tambaleándome hasta el baño, me inclino y, sin apenas esfuerzo, devuelvo lo poco que he comido en el restaurante.

Me apoyo en el lavamanos y me echo agua sobre la cara. Mi cuerpo parece dormido. Levanto la vista hasta el espejo y me preocupa lo que veo. Mi rostro parece otro. Tengo unas extrañas ojeras rojas debajo de los ojos y mis

pómulos están más marcados. Cuanto más los miro, más grandes me parecen. Es como si mi cara se viera mucho más ancha.

Varios golpes en la puerta me sobresaltan.

—¡¡¡Vaneee!!! ¡¡Abreee!! —No tengo que preguntar quién es—. ¡¡Abreee la puerta y deja que te estruje!! —Apoyo una mano en la pared al no encontrarme todavía segura y voy hasta allí con cuidado. Nada más abrir, se lanza sobre mí—. Aaaaayyy, ¡¡¡no lo puedo creer!!! —Me abraza y me esfuerzo por mantener el equilibrio. Se aparta y comienza a saltar—. ¡¡Lo vas a hacer!!! —Besa mis mejillas casi haciéndome daño y se mueve eufórico—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué has decidido cambiar de opinión? —Me mira y su expresión cambia—. ¿Te encuentras bien? —Frunce el ceño—. Últimamente estás muy rara.

—Sí —finjo una sonrisa—, sólo son nervios.

—¡Ay, no me extraña! ¡Yo he estado a punto de hacerme pipí encima! —Vuelve a saltar—. ¡¡Es increíble!!! ¡Es increíble! —Me abraza otra vez—. ¡Cuéntamelo todo!

—Es sólo que me he decidido y he llamado. —Me encojo de hombros para restarle importancia—. ¿Y tú no te habías ido ya a casa? —Sonrío.

—¡¡Sííí!! Pero, tras leer tu mensaje, te he llamado y, como no has descolgado, aquí estoy otra vez. —Ya sé quién ha llamado mientras estaba mareada—. ¡No he podido contenerme!

—Estás como una cabra. —Río.

—Ya me conoces, reina. —Sacude su flequillo y dobla su mano—. Pero ya me voy, sólo quería agradecerte lo que has hecho... y, además, he aparcado en doble fila... Espero que el agente que me denuncie esté buenorro. —Pone las manos sobre su pecho y suspira sonoramente—. Adoro los uniformes.

—Y los fotógrafos...

—Ains..., no me lo recuerdes. Lo único que le pido a Dios es que no decida llevarme con él esta semana. —Mira hacia el techo—. Diosito, si de

verdad existes, no permitas que la palme antes de la sesión de fotos con Gio.  
—Lanza varios besos al aire—. Después haz lo que quieras.

—Andy, no juegues con eso —bromeo.

—Chao, bacalao. Continuamos por mensaje. —Sigue hablando mientras baja la escalera—. Por cierto, ¿me devuelves la cartera, por favor? ¡Te recojo mañana a las siete! —Oigo un portazo y sé que ya no está en el edificio.

Inspiro profundamente y regreso al baño. Me quito con cuidado el vestido que me ha prestado y lo cuelgo en una percha que hay detrás de la puerta. Dirijo mi atención al espejo y observo mi cuerpo. Dos segundos después, dejo de mirar. Me duele demasiado verme. Hasta mi cerebro me rechaza. ¿Por qué me tuvo que tocar esto a mí?

Mi piel es tan blanca que casi puedo fundirme con la pared. Ojalá pudiera broncearme al sol como hacen los demás. Con esfuerzo, vuelvo a mirarme y esta vez cargo contra mis curvas. Realmente las detesto... cada vez parecen más pronunciadas, al igual que todo lo demás. Algo debo de estar haciendo mal... Una vez leí que, si no haces bien una dieta, el cuerpo almacena calorías y se consigue el efecto contrario. Es muy probable que eso sea lo que me está ocurriendo a mí.

Cambio las gasas de mis heridas y, cuando termino, me voy a la habitación con una idea en mente. Enciendo mi portátil y paso el resto de la tarde buscando información. Seguro que encuentro alguna dieta que pueda ayudarme.

\*\*\*

Las siete del día siguiente llegan demasiado pronto, mucho más rápido de lo que me hubiera gustado. La última hora la he pasado caminando por casa, nerviosa. No estoy en absoluto preparada. Ya sé que sólo vamos a hablar de la sesión, pero es el principio de algo que no quiero hacer. No me puedo creer que haya sido capaz de decir que sí.

Saco mi teléfono del bolso y busco el número de Giovanni. Sólo tengo que

ir a la última llamada que hice ayer para encontrarlo. Pulso el botón y, mientras oigo el tono de llamada, pienso en mi amigo. Sé que lo decepcionaré, pero tengo que anular la cita o me dará algo. Los segundos pasan y no descuelga. Vuelvo a intentarlo y ocurre lo mismo.

—Seguro que está ocupado —digo mirando la pantalla. Cuando voy a intentarlo una vez más, me llega una notificación.

Vamos, querida. Estoy fuera esperándote.

Andy me ha escrito.

—Mierda —resoplo. No puedo dejar plantado a Giovanni sin avisarlo, ni tampoco hacerle eso a Andy. Está demasiado ilusionado.

Trago saliva y busco un poco de fuerza interior que me ayude. Cuando al fin creo encontrarla, pillo mi bolso y bajo la escalera, esforzándome por mantener la mente en blanco. Si no lo pienso, no me echaré atrás.

—¡Vane!, ¡¡aquí!! —Oigo un claxon detrás de mí y pego un salto.

Lo busco con la mirada y, cuando encuentro su coche, no me parece que sea él quien está dentro. Me acerco extrañada y, cuando estoy a punto de llegar, lo miro incrédula.

—¿Andy? —Pestañeo. Quizá mi vista está fallando—. ¿Qué coño...? ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¿Te gusta? —Sonríe.

—No... lo sé... ¿Por qué te lo has decolorado?

—Bueno, viendo que le gustan las chicas con el pelo blanco... ¿Por qué no? Ji, ji, ji...

—¿En serio te has teñido el pelo de gris para que Giovanni se fije en ti?

—Pues claro que sí.

—Madre mía, estás peor de lo que creía.

—¡Ay! Siempre igual. Eres una jode ilusiones. —Abre la puerta desde dentro para que suba y, mientras me acomodo en la plaza del copiloto, oigo un ruido extraño.

—¿Qué ha sido eso? —inquiero extrañada.

—Estoy muy malito, Vane.

—¿Eso ha sido tu barriga?

—Sí... Me he metido en el cuerpo medio prado de hierbas tranquilizantes, y aun así no he dormido nada.

—¿Estás hablando en serio?

—Mucho. No te asustes cuando me oigas mugir como una vaca.

—Está bien —Río—. Sólo espero que no ocurra lo que creo.

—Crucemos los dedos, reina.

Nada más llegar a la sala de la exposición, veo el Hummer del italiano aparcado cerca y de nuevo el nerviosismo se apodera de mí. Andy estaciona al lado del todoterreno y, al salir del vehículo, vemos a Giovanni hablando por teléfono.

—¡Ay, Dios! —suspira—. Míralo, qué sexy está con esas gafas de sol. Me compré unas iguales por él.

—Creo que sé de cuáles hablas —digo al fijarme mejor. Lo he visto con unas parecidas varias veces. Incluso, un día de mucho sol, me las tuvo que prestar para que no me molestara tanto la luz.

—Creo que tiene algún tipo de problema ocular —susurra—. Leí una vez en una revista que no las lleva por gusto. Algo le pasa.

—Te gustan demasiado los cotilleos. —Río.

—Son mi vida, cari. —Me guiña un ojo.

—¡No me hables de ella! ¡No quiero saber nada! —Giovanni grita y los dos lo miramos a la vez. Todavía no se ha dado cuenta de que estamos aquí—. No. Nunca. ¡No me haré cargo! —Hace una pausa—. ¡Que haga lo que quiera! —Cuelga y, al levantar la mirada, nos ve—. Oh, ya estáis aquí. —Se dirige a nosotros forzando una sonrisa mientras se acerca—. *Andiamo dentro.*

Pone una de sus manos en mi cintura y me tenso. Lo último que esperaba era su contacto. Mientras bajamos la escalera, no se aparta y noto el calor de sus dedos llegar hasta mi piel.

—Tu cabello está *diverso* —le comenta a mi amigo, viendo que lo lleva diferente.

—¿Te gusta? —Por primera vez desde que conozco a Andy, le veo sonrojarse.

—Sí, *stai bene*. Me recuerda a alguien. —Noto su mirada y comienzo a sentirme incómoda—. Es por aquí. —Presiona sus dedos en mi cadera y me gira para entrar en una gran habitación.

Al fondo hay una enorme lona blanca; cuelga del techo y cae hasta el suelo. A los lados pueden verse cuatro grandes focos y, en medio, un trípode con una cámara fotográfica.

—Guau, ¿es así cómo haces tu magia? —pregunta Andy, asombrado.

—*No, non esattamente* así —responde el italiano—; esto es algo que hemos preparado hoy para la prueba. ¿Estás lista? —Me mira.

—¿Cómo? ¿Hoy? ¿Qué prueba? —respondo asustada—. Hemos venido aquí sólo para hablar.

—No, Vanessa. Estamos aquí para hacer la primera prueba. Necesito saber cómo te ves a través de la cámara para preparar las lentes y las luces correctas.



## Capítulo 17

—Yo... no estoy preparada —contesto rápidamente.

—No es problema, Vanessa. *Non ti preoccupare*.

—Pero... he venido con ropa de calle —busco excusas.

—Tranquila. —Sonríe—. Ven conmigo. —Me tiende la mano para que se la coja y lo ignoro.

—¿No deberíamos hablar primero?

—Está todo hablado. Sólo tenías que aceptar y ya lo hiciste, ¿recuerdas?

—Sí, pero...

—No alarguemos más esto. Ya verás que es más fácil de lo que crees. —Agarra un taburete con una mano y camina hasta la lona—. Ven, Vanessa —insiste al ver que no me muevo—. Pronto desaparecerá ese temor.

—Vamos, cari... —Andy me empuja por la espalda—. No lo hagas esperar más, no vaya a ser que cambie de opinión.

—Me encanta cuando eres tan comprensivo —susurro con tonito para que el italiano no me oiga.

A medida que me acerco hasta donde está Giovanni, mis manos comienzan a sudar. Estoy tan nerviosa que puedo oír los latidos de mi corazón. Llego hasta donde ha colocado el taburete y lo miro durante unos segundos.

—No muerde —se burla con una amplia sonrisa en los labios—. Siéntate. Los primeros disparos los haremos en esta posición. —Se dirige a los focos, se acomoda con cuidado las gafas y los conecta uno a uno, al tiempo que proyecta su luz hacia mí.

—¡Pareces una modelo de verdad! —Andy alza la voz entusiasmado y no replico. Estoy demasiado concentrada en controlar mi crisis de ansiedad.

—*Tutto perfetto* —exclama Giovanni cuando parece haber terminado de situarlo todo—. Ya podemos empezar. —Camina hasta la cámara fotográfica—. ¿Preparada?

—¡Sí! —Andy se adelanta.

—No... —respondo casi al mismo tiempo y lanzo una mirada a mi amigo.

—Vanessa, aquí. —El italiano levanta una mano y la mueve para captar mi atención—. A esta altura deben estar tus ojos. *Okay?* —Asiento y miro donde me pide—. Tu rostro... no está relajado.

—Hago lo que puedo —protesto. Pensar que me verán cientos de personas después de esto me da vértigo.

—Respira profundamente, querida. *Dentro e fuori*. —Su pecho se eleva, al tiempo que me explica con movimientos qué hacer para eliminar la tensión—. *Inspiri ed espi...* —Trato de imitarlo, pero no sirve—. Tu mandíbula está... como se dice *in spagnolo*... ¡Tirante! Deja caer tu boca.

Al decirme eso, me doy cuenta de que mis dientes están tan apretados que duelen. Me fuerzo a relajar la barbilla al tiempo que inspiro profundamente... y parece que funciona, aunque mis manos están cada vez más sudorosas, al igual que mi espalda. Es increíble que una simple fotografía me haga sentir tan vulnerable. Es como si ese aparato tuviese el poder de robarme la intimidad y mostrársela a todos.

Siempre me he esforzado por ocultarme de la sociedad para evitar las miradas, y lo que estoy a punto de hacer es completamente lo contrario.

Giovanni, sin quitarse las gafas de sol, cosa que me extraña enormemente, se inclina y coloca su cara sobre la cámara para realizar el primer disparo. El *flash* es tan potente que los ojos se me cierran y comienzan a llorar.

—¿Demasiado fuerte? —se preocupa.

—Sí para mí —respondo apretando los párpados para recuperar la visión.

Aunque tuve suerte y mi condición no me afectó demasiado a la vista, la falta de melanina hace que mis ojos sean un poco más sensibles a la luz que los de una persona normal.

—Lo siento... —Toca algunas opciones y de nuevo pulsa el botón, pero esta vez lo hace sobre la pared—. Creo que ya está regulada. Si aún te molesta, *dimmielo*.

—De acuerdo.

Cuando parece que todo está bien, me coloco de nuevo.

—Muy bien, Vanessa, no te muevas. —Coge la cámara y se acerca a mí—. No te muevas nada; estás perfecta así. —Oigo el ruido del objetivo tan cerca que hasta mi respiración se corta—. *Calmati*. No te tenses, lo estás haciendo muy bien.

—¡Disculpad! —Andy nos habla y los dos lo miramos—. Tengo que ir al baño. —Su cara está roja—. ¡Vuelvo en nada! —dice ya desde el pasillo.

—Vaya... —responde Jonathan casi riendo—. Tu *amico* tiene el tornillo flojo... desde que lo conozco, siempre está en el baño.

—Sí... bueno... —recuerdo que se sentía mal en el coche... los nervios, ya sabes...

—Entiendo. —Sonríe al tiempo que me mira a través de las lentes polarizadas de sus gafas de sol y soy consciente de que nos hemos quedado solos—. *Continuiamo, okey?* —Asiento—. Colócate así. —Hace una postura extraña y, al darse cuenta de que no lo estoy haciendo como él me indica, me ayuda—. Esta pierna debes doblarla de este modo... —Cuando pone su mano bajo mi rodilla para moverme, siento algo raro en mi cuerpo. Es parecido al calor que he experimentado antes, cuando ha puesto su mano en mi cintura, pero mucho más intenso—. *Perfetto*. ¿Puedo...? —Estoy tan absorta en mis pensamientos que apenas lo oigo—. Vanessa —al nombrarme, reacciono—, ¿estás bien?

—Eh... sí...

—¿Seguro? ¿Quieres que paremos un momento?

—No, tranquilo. Acabemos con esto cuanto antes.

—*Bene*... Déjame probar algo. —Acerca su mano a mi cara y toma varios mechones de mi cabello. Al hacerlo, roza con los dedos mi piel y mi vello se

eriza. Es todo tan extraño... hasta mi incomodidad ha desaparecido—. Tienes un cuello muy *bello*, Vanessa. Deberías mostrarlo más.

—No lo creo —respondo convencida—. Nada en mí es agradable. Sólo tienes que ver el color de mi cuerpo. —Miro mis manos. Son tan blancas que a su lado parece que llevo guantes.

—Nada de eso. Eres muy bonita. Tu cabello, tus ojos... Todo en ti es hermoso.

—Mejor dejemos ese tema y terminemos lo que hemos venido a hacer —lo corto. Ahora sí que me estoy tensando. No soporto los cumplidos. Sé que son falsos. Siempre que alguien me los ha hecho, ha sido porque quería algo.

—*Ti prometto*, Vanessa, que pronto cambiaré esa percepción tuya de ti misma. De alguna manera, conseguiré que te veas como lo hago yo.

—¿Podemos continuar? —lo detengo de nuevo. Tanta palabrería vacía me pone nerviosa—. Imagino que parte de tu trabajo es hacer sentir cómodas a las chicas para lograr que se relajen frente a tu cámara, pero conmigo no te funcionará.

—*Mi offendi* si piensas así. ¿Realmente crees que lo digo por eso? —replica molesto.

—Estoy más que segura. Nadie me diría algo así si no hubiese una razón.

—Eres una *ragazza complicata*, pero te haré entrar en razón. —Toca algo en su máquina—. Cierra los ojos, *per favore*. No los abras hasta que te avise.

—Esto no tiene nada que ver con los diseños de Andy —protesto.

—Ciérralos —insiste, y finalmente, aunque a disgusto, lo hago.

—Ahora no te muevas. —Pulsa una y otra vez los botones de la cámara mientras se mueve a mi alrededor—. Fantástico, lo estás haciendo muy *bene*. —Inspiro profundamente—. *Resisti*, ya falta poco. Voy a quitar el *flash* para no dañarte. —Dejo de oírlo por unos segundos y noto el calor de su cuerpo a escasos centímetros de mí—. Muéstrame tus ojos, Vanessa. Ábrelos lentamente. —Habla bajito para no asustarme, y su fresco aliento roza mi cara. Sorprendentemente me resulta agradable.

Cuando obedezco, lo primero que veo es su lente. Está prácticamente sobre mi rostro, y él, tan cerca que, si me moviese sólo un centímetro, podría tocarlo. Lanza varios disparos más y se queda callado.

—¿Ya... está? —Lo miro a través de sus gafas, esperando una respuesta, pero parece estar demasiado concentrado en algún pensamiento y no contesta—. Jonathan..., ¿hemos acabado ya? —planteo de nuevo, y reacciona.

—Eh... sí. Sí, perdona. —Se aparta nervioso—. De momento hemos terminado. Ahora sólo queda pasar las imágenes al equipo y *mostrarti il risultato*. —Camina hacia un portátil que hay sobre una pequeña mesa y conecta varios cables a la cámara. Teclea algo y, con el ratón, busca lo que parece una imagen—. ¿Puedes venir? Quiero que veas algo.

—No... Mejor olvidamos esa parte. Si ya me ha costado sentarme aquí, imagina verme...

—Te gustará, *te lo prometto*.

—No. De verdad. Prefiero no pasar por otro mal rato.

—Oh, vamos. No puedes hacer eso. —Al ver que no voy, coge el portátil y avanza hacia mí—. Fíjate que *bellezza*. —Gira la pantalla para que pueda verla y no me atrevo a mirar—. Vanessa... debes *superare* ese miedo. —Pone una rodilla en el suelo y coloca la pantalla a la altura de mi rostro—. Mira sin temor, *ragazza*. Sólo voy a mostrarte cinco centímetros de ti.

Sus palabras surgen efecto y, poco a poco, alzo la mirada. Cinco centímetros no son nada...

Cuando por fin lo veo, mi boca se abre y no emito sonido alguno. Es tan profesional y se ve tan nítida que parece la lámina de una revista. Es la imagen de uno de mis ojos. Debe de haberla hecho cuando se ha acercado tanto. Ha sabido captar la luz y las sombras perfectas. Parece mucho más bonito de lo que en realidad es.

—Vaya... es cierto lo que dicen de ti —consigo decir—. Se te da bien esto.

—Yo sólo capturo lo que veo. No hay filtros, no hay programas de edición, no hay trampas... Es tal cual, Vanessa. Ése es tu ojo al *naturale*.

—Oh, vamos, algo has hecho. Mis ojos no son tan... tan...

—Atrévete a decirlo, Vanessa. —Curva sus labios hacia arriba—. ¿Hermosos? ¿Increíbles? —Se quita las gafas y me mira fijamente—. No pasa nada porque te gusten a ti. Aunque los demás te hagan creer lo contrario, tus ojos son maravillosos, tú misma lo acabas de comprobar.

—Esa foto engaña mucho. Es imposible que mis ojos se vean tan bien. Son horribles...

—La foto no engaña, tú te engañas... Sólo ves lo que piensas que otros ven.

—¡Ay, Dios! —Andy entra por la puerta y lo agradezco. La conversación estaba empezando a incomodarme—. Vanessa, si quieres puedes llevarte todas esas hierbas que tengo en casa. Creo que jamás las volveré a tomar. Por cierto... ¿qué me he perdido?

—Andy —lo llama Giovanni—, necesito tu ayuda. —Me mira y sonrío.

—¡Ahhh! Qué palabras tan maravillosas. —Mueve su mano simulando darse aire en la cara—. El fotógrafo buenorro me necesita.

—No te pases —responde el italiano—, sólo quiero que me digas qué ves aquí.

Andy avanza hacia nosotros y mira la imagen que le muestra.

—¡Es uno de los ojos de mi Vane!

—¿Ves algún retoque en él?

—No. ¿Por qué?

—Míralo bien. ¿Ves algo diferente al suyo? —insiste.

—¡Ay, me estás poniendo muy nervioso! ¿Qué debo ver? ¿Le has hecho algo?

—Es lo que quiero que me digas tú. ¿Hay algo raro?

—No... Yo no veo nada distinto. La única diferencia es que aquí se ve más grande, pero es su ojo.

—¿Algo que decir a eso, Vanessa? —Sonríe triunfante—. Si es necesario, haré esto con cada parte de tu cuerpo sólo para *mostrarti* la realidad, no lo que un puñado de... *cretini* te han hecho creer durante años.

## Capítulo 18

—Uhhh... —A Andy no se le escapa la frase. Siempre tiene por costumbre malinterpretarlo todo—. Ha dicho cada parte de tu...

—¡Cállate! —Evito que siga hablando. Mi cara arde.

—Oh, vamos, no me negarás que ha sonado muy sexy.

—No era ésa mi intención... —Giovanni nos interrumpe, avergonzado—. Quizá no me he expresado *bene*... Llevo tiempo sin practicar *il mio spagnolo* y siempre me cuesta algunas semanas recuperarlo completamente.

—No, tranquilo —le quito importancia—. Andy es así. Siempre le tiene que buscar los tres pies al gato. —Frunzo el ceño en dirección a mi amigo.

—¡Siempre culpándome! —Chasquea su lengua y cierra los ojos, haciéndose el ofendido.

—Si os parece bien —el italiano vuelve a hablar—, con las fotos que ya tengo, me reuniré hoy con mi equipo y lo prepararemos todo para una sesión dentro de unos días.

—¿Reunirte? ¿Qué se necesita? —pregunto intrigada.

—Varias cosas —responde sin apartar su mirada de mí—. Personal de peluquería, estilista, maquilladores, iluminadores... —Hace una pequeña pausa al darse cuenta de que no me gusta lo que está contando—. Pero no debes preocuparte. Sólo con verte sabrán qué preparar. —La palabra «verte» hace que mi estómago se anude—. ¿Tenéis ya elegidos los diseños? —intenta cambiar de tema.

—No sé si soportaré la sesión completa Y recuerda que necesito probar los maquillajes por si me dan alergia —contesto sincera—. Habrá demasiados ojos sobre mí... y...

—Vanessa —me observa fijamente—, olvida lo que sea que estás pensando, *okey?* —Su mirada me intimida—. *Okey?* —insiste al ver que no respondo—. No oirás ni una sola palabra ofensiva. Todos sabrán valorar tu belleza.

—Pero aunque no lo digan...

—Vanessa —Noto sus dedos en mi barbilla—. Mírame, *ragazza*. —Tira de mí—. Mi equipo es *molto professionale* y no te harán sentir incómoda en ningún momento.

—Ya veremos... —susurro al tiempo que procuro esconder mi rostro de nuevo, pero me lo impide.

—No —responde con seriedad, y sus pupilas se dilatan—. No te hagas ideas equivocadas. Mientras estés con nosotros, te trataremos como a una más. No puedo controlar lo que ocurre en el exterior, pero aquí dentro... —Su teléfono suena, interrumpiendo el momento, y por la expresión de su cara deduzco que la llamada entrante le desagrada. Pestañea indeciso, traga saliva y finalmente decide descolgar. Al apartar su mano de mí, siento una brisa fría donde antes estaban sus dedos y mi piel hormiguea—. *Pronto!* —responde y se aleja—. Espero que tengas algo importante que decirme esta vez, porque no pienso ceder a más *estorsioni* —es lo último que le oigo decir antes de que salga de la habitación, y miro a Andy.

—¡Ah, ah, ah...! Andy esta vez no dirá nada. —Cruza los brazos a la altura del pecho, molesto—. Bueno, o quizá sí. —Levanta una ceja en dirección a la puerta—. ¿Quién será esa perra que lo está chantajeando?

—¿Cómo sabes que es una mujer?

—Querida..., mi olfato nunca falla. —Pellizca su labio superior mientras piensa—. Hay una mujer detrás de esas llamadas, estoy seguro —sigue pensando— y... ¡creo que ya sé quién es!

—¿Sabes quién es? ¿Cómo vas a saberlo? —Cada día me sorprende más.

—Soy un súper-mega-fan tuyo, ¿recuerdas? Conozco a todas las golfas que revolotean a su alrededor. Y, si me presionas, te diré hasta la talla de sus



bragas.

—Uff... No, gracias; creo que puedo vivir sin ese dato. —Río—. ¿Quién es ella? —La intriga me puede.

—Interesante. —Arquea ambas cejas—. Las bragas no, pero eso sí... ¿Estás celosa?

—¡Andy! —casi le grito—, deja de decir tonterías. Puede oírte. —Miro hacia la puerta para asegurarme de que todavía no vuelve—. Es sólo curiosidad —susurro.

—¡Ay, cómo te pones por nada! —Sacude la cabeza—. Te cuento... —Carraspea para preparar la voz—. Esa mala pécora es una modelo española que estuvo detrás de él muchos años, pero Giovanni nunca mostró interés. El padre de esa tía y el padre de él son socios. —Me mira para comprobar que lo estoy escuchando—. Un día aparecieron en la prensa unas fotos en las que se los podía ver juntos... y ahí empezaron las especulaciones.

—Entonces, ¿tiene novia? —Me sorprendo a mí misma con esa pregunta.

—Él nunca se ha pronunciado sobre ello, y siempre esquivo esa parte en las entrevistas, pero yo creo que algún polvete sí que han echado... —Suspira—. ¿Se considera infidelidad si siento envidia? —Mantengo el silencio. Mi respuesta no le agradaría—. Esa tiparraca le debió de hacer vudú o algún tipo de conjuro raro, porque, si no, no me lo explico. No es más tonta porque no ha nacido antes y camina como si tuviera el palo de una escoba metido por el culo.

—Quizá se enamoró de verdad. —No me gusta lo que acabo de oírme decir... pero ¿por qué? Es algo que debería darme igual.

—Disculpad. —Doy un salto al captar la voz de Giovanni a mi lado. Estaba tan metida en mis pensamientos que no lo he oído entrar—. Debemos adelantar la sesión a mañana.

—¿Mañana? —Mi corazón comienza a latir rápidamente.

—Sí... Me han surgido algunos imprevistos. —Peina su largo flequillo—. Tengo que viajar a otra ciudad mañana por la noche y no sé cuándo regresaré.

—Podemos... podemos dejarlo para cuando vuelvas. —Busco excusas para alargar el plazo. Mañana es demasiado pronto para mí, no estoy preparada mentalmente—. No tenemos prisa y es mejor hacerlo con tranquilidad para que salga bien... —Andy me mira de reojo. Sabe lo que pretendo, pero no dice nada.

—*Non preoccuparti*. —Parece nervioso—. Saldrá bien igualmente. Ahora disculpadme, pero tengo que dejaros. Debo hacer algunas llamadas y preparar... cosas. —Mira hacia la puerta—. Siento tener que irme así, pero è *importante*. Nos vemos mañana por la mañana. Sobre las diez, *okey*? —Se marcha.

—De acuerdo... —digo poco convencida mientras se aleja.

—¿Qué estará pasando? —Andy se cruza de brazos y mira hacia la salida—. ¿Apostamos a ver quién gana? Yo digo que le han hecho un hijo.

—¡Andy! No te burles así de los problemas ajenos —lo riño—. Quizá sea serio.

—Bueno..., ya veremos. Seguro que pronto lo aireará la prensa... Oye, ¿tienes algún examen mañana?

—Eh... no... —No esperaba esa pregunta. Todavía no le he dicho que he dejado la facultad.

—¡Genial! Te recogeré en la universidad a las nueve y media para traerte aquí, y te llevaré de nuevo cuando terminemos. Así podrás asistir al mayor número de clases. Estás a finales de curso y es una locura... Si pierdes una hora, es un gran atraso.

—No... no te preocupes —intento salir al paso—. Mañana no voy a ir...

—¿Cómo? —Me mira con el ceño fruncido—. ¿Estás faltando mucho últimamente o son cosas mías?

—Sí, bueno...

—¿Qué está pasando, Vanessa? —Su tono cambia.

—Yo...

—¡Ay, no! —grita—. ¡Dime que no es lo que creo! ¿Has dejado de ir a la

universidad? —Me conoce muy bien. Ya ha vivido junto a mí varios abandonos de este tipo.

—Esta vez ha sido diferente —trato de excusarme—, han llegado demasiado lejos.

—Vanessa —me mira fijamente—, te quedan sólo algunas semanas para acabar tu carrera. ¡¡*Se-ma-nas!!* ¿Comprendes eso?

—Lo sé, pero... —Tampoco sabe lo de la foto en la biblioteca, ni lo que intenté hacer después.

—Llevas años esforzándote y afrontando los problemas y esto supone perder tu carrera al completo. ¡¡¡Años!!! ¿No lo ves? —Resopla impotente—. ¿Qué pasará cuando veas que, por unos días, has perdido todo por lo que has luchado?

—No puedo continuar, Andy. No lo entiendes...

—¡Claro que lo entiendo! —Habla con rabia. Es la primera vez que lo veo tan serio conmigo y temo haberlo enfadado—. Me han insultado, golpeado y acosado hasta la saciedad. Me han escupido y casi violado por el simple hecho de ser gay. ¿Crees que no sé cómo te sientes? —Sus ojos se encharcan. Esa última parte nunca me la había contado—. Pero ¿sabes qué hice? —Mira hacia arriba para contener las lágrimas—. Les demostré que, aunque me consideraban el más débil, podía ser más fuerte y mejor que ellos. Podía ser yo mismo, lo que esas personas jamás podrán ser en su puta vida, porque viven de las apariencias. —Aprieta sus labios y mira al vacío—. Mañana vas a volver a clase, Vane —traga saliva—, aunque me tenga que sentar a tu lado hasta que termines. No puedes abandonar ahora.

—Estará Tamara y...

—¡Un mojón para Tamara! Si te molesta, recuérdale el trabajo que le ha ofrecido Giovanni. No creo que le agrade que toda la universidad se entere de eso.

—Soy idiota, Andy. Yo no valgo para tratar así a nadie. —Realmente me sentiría mal sabiendo que le he hecho daño a alguien, aunque ese alguien sea

ella.

—Pues yo sí. Si tú no puedes, déjamela a mí. —Me tiende su mano—. Ahora volvamos a casa. Tenemos muchas cosas que preparar para mañana.

—De acuerdo. —No sé cómo lo hace, pero siempre acaba llevándome a su terreno.

Pasamos juntos el resto del día, eligiendo y anotando los diseños que usaremos, y, cuando anochece, decidimos preparar algo para cenar. Al ver que no hay nada en la nevera, me cuesta un poco, pero finalmente lo convengo para encargarme comida vegetariana.

Mientras cenamos, me pone al corriente de todos los amoríos de Giovanni. Está tan obsesionado con él que no se da cuenta de que el italiano es su único tema de conversación.

—Venga, Vane, se está haciendo tarde y apenas has tocado tu plato. Si llego a saber que ibas a hacer esto, pido unas pizzas.

Es la cuarta vez que me presiona para que coma, pero es pensar en lo culpable que me sentiré si lo hago y perder el apetito.

—No quiero más —afirmo, y me excuso—: Después me siento tan hinchada que no puedo dormir.

—No me extraña. No sé por qué te he hecho caso. Esta comida es para tortugas... Seguro que tiene algo que ver con esa dieta que estás haciendo. —Se limpia la boca y se pone en pie—. Estás perdiendo peso muy rápido y eso no debe de ser nada bueno.

Lo ignoro; sé que lo dice exclusivamente para quitarme de la cabeza la idea de que continúe adelgazando. Me pongo en pie con él y lo acompaño a la puerta.

—Nos vemos mañana, pero no hace falta que vengas a por mí, podemos quedar en la sala. Hay buena combinación de transporte público.

—No, querida, no te será tan fácil... —Sonríe pícaramente—. Nos vemos mañana a las siete. Pienso asegurarme de que entras en clase.

A veces creo que puede leerme la mente. Era justo lo que quería evitar.

—Necesito pensar si de verdad es lo que quiero...

—Ah, ah, ah... —Mueve su dedo a modo de negación y me da la espalda

—. Nada de excusas. Hasta mañana a las siete, reina.

Se marcha dejándome con la palabra en la boca.

## Capítulo 19

A la mañana siguiente, Andy llega veinte minutos antes de la hora acordada. Según él, quiere asegurarse de que me he levantado para que no llegue tarde. Me conoce tan bien... Le cuesta sacarme de casa, pero ha insistido tanto que no me ha quedado más remedio que ceder.

Cuando abro la puerta del copiloto para subir al coche, el asiento está tan repleto de cosas que tengo que empujar algunas bolsas para poder entrar.

—Lo siento, cielo —dice mientras que ayuda—. He tenido que colocarlo así para que los vestidos no se arruguen. Aunque he traído una plancha por si acaso, mira. —Sonríe mientras levanta una caja a la altura de mis ojos.

—Ya veo. —Le devuelvo la sonrisa al tiempo que miro hacia atrás y mi boca se abre desmesuradamente—. Pero ¿cuántas fotos pretendes que me hagan? —Por la cantidad de bultos que hay en la parte trasera del vehículo, temo que sean excesivas.

—No te asustes. En esas bolsas también hay complementos: zapatos, bolsos, chaquetas... De todo un poco.

—Algo me dice que va a ser un día muy duro...

Me siento y me abrocho el cinturón.

Durante el trayecto, Andy va tarareando algunas canciones. Yo, por el contrario, entrelazo mis dedos en silencio, nerviosa, intentando relajarme. Primero tendré que enfrentarme a mis compañeros después de días sin acudir a clase y, a continuación, soportar una sesión de fotos con Giovanni. Doble ración de todo lo que odio. Sin duda va a ser agotador. No veo el momento de que llegue la noche para meterme en la cama.

—Fiuuu fiuuu... ¿Quién es ese morenazo tan guapo? —exclama mientras

termina de aparcar.

—Andy... tienes pareja —lo reprendo—, no deberías hacer este tipo de comentarios.

—También tengo ojos. ¿Para que los quiero? Si no los uso, se me pueden secar.

—Tienes razón... —digo a modo de rendición mientras abro la puerta. Con él es imposible discutir, siempre tiene palabras para todo—. Gracias por traerme. —Me despido antes de cerrar e inspiro profundamente buscando la valentía para enfrentar lo que viene.

—¡Ey! ¡Espera! —grita mientras me alejo—. ¡Voy contigo!

—No. Eh... no. Tú ve a prepararlo todo. Nos vemos luego. —Debo evitar que entre en la facultad y vea todo lo que me hacen; han empeorado mucho las cosas desde que estudiaba en el mismo centro que él. Si ya se pone nervioso cuando se lo cuento, no quiero ni imaginar qué pasará si lo ve en directo.

—Está todo preparado, querida. Recuerda la carga extra que llevamos hoy.

—Andy... verás... No te voy a mentir —trago saliva—: Prefiero entrar sola. De verdad. —Al ver mi angustia, desiste.

—Está bien, pero al menos déjame acompañarte hasta la puerta. Quiero asegurarme de que no te escapas.

—Eres tan cabezota... —Resoplo. No hay escapatoria con él.

—Ya me conoces. —Sonríe confiado mientras camina junto a mí.

Oigo cuchicheos cuando nos acercamos, pero me esfuerzo en ignorarlos. Sé que están hablando de nosotros y explotarán en cualquier momento. Extrañamente, nadie se ha burlado hasta el momento y puedo despedirme de mi amigo sin problemas.

—Hola, Vanessa. —Un par de chicas me saludan. Me sorprende tanto que ni siquiera se me ocurre devolverles el saludo. Nunca me han dirigido ni una sola palabra.

—Hola. —Todavía no me he repuesto de las primeras cuando otra chica pasa a mi lado y me ocurre lo mismo. Empiezo a sospechar que algo traman.

Camino en silencio pensando en qué será lo que estén maquinando, cuando alguien, al cruzarse conmigo, me sonrío.

—¿Qué mierda está pasando? —digo entre dientes. Hay demasiado silencio en el pasillo y las burlas no caen sobre mí como de costumbre. Todo se ha vuelto muy... raro. Es como si me hubiera equivocado de universidad.

Entro en mi aula y camino hasta el final de la misma para sentarme en una de las sillas más alejadas. Preparo mis cosas y espero, inquieta, a que comience la clase. No puedo imaginar qué será lo que me tengan preparado. La última vez que se comportaron de una forma tan extraña conmigo fue cuando Tamara y sus amigas colgaron por toda la facultad mi foto semidesnuda en la biblioteca.

A medida que mis compañeros entran, aunque me preparo para cualquier cosa desagradable, ninguno hace las típicas bromas. Me miran fijamente durante algunos segundos, como si no pudieran creer que esté ahí, y luego se van colocando en sus lugares.

La clase transcurre sin problemas, pero estoy tan desconcertada que no me entero de nada. Ha habido multitud de oportunidades, durante toda la explicación del profesor, en las que, por norma general, no hubieran dudado en hacer bromas crueles sobre mi aspecto, pero nadie ha abierto la boca..., ni siquiera cuando han hablado sobre el oso polar.

En el primer descanso, antes de llegar al baño en el que suelo esconderme, alguien se dirige a mí.

—¡Espera! —Miro hacia atrás y veo venir corriendo a una chica con un papel en la mano. Imagino que no se dirige a mí y continúo avanzando. Lo raro es que sólo estoy yo en el pasillo y delante de mí no hay nadie—. ¡Vanessa! —Al oír mi nombre, me detengo. Antes de poder reaccionar, ya la tengo a mi lado—. Hola, disculpa que te moleste.

—Ho... la... —No sé decir más. Tampoco quiero darle pie a nada. Después de lo que pasó con Carla, no pienso volver a confiar en nadie.

—Perdona que te pida esto, pero no te haces una idea de lo ilusionada que



estoy. —Me entrega un sobre—. Podrías darle esto a... bueno, ya sabes.

—No, no sé. —No entiendo nada. Tampoco me atrevo a coger el sobre, seguro que tiene algún artículo de broma o lleva algún tinte que ensucie mis dedos.

—Tú eres amiga suya, ¿no?

—Amiga, ¿de quién? —Estoy totalmente confundida.

—¡De Jonathan Giovanni! —Pone ambas manos sobre su pecho—. Has salido en todas las revistas y cadenas de televisión. He visto cómo ayer subías a su coche y, según han comentado, hasta comiste con él.

—¿Qué? —Mi pulso se acelera. No proceso lo que acabo de oír—. ¿Televisiones...? ¿Revistas...? —Me cuesta hablar. Si está diciendo la verdad, miles de personas me habrán visto.

—¡Sííí! Mira. —Saca su teléfono y me muestra algunas fotos. Efectivamente es cierto. Hay cientos de fotos más y de Andy junto a Giovanni en varios medios de comunicación, incluso hay algunas hechas en el restaurante. Algún periodista debió de colarse sin que nos diéramos cuenta.

—Mierda... —susurro. No puedo creer lo que estoy viendo.

—Se rumorea que sois pareja —añade emocionada—. ¿Es cierto?

—Se rumorea, ¿qué? —No salgo de una cuando me golpea con otra.

—Que estáis saliendo juntos.

—¡No! —respondo sin dudar.

—Vamos, no mientas. Una amiga de Tamara me dijo que ella estuvo en la exposición y que, por cómo te trató, cree que es cierto.

—¡No! —Lo niego de nuevo.

—Bueno, mejor entonces. Me encanta saber que sigue disponible. —Ríe—. Dale esto, por favor; me gustaría que leyera la carta que le he escrito y, si pudieras conseguir una foto suya firmada, me harías la mujer más feliz de la Tierra y te lo agradecería eternamente. —Pone el sobre en mis manos, pero estoy tan aturdida que apenas sé lo que estoy haciendo—. No te molesto más.

Gracias y que tengas un buen día. —Se aleja, dejándome sola con mi confusión.

—¡Qué sorpresa! Parece que la modelito ha decidido volver. —La voz de Tamara me saca de mi estado—. Todavía no entiendo qué ha visto ese fotógrafo en ti. Antes admiraba su trabajo, pero me ha decepcionado tanto su reciente mal gusto que he perdido el interés por él. Seguro que muchas piensan igual que yo. —Se limpia las uñas mientras me habla—. Empiezo a sentir lástima por ese hombre, vas a arruinarle la carrera.

—Cualquiera diría que estás celosa. —Siento tanta rabia por todo lo que está diciendo que no puedo evitar contestarle.

—¿Celosa de ti? —Se carcajea—. ¿Tú te has visto? —Me mira de arriba abajo con desprecio—. ¡Antes me corto las venas! —Se troncha de risa de nuevo—. Aunque, por lo que veo, tú también piensas lo mismo. —Señala mis muñecas y me doy cuenta de que una de mis mangas está más alta que la otra y deja al descubierto algunos de mis cortes—. Qué difícil debe de ser tener tu cara. ¡Engendro!

La campana suena y se marcha.

Mientras observo, impotente, cómo se aleja, la vista me falla y siento arder mi cabeza. Los párpados me pesan, al igual que mis extremidades, y busco un sitio para sentarme. Con el sobre de la chica, me abanico y proyecto un poco de aire hacia mi cara y espero a que el mareo desaparezca. Últimamente esta desagradable sensación me está acompañando bastante. Debe de ser por la dieta. Una vez leí que una mala alimentación puede causar mareos. Tengo que tener más cuidado y esforzarme por comer sano.

Cuando me encuentro mejor, regreso a clase. Al llegar, la puerta está cerrada y puedo oír al profesor dando la explicación. La idea de tener que cruzar toda el aula cuando los alumnos ya están dentro me aterroriza tanto que decido dejar pasar la clase. Prefiero perderla antes que pasar por eso. Camino hasta el parque y saco mi teléfono para comprobar si me ha escrito Andy, pero

todavía no hay ningún mensaje suyo. Cuando estoy volviendo a guardar mi móvil, suena.

Vane, cariño. He estado con Gio (se ha puesto un pantalón ajustado que quita el hipo). Me ha dicho que la sesión será un par de horas más tarde de lo acordado. Ha tenido que salir a hacer unas gestiones. Un besito, nos vemos después.

—Dos horas más de tortura... —me digo disgustada.

Calculo el tiempo y, cuando llega el cambio de clase, acudo de nuevo al centro. Mientras los demás hacen su descanso, entro, me acomodo en mi lugar y espero a que vuelvan.

Durante la nueva clase, no puedo dejar de pensar en las palabras de Tamara... ¿Y si lo que dice es verdad? ¿Y si, por hacerme esas fotos, Jonathan Giovanni arruina su carrera? Aunque sean para Andy, llevarán su firma y la gente sabrá que las ha hecho él.

—Vanessa —el profesor reclama mi atención—, te aconsejaría anotar esto, es bastante importante.

Miro mi mesa y me doy cuenta de que ni siquiera he preparado el material para tomar apuntes. Me giro para sacar unas hojas de la mochila... cuando de pronto todos comienzan a gritar al unísono.

## Capítulo 20

—¡Dios mío!

—¡Ahh! ¡No lo puedo creer!

Oigo cómo arrastran las mesas y las sillas a la vez.

Me giro asustada sin saber qué me voy a encontrar, y me quedo totalmente inmóvil al ver a Giovanni asomado en la puerta.

—¡¡¡Me muerooo!!!

—¡Es él!

—¡Tengo que estar soñando!

Las chicas parecen enloquecer.

—¡Es el fotógrafo!

—¡Llévame contigo!

—*Buongiorno* —saluda al ver la emoción, y los gritos se vuelven mucho más intensos.

—¡¡Qué guapo es!!

Varias chicas se lanzan sobre él y soy testigo de cómo lo abrazan, sacan sus teléfonos y le hacen fotos. No entiendo por qué está en mi universidad, en mi facultad. ¿Qué hace aquí?

Poco a poco el aula se llena de alumnos de otras salas que han venido al oír los gritos y, al encontrarse con el italiano, hacen lo mismo que mis compañeras.

Durante varios minutos lo rodean y prácticamente dejo de verlo. Sólo sé que sigue ahí por su largo flequillo. Al ser más alto que los demás, sobresale por encima de sus cabezas.

Pasados unos minutos, y tras la insistencia del profesor para que todos se

calmen, el italiano se abre paso entre ellos y viene hacia mí. A medida que se acerca, mi respiración se corta. Todos lo siguen con la mirada y mi primer instinto es huir. No quiero que sus ojos lleguen hasta mí.

—Vanessa, *amore mio* —me nombra y sonrío.

—Mierda —farfullo. Está haciendo lo mismo que en la sala de exposición con Tamara.

—Vámonos. Alessandro nos está esperando.

Me tiende su mano para que se la tome y, al ver la cara de incredulidad que tienen todos mis compañeros, no puedo resistirme y le sigo el juego. Quizá no esté tan mal darles un poco de envidia. Por primera vez siento que desearían estar en mi lugar y esa sensación me gusta.

—No lo hagamos esperar, entonces. —Me levanto y, mientras recojo mi chaqueta, Giovanni alcanza mi mochila y la cuelga en su hombro. Seguidamente pone su mano en mi cintura y, al notar su cercanía, inspiro profundamente. Todavía no me acostumbro a su contacto.

—Tranquila, *ragazza* —susurra cerca de mi oído y me empuja para que camine. Levanto la vista y compruebo que todos nos están mirando, atónitos. Se apartan a nuestro paso y nadie dice ni una sola palabra. Es como si se hubieran quedado mudos.

—Lamento *l'interruzione* —se dirige a mi profesor, que está igual de sorprendido—, pero necesito llevarme a Vanessa. Mañana estará de vuelta.

—Sí... Yo... mañana regreso... —No deja que termine de excusarme, pues tira de mí y salimos del aula.

En el pasillo todas las miradas se centran de nuevo en nosotros. Algunos cuchichean y, al notarlo, Giovanni pasa su brazo por encima de mis hombros, se acerca a mi cuello y me susurra.

—Sonríe, *ragazza*. —El calor de su aliento hace que el vello de mi nuca se erice y temo que se dé cuenta—. Relájate y disfruta del momento.

—Gracias —respondo mientras trato de ignorar algo que da vueltas en mi estómago.

Nunca nadie se había tomado tantas molestias conmigo y me siento muy agradecida. Es extraño, pero, cuando él está cerca, lo que hagan o digan los demás no me importa tanto.

—Miradla, y parecía tonta.

La voz de Tamara se mete en mis oídos. Giovanni cierra los ojos, inspira profundamente y se detiene. Estoy segura de que la ha reconocido.

—No entres en su juego —hablo bajito para que Tamara no me oiga—. Es lo que quiere.

—Tarde.

Se gira y la busca con la mirada.

—Estoy aquí —responde ésta al darse cuenta de que no la encuentra—. ¿Ya no te acuerdas de mí?

—¡Oh!, disculpa —responde sonriente—. Me cuesta mucho reconocer a las personas que tenéis un rostro tan común.

—Ya veo, y por eso prefieres a las deformes.

Me mira con asco y cruza los brazos sobre su pecho, victoriosa.

—Si prefiriera a las deformes, me habría quedado contigo, ¿no crees? Sólo hay que ver tu cara. —Tamara abre la boca dispuesta a decir algo, pero la cierra sin decir nada—. Mírate. Llevas cientos de capas de productos sobre ella. ¿Qué escondes? ¿Hay algo que no quieres que veamos?

Se oyen risas de fondo y su respiración se hace sonora.

—Tú... eres... —Lo señala con el dedo—. Tú... Os arrepentiréis de esto —nos amenaza.

—Permíteme un consejo —interviene de nuevo Giovanni, sin quitarle el ojo a su dedo e ignorando su advertencia—. Además de lavarte más a menudo la cara, deberías cuidar tus manos... parecen cocidas en agua hirviendo.

Las esconde rápidamente. Hasta ahora no me había fijado, pero es cierto... están completamente arrugadas. Oigo varias carcajadas y me río yo también. Sé que está mal lo que está haciendo Giovanni, pero he sufrido tanto por culpa de Tamara que lo merece.

—¡Manos de sapo! —grita alguien—. ¿Duermes con ellas dentro del agua?

—¡Qué asco! Seguro que las tiene rugosas por el sudor.

Una lluvia de burlas cae sobre ella.

—Vámonos de aquí, *ragazza*. No perdamos más tiempo.

Me acerca más a él y, mientras salimos, oigo cómo Tamara llora intentando defenderse. Siento pena, pero a la vez alivio. Espero que, después de esto, sea capaz de entender cómo me siento y por fin deje de hacerme daño a mí y a los demás.

Caminamos hasta el coche y muchas de las alumnas que hay en la calle lo reconocen. Algunas lo llaman, pero las ignora. Alessandro, al vernos llegar, abre la puerta del todoterreno para que subamos y, mientras lo hacemos, detiene a las chicas que nos siguen.

—Tener que soportar esto todos los días debe de ser agotador —comento mientras me coloco en mi asiento y oigo cómo varias manos golpean las ventanillas. Lo bueno es que son tintadas y no pueden vernos.

—Un poco, sí.

Se sienta a mi lado al tiempo que le pone el seguro a la puerta. Una de sus fans está intentando abrir.

—Oye —me mira cuando le hablo—, ¿cómo sabías que estaba aquí? —La curiosidad me puede.

—Andy —Ríe—. Tienes un *amico* muy suelto de lengua. Cuando se pone nervioso, lo cuenta todo.

—He debido imaginármelo. —Me abrocho el cinturón y el vehículo comienza a moverse—. De todas formas, muchas gracias por lo que has hecho. Ha sido divertido. —Le sonrío y desvía su mirada a mi boca. Cuando se da cuenta de que lo estoy viendo, disimula.

—Sí, lo ha sido. A este tipo de personas hay que recordarles de vez en cuando que nadie es perfecto.

Tras un instante mirando al vacío, mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca sus gafas. Las mira durante unos segundos para asegurarse de

que están limpias y, sin decir nada, se las pone.

—¿Gafas de sol en un coche con las lunas tintadas? —pregunto extrañada.

—Son para verte mejor —bromea.

—Suenas como el lobo de Caperucita. —Río.

—¿El que se quería comer a *la bambina* de la capucha roja? —Burlón, alza ambas cejas tras la montura negra y me doy cuenta de que, casualmente, mi chaqueta tiene capucha y es roja. Mis mejillas arden y rápidamente cambio de tema.

—¿Son... son graduadas?

—Sí y no.

—No entiendo.

—Digamos que me ayudan con mi visión.

—¿Tienes algún problema en la vista? —insisto.

—Eh... Sí y no. —Me queda claro que no quiere hablar de ello y desvío de nuevo el tema. No quiero incomodarlo.

—Creo que voy a decirle a Andy que ya vamos para allá, para que no desespere.

Asiente. Saco mi teléfono y le envío un mensaje a mi amigo. Tan pronto como lo recibe, me llega otro de vuelta dándome las gracias y diciéndome que ya está todo preparado. Espiro sonoramente y Giovanni me mira.

—¿Nerviosa?

—Mucho, la verdad —contesto casi al instante.

—No deberías estarlo. Ya viste ayer que no fue *complicato*.

—No es algo que yo pueda controlar, me pasa cada vez que tengo que exponerme o lidiar con gente.

—¿Me permites? —Coge mi mano sin darme tiempo a contestar y coloca su palma sobre la mía. Me mira a través de sus gafas y sonrío—. Quizá esto te ayude. Mi abuela me lo enseñó cuando era pequeño y, siempre que lo hago, funciona. Aunque, para ser sincero, es más efectivo si te lo hace otro. —Con su pulgar, busca un punto en mi muñeca y, cuando parece haberlo encontrado,



presiona firmemente durante varios segundos. Ignoro lo que está haciendo, pero le dejo continuar. Por algún motivo que desconozco, no me molesta. Al contrario, noto una placentera sensación de bienestar. Frota su mano con la mía y me observa atento—. ¿Te sientes mejor?

—Pues la verdad es que sí —afirmo sorprendida—. No es un gran cambio, pero sí que me alivia.

Continúa deslizando suavemente su dedo bajo mi manga y lucho contra la necesidad de cerrar los ojos. La sensación hace que casi pierda la fuerza de mi cuerpo. Contemplo con detenimiento todos sus movimientos y tengo que esforzarme para contener un suspiro de relajación. No tenía ni la más mínima idea de que esa parte de mi cuerpo era tan sensible al tacto. Su expresión cambia y rápidamente sé por qué. Intento apartarme de él, pero sujeta mi brazo en el último segundo. No dice nada y alza la manga de mi chaqueta, dejando al descubierto mis cicatrices. La vergüenza se apodera de mí e intento apartarme de nuevo, pero lo impide.

—Vanessa —aprieta los labios e inspira profundamente—, creí que tus cortes habían sido producto del momento tan duro que estabas atravesando el día que nos conocimos en la azotea, pero estas marcas son frescas. ¿Te autolesionas a menudo?

—Yo... —No sé qué contestar, pues me cuesta reconocer que sí, que lo he hecho algunas veces. No sé qué contestar. Lo único que quiero es que me suelte, para taparme.

Al ver que no tengo respuesta, intuye lo que está pasando.

—*Oh, bella ragazza*, esto no puede continuar así... Acabarás autodestruyéndote.

—No es algo que deba preocuparte.

De un nuevo tirón, consigo liberarme y, con cuidado, bajo mi manga. Aunque mis heridas están mucho mejor, todavía me molestan.

—¿Tu *amico* sabe esto?

—No, Andy no sabe nada, y te agradecería que siguiera siendo así. No

quiero preocuparlo por una tontería.

—Vanessa, esto no es una tontería.

—Por favor, no quiero seguir hablando del tema —le corto, y vuelvo a ponerme nerviosa.

—Está bien, como quieras. Pero te aconsejo que vayas pensando en un *pretesto* para tu *amico*, porque he estado viendo todos sus vestidos y ninguno tiene mangas.

—¿Qué?

No había pensado en ello.

En ese momento el coche se detiene y, al mirar por la ventanilla, me doy cuenta de que ya hemos llegado.

## Capítulo 21

—No puedo hacerlo —digo angustiada. Soy incapaz de despegar mi cuerpo del asiento.

Giovanni se quita las gafas y me mira fijamente.

—¿Estás segura?

—Completamente —respondo con la mano en el pecho. Comienza a faltarme el aire.

—¿Qué temes, Vanessa?

—No quiero que... no quiero que Andy, ni nadie... —Miro mis brazos y varias imágenes acuden a mi mente—. Tu equipo lo verá... y Andy... Tengo miedo de que me odie por esto. —Trago saliva—. Pensará que estoy loca. No querrá saber más de mí y se apartará. ¡Me quedaré sola! —El mero hecho de pensarlo me duele. No podría seguir sin él a mi lado. Es mi mayor apoyo.

—¡Cariiii! —Oigo cómo se acerca—. ¡Qué bien que ya hayas llegado! —Viene hacia el coche—. Lo han dejado todo precioso. ¡Te va a encantar!

—No... no, no puedo. —Mi respiración se acelera—. No puedo... Lo siento mucho, Jonathan, de verdad que lo siento, pero no puedo.

—Vanessa. —Arruga la frente con preocupación al ver el estado de nervios en el que me encuentro. Se coloca frente a mí y me coge una mano—. *Calmati, ragazza*. —Apenas le oigo. Busca con su pulgar el punto que anteriormente presionó en mi muñeca, pero esta vez no funciona.

—Quiero volver a casa. —Mi barbilla tiembla. Es la mayor crisis de pánico a la que me he enfrentado hasta ahora—. Sácame de aquí. Sólo necesito que me lleves una calle más abajo. Cogeré un taxi donde sea. —Andy mueve

la manilla de la puerta, pero, al estar el seguro echado, no puede abrir—. Por favor, por favor —suplico.

—Un momento —le dice Giovanni desde dentro como si no pasara nada—. Salimos enseguida. *Avisa per favore* a mis chicos para que vayan preparando la iluminación.

—No... —susurro con un gran nudo en la garganta.

—¡De acuerdo! —Veo cómo Andy se aleja y comienzo a sentir unas terribles ganas de llorar. ¿Por qué le ha dicho eso? ¿Por qué no me ayuda?

—*Merda!* —Resopla mirando al suelo y segundos después eleva la mirada de nuevo—. Vanessa —sujeta mi barbilla y tira de mí hasta que nuestros ojos se encuentran—, Alessandro te llevará hasta casa, *okey?* No voy a *consentire* que te vayas sola en el estado en el que estás. —Ahora entiendo por qué le ha dicho eso a mi amigo: quería ganar tiempo—. Esto no parece haber sido buena idea. —Niega con la cabeza, se gira para abrir la puerta y Andy vuelve a mi mente.

«Le voy a fallar —me digo—. Se llevará una gran decepción.» Ese pensamiento hace que mi estado empeore y la culpabilidad me mata.

—Espera —sujeto su brazo y, sorprendido, mira mis manos—. Por favor —cierro los ojos con fuerza—, por favor... —repito angustiada—... dale una oportunidad a mi amigo. Sé que teníamos un trato, pero... —sorbo por la nariz —... no imaginas lo emocionado que está con todo esto. No lo condenes sólo porque yo no sea capaz de entrar ahí y sentarme delante de toda esa gente. Entiende que no puedo, es demasiado para mí. —Me seco un par de lágrimas rápidamente—. Puedo pagar a una chica para que ocupe mi lugar, tengo algunos ahorros para mis estudios; son pocos, pero estoy segura de que, siendo tú el fotógrafo, cualquier modelo aceptará el encargo.

—Vanessa... —Inspira profundamente y se frota la cara. Parece cansado.

—Te lo ruego —insisto.

—No lo entiendes. —Sonríe sin ganas—. Esto no es por Andy.

—¿Cómo?

—No acepté por tu *amico* —repite, y sigo sin comprender. No entiendo a dónde quiere llegar.

—¿Puedes explicármelo mejor?

—No. No es algo que se pueda explicar. —Me mira fijamente—. Creo que... —Pestañea pensativo, como si una idea estuviera cruzando su mente—. ¡Creo que sé cómo hacerlo! —Se levanta del asiento, asustándome—. Tu mayor miedo es que vean tus lesiones, ¿cierto?

—Bueno, ahora mismo, sí. —Realmente en este momento es lo que más me preocupa.

—¡Vamos! —Abre la puerta y lo miro asustada. No sé qué está pasando por su cabeza—. Sé cómo hacerlo. Te prometo que nadie verá tus brazos. Confía en mí. —Me tiende su mano para que se la tome.

—Pero...

—¡Confía!

Parece tan seguro que la cojo sin pensar y, sólo cuando percibo su tacto, me doy cuenta de lo que estoy haciendo, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás de nuevo. Sólo me queda confiar en él.

Salimos del todoterreno y caminamos rápido hacia la sala. No me suelta ni por un segundo; al contrario, aprieta mi mano con fuerza, como si no quisiera que me soltase. Bajamos los escalones tan deprisa que tengo miedo de caerme y, con la mano libre, me sujeto a la barandilla. Al darse cuenta de ello, aminora la marcha.

—¡Ay, ya están aquí! ¡Qué nervios! —Andy nos ve y se dirige hacia nosotros—. Cari, estoy disfrutando como nunca. ¡Sin duda estoy hecho para esto! —Se gira y da varias palmadas—. ¡Chicos! ¡Chicos! —se dirige a las profesionales que ya están aquí—. Cada uno a su lugar. La reina ha llegado.

—Hola. Mi nombre es María y voy a ser quien se encargue de tu maquillaje. He traído varios por si alguno te provoca alergia. —Una chica preciosa se acerca a nosotros y besa mi mejilla.

—Hola, Vanessa. Yo soy Julio. Arreglaré tu cabello. —Hace lo mismo que

la chica y me sonrío.

Uno a uno, el equipo de Giovanni se va presentando. Todos parecen ser muy agradables, pero, como es habitual en mí, no confío en nadie. Siempre estoy a la defensiva y espero la humillación en cualquier momento. Me hablan como si me conocieran de toda la vida y sus manos me tocan con confianza.

—¿Qué te parece si empezamos por un recogido despeinado? —Alza mi cabello y espera la respuesta de Giovanni.

—Sí, me gusta. Tiene un cuello precioso y hay que mostrarlo.

—¡Gio! —Andy lo llama desde atrás—. ¿Empezamos con éste o con éste? —Le muestra dos vestidos.

—Con el azul —responde, y me mira sonriente—. Me trae buenos recuerdos. —Me fijo en él y me doy cuenta de que es muy parecido al que llevé a la sala de exposición, sólo que éste no tiene mangas.

—Vamos, cari, toca cambiarse.

Al oír a mi amigo, mi respiración se corta. Miro rápidamente a Giovanni, quien ya tiene sus ojos puestos en mí, como si supiera que ésa iba a ser mi reacción.

—Tere —llama a la chica de iluminación—, acércale a Vanessa esa bata, por favor. Hace frío aquí.

La chica hace exactamente lo que le ha pedido y por el instante me siento aliviada. Sólo espero que tenga otro plan para cuando tenga que quitármela.

Entro en una pequeña habitación y me cambio de ropa. El vestido se ciñe a mi cuerpo como si Andy lo hubiera creado expresamente para mí. Es tan bonito que hasta podría creer que me veo bien con él. Al ser un camerino improvisado, no hay ningún espejo que me arruine el momento. Parece un cuarto de limpieza, pero, para cambiarme sin avergonzarme de mi cuerpo delante de los demás, me sirve.

Cuando termino, me anudo la bata a la cintura y salgo. En medio de la sala han colocado una silla y hay cuatro personas esperándome. Hacen un gesto para que me acerque y, nerviosa, voy hasta ellos. Me acomodo y, un segundo

después, ya están arreglando mi pelo, maquillando mi cara y haciendo mis uñas. No estoy nada cómoda, pero me esfuerzo por parecerlo. No quiero hacerlos sentir mal.

Giovanni no se aparta de mí ni un instante y dirige a María. Insiste en que el maquillaje debe ser lo más natural posible y no deja que cambien el color de mis pestañas, ni el de mis cejas. Al contrario, le pide que las resalten.

A cada rato se preocupa por mí y me pregunta cómo me encuentro. Cuando acaban, con mucha sutileza, los aparta.

—Buen trabajo, chicos, ha quedado *perfetta*. Sentaos por allí mientras hago algunos disparos. No quiero ver ninguna sombra en la lona. —Todos se alejan varios metros y me guiña un ojo—. Dame tu bata. —Lo miro preocupada—. Sin miedo, no se acercarán. —Habla despacio. Con mucho reparo, se la entrego y miro mis brazos. Me siento demasiado expuesta y no me gusta. Al notarlo, me habla de nuevo—. Pon tus manos de manera que esa parte quede oculta. —Lo intento, pero no sé cómo hacerlo. Se da cuenta y, con cuidado, agarra mis muñecas y me ayuda.

—Gracias —respondo bloqueada. No sé qué tiene su roce, pero, cada vez que nuestras pieles se tocan, mi corazón se resiente.

—Así está bien de momento. —Se aparta, saca sus oscuras gafas y, antes de ponérselas, se da cuenta de que lo estoy observando—. ¿Recuerdas? Son para verte mejor. —Repite la frase que dijo en el coche y consigue sacarme una sonrisa en medio de mi nerviosismo. Justo en ese instante, aprieta el botón de la cámara y el *flash* golpea mi cara. —*Meravigliosa*, Vanessa. Presiento que ésta se convertirá en la mejor foto. —Pulsa varios botones más y mira fijamente a una pequeña pantalla—. *Splendida*. Te ves muy *naturale*. Después te la muestro. —Sitúa el objetivo frente a mí y oigo cómo dispara—. Relájate —dice tras la cámara—. Tu postura se ve muy forzada.

—Lo intento —digo con los dientes apretados. No quiero moverme.

—No, Vanessa. —Se detiene un segundo—. Tu mandíbula no debe estar tensa. Deja caer el mentón. Así... —Cuando alzo la mirada para ver cómo lo

hace, me doy cuenta de que, aunque los chicos están lejos, todos tienen sus ojos puestos en mí—. Vanessa... Vanessa... —Al ver que estoy más pendiente de su equipo que de él, se gira hacia ellos e interviene—. Salid unos minutos, *per favore*. Distráis a mi modelo y necesito toda su atención. Os avisaré en el siguiente cambio. —Lo miro y se encoge de hombros—. Los dos solos trabajaremos mejor. —La palabra «solos» retumba en mis oídos y me siento rara.

Veo cómo se marchan y, cuando por fin la puerta se cierra, me giro hacia él. Lo sorprendo mirándome y carraspea.

—Si sigues mis indicaciones, terminaremos pronto y, si quieres, podrás volver a clase.

—No tengo ninguna prisa —respondo con sarcasmo, y veo cómo coloca cerca de mí su cámara.

—Cuéntame algo más sobre tu vida. —Gira algunas ruedas del objetivo para enfocarme—. ¿Qué planes tienes para el futuro?

—Ninguno. —Espiro y capto el momento exacto en el que captura otra imagen—. El futuro no está hecho para mí.

—No te creo. Algo tendrás pensado. ¿A qué te quieres dedicar? —Vuelve a fotografiarme. Conversa conmigo para que me relaje.

—Ni siquiera estaba en mis planes vivir hasta aquí, así que no te puedo responder a eso.

—¿Y para qué estás estudiando una carrera, entonces? —Sigue disparando desde distintos ángulos.

—Pues la verdad es que ni lo sé. —Miro al vacío por unas décimas de segundo—. Supongo que por presión. He abandonado mis estudios en varias ocasiones, pero siempre hay alguien que me obliga a retomarlos... Mi abuelo, Andy... —Hago una pequeña pausa—. Empecé muy ilusionada, pero, viendo el trato vejatorio al que me sometían sin ninguna razón, fui perdiendo todo el interés. ¿A quién quiero engañar? Nadie me contratará nunca. La sociedad no está preparada para bichos raros como yo.



—Tú no eres ningún bicho raro. —Se detiene—. No me gusta que hables así. —Se quita las gafas—. Tampoco veo necesario que esperes a que nadie te contrate. ¿Por qué no montas tu propio negocio?

—Ojalá fuera tan fácil como lo pintas... Para montar una empresa, se necesita una gran cantidad de dinero que yo no tengo. A duras penas nos alcanza para vivir con lo que me envía mi abuelo. Y, para colmo —dudo por un instante, pero finalmente se lo cuento—, nos sacarán del edificio en unos días y todavía no he encontrado nada que se ajuste a nuestro limitado presupuesto. Todos los apartamentos que he estado mirando en Internet son mucho más caros.

—Vanessa, una pregunta. —Arruga el entrecejo, pensativo—: Viendo la situación en la que estás, si alguien te ofreciera un empleo, aunque no fuera relacionado con tu futura profesión, ¿aceptarías?

## Capítulo 22

—Si todo fuera normal, aceptaría cualquier cosa decente que me permitiera mantenerme sola. El problema es que, por mi condición, tengo algunas limitaciones.

—¿Limitaciones de qué tipo? No estás discapacitada.

—Cara al público, por ejemplo. No podría trabajar en nada que exigiera un trato directo con clientes.

—¿Por qué?

—A la vista está... —Finjo una sonrisa mientras me señalo.

—No sigas por ahí, Vanessa. Tú eres muy hermosa.

—Y tú estás muy ciego —bromeo, y hace un extraño gesto con la cara. Siento que he dicho algo que no debería, pero continúo—. Ya estoy aguantando demasiada mierda en la universidad como para tener que soportar también a los clientes. —Pienso por un momento en cómo sería y sacudo la cabeza para eliminar esa imagen de mi mente. Ni siquiera puedo imaginarlo sin sentirme mal—. Además, sólo puedo optar a puestos donde esté sola. Si tuviera compañeros, pasaría lo mismo..., sobre todo si son varios.

—Comprendo lo que quieres decir, pero no comparto tu idea. —Mira al vacío durante un par de segundos—. ¿Cuánto tiempo te queda para terminar tus estudios?

—Unas semanas.

—Entonces tienes que seguir. Sería una locura dejarlo ahora.

—Sí, lo sé. Aunque a veces, por la presión, he estado a punto de abandonarlo todo. —Espiro—. Este año está siendo especialmente duro, pero comprendo que debo obligarme a finalizar para no sentir después que he

perdido el tiempo. Estoy demasiado cerca y, además, Andy me mataría si no lo hiciera. —Sonrío para aliviar la tensión de la conversación.

—Cada día me cae mejor tu *amico*.

—Pues no digas eso muy alto, como te oiga, estás perdido, créeme.

Se carcajea y el sonido de su risa me resulta tan agradable que no me importaría estar escuchándolo todo el día. Pulsa el botón de la cámara en ese instante y pestañeo. Me había olvidado por completo de que estamos en medio de la sesión.

—Lo tendré en cuenta, entonces —responde todavía sonriente—. Ahora necesito que cambies de *posizione*. —Pone su mano en mi cintura y me presiona ligeramente contra él. Intento ignorarlo, pero no puedo, su aroma lo hace imposible. Suelta la cámara sobre su pecho y queda colgada de su cuello por una cinta negra. Con cuidado, retira un mechón de mi cabello y lo coloca detrás de mi oreja—. Así mejor. —Lo hace con tanta delicadeza que noto una pequeña corriente eléctrica recorrer mi espalda. Lo miro con atención y dejo que continúe. Pasa los dedos por mi mentón con suavidad e inclina mi cabeza—. Cierra los ojos, Vanessa —susurra, y el calor de su aliento llega a mis labios. Acerca su rostro al mío y, cuando espero otra cosa, noto un ligero pellizco en mi mejilla. Me sobresalto e intento apartarme, pero me sujeta contra él—. Espera, todavía está ahí.

—¿El qué? —pregunto confusa.

—Tienes una pestaña bajo tu ojo. Deja que te la quite. —Al entender lo que está pasando, mi cuerpo se relaja y uno de los tirantes del vestido se desliza por mi hombro. Lo sigue con la mirada y rápidamente pongo mi mano sobre mi pecho para evitar que quede al descubierto. Ese gesto lo hace reaccionar y se aparta, nervioso—. Creo que... Creo que de-deberíamos lla-llamarlos ya pa-para... —tartamudea—. Es mejor que empecemos con las tomas siguientes.

—Sí —digo avergonzada, al tiempo que pongo la tira de tela de nuevo en su lugar.

«¿Por qué he pensado siquiera que...? No, no, no...» Borro esa idea de mi

mente. Es tan improbable que mi cabeza ni siquiera me permite seguir visualizándolo. Eso jamás ocurrirá.

—Voy a buscarlos.

Mientras camina hasta la puerta, lo sigo con la mirada.

«¿Qué diablos me pasa?» Su cuerpo llama demasiado mi atención. La camisa que lleva se ajusta a su espalda como si fuera un guante y le queda perfecta. Al bajar la mirada, viene a mi mente el mensaje de Andy. El pantalón le sienta tan bien como lo describió. Nunca me he fijado en ningún chico, pero con él es diferente. Creo que disfruto observándolo.

Durante las siguientes dos horas, todo viene a ser lo mismo, menos los momentos en los que Giovanni y yo nos quedamos solos. Algo ha cambiado desde lo ocurrido con la pestaña y hay mucha tensión entre nosotros. Ya no fluye la conversación como antes.

Cuando acabamos y por fin puedo ponerme mi ropa, siento un gran alivio. Como me prometió, nadie ha descubierto mis cortes y le estoy muy agradecida por ello.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —Giovanni me habla mientras Andy se despide del equipo. Ha hecho amistad con ellos y quiere sus números de teléfono para poder seguir en contacto.

—Bueno, no ha sido fácil tampoco, pero reconozco que creía que sería peor. Sólo espero que esas fotos no las vea mucha gente.

—Ups. Siento decirte que eso será *complicato*. —Levanta una ceja—. Hoy mismo publicaré varias de estas imágenes en mis redes sociales y tengo más de treinta millones de seguidores.

—¿Qué? ¡Arruinarás tu carrera! —Sin pensarlo, repito las palabras de Tamara.

—¿Arruinar mi carrera? —Alza la frente, divertido—. ¿Por publicar unas fotos tan fantásticas?

—Esas fotos podrían cambiar la imagen que tienen tus fans de ti. Por favor, no lo hagas. Me sentiría muy culpable si comenzaras a recibir críticas por...

—Chist... —Me obliga a callar poniendo uno de sus dedos en mis labios—. Vanessa, tranquila. Deja de imaginar cosas raras. Ha sido una de las mejores sesiones que he hecho hasta ahora y Andy será reconocido. Es una gran oportunidad para él.

—No lo entiendes —insisto. Quiero que se dé cuenta del error que va a cometer—. No puedes. —Mi vista comienza a fallar y pestañeo intentando recuperarla—. No puedes... —Trato de conjugar la frase de nuevo, pero no puedo. La mandíbula me pesa demasiado. «Mierda, ahora no», me digo al ser consciente de lo que está pasando. De nuevo ese dichoso mareo.

—¿Te encuentras bien? —Pone su mano en mi hombro.

—Sí... es sólo que... —Me inclino hacia delante, intentando recuperar el aliento—. Es sólo...

—¡Vanessa! —Me sujeta justo en el instante en el que mi cuerpo cae—. ¿Vanessa? —Oigo su voz, pero no puedo contestarle—. ¿Estás bien? —Asiento para que no se asuste más. Esta vez el mareo está siendo más fuerte que los anteriores.

—¡¡¡Vaneeee!!! —grita Andy—. ¡Ay, mi Vane, que se me muere! ¡Llamad a una ambulancia! ¡O a un médico! ¡O a quien sea!

—Estoy bien —logro decir con esfuerzo. Abro los ojos y, aunque el suelo me da vueltas, puedo verlos a todos acercándose—. Estoy bien —repito avergonzada, mientras intento mantener el equilibrio.

—No. No estás bien —responde Giovanni, preocupado.

—Tranquilo. Dame un minuto. —Pongo las manos sobre mi frente—. Ya me ha ocurrido otras veces y enseguida se me pasa.

—¿Te sucede a menudo? —pregunta extrañado.

—Desde hace unos días. Debe de ser estrés.

—¿Hay algún centro médico cerca? —le pregunta a Andy.

—Sí, a dos manzanas —contesta.

—Sólo necesito ir a casa —le quito importancia—. En cuanto duerma unas horas, se me pasará.

—Me quedaré más tranquilo si te hacen un chequeo.

—No te preocupes, de verdad. Ya me encuentro mejor. —Sonrío para hacerlo más creíble—. Andy, ¿me llevas a casa? Se está haciendo tarde.

—No, Vane. No hasta que te visite un médico. Opino igual que Gio.

—Pero... —los miro a los dos—... de acuerdo. —Sé que no van a dejar de insistir hasta que lo consigan.

Al intentar caminar, mis piernas flojean y rápidamente Giovanni pasa su brazo por mi cintura para sujetarme. Apoyo la cabeza en su pecho y me dejo guiar. Estoy empezando a marearme de nuevo.

Sé que nos movemos, pero no siento el suelo bajo mis pies. Es como si estuviera drogada. Subir los escalones para salir al exterior me cuesta más de lo que creía.

Nada más cruzar la puerta, y aunque hace un día soleado, aparecen una gran cantidad de destellos.

—*Merda!* Los que faltaban —suelta Giovanni, y acelera el paso tirando de mí. Levanto la mirada y descubro a varios periodistas a ambos lados de la calle apuntándonos con sus cámaras. Intentan acercarse más a nosotros, pero Alessandro y varios hombres más los detienen.

Andy abre la puerta del coche y entre Giovanni y él me ayudan a subir.

—Gracias —acierto a decir.

Me recuesto en el asiento y apenas recuerdo nada más hasta que llegamos a la clínica. Dos chicas vestidas de azul vienen hasta nosotros con una silla de ruedas y piden a Giovanni y a mi amigo que esperen fuera. Me conducen hasta una pequeña sala donde hay una doctora y, tras revisarme, ordena que me hagan unos análisis. Una hora después, la doctora regresa con unos papeles en la mano y me hace varias preguntas.

—Últimamente te sientes más cansada, ¿no es así?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Notas fatiga?

—Sí...

—¿Estás comiendo correctamente?

—Quizá falle en eso —confieso. Parece adivinarlo todo—. Estoy siguiendo una dieta y no me alimento como debería.

—Lo imaginaba. Puedo ver que estás muy baja en todo. —Pasa a la siguiente hoja, lee por encima y me mira—. ¿Por qué estás a dieta? ¿Sientes que deberías perder peso?

—Sí, la verdad es que me sobran algunos kilos.

—¿Cuánto pesas? —Se lo digo y arruga la frente—. Ya —añado al comprender su expresión—... según mi báscula estoy por debajo de esos kilos, pero debe de estar rota, el espejo no miente.

—¿Tienes problemas de algún tipo?

—¿Problemas? Yo, bueno...

No sé qué responder. No tengo suficiente confianza con ella y me resulta difícil hablarle de mis cosas. No sabría por dónde empezar.

—Tomaré eso como un sí. —Anota algo.

—No, espere. No tengo —miento. Quiero irme a casa y temo que, por esa razón, el tiempo de espera en la clínica se alargue.

—Vanessa —gira uno de los folios para que lo vea—, tengo aquí un apunte preocupante de la enfermera. Cuando te han tomado la muestra de sangre, han visto tus cicatrices.

—Mierda... —Siento un fuerte calor en las mejillas. Estaba tan mareada que no he caído en ello—. Esto no es nada. —Intento salir al paso. No quiero que me internen porque crean que estoy chiflada—. Mi gato, mi gato me arañó jugando y...

—Si me mientes, no podré ayudarte.

—Mire, doctora, yo sólo he venido aquí porque estaba mareada — respondo a la defensiva y en un tono que no he usado nunca—. ¿Puede decirme de una jodida vez qué es lo que tengo? Me están esperando y llevo prisa. — No me reconozco. No suelo hablar así. ¿Qué le pasa a mi carácter?

## Capítulo 23

—Tranquilízate, Vanessa. No te sientas atacada, no voy a reprocharte nada. Tienes tus motivos para hacer lo que estás haciendo.

—¿Cómo?

Esperaba que me dijera otra cosa muy distinta. Cuando se asegura de que ha captado mi atención, prosigue.

—Tus mareos sin duda se deben a la falta de alimento. Si no le das a tu cuerpo los nutrientes que necesita, no esperes que funcione como es debido. —Intento hablar, pero continúa ella—. Deja que te explique un par de cosas y podrás irte, ¿de acuerdo? —No respondo. Sé que va a decirme algo que no quiero escuchar—. Cuando alguien viene a consulta en las mismas condiciones que tú, intuimos que algo no va bien. No voy a presionarte para que me lo cuentes, pero sí voy a explicarte lo que te está ocurriendo y por qué te sientes así. —Me dispongo a protestar, pero, con un movimiento de mano, me detiene—. Lo voy a dividir en tres fases para que lo entiendas mejor. —Aclara su voz—. La primera comienza con baja autoestima, rechazo hacia uno mismo y depresión. —Me mira—. Esto ocurre cuando otras personas se empeñan en hacernos daño sin ningún motivo o tenemos graves problemas familiares. Viendo que eres albina, me decantaría por la primera opción. Imagino que no te debe de estar siendo nada fácil convivir con ello. —Ha acertado de lleno en todo, pero prefiero no comentárselo—. Por desgracia, el mundo está lleno de ignorantes que, ante lo diferente, sólo saben atacar sin imaginar cuánto daño están haciendo.

—A veces sí lo saben... —Miro a un punto fijo, recordando algunos de esos momentos.



—La segunda fase es peor. Viene acompañada de una fuerte obsesión por cambiar aspectos de nosotros que no nos gustan, con la única intención de agradar a los demás para que nos acepten. En tu caso, dices que te has puesto a dieta —mira los papeles de nuevo—, pero te has centrado tanto en ello que, como sigas así, en vez de unos kilos vas a perder la vida. Los desórdenes alimenticios son muy peligrosos y hay que vigilarlos de cerca.

—Eso no es así —protesto—. Yo no tengo ningún desorden alimenticio. Me he puesto a dieta porque...

—Y aquí viene la tercera. —Sonríe apenada—. La fase de negación. En esta parte del proceso, aparecen las excusas y mentiras para intentar ocultar la verdad. Por supuesto esto trae más problemas y se entra en un estado de tristeza e irritabilidad continua difícil de manejar. Como es normal, esta nueva actitud aleja a quienes antes intentaban ayudarte y aparecen los sentimientos de soledad y culpabilidad. —Pestañeo y sigo escuchando. Está dando en el clavo—. Llegados a este punto y en función de la historia de cada paciente, muchos optan erróneamente por la autolesión para liberar el estrés y expresar el dolor emocional intenso. —Señala mis brazos y los escondo con disimulo—. Cada vez que te cortas, tu cerebro libera endorfinas para disminuir el dolor y por eso sientes alivio. —Hace una pausa para que piense en lo que me ha dicho—. Imagino que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que ese alivio es momentáneo y que después te quedas peor. —Aprieto los labios. Si respondo, será como aceptar lo que me está diciendo, y no quiero—. Si continúas así, te volverás adicta a las endorfinas y llegará un momento en el que, aunque no te sientas mal, necesitarás cortarte para liberarlas y entrarás en un círculo vicioso del que te será muy difícil salir. —Hace otra pausa para que procese lo que acaba de decirme. Sabe que está apretando la tecla correcta—. Estás a tiempo de parar, Vanessa. No tienes demasiadas cicatrices y apenas llevas unas semanas jugando con tu peso.

—Yo... —Necesito salir de la clínica y poner en orden mis pensamientos—. ¿Puedo irme ya? —Estoy asustada. Tiene razón, no puedo seguir así.

—Claro. No voy a impedírtelo, pero tendrás que venir a verme una vez por semana. —Anota algo y me lo entrega—. El jueves que viene te espero en mi consulta. Ahí tienes mi teléfono y también la dirección. Si te sientes mal antes de ese día o notas que tus pensamientos se vuelven demasiado oscuros, no dudes en llamarme. Estaré encantada de atenderte.

—Pero...

—Tranquila, no va a pasar nada. Sólo quiero que me vayas contando cómo te va. —Se pone en pie—. Y ahora no quiero entretenerte más; si mal no recuerdo, llevabas prisa. —Sonríe—. Hasta el jueves. —Me guiña un ojo y se marcha.

Miro mis brazos y pienso en sus palabras. Realmente tiene razón. Sabe de lo que habla, esto que estoy haciendo no está bien y, si continúo así, puedo acabar muy mal. He visto varios documentales por televisión y no quiero terminar como las personas que salen en ellos.

Me pongo en pie y camino hasta la sala donde me están esperando Andy y Giovanni. Por el camino, con disimulo, tiro el papel de la cita a una papelera. Es cierto que tengo que ponerle fin a esto, pero es algo que puedo hacer sola y no tengo necesidad de preocuparlos.

—¿Todo bien, cari? —Andy es el primero en llegar hasta mí. Parece preocupado.

—Sí, todo está bien.

—¿Cómo te encuentras? —Giovanni también pregunta.

—No os alarméis, todo está bien. —Sonrío para tranquilizarlos—. Es sólo que últimamente estoy comiendo fatal y el cuerpo me ha dado un aviso.

—¡Tú y tu obsesión por perder peso! —Andy me riñe—. Me vas a matar de un disgusto.

—¿Estás intentando perder peso? —Giovanni me mira extrañado.

—Sí, bueno... —Su pregunta me incomoda.

—¡Pero si estás muy delgada!

Lo miro confusa. ¿Cómo puede decir eso? Quiero creer que es porque no

quiere hacerme sentir mal.

—Estoy bastante cansada y, además, tengo que estudiar. —Cambio de tema—. ¿Podéis llevarme a casa?

—Claro —contesta el italiano.

—Vane, yo, si no te importa, me voy ya. —Revisa el teléfono—. He retrasado una videollamada a Londres y no quiero hacerlos esperar más. Es importante.

—No hay problema. Mañana me cuentas cómo te ha ido.

—¡Por supuesto! —Nos abrazamos.

—Podemos llevarte —se presta Giovanni.

—Uff, pues me haríais un gran favor.

Un par de minutos después, ya estamos de camino. Al llegar y antes de bajar del coche, Andy me lanza un mensaje amenazante.

—Espero que comas, que estudies y vayas a clase. No me hagas sufrir más, jovencita.

—Sí, mamá. —Río.

—A ti, Gio, te llamo mañana para concretar el envío de las fotos. ¡Estoy deseando ver cómo han quedado! ¡Las voy a presumir por todas partes! —Da palmaditas, emocionado.

—Llámame antes de las doce del mediodía. Después no podré atenderte.

Recuerdo que se marcha esta misma noche y me siento apenada. Quizá ya no vuelva a tener contacto directo con él nunca más. No hay nada que nos una. Mi trabajo con ellos ha finalizado.

Cuando Andy cierra la puerta, miro a Giovanni y nuestras miradas se cruzan. Nos hemos quedado solos en la parte trasera del vehículo y eso me hace sentir extraña. Es como si mi cuerpo no pesara.

—Bueno, pues... —se rasca la cabeza—... vamos a tu casa. —Parece estar como yo.

—Sí. —Sonrío y soy incapaz de decir nada más.

—¿Cuál es tu dirección? —Se la facilito y se la hace llegar a Alessandro.

El camino a casa se me hace mucho más largo de lo que me gustaría. Cuento cada metro que queda para llegar y, por más que me esfuerzo en sacar algún tema de conversación para romper el silencio, no se me ocurre ninguno.

—Creo que hemos llegado. —Mira por la ventanilla cuando el coche se detiene.

—Sí, aquí es. —Al reconocer mi calle, me atormenta la idea de no volver a verlo más cuando me despida y desearía poder cambiar eso—. Muchas gracias por todo.

Mi estómago se encoge. Han pasado sólo unos días desde que lo conozco, pero me siento muy agradecida con él. Se ha preocupado por mí en todo momento y me ha hecho sentir cómoda con sus palabras.

—Gracias a ti, Vanessa. —Sonríe, pero no como siempre. Sabe lo que viene.

Me pongo en pie para no alargarlo más, y al hacerlo, todo me da vueltas.

—Mierda —susurro—. Otra vez no. —Me sujeta rápidamente y me ayuda a sentarme de nuevo.

—¿Ha vuelto?

—Me temo que sí —digo con los ojos cerrados.

—Vale, pues esperemos entonces a que te encuentres mejor. —Se muestra preocupado.

Poco a poco el mareo remite y, cuando compruebo que el suelo ha dejado de moverse, decido que es hora de irme.

—Ya estoy mejor. —Me pongo en pie y se levanta conmigo—. De nuevo gracias. —Le tiendo la mano para despedirme y la ignora.

—Dámelas después. —Agarra el teléfono y su chaqueta—. Te acompaño a casa. No voy a dejar que subas sola.

—No hace falta, tranquilo. Si se me ha pasado ya.

No puedo dejar que vea en las condiciones que vivo. Él está acostumbrado a lujos y en casa sólo hay muebles rotos y viejos.

—Quiero hacerlo. Vamos.

Tira de mi brazo y no me queda más remedio que ceder.

Mientras subimos la escalera, acude a mi mente la imagen de mi madre y comienzo a ponerme muy nerviosa. Sólo espero que no esté en casa. No quiero que Giovanni la encuentre borracha. Me moriría de la vergüenza.

## Capítulo 24

Al abrir, no se oye ningún ruido y *Copo* no tarda en venir a saludarnos.

—¡Ohh! ¡Tienes *un gattino*! —Se inclina para acariciarlo y *Copo* lo agradece rozándose con sus piernas—. Adoro estos animales. —Lo alza en brazos y pone su nariz junto a la suya. Parece que se conozcan de toda la vida.

—Vaya, le has caído bien. —Algo se mueve dentro de mí—. No suele ser tan agradable con los desconocidos. —Pienso en cómo se pone con los amigos de mi madre y no me parece el mismo—. Debe de tener hambre, voy a darle de comer. —Los dejo en el pasillo y abro una de sus latas. Al oír el sonido del metal, *Copo* salta de sus brazos y viene corriendo hasta mí—. Admito que le gustas, pero, cuando se trata de comida, no le importa nada más.

—Qué diferente es a su dueña —bromea—. Después te toca a ti, señorita. No me iré hasta que no hayas comido algo tú también. —Noto calor en mis mejillas. Me gusta demasiado notar que se preocupa por mí.

—Eso es chantaje —río—, pero, sí, comeré algo.

Camino hasta la cocina y me sigue. Saco un par de yogures desnatados de la nevera y me los quita.

—Algo más sustancioso. Esto es paja.

Protesto con la mirada y cojo una manzana del frutero.

—La fruta, para después, está bien. —La devuelve a su lugar.

—No tengo nada más hasta que haga la compra, todo lo que hay en casa es de este estilo y bajo en calorías.

—¿Puedo ver qué ingredientes tienes? —Señala los muebles.

—Claro.

Comienza a abrir puertas y cajones y deja sobre la encimera algunos

productos que va encontrando.

—¿Tienes orégano?

—Sí —respondo—, en ese cajón.

Lo saca y continúa.

—Ahora observa el arte de este italiano. —Precalienta el horno y coloca un cuenco hondo sobre la mesa. Vuelca en él una gran cantidad de harina, agua templada, sal y algo de levadura. Mueve la mezcla hasta conseguir una masa compacta y finalmente acaba amasándola con las manos—. Ahora viene lo mejor. Atenta. —La estira con un rodillo hasta dejarla plana y, con un ágil movimiento, la alza sobre su mano y comienza a darla vueltas en el aire.

—¿En serio estás haciendo lo que creo que estás haciendo? —inquiero sorprendida.

—*Ovviamente*.

—Increíble... —No doy crédito.

Unos veinte minutos más tarde, la extiende con cuidado sobre una bandeja y le pone una base de tomate y orégano. Añade cebolla picada, aceitunas, un par de latas de atún en aceite vegetal que ni siquiera recordaba que tenía y queso que compré para ensaladas. Mete la pizza en el horno y lo cierra.

—En *venti minuti* estará lista.

—Guau —exclamo, todavía impresionada—. Jamás imaginé que fuera tan fácil, exceptuando esos malabares que has hecho, claro. —Río

—No es fácil —me corrige—, yo lo hago fácil. —Levanta una ceja, gracioso—. Son años de experiencia.

—¿Has trabajado en esto? —pregunto intrigada, aunque no me lo imagino en una pizzería.

—No. Sólo soy un aficionado. Adoro la cocina.

—Nunca lo hubiera dicho. No te pega nada. —Río de nuevo.

Durante los siguientes minutos, charlamos sobre las cosas que nos gusta hacer y me doy cuenta de que mi único *hobby* es leer. Cada vez que me adentro

en una nueva historia, me olvido de mis problemas y, por unas horas, puedo ser alguien diferente o sentirme como una persona normal.

Mientras la masa sigue en el horno, telefona a Alessandro y lo avisa de que tardará en bajar para que no se preocupe. Saber que tiene intención de quedarse un rato más conmigo me agrada más de lo que hubiera imaginado. Desearía poder mantener el contacto con él cuando se vaya, pero estoy segura de que se olvidará de mí en cuestión de días. Su vida es demasiado ajetreada.

Cuando el temporizador nos advierte de que la pizza ya está lista, la saca y, con cuidado, la corta en porciones y la divide en dos platos. No puedo evitar sonreír al ver que tiene intención de comer conmigo.

—*A mangiare, signorina!*

—¿Qué significa? —pregunto mientras pongo la mesa.

—Es una expresión *della mia Italia*. Viene a decir «¡A comer, señorita!».

Nos sentamos uno frente al otro y, aunque todavía la masa está caliente, toma entre sus dedos un trozo y le da un bocado.

—Te vas a quemar —lo aviso.

—Humm... No me importa. Humm... —gime mientras mastica, y mi boca se hace agua.

—Tiene una pinta deliciosa —digo sin dejar de observarlo.

—Sabe todavía mejor. —Me acerca su porción a la boca y, cuando la voy a morder, veo brillar el aceite del atún y me detengo—. Vamos, ¿a qué esperas?! —Su voz me saca de mi pensamiento y casi tengo que obligarme a probarla.

El sabor es exquisito, pero la sensación de culpa no me deja disfrutarlo como me gustaría. Durante varios segundos, le doy vueltas de un lado a otro de mi boca y no me atrevo a tragarlo. Siento que, si lo dejo pasar por mi garganta, se almacenará en mi cuerpo.

—Humm... está muy rica —comento al notar que no aparta su mirada de mí. No quiero que crea que no me gusta.

—No vayas tan despacio; si se enfría, ya no estará igual. —Levanta su



segunda porción y no tengo más remedio que empezar con la mía.

Cada bocado se convierte en un suplicio. Aunque estoy hambrienta, mi estómago parece estar completamente cerrado. Es como si estuviera haciendo algo horrible.

Con mucho esfuerzo y gracias a su presión, consigo ingerir casi la mitad de lo que hay en mi plato, pero finalmente me rindo y el resto se lo acaba él.

Me ayuda a recoger y, mientras fregamos, suena su teléfono. Cuando ve quién lo llama, arruga la frente, se disculpa y sale de la cocina. Con el ruido del grifo apenas entiendo lo que dice, pero por su tono juraría que está enfadado. Termino de aclarar el último vaso y lo veo entrar. Parece disgustado, pero no me atrevo a preguntarle nada. No quiero que piense que soy una chismosa.

—Tengo que irme ya. —Mi corazón da un vuelco. Acaba de decir las palabras que no quería escuchar. Estaba tan a gusto con él que no estoy preparada para despedirme.

—Entiendo. —Me seco las manos y me giro hacia él. Su expresión está tan cambiada que empiezo a preocuparme—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, tranquila. Todo está bien, es sólo que tengo que preparar mi viaje y se está haciendo tarde. —Sonríe, pero su sonrisa no se parece a las de antes—. Me ha encantado pasar este rato contigo. —Ahora es él quien me tiende la mano—. Gracias por dejarme conocerte un poco más.

—Gracias a ti —digo sincera—. Aunque he sido un poco borde contigo estos días, quiero que sepas que no me olvidaré de lo que has hecho por mí. La gente no suele salvarme la vida a menudo —bromeo, aunque realmente tengo ganas de llorar. Me apena que esto haya llegado a su fin.

*Copo*, como si supiera que ya se marcha, ronronea y pasa varias veces entre sus piernas para llamar su atención.

—Bueno, *amico* —se agacha y le rasca la cabecita—, ha sido un placer conocerte. Espero volver a verte cuando regrese a España. —Esas palabras me alivian de alguna forma. Saber que tiene intención de volver algún día, me

consuela, aunque para entonces ya no se acordará de mí—. Vanessa, tienes mi número, ¿verdad?

—Eh... sí. —Mi corazón da un salto.

—Llámame si lo necesitas, o escíbeme. Me encantaría seguir manteniendo contacto contigo. —Lo cierto es que había pensado en esa opción mientras comíamos, pero no me veo capaz de tomar la iniciativa para comunicarme con él. No quiero que me tome por una pesada. Bastante debe de tener con aguantar a sus fans.

—Claro —miento. Sé que no lo haré.

Nos miramos fijamente a los ojos y creo ver tristeza en los suyos. Parece tan apenado como yo.

—Cuídate mucho, Vanessa —pone su mano en mi mejilla—, y por nada del mundo dejes de ir a clase. Estás muy cerca. Demuéstrales de qué madera estás hecha. —Asiento al tiempo que mis ojos se empañan. Tengo un nudo tan grande en la garganta que no puedo ni hablar—. No, *ragazza*, eso no, no llores... —Me abraza cuando ya no puedo contener más las lágrimas y acabo llorando en su hombro. ¿Qué me ocurre? No entiendo por qué estoy así—. Chist, *calmati*. —Besa mi cabeza y me abrazo más fuerte a su cintura. No quiero que se vaya—. Tranquila, Vanessa. —Pone sus manos en mis mejillas y tira suavemente de mí hasta que encuentra mis ojos—. También es difícil para mí. —Seca mis lágrimas con sus pulgares—. Cuando estás cerca, todo es diferente. Estimulas mi creatividad y soy capaz de ver cosas que antes no podía. —Traga saliva—. Ahora entiendo a todos esos artistas que hablan con tanta pasión de sus musas. —Con delicadeza, acaricia uno de mis pómulos—. No dejes que nadie te cambie. —Besa mi frente y apoya su cabeza en la mía—. Eres perfecta así —susurra al tiempo que cierra los ojos e inspira profundamente.

De pronto, un gran portazo nos sobresalta y nos apartamos.

—¿Dónde estás? —La voz de mi madre hace que mi corazón comience a latir desbocado.

—No...

Pongo las manos sobre mi pecho. Me había olvidado por completo de ella.

Giovanni me mira confuso. No entiende lo que está pasando. Nunca le he hablado del problema con la bebida que tiene mi madre, sólo de mis problemas en la universidad.

—¡Maldita desagradecida!

—¿Qué está pasando? —pregunta con el ceño fruncido.

—Debes irte —respondo agitada—. Por favor, vete ya. —Quiero evitar que vea lo que viene a continuación.

—¡Nos echan! ¿Cuándo pensabas contármelo? ¿Estabas esperando que se acabara el plazo para verme en la calle? —Entra en la habitación donde estamos.

—Mamá, por favor —intento calmarla—, no te lo dije para no preocuparte, pero yo he estado...

—¡Desgraciada!

Giovanni me mira esperando que diga algo.

—Mamá.

—¡No me llames mamá! Te lo he dicho mil veces, siento asco al oír esa palabra en tu boca. —Me lanza uno de los jarrones que hay en la entrada y lo esquivo—. ¡No soy tu madre! —Giovanni vuelve a mirarme y veo que la vena de su frente está mucho más marcada—. Debí dejar que te pudieras en el orfanato. Si lo llego a saber, adopto a una camada de perros antes que a ti. —Mira al italiano—. ¿Quién es ése? ¿Ahora traes clientes a casa?

—Vanessa —un desagradable calor se apodera de mi cara. Su voz me recuerda que está aquí y que lo está oyendo todo—, haz la maleta.

—Vete ya, Jonathan, por favor —insisto. Lo que peor estoy llevando es que está siendo testigo de todo.

—¡Haz la puta maleta! —grita—. No pienso dejarte aquí con esta loca desquiciada.

## Capítulo 25

—No puedo. Vete ya, te lo suplico. —Me falta el aire.

—¡Tú lo mataste! —Mi corazón amenaza con pararse y Jonathan me mira extrañado. Es la última frase que quería que oyera. Creerá que hice algo malo —. ¡Me has arruinado la vida!

La humillación a la que me está sometiendo me bloquea y no puedo moverme del sitio. Giovanni, al verlo, se acerca a mí y, con una mano, agarra mi brazo firmemente.

—Vámonos de aquí, *ragazza*.

Tira de mí. Me sorprende que, después de lo que acaba de oír, todavía quiera que vaya con él sin cuestionarme nada.

Me cuesta dar el primer paso, pero, una vez que lo consigo, me dejo llevar. Estoy tan mal emocionalmente que lo único que quiero es desaparecer y que todo esto acabe cuando antes. Ya me da igual de la manera que sea.

—¡Asesina! —vocifera mi madre cuando pasamos a su lado—. ¡No vuelvas jamás!

Hay más odio que de costumbre en su mirada.

Una vez en el pasillo, vemos a *Copo* en un rincón, asustado, y, como si pudiera leer mi mente, Giovanni dice lo que estoy pensando.

—Agárralo, nos lo llevamos. —Sin perder ni un solo instante, me inclino para cogerlo y, cuando estoy a punto de levantarlo, noto un fuerte empujón que me hace chocar contra la pared.

—¡A él lo dejas aquí! —Deduzco que ha sido mi madre—. ¡La única que sobra eres tú! —Levanta una mano con intención de golpearme y me cubro la cara.

—Si vuelves a tocarla —Giovanni se acerca a ella con agresividad—, te juro que, aunque seas una mujer, no respondo.

Rápidamente me pongo en medio para evitar males mayores y trato de calmarlo. Tengo miedo de que haga algo de lo que se pueda arrepentir después.

—Déjala. —Cojo su mano, me mira y poco a poco se tranquiliza—. Salgamos de aquí. —Asiente. Busca con la mirada a *Copo* y, cuando lo encuentra, lo alza en brazos. Me hace un gesto con su cabeza y, sin demorarnos más, salimos de la casa ignorando su lluvia de gritos e insultos.

Evito mirar atrás para no tener sentimientos encontrados, pero aun así no puedo evitarlos. Mi madre, después de todo, me da lástima y sé que, si me voy, será su perdición. Si aún está viva es porque siempre está a mi cuidado. Debo avisar a mi abuelo cuanto antes para que se haga cargo él.

Mientras bajamos la escalera, mi cabeza no para de dar vueltas a lo que acaba de suceder. No tengo a dónde ir, éste es el único hogar que conozco. ¿Qué será de mí a partir de ahora? Si ya de por sí las cosas me iban mal, ahora están mucho peor.

—¿Te encuentras bien? —Se preocupa al ver que seco mi cara. Me estoy esforzando para no llorar, pero aun así algunas lágrimas se me escapan.

—No. —El dolor interior que cargo es tan intenso que, si no hago algo para sacarlo pronto, me ahogaré con él.

Cuando salimos a la calle, no puedo más y me dejo llevar por el llanto sin importarme ya que me vea. Estoy dejando todo lo que conozco de mi vida atrás y tengo una bola tan enorme en la garganta que me presiona hasta el paladar.

—*Calmati*, Vanessa. Todo se solucionará. —Pasa un brazo por mis hombros y caminamos juntos hasta el coche—. Confía en mí. Encontraremos la forma. —No sé qué está pasando por su mente, pero él se va en unas horas y yo me quedaré sola. Ni siquiera me ha dado tiempo a sacar mis cosas y sólo llevo un puñado de monedas en la cartera.

—Mierda, la comida de *Copo* está en la casa.

Me paro y miro hacia arriba con la intención de volver a subir, pero intuye mis intenciones y me convence para que no lo haga.

—Olvídalo, le compraremos más. —Abre la puerta del todoterreno y, cuando estoy dentro, estira sus brazos y me entrega a *Copo*. El coche es tan alto que necesitas agarrarte con las dos manos para poder subir.

—Tranquilo, chiquitín. —Lo pego a mi pecho para calmarlo. Desconoce el lugar y está asustado. Sólo ha salido de casa para ir al veterinario y no creo que tenga buen recuerdo de ello.

—¿Cuántos años tiene? —me pregunta mientras saca su teléfono.

—Hará catorce muy pronto.

—¿Qué? ¿Tantos? —Lo mira—. Señor *Copo*, no tenía ni idea de que fuera usted tan longevo. —Acaricia su lomo mientras le habla—. ¿Cuánto pueden llegar a vivir?

—Bien cuidados pueden llegar fácilmente a los dieciséis. —Sé que está intentando desviar mi atención para hacerme pensar en otra cosa, pero estoy tan afectada que no le será nada fácil.

—Guau, es increíble para un animal tan pequeño.

Teclea un número y coloca el teléfono en su oreja. Tras unos segundos, nadie descuelga al otro lado y vuelve a guardarlo.

—Si no te importa, puedes dejarme en casa de Andy.

No quiero que retrasase sus planes por mí.

—¿Quieres quedarte con él? —pregunta serio.

—No tengo otro sitio donde ir de momento —respondo mirando al vacío—. No tendrá problema en acogerme unos días hasta que encuentre algo. O también podría ir donde el abuelo... —Recuerdo algo y desecho la idea—. Bueno, no, donde el abuelo no puedo. Tiene una alergia mortal a los gatos. —Pongo las manos sobre mis ojos y resoplo—. Menuda mierda. —Cada vez soy más consciente de que me he quedado en la calle y sin garantías de nada.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien —me sincero. Ya no puedo guardarme más cosas—. No sé qué va a ser de mí y de *Copo* a partir de ahora. —Me vengo abajo—. ¿Qué voy a hacer? —Me cuesta controlar mis nervios y temo que me dé una crisis de ansiedad.

—Podrías venir conmigo. Había pensado que quizá...

—No, Jonathan. No quiero ser una carga para nadie —lo interrumpo—. Sólo quiero llevar una vida normal... sin depender de nadie; trabajar para poder mantenerme sola como hace todo el mundo, pero... —Sollozo al darme de lleno con la realidad—. ¿A quién quiero engañar? ¿Quién va a querer darme un empleo a mí? —Lloro desconsoladamente—. No voy a poder vivir por mi cuenta jamás. Nunca podré tener ingresos propios.

Mete la mano en el bolsillo de nuevo y, cuando espero que saque el móvil, veo una cartera de piel.

—Eso me recuerda que hoy has trabajado para mí y, con todo el alboroto del mareo primero y luego de tu madre, casi me he olvidado de pagarte. —Abre uno de los bolsillos y saca un gran puñado de billetes—. Tus primeros ingresos propios, con los que podrás vivir por tu cuenta unos meses. —Estira la mano con el dinero y me guiña un ojo—. Fíjate, al final no te va a resultar tan difícil.

—¿Qué? ¿Pagarme? No... ¿Por qué?

Tendríamos que ser nosotros quienes le pagáramos a él por el gran favor que nos ha hecho.

—Es tuyo, Vanessa. Cógelo —insiste—. He hablado con Andy y voy a vender las imágenes a una revista de moda. Sacaré una gran suma por ellas y tu *amico* se beneficiará de la promoción. Sólo falta pagar a la modelo.

—Pero...

—No hay peros. Estos tres mil euros te servirán para aguantar hasta que regrese.

¿Estoy oyendo lo que creo? ¿Regresará?

—Yo...

Pone el dinero en mi mano y dobla mis dedos para que no se me caiga. Estoy tan desconcertada que ni parpadeo.

—Vamos a encontrar una solución a tu problema, ya verás.

No puedo creer que quiera seguir ayudándome. ¿Por qué se toma tantas molestias conmigo? Pensé que, en cuanto se fuera, se olvidaría de mí.

—¿De verdad regresarás? —es lo único que logro decir. Quizá tenga programada otra exposición y no lo sé.

—Sí. Aunque podrías ahorrarme el viaje si decidieses venir conmigo. — Levanta una ceja.

Pienso en su respuesta por unas décimas de segundo y mi corazón da un vuelco.

—¿Quieres decir que viajarás de nuevo hasta aquí sólo por mí? —Nada más plantear la pregunta, me arrepiento. Ha sonado demasiado raro.

—Así es, Vanessa. —Me mira fijamente—. Me gustaría verte de nuevo, siempre que tú quieras, claro.

—Sí, claro. Claro que quiero, pero... —temo quedarme muda en cualquier momento—... ¿por qué quieres volver a verme?

Mi cerebro necesita una respuesta. La idea de que esté intentando ganarme, como han hecho siempre los demás, para después reírse de mí aparece como una alarma en mi mente, pero al instante recuerdo que tengo pruebas suficientes como para confiar en él y consigo controlar ese pensamiento.

—Bueno —cambia de postura, nervioso. Está claro que no esperaba esa pregunta—. Ya que he sido yo quien ha provocado que abandonaras tu casa — se rasca la cabeza—, no me quedaré tranquilo hasta que no encuentres otra y, además, también quiero hablar contigo tranquilamente sobre algo.

—Ah... —No acabo de creer que ésa sea la razón, pero la doy por buena. Siento que puedo estar incomodándolo y no es ésa mi intención.

Nos quedamos en silencio hasta que Jonathan le pide a Alessandro que nos lleve a una tienda para mascotas. Cuando llegamos, dejamos a *Copo* a su



cargo y nos bajamos los dos. Tras dar varias vueltas buscando, por fin encuentro su comida.

—Mira, ésa es la marca que le gusta. —Camino hasta unas latas, pero están demasiado altas para mí y no llego—. ¿Las puedes alcanzar tú?

—Claro. ¿Cuáles quieres?, ¿las de la derecha o las de la izquierda?

—Las azules —respondo.

—¿Éstas? —Señala unas rojas.

—No, las azules —No debe de haberme oído.

—¿Éstas...?

—No, ésas no. —Está mostrándome unas amarillas—. Las que son azules. Sólo hay ésas, de ese color.

—¡Ah!, *Okey*, perdona. —Las mira y, cuando por fin se decide, coge una verde.

—¿Estás de broma? —Ruedo los ojos, cansada de su juego.

—Eh... claro. ¿Qué esperabas de mí? —Ríe—. Me encantan las bromas. —La pone de nuevo en su lugar y por fin coge las que le he pedido. Me acerco con la cesta y la llena.

—Cuando vea todas las que le hemos comprado, se pondrá a ronronear como un loco. Es un glotón.

—Tenemos algo en común, entonces. —Pone una mano en su barriga—. Estoy hambriento de nuevo. ¿Te parece si comemos algo?

—¿En serio? ¡Pero si todavía tengo los trozos de pizza en el estómago! —protesto.

Cuando va a replicar algo, suena su teléfono. Arruga la frente al ver el nombre en la pantalla y descuelga.

—¿Ocurre algo, Alessandro? —Por alguna razón, su tono pone mi vello de punta—. ¿En serio? ¿Sangrando? —Instintivamente pienso en *Copo* y su siguiente frase me lo confirma—. Ya vamos. Intenta que no se altere.

## Capítulo 26

—¿Qué ocurre? —pregunto asustada.

—Parece que *Copo* está sangrando por la nariz.

—¿Qué? —Mi estómago se encoge—. ¿Por qué? ¿Se ha golpeado con algo?

—No me ha dicho nada más. Vamos. —Agarra mi mano, dejo la cesta con la compra en el suelo y caminamos deprisa hasta el coche.

En cuanto llegamos, abro la puerta del copiloto y veo a Alessandro limpiando a *Copo* con una toallita húmeda.

—¿Qué le pasa? —Mi voz suena sofocada.

—No lo sé; estaba lamiéndose las patas tranquilamente, he revisado mi teléfono y, cuando he vuelto a mirarlo, tenía la nariz y la boca manchadas de sangre.

—¿Se ha caído? —Busco una explicación.

—Estoy completamente seguro de que no. No se ha movido del sitio en ningún momento. —Lo levanta con cuidado y me lo entrega.

Reviso su carita y veo un fino hilo de sangre brotar de una de sus pequeñas fosas nasales.

—Tienen que verlo —digo angustiada. Es la primera vez que le pasa algo así y estoy aterrada.

—Sube al coche —responde Giovanni rápidamente. Antes de terminar de abrochar mi cinturón, Alessandro se pone en marcha y nos lleva a la clínica veterinaria más cercana. Por suerte sólo hay que cruzar un par de calles.

Cuando llegamos, una chica nos guía hasta la consulta donde un hombre de unos cuarenta años nos está esperando. Le explico lo que ha ocurrido y nos

pide que lo pongamos sobre una mesa de metal. El olor a desinfectante lo pone nervioso y tengo que ayudarlos para que lo puedan examinar. Se ha lamido tanto la nariz durante el trayecto que ha desaparecido cualquier rastro de sangre. Aun así, deciden hacerle algunas pruebas.

Mientras esperamos a que nos den el resultado, *Copo* está tan cansado que se duerme en mis brazos.

—Intenta calmarte, Vanessa —susurra Giovanni. Mi pierna no para de moverse y podría despertarlo.

—No puedo —respondo—. Necesito saber ya qué tiene. Estoy muy preocupada.

El sonido de mi teléfono nos interrumpe y por la melodía sé que es Andy. Seguro que quiere contarme cómo le ha ido con la videollamada. *Copo* abre los ojos asustado, levanta la cabeza y mira desorientado a su alrededor.

—Dámelo. —Giovanni estira los brazos para que se lo entregue y así lo hago.

Descuelgo y atiendo.

—Hola, Andy.

—¡Vane! —Casi no espera ni a que salude—. ¡No lo vas a creer! —grita entusiasmado—. ¡Mañana vuelo de nuevo a Londres! ¡Quieren que volvamos a reunirnos! —Habla tan fuerte que Giovanni se debe de estar enterando de todo.

—¿Tan precipitado? —Varios pensamientos cruzan mi mente.

—¡Si! ¡Tienen programado un desfile en unas semanas y quieren mostrar algunos de mis diseños en él! ¿Cómo te quedas? —Está eufórico.

—Guau... Eso es grandioso —finjo entusiasmo. Realmente me alegro por él, pero soy incapaz de expresarlo con naturalidad. La situación por la que estoy atravesando ahora mismo me lo impide.

—¡Ay, Dios!, no lo puedo creer. ¡Mi primer desfile, Vane! —Por cómo se entrecorta su voz, puedo deducir que está saltando.

—Me alegro mucho, de verdad.

—¡Yo más! Te lo aseguro. Y ahora que ya lo sabes, te dejo. Voy a hacer la maleta. ¡Tengo muchas cosas que preparar y sólo me quedan unas horas!

—De acuerdo, llámame cuando llegues allí.

—¡Lo haré! ¡Besitos!

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla. No le he dicho nada para no preocuparlo, aunque era mi única esperanza, la única persona a la que podía acudir para no quedarme en la calle. Y, ahora, ¿qué? Pienso en el dinero que me ha dado Giovanni y valoro la posibilidad de alquilar una habitación, pero después recuerdo que en esos lugares no admiten mascotas y me vengo abajo. Levanto la mirada y Giovanni me está observando con el ceño fruncido. Sospecha que algo está pasando.

—Disculpen. —La mujer de antes nos llama—. Ya tenemos los resultados de *Copo*. Vengan conmigo.

Mientras caminamos tras ella, uno de mis mareos se hace presente. Aunque la sensación desaparece pronto, mis latidos se vuelven molestos. Estoy tan nerviosa que puedo notar cómo retumban en mi pecho.

Tomamos asiento y esperamos el diagnóstico.

—¿Está bien? —pregunto mientras el veterinario lo revisa todo. No puedo aguantar la incertidumbre más tiempo.

—¿Le ha ocurrido esto más veces?

No contesta a lo que quiero y me siento ansiosa.

—Es la primera vez.

—¿Nunca ha visto sangre en su cama o donde suele pasar más tiempo?

—No. —Cuando está a punto de anotarlo, un recuerdo viene a mi mente—. Espere, desde hace algunas semanas he estado viendo lo que parecían gotas de sangre en el suelo, pero jamás asocié que pudieran ser suyas. Lo revisé y su piel nunca estaba manchada.

—Como ahora, imagino. —Lo señala.

—Sí, como ahora.

Las otras veces también debió de lamerse hasta quedar limpio y por eso

nunca sospeché nada.

—*Copo* tiene la tensión demasiado alta.

—¿Qué? —Mis ojos se abren como platos—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que la sangre llega con más fuerza de lo normal a sus órganos, y eso le está provocando un daño irreversible en los riñones.

—¿Se va a morir?

Giovanni me coge de la mano al notarme cada vez más alterada.

—Debe tener en cuenta que, por su edad...

—¿Se está muriendo? —Es lo único que me interesa. No quiero escuchar nada más. Sólo su respuesta.

—Por su edad y ahora esta complicación...

—Dios mío... —Mis ojos se empañan y un terrible sentimiento de culpabilidad se apodera de mí. ¿Por qué no me di cuenta antes?—. ¿Cuánto tiempo le queda? —Hacerle esa pregunta me parte el corazón.

—No será algo que ocurra hoy o mañana, pero debe ir mentalizándose. Quizá le queden días o incluso meses, todo depende de su fortaleza, pero su cuerpo se irá apagando poco a poco.

—No, por favor...

Me pongo las manos sobre mis ojos y lloro. Son tantas cosas juntas que ya no puedo más. La vida ha perdido el poco significado que tenía para mí.

Los brazos de Giovanni me rodean y quedo apoyada en su pecho.

—*Ragazza*... Lo sé —besa mi cabeza—, lo sé... —Entiende lo importante que es *Copo* para mí.

—Siento que sea así —oigo decir al veterinario entre mis sollozos, y desearía morir para dejar de sufrir. Duele tanto que se me hace insoportable.

—¿No hay forma de salvarlo? —Giovanni interviene sin soltarme.

—Bueno. Hay un medicamento que podría alargarle la vida un poco más, pero es muy caro y, por la edad del animal, no merece la pena que hagan esa inversión.

—Eso es algo que deberíamos decidir nosotros, ¿no le parece? —Me

aprieta más junto a él y puedo notar cómo se tensa.

—Yo... —carraspea—... se lo digo porque la mayoría de las personas que traen a sus mascotas con este mismo problema no pueden permitírselo —trata de disculparse.

—¡Pues nosotros sí! —replica molesto—. Lo único que queremos es tenerlo más tiempo con nosotros, cueste lo que cueste.

No se me escapa que habla en plural, y el hecho de saber que hay algo que puede ayudar a *Copo* me alivia de alguna forma. No hubiera podido enfrentar esta noticia sola. Últimamente estoy tan al límite de todo que no sé qué hubiera podido pasar.

El veterinario se pone en pie, abre una vitrina y saca una caja de medicamentos. Anota la posología en un papel y nos lo entrega todo.

—Aquí tienen. Sigán al pie de la letra las instrucciones y tráiganlo en dos días. Quiero valorarlo de nuevo, por si hay que hacer algún ajuste en la medicación. Si su tensión ha bajado, nos centraremos en intentar recuperar algo más la función de sus riñones.

—*Bene*. —Dobla el papel y lo guarda en un bolsillo—. Nos veremos en un par días. —Levanto los ojos y lo miro extrañada. Si se va hoy, no estará de vuelta para entonces. Imagino que lo está diciendo para evitar darle explicaciones.

—Vengan conmigo —nos pide la chica—. Tengo que anotarles la cita.

Caminamos con ella hasta el mostrador de la entrada, teclea nuestros datos en el ordenador y nos entrega la primera factura. Giovanni se adelanta y coge la hoja por mí. Aunque insisto en pagarla con el dinero que me ha dado hace un rato, no me lo permite y realizan el cargo a su tarjeta.

—Dame un minuto —me pide al salir a la calle—. Tengo que hacer una llamada urgente. —Se aparta unos metros y habla con alguien—. No me importa. Que diga lo que quiera. —Puedo oírlo—. Si no puede esperar, ya sabe lo que tiene que hacer. —Escucha atento durante varios segundos—. Dile dónde estoy. No tengo problema. Si quiere verme, que se desplace ella. —

Silencio de nuevo—. Lo siento. Soluciónaló como puedas. *Ciao*. —Cuelga y viene hacia mí.

»Ya está. —Sonríe sin mucho ánimo—. ¿Vamos? —Señala el coche.

—Yo... —Trago saliva—. Ya has hecho demasiado. Creo que es mejor que nos despedamos. Tienes un viaje pendiente y...

—Ya no.

—¿Cómo?

—Acabo de anularlo. —Se encoge de hombros.

—Pero, te oí decir que era importante.

—Sí, bueno... —se peina el flequillo—... Tendrá que esperar.

—¿Por qué lo haces? —Intuyo la razón, pero no puedo creerla.

—Vanessa —se acerca a mí y me mira fijamente—, porque quiero. No busques otra explicación, ¿de acuerdo?

—Esa respuesta no me sirve.

—Chist... —Pone su dedo sobre mis labios—. Ahorra saliva. Por más que digas, no voy a cambiar de opinión. *La decisione* está tomada. Ahora vayamos a casa de Andy. —Se aparta de mí y, al notar que no me muevo del sitio, se preocupa—. ¿Vanessa?

—No puedo ir a casa de Andy —afirmo mirando a un punto fijo.

—¿Por qué? —pregunta extrañado.

—Tiene que ir a Londres mañana y no quiero que se vaya preocupado. Debo evitar que sepa todo esto.

—Entiendo. —Saca su teléfono de nuevo—. Buscaré un par de habitaciones donde quedarnos.

—¿Quedarnos? ¿Tú no tienes ya una? —Pienso en la que ha estado usando hasta ahora.

—Tenía. La cancelé esta mañana debido al viaje.

—Es verdad. Lo había olvidado.

—Humm... Creo que este hotel estará bien. —Observa con atención la pantalla y teclea el número.

—No creo que con *Copo* nos dejen entrar. —Me mira fijamente y oigo a alguien responder al otro lado.

—Eh... sí, hola —dice—. ¿Aceptan animales? —Escucha con atención—. Ah, ok, entonces nada. Gracias. —Cuelga y pestañea, pensativo—. Tienes razón, no había pensado en eso. —Aprieta sus labios—. ¡Gloria! —grita de pronto, y me sobresalto—. Ella tiene varios inmuebles vacíos en la ciudad. Podrá ayudarnos. —Busca su número y la llama. Tras pasar algunos minutos conversando con ella, me mira triunfante—. Ya tenemos casa.



## Capítulo 27

Tras un par de paradas rápidas, por fin llegamos. Cargamos las bolsas con todo lo que le hemos comprado a *Copo* y caminamos hasta la casa. Nada más abrir la puerta, puedo comprobar lo adinerada que es Gloria. El recibidor parece una galería de arte. Nunca podría vivir en un sitio así. Es demasiado frío y me recuerda uno de esos museos que veo por televisión.

Miro a mi alrededor y temo soltar a *Copo*. Podría romper o arañar algo y seguro que cualquier objeto de los que hay aquí dentro vale mucho más de lo que yo podría ganar trabajando toda la vida.

—Vaya, Gloria cada vez tiene mejor gusto —dice asombrado.

Pensaba que, al conocer a la dueña, Giovanni ya habría estado aquí, pero no parece ser el caso.

—Todo se ve muy nuevo. —Casi puedo oír el eco de mis palabras cuando hablo.

—Sí, me dijo que es de reciente construcción. Creo que la terminaron hace un par de meses. —Entramos en una gran cocina blanca con una isleta del mismo color en medio—. Su familia siempre se ha dedicado a esto. —Deja las bolsas sobre una encimera de mármol—. En unos meses este edificio duplicará su valor gracias a la autovía que están construyendo aquí al lado y será cuando lo ponga a la venta.

—¿Hace mucho que os conocéis? —Siento curiosidad.

—Prácticamente desde que empecé a trabajar. —Saca los productos de las bolsas y los coloca con cuidado uno detrás de otro—. La primera vez que la vi fue en mi país. —Sonríe recordando—. Estaba fotografiando a una modelo en mi primer estudio y llegó ella. Tras hacerme varias preguntas sobre la chica,

me confesó que era su abuela. —Ríe—. Afortunadamente, aunque la *ragazza* era muy atractiva, en ningún momento dije nada de lo que pudiera avergonzarme. —Se rasca la cabeza y, con disimulo, aprieta los labios. No me gusta que llame *ragazza* a otra—. Después de aquello, hablamos y me contrató para fotografiar sus nuevas casas. Quería anunciarlas y necesitaba que las imágenes fueran profesionales. —Abre una lata de comida para gatos—. Trabajé para ella y su marido durante al menos cinco años, pero después empecé a escalar posiciones y tuve que dejarlo para dedicarme completamente a mi carrera. —La huele y hace un gesto de asco—. ¿Cómo diablos puede gustarle esto? —Me encojo de hombros—. Gloria es una mujer encantadora. Mañana quizá venga a visitarnos, te va a encantar conocerla. —Vuelca la lata sobre un cuenco azul y, nada más colocarlo en el suelo, *Copo* salta de mis brazos y corre hasta él—. Vaya, sí que tenía hambre. —Lo mira sorprendido.

—Es sólo que desconoce el lugar. Teme que alguien venga a quitárselo y por eso come tan rápido.

—Te entiendo, amiguito. —Se inclina para tocarlo y el gato le bufa.

—Mejor apártate hasta que termine. Es un amor, pero con la comida se pone agresivo.

—Entonces mejor lo dejo tranquilo. ¿Tú cómo sigues? —Me sorprende su pregunta, pero me agrada su preocupación.

—Bueno, como se puede estar en una situación como la mía... —Bajo la mirada, pensando en todo lo que ha ocurrido, y recuerdo algo—. ¡Mi abuelo! Casi me olvido de llamarlo. —Saco el teléfono y busco su número—. Es importante que sepa que mi madre está sola. —Coloco el móvil sobre mi oreja y espero. Tras cuatro tonos, contesta.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Hola, abuelo. —Me quedo en blanco y no sé cómo explicárselo todo sin disgustarlo.

—¿Ocurre algo? —Nota mi pausa.

—Sí —Tomo aire—. He discutido con mamá y no hemos acabado bien.

—Explícame eso, cielo.

—Me he ido de casa hace unas horas.

—¿Cómo?

—No he podido aguantar más. Me ha dicho unas cosas horribles.

—Ya sabes que no es ella quien habla, es el alcohol... No debes escucharla cuando está así.

—Me odia, abuelo. —Seco una lágrima que corre por mi mejilla.

—No te odia. No sabe lo que dice estando ebria, seguro que después se arrepiente.

—Sí lo sabe. Desde que abre los ojos por la mañana insiste en lo mismo.

—Trago saliva para intentar pasar el nudo de mi garganta—. Me culpa de la muerte de mi hermano cada vez que me ve. —Giovanni me mira rápidamente. Hubiera preferido que no oyera eso—. Incluso me ha prohibido que la llame «mamá», y no para de decirme que le doy asco. —Mi voz se quiebra—. No puedo más, abuelo. Está incontrolable y me ataca continuamente. No voy a volver a esa casa nunca más.

—Calma, mi niña. ¿Dónde estás ahora?

—Con un amigo.

—¿Vendrás a casa? ¿Necesitas dinero?

—No, tranquilo. No te preocupes por mí. Estoy bien ahora, sólo te pido que intentes hacer algo por ella, no quiero que le pase nada.

—Lo haré, cielo. Si necesitas algo, llámame. Iré a por ella y la traeré a mi casa. No voy a permitir que se quede en la calle.

—Gracias, abuelo. —Lloro al tiempo que cuelgo. Siento que le he fallado. Ahora tendrá que cargar con ella y, a su edad, no será bueno para él.

—Ya está, *ragazza*. Todo va a salir bien. —Giovanni me rodea con sus brazos y besa repetidamente mi cabeza mientras me estrecha contra su pecho—. Ahora lo ves todo gris y es normal, pero eso cambiará. Te lo *prometto*.

—No va a cambiar —hipeo.

—Chist... Ya verás que sí. —Me ciñe más contra él.

—Nací sólo para sufrir.

—No es cierto.

—Esto es muy duro. Muy duro... —Sorbo por la nariz—. Odio mi vida y todo lo que me rodea. No tengo fuerzas para seguir viviendo así.

—No digas eso. —Acaricia mi pelo—. Ya no estás sola.

—Nunca me he sentido parte de nada. ¿Por qué todo el mundo me desprecia?

—Yo no te desprecio. —Trata de alzar mi cabeza, pero hago fuerza para evitarlo—. Vanessa, mírame. —Lo intenta de nuevo, pero no le dejo.

—Quiero morir. Sólo así se acabará todo. —La angustia se hace conmigo—. No puedo más, de verdad que lo he intentado, pero no puedo más.

—Mírame. —Sujeta mi rostro con firmeza y esta vez lo consigue—. Jamás vuelvas a decir eso. —Sus ojos quedan fijos en los míos—. ¿Me oyes? ¡Nunca!

—No lo entiendes. Tú no sabes lo que es esto. —Arruga la frente como si estuviera equivocada—. No pasa un solo día sin que alguien me busque para humillarme, sin que me destrocen mentalmente. Ni siquiera me dan tiempo a reponerme. Todos ven lo mismo en mí. —Me cuesta hablar.

—No es cierto. Yo no soy así... ni Andy, ni tu abuelo, ni *Copo*.

Estoy tan entregada a mi dolor que lo ignoro.

—¿Acaso es poca la tortura de saber que mis padres biológicos me abandonaron por mi aspecto? —Lloro—. ¿No les vale eso? ¿Por qué se empeñan en recordarme cada día que soy una aberración de la naturaleza?

—¡No hables así! —Alza la voz.

—No puedo más con esto. —Mi garganta se inunda—. ¡No puedo más! —Me aparto de él y busco la salida. Quiero apagar mi dolor como sea. Es excesivo y no cabe dentro de mí.

Cuando por fin me oriento, veo la puerta por la que hemos entrado y corro hasta ella.

—*Merda* —susurra, y oigo sus pasos siguiéndome de cerca. Antes de

conseguir tocar la manilla, me alcanza.

—¡No! —Tiro con violencia para soltarme, pero sujeta mi ropa con firmeza.

—No voy a dejarte hacerlo. —Clava sus ojos en los míos. Intuye mis intenciones.

—¡¡Suéltame!! —Forcejeo. No puedo controlar tanta angustia. Es como si una garra subiera por mi garganta, desgarrándome por dentro.

—¡¡Vanessa!! —grita mientras lucho por liberarme. Cada vez se lo pongo más difícil—. *Calmati!!!* —Me inmoviliza por los hombros y quedo pegada a la pared.

—¡Déjame! —Varias ideas macabras cruzan mi mente y entre ellas elijo la opción que me parece más rápida—. ¡Tengo que acabar con esto de una jodida vez! —Procuró empujarlo con la rodilla para quitármelo de encima, pero no funciona. Pesa demasiado.

—¡No sigas! —Pega su cuerpo al mío para evitar que use mis piernas.

—¡No pienso darles el placer de seguir humillándome! ¡Esto tiene que terminar! ¡No lo soporto! —Con un movimiento seco, consigo que suelte mis brazos y quedo libre.

—Vanessa.

—Lo siento. —Me despido mentalmente de él—. Es imposible vivir así.

Cierra los ojos con fuerza mientras expulsa el aire de sus pulmones y, en el momento en el que mi espalda se separa de la pared, sus manos agarran mi rostro, inspira profundamente y estrella su boca contra la mía.

Mis ojos se abren con sorpresa y me quedo inmóvil. Pestañeo confusa, intentando comprender lo que está pasando y, cuando soy consciente de ello, mi cuerpo comienza a temblar. No sé cómo reaccionar y me aparto de él con rapidez. Sus ojos quedan a la altura de los míos y, sin pensarlo, como si fuera un acto reflejo, alzo mi mano y golpeo su mejilla con mi palma.

Nos miramos en silencio durante unas décimas de segundo y me arrepiento al instante.

—¡Lo... lo siento! —Mi reacción ha sido desmedida y totalmente involuntaria.

No se mueve. Ni siquiera parpadea. Simplemente me observa. Es extraño, pero, aun después de lo que ha pasado, no siento rechazo. Debo de estar volviéndome loca. No grita ni se enfada como hubiera esperado, y me siento peor.

—*Ragazza* —por fin reacciona. Intenta tocarme, pero no lo dejo.

—¿Por qué lo has hecho? —El miedo hace que mis pensamientos se vuelvan todavía más negativos—. ¿Es por lástima? —Niega con la cabeza—. ¿Por qué lo has hecho entonces? —exijo una respuesta.

—No tengo una respuesta para eso, Vanessa. He sentido una gran necesidad de besarte. Pero, después de tu reacción, me ha quedado claro que tú no.

Algo se rompe dentro de mí al oírlo.

—Lo siento... —Las lágrimas vuelven—. No sé por qué he actuado así. Jamás he agredido a nadie. —Mi mano todavía hormiguea.

—Pues, si empezaras a golpear así a tus compañeros, pronto dejarían de molestarte —bromea y ríe, y en medio de mi llanto, me hace reír a mí también.

Es increíble el poder que tiene sobre mi estado de ánimo. Desde hace días vengo observando que es capaz de cambiar mi mundo con una sola frase.

—Déjame ver.

Pongo las yemas de mis dedos sobre su pómulo y está caliente. Busco a mi alrededor algo frío y manejable y encuentro una especie de piedra pulida sobre una mesa de cristal. Me acerco a ella, la cojo y vuelvo con él.

—No sé si quiero que te acerques a mí con eso —se burla.

—Te calmará. —Sonrío avergonzada y la coloco sobre su piel. Nada más hacer contacto, lanza un suspiro de alivio.

Segundos después, y mientras enfrío su mejilla, me doy cuenta de que por un momento me he olvidado de todo y mis ganas de morir han desaparecido por completo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice mientras mira todo lo que hago.

—Claro. —Cambio la piedra de posición.

—¿Qué le pasó a tu hermano?

## Capítulo 28

### *Jonathan Giovanni*

Pero... ¿por qué he dicho eso? Fantástico, Giovanni, te vas superando. Segunda vez que la cagas en menos de cinco minutos. Primero la besas para tranquilizarla y ahora le haces esa brillante pregunta. Debes de ser idiota, no le encuentro otra explicación.

Y, para colmo, he anulado mi viaje por estar con ella. ¿No he podido encontrarle un sitio donde quedarse y ya? Pues no, no he podido. He pasado semanas sin dormir, preparándolo todo con mi abogado, y en un minuto he tirado el trabajo de tantos días por la borda. ¿Cómo puedo ser así? ¿Qué coño me está pasando? Espero que esa reunión se pueda celebrar sin mí o, de lo contrario, no quiero ni pensar en las consecuencias que me traerá.

El rostro de Vanessa se torna serio y temo que se altere de nuevo. Está claro que levantar el ánimo no es lo mío. Cuando empiezo a notar que retira la piedra de mi cara, me disculpo.

—He metido la pata de nuevo, ¿verdad? Lo siento.

Recuerdo el día que la conocí y bromeé con las adopciones. Su expresión me lo dijo todo.

—No quiero hablar de ello.

Baja la mirada y da un paso atrás.

—Pues hablemos de otras cosas.

Aunque finjo una sonrisa, se aparta. El daño ya está hecho.

Debo tener más cuidado con ella, es una chica muy castigada y lo último que quiero es herirla con mis palabras. Está tan acostumbrada a que todo sea en su contra que incluso a los elogios les encuentra un trasfondo. Cuando



sufres acoso durante años, sabes que no pueden traer nada bueno. Me duele verla así. Está rozando el límite y temo que haga alguna locura. Ya no puede más y cualquier cosa la desborda. Conozco tan bien esas crisis en las que todo te da igual...

—Voy a ver si *Copo* ha terminado de comer.

Busca una excusa para apartarse de mi lado. Como imaginaba, he hecho que se sienta mal.

—Voy contigo —me sorprendo a mí mismo. ¿Por qué no la puedo dejar en paz? ¿De dónde me sale esta necesidad de tenerla cerca? Creo que me estoy obsesionando.

Camina rápido por el largo pasillo y la sigo con la mirada. Es tan hermosa que, cuando la observo, me flojean las piernas. Su blanco cabello se mueve al compás de sus pasos y desearía poder tocarlo. Es tan delicada y elegante... Nunca una persona me ha transmitido tanto, ni tampoco ha llamado tanto mi atención como ella. Estoy seguro de que, en mi mundo, podría llegar lejos. Es pura distinción sobre unos zapatos.

Cuando llega hasta donde está *Copo*, se inclina para acariciarlo y le habla con tanta dulzura que decido no molestarlos. Necesitan un poco de tranquilidad. El día ha sido demasiado duro para ellos.

Saco mi teléfono y, cuando estoy a punto de marcar el número de Alessandro, éste llama a la puerta. Deja todas mis cosas en una mesa y se despide. Extraigo la tarjeta de mi cámara y la inserto en mi portátil. Me pongo mis gafas y comienzo seleccionar las fotos que le he hecho hoy a Vanessa. Elijo las que más me gustan y las guardo en una carpeta. Algo viene a mi cabeza en ese instante y, sin pensarlo demasiado, preparo mis redes sociales. Cargo las imágenes, etiqueto a varias personas y las publico junto a la frase «Absolutamente única. La belleza de lo diferente».

Diez minutos después, las notificaciones se vuelven locas y no dejan de aparecer comentarios. Sabía que les gustaría, pero no imaginaba que tanto. Trato de leer algunos, pero es imposible, la pantalla no deja de parpadear.

Mi teléfono comienza a sonar, pero lo ignoro. Debe de ser mi abogado para hacerme cambiar de opinión y, aunque quisiera, ni de lejos llegaría a tiempo. Tendrá que arreglárselas sin mí. Al notar que la melodía no para, decido descolgar. Cuando se pone tan insistente siempre es por algo importante. Miro la pantalla y desconozco el número.

—*Pronto?* —contesto.

—La quiero.

—¿Qué? —No entiendo lo que quiere decir.

—¿Quién es ella? La chica de las fotos.

—¿Quién eres tú? —No me gusta su prepotencia y le respondo en las mismas formas.

—¿Ya no te acuerdas de mí?

—Eso parece. —Empiezo a pensar en colgar.

—¿Qué pronto te olvidas de los amigos! Con lo bien que lo pasamos en París y Milán con tu hermana hace seis años.

—¿Darío? ¿Darío Rocha? —Perdí su número cuando me robaron uno de mis teléfonos.

—El mismo que viste y calza. Oye, no tengo mucho tiempo. Estoy a punto de subir a un avión. Háblame de esa chica.

—¿Cuál de ellas? Hay cientos en mis tablonos.

—La que acabas de publicar. Es justo lo que estoy buscando. ¿Tienes por ahí el teléfono de su mánager? Me gustaría ponerme en contacto con él.

—Eh... soy yo —miento. Si le digo que no es modelo, ni actriz, no la valorará igual, y quizá tiene intención de ofrecerle algo interesante. Es uno de los productores de cine y moda más importantes del momento.

—Perfecto. La chica es mayor de edad, ¿verdad?

—Sí. No te preocupes.

—¿Te viene bien que mañana nos reunamos los tres?

—Eh, no, no me viene bien. Esta semana la tengo muy liada —miento de nuevo. Necesito tiempo para preparar a Vanessa. Si le pregunto ahora acerca

de esta posibilidad, sin ninguna duda me dirá que no... y tengo que convencerla de que esto podría ser la oportunidad de su vida—. ¿Te parece bien la siguiente? —Cruzo los dedos.

—Sí, no hay problema. Tengo que irme ya, te llamo en unos días.

—De acuerdo. Buen viaje. —Cuelgo y me quedo pensativo mirando a un punto fijo. No sé por dónde entrarle a Vanessa para que acceda, pero tengo que intentarlo. Ojalá me escuche. Si sale bien, sería la solución a sus problemas. Lo haré con delicadeza—. Vanessa, ¿puedes venir un momento? Tengo que enseñarte algo.

## Capítulo 29

### *Vanessa*

Oigo a Giovanni llamarme y desearía poder negarme a ir. Después del mal rato que he pasado antes, necesito espacio. Seguro que quiere saber más detalles de mi vida y es lo que menos me apetece contar.

Todavía no puedo creer que haya sido capaz de darle una bofetada, pero reconozco que estaba tan alterada que ni siquiera he pensado lo que estaba haciendo. Ha sido un acto reflejo y ahora me siento mal por ello.

—¿Vanessa? —Me tenso, pero camino hasta donde está. Cuando llego, lo encuentro de espaldas, mirando la pantalla de su portátil. Al notar mi presencia, se gira y puedo ver que lleva sus gafas oscuras puestas. No sé qué juego se trae con ellas, pero es extraño... ¿Por qué las utiliza dentro de la casa si no hay luz solar?—. Mira cómo han quedado *le fotografie*. —Se levanta de la silla y me ofrece el ordenador.

—Ah, no te preocupes. Ya les echaré un vistazo otro día —me excuso.

Sé que me voy a sentir mal al verlas y quiero evitarlo. Siempre me pasa. Odio tanto mi imagen que me daña.

—Ahora es buen momento —insiste. Con dos pasos llega hasta mí, agarra mi brazo y me guía hasta la mesa. Casi tiene que obligarme a sentarme y, cuando se asegura de que estoy bien acomodada, se coloca detrás de mí y busca la primera imagen—. Ésta es increíble —dice cuando aparece en la pantalla.

—Sí, bueno...

No me atrevo a decir nada más para que no se sienta mal, ni piense que estoy desacreditando su trabajo, pero me veo ridícula. ¿A quién puede gustarle

una fotografía en la que aparezca yo?

—Se ve muy bien tu cabello aquí. Estos brillos son maravillosos. —Estira su mano para indicarme dónde mirar y su cuerpo queda apoyado ligeramente sobre mi espalda—. Y tus ojos hablan por sí solos. —Su voz se vuelve suave.

—Se ven bien. —No sé qué más comentar.

—Ésta es mi favorita.

Cuando hace clic sobre la siguiente, me preparo para verme, pero mi reacción es diferente a la que creía. Apenas me reconozco. Estoy tan distinta que parezco otra.

—¿La has retocado? —Me acerco para verla mejor.

—No, Vanessa. —Sonríe—. Ya te dije que no retoco nada. Ésa eres tú *al naturale*.

—¿Seguro? —No acabo de creerlo.

—Segurísimo. Fíjate en ésta. —Al mover de nuevo el brazo para señalar, vuelve a rozarme y mi vello se eriza—. Mira tus facciones, nada ha cambiado. Son las mismas.

—Vaya... —Casi podría decir que me gusta, pero me cuesta demasiado admitirlo.

—Deberías pensar en dedicarte a esto, eres muy fotogénica y...

—¿Te estás riendo de mí? —Saltan mis alarmas e intento ponerme en pie, pero, como si supiera cuál iba a ser mi reacción, apoya sus manos en mis hombros.

—*Calmati*, Vanessa. —Noto sus pectorales a la altura de mi cabeza—. Yo jamás haría algo así. —Aparta una de sus manos de mí y teclea algo en el portátil—. Te voy a mostrar una cosa con la que quizá cambies de idea. —No entiendo nada, pero aun así espero su explicación—. Hace unos minutos he publicado algunas de tus fotos en mis redes sociales y están funcionando muy bien.

—¿Qué? Dime, por favor, que no es cierto.

Mi corazón se acelera. En la sesión ya dijo que lo haría, pero tenía

intención de hablar con él antes para quitarle la idea de la cabeza o, al menos, asegurarme de que tataría mi rostro. No esperaba que lo hiciese tan rápido.

—Mira esto. —Me muestra la publicación y quedo inmóvil delante de ella. Tiene más de once mil votos positivos y apenas hace unos minutos que está posteada—. Quiero que leas algunos de los comentarios. —Despliega los últimos y no puedo creerlo.

Maravillosas imágenes, Giovanni. Estoy completamente enamorado de tu modelo. ¿Cómo se llama? Quiero saber más sobre ella.

Guau. Su belleza es extraordinaria.

¡Amo sus ojos!

¿Quién es esa preciosidad?

Mirad su cabello, es increíble. Ojalá consiguiera ese color. Por cierto, te han quedado unas fotografías fantásticas.

Bellísima.

—¿Les has pedido tú que escriban eso? —Me resulta difícil de creer que lo estén haciendo por iniciativa propia.

—¿Crees que en unos minutos me ha dado tiempo a pedirles a miles de personas que escriban eso? —Ríe—. Mira, están llegando más.

Actualiza la página y puedo verlos.

Quiero el número de la modelo.

¿Cómo haces para encontrar siempre chicas tan bellas?

No sabía que también trabajabas con ángeles.

Mi futura esposa.

Publica más fotos de ella.

Sin duda éstos son tus mejores disparos.

—Guau.

—¿Algo más que añadir? —Me mira y sonrío ampliamente.

—Esto... esto sólo lo dicen porque tú eres quien eres. —Busco excusas para no creer otra cosa. No quiero llevarme una decepción después—. Eres el gran Jonathan Giovanni, ídolo de masas. Les gustará todo lo que hagas..., sea lo que sea. ¿No lo entiendes?

—Gracias por la parte que me toca. —Su expresión cambia.

—No he querido decir eso; es sólo que, si hubiera sido yo quien hubiese publicado todas esas fotos, los comentarios habrían sido muy distintos.

—Hagamos la prueba. —Pone las manos sobre el teclado—. ¿Cuál es tu usuario?

—No podemos hacer ninguna prueba, porque no tengo usuario. Tuve que borrar todas mis cuentas en Internet. Alguien dio conmigo y comenzaron a etiquetarme en fotos ridículas y a dejarme mensajes hirientes. Por suerte sólo tenía imágenes de *Copo*. Imagina qué hubiera pasado si encuentran una mía.

—*Bastardi...* —Aprieta un puño—. Les demostraremos a todos que...

—No les vamos a demostrar nada —lo interrumpo—. Lo único que quiero es pasar desapercibida y espero que ceder a tu capricho no me traiga

consecuen... ¡Mierda...! —Me pongo las manos sobre el pecho mientras miro fijamente la pantalla.

—¿Qué ocurre?

Sabe que he visto algo que no me ha gustado y se inclina para buscarlo.

—¡Mira eso! ¡Joder! ¡Lo sabía!

Señalo un comentario que se nos había pasado antes.

@Melany, ¿ésa no es Vanessa?, ¿la fea paliducha con la que nos metíamos en tercero?

Una de las chicas por las que me cambié de centro hace dos años acaba de reconocirme. Por su culpa tuve que cambiar hasta mi número de teléfono.

—Déjame un momento —me pide.

Me levanto de la silla para que se siente él. Necesito que lo borre cuanto antes.

—Elimina ese comentario ya, por favor —digo angustiada al ver que tarda—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Además, ha etiquetado a una de sus secuaces y no habrá forma de pararlo. ¡Se enterarán todos! —Los nervios hacen que me mueva de un lado para otro, inquieta. Viendo que teclea algo, me acerco a él de nuevo. Miro lo que está haciendo y me doy cuenta de que, lejos de eliminarlo, está contestando—. Pero ¿qué haces?

—Lo que debo. —responde y sigue tecleando.

—¡Estás loco! —Siento cómo se me seca la boca—. ¡Si le contestas, todos lo leerán!

—Es lo que busco.

Cuando presiona la última tecla y envía el comentario, creo desmayarme.

—¡Dios mío! ¿Qué le has puesto?

Busco rápidamente con la mirada y lo encuentro.

Dicen los expertos que el perfil del acosador está marcado por el maltrato de sus progenitores o por un absoluto abandono. ¿Cuál de esas opciones marcó el tuyo? Y, sí, es la *bellissima* Vanessa.



Diez segundos después, el comentario de la chica desaparece.

—Ups... —Sonríe—. Creo que a tu *amiga* no le ha gustado demasiado mi respuesta.

—Esto no ha sido buena idea —digo arrepentida, mientras expulso el aire que sin darme cuenta tenía retenido.

—Sí lo ha sido. —Me mira—. No hay mejor forma para tapar bocas que ésta. —Se acerca a mí—. Vanessa, si tú quisieras, podrías tener un gran futuro como modelo.

—No quiero ese futuro.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—¿Cómo lo sabes si no has probado? —Levanta una ceja.

—Porque lo sé. Sé lo que dirán de mí, lo que harán y lo que tendré que oír o leer.

—¿Por qué dejas que las opiniones de otras personas condicionen tu vida? No deberías permitir que nadie lo hiciera. Es sólo tuya.

—Me afecta demasiado. ¡No puedo evitarlo!

—¿De verdad todavía no te has dado cuenta de lo que pasa? ¿No entiendes lo que pretenden? Toda esa gente que carga su frustración en ti, o en cualquier otro, lo hace únicamente para engañarse a sí misma. —Inspira buscando calmarse. Parece afectado—. Creen que, siendo agresores, nunca serán víctimas. No les des lo que buscan.

—Pero...

No puedo rebatirle lo que acaba de decirme. Literalmente me ha dejado sin palabras. Tiene razón en todo.

—Vanessa, no vivas del qué dirán. Vive haciendo lo que tú quieres, sin tener en cuenta nada más. ¿Qué importan sus comentarios? ¿Acaso ellos te dan de comer? ¿Les debes respeto? ¿Te ayudan cuando lo necesitas?

—No, pero siempre ha sido así. No sé qué hacer para cambiarlo.

—Déjame ayudarte.

—¿Cómo?

—Trabajando para ti.

—¿Qué? —Me descoloca—. ¿Trabajando para mí?

—Sí. Déjame ser tu fotógrafo y tu agente.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Puedo conseguirte trabajo. Ganarás mucho dinero y no dependerás de nadie.

—No quiero trabajar en eso.

—Hace un rato te he oído quejarte porque nunca encontrarás un empleo o porque, si lo consigues, tus compañeros se reirán de ti. ¿Te vas a negar? Es una gran oportunidad para ti. —Señala la pantalla—. Ya has visto lo que opinan todos esos de ahí.

—¡No me presiones! —Tengo miedo de que pueda convencerme. Empiezo a creer que debería aceptar.

—Éste es tu mundo, Vanessa, y ésta es tu gente. —Vuelve a señalar el portátil—. Definitivamente naciste para esto. Tienes la oportunidad de mostrarle al mundo la belleza de lo diferente. ¿Sabes a cuántas personas que están pasando por lo que tú les darías ejemplo? Demuéstrales que no es tan malo ser distinto.

—No sé si voy a poder.

Las rodillas me tiemblan y comienzo a llorar. Saber que está en mi mano ayudar a otras personas como yo, de alguna manera, me motiva.

—¿A qué le temes? Más que han dicho ya no te van a poder decir. Te las sabes todas. Conoces muy bien lo malo, pero, si te estancas, jamás conocerás lo bueno. No te conformes.

—Yo... —Bajo la mirada.

—Te prometo que no voy a dejar que nadie te haga daño. —Pone sus manos bajo mi mentón y puedo sentir el calor de sus dedos—. Voy a estar a tu lado día y noche. No me apartaré de ti, Vanessa. —Me mira fijamente—. No voy a dejarte sola. —Se acerca más y mi frente queda apoyada en su pecho—.

Acepta y tu vida cambiará por completo. —Me abraza y permanecemos unos segundos en silencio.

—¿Qué debo hacer? —digo sin pensarlo demasiado. Sé que, si le doy más vueltas, me negaré.

—Primero, terminar tu carrera. —Se aparta unos centímetros y me sonrío—. Estás a pocas semanas de acabar tus estudios y no pienso permitir que lo dejes ahora. —Seca mis lágrimas—. Después te iré diciendo y lo prepararemos todo. —Besa mi frente con ternura y vuelve a abrazarme. Adoro que haga eso—. Será más fácil de lo que crees, ya verás. —Me aprieta más contra su cuerpo y lo rodeo con mis brazos.

Voy confiar en él, sólo espero no arrepentirme.

## Capítulo 30

A la mañana siguiente, Giovanni tiene que llamar a mi puerta para despertarme. He extrañado demasiado mi habitación y me ha costado mucho conciliar el sueño. A *Copo* ha debido de pasarle algo parecido, porque no ha dejado de moverse en toda la noche.

Me preparo y, al salir del cuarto, lo oigo hablar acaloradamente con alguien por teléfono. Empiezo a sentir curiosidad. ¿Qué será lo que pasa?

—Vanessa —dice al darse cuenta que estoy ahí—, tienes café y tostadas en la cocina. —Se aleja y habla más calmado.

—Eh... gracias. —Pienso en el café y desecho mentalmente las tostadas. Tienen demasiadas calorías para mí.

Nada más sentarme, suena el timbre y, antes de plantearme si debería ir a ver quién es, veo asomar su cabeza.

—¿Puedes abrir? —me pide con el móvil apoyado en su hombro—. Debe de ser Gloria. Dile, por favor, que estaré con ella en dos minutos.

Asiento y me pongo en pie.

Mientras camino hasta la puerta, siento algo de vergüenza. Estoy en casa de una mujer a la que ni siquiera me han presentado y no sé cómo reaccionar cuando la vea. *Copo* me persigue y lo cojo en brazos para evitar que escape. No conoce este lugar y su instinto le pide salir fuera.

—Buenos días, bonita —me saluda al verme—. ¿Cómo estás?

—Buenos días, señora. —Noto calor en la cara y me aparto para que pase.

—¡Uy! No me llames señora ni me trates de usted, me haces sentir mayor.

—Disculpe, digo... disculpa. —Se me hace raro tutearla.

—¿Qué gato tan precioso! Es el señor *Copo*, ¿cierto?

—Sí. —Sonríó al descubrir que sabe su nombre. Giovanni debe de haber mantenido contacto con ella después de la llamada, porque no recuerdo que le dijera cómo se llamaba cuando hablaron.

—¿Dónde está mi chico?

—Hablando por teléfono, en un momento estará con usted. —Me mira—. Digo... contigo —rectifico rápidamente.

—Vas aprendiendo. —Sonríe y cuelga su chaqueta en un extraño perchero color rojo. Si no llega a ser por ese gesto, jamás hubiera adivinado qué era esa cosa tan rara.

—¡Gloria! —La voz de Giovanni suena a mi espalda—. Qué bueno que hayas podido llegar temprano.

—Hola, querido. El tráfico está horrible, pero lo he logrado. ¿Qué tal todo? ¿Os sentís cómodos o necesitáis algo más?

—Muy cómodos, no te preocupes. La casa está perfecta así. Tiene de todo.

—¡Vaya! —dice con las manos en sus anchas caderas—, qué rápido te estás adaptando esta vez al español. Apenas confundes palabras. —Me mira y, al ver que no entiendo de lo que habla, me explica—: Siempre que viene, se pasa semanas mezclando las dos lenguas hasta que se adapta. —Ríe—. ¿Verdad, querido?

—Sí —responde sonrojado—, pero en mi defensa diré que yo no tengo la culpa. —Ladea una sonrisa—. El español nunca ha sido mi fuerte y tiendo a olvidarlo. —Mira el reloj—. Tenemos que salir ya. —Me mira ahora a mí y después a Gloria—. Siento decirte esto, pero Vanessa y yo tenemos que irnos. Voy a acompañarla a la universidad y no quiero que llegue tarde.

—¡No! —digo rápidamente—. Quédate con ella. Sé ir sola desde aquí.

—¿Vas a negarte a que un chico como Giovanni te acompañe a un sitio como ése? —Levanta una ceja—. Querida, si yo tuviera tu edad, presumiría de este bomboncito en todas partes.

—No puede negarse. —Pasa su brazo por encima de mis hombros—. Pienso estar pegado a ella como una lapa hasta que se licencie. —Me mira—.

¿Nos vamos?

—Eh... sí. —Me ha gustado tanto oírle decir eso que no me importaría que lo repitiera de nuevo. Es tan reconfortante ver que alguien se preocupa por ti...

—Pues, mientras vosotros vais a eso, este peluche y yo nos conoceremos mejor. —Me quita a *Copo*. Estaba tan abstraída que ni siquiera recordaba que lo tenía encima.

Nos despedimos de Gloria y salimos de la casa. Al cruzar la calle, mi barriga protesta y recuerdo que ni siquiera me he tomado el café. Alessandro nos está esperando a la vuelta de la esquina y ya no es momento de regresar. Subimos al coche y, mientras me pongo el cinturón, mi estómago hace un ruido extraño. Aunque trato de disimularlo, Giovanni se da cuenta.

—¿Has desayunado?

Siento la necesidad de mentirle para evitar que se enfade, pero la conciencia no me deja.

—No me ha dado tiempo.

—Está bien, lo solucionaremos en un momento. —No dice nada más y se centra en contestar algunos mensajes de su teléfono.

La universidad está más cerca de lo que creíamos y nos sobra tiempo. Miro por la ventanilla y veo a todos los alumnos fuera del recinto. Al no ser todavía la hora, están esperando a que el conserje abra. Respiro aliviada al pensar que no me ven; el todoterreno de Giovanni tiene las lunas tintadas y nadie sabe que estoy aquí dentro.

Oigo abrirse una de las puertas y mi corazón da un vuelco.

—¿Qué haces? —le pregunto al ver que es la suya.

—Bajar. —No me da tiempo a preguntarle nada más. Sale y cierra. Segundos después, se abre la mía—. ¿Vamos? —Me ofrece su mano.

—No. Espera un poco... —trago saliva y me mira extrañado—... Mejor nos quedamos aquí hasta que toda esa gente entre en las aulas.

—No vamos a esperar más, Vanessa. Todavía tenemos que pasar por la

cafetería para que comas algo. —Tira de mí y me saca al exterior.

—Pero no tengo hambre —pongo excusas—. Además, nunca entro ahí. No me gusta. —Es uno de los lugares que más evito.

—Hoy tendrás que hacer un esfuerzo. —Camina rápido por la acera y, cuando estamos cerca, nos cruzamos con un grupo de chicas.

—¿Ése no es Jonathan Giovanni? —exclama una de ellas, y se detienen para mirarnos.

—Lo que faltaba —resoplo.

Llegamos a la cafetería y, al abrir la puerta, un sudor frío comienza a correr por mi espalda. Tanta gente en un espacio tan cerrado me pone muy nerviosa. Hablan fuerte para poder entenderse entre ellos y el ruido se me hace molesto. Camino tras él mientras se apartan para dejarnos paso, y veo cómo algunos lo reconocen y lo comentan entre ellos. Poco a poco las voces se convierten en susurros y, segundos después, en un silencio incómodo.

—Vamos allí. —Señala un rincón donde parece que está más despejado y, en ese momento, una pareja se levanta y deja una mesa libre. Nos sentamos y me acerca una hoja donde hay una gran variedad de cafés y dulces—. ¡Qué buena pinta tiene todo! Dime qué quieres y te lo traigo.

—Quiero irme de aquí —respondo sin levantar la mirada. Me siento más observada que nunca.

—De ti depende que nos vayamos antes o después. Decídette.

—Un café con edulcorante.

—¿Y qué más?

—Con eso tengo bastante.

—En ese caso elegiré yo por ti. —Se levanta y lo sigo con la mirada.

A medida que se aleja, mi inseguridad aumenta. Me pasa lo mismo con Andy. Cada vez que vamos a algún sitio y no está a mi lado, me siento totalmente vulnerable. El rato mientras llega a la barra, habla con el camarero y espera se me hace eterno. Miro mis manos mientras entrelazo los dedos para

intentar relajarme y, cuando alzo la mirada de nuevo, hay una chica con una carpeta negra frente a mí.

—Oye —cambia el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—, ¿puedo hacerte una pregunta? —Tengo miedo de decirle que sí. La última vez que me preguntaron eso, querían saber la marca del blanqueador con el que supuestamente me bañaba—. Es que anoche vi unas fotos de Giovanni —continúa al ver que no respondo—, y quería saber si la modelo eres tú.

—Eh... —Me deja tan confundida que no sé qué contestar.

—Mira, son éstas. —Me acerca la pantalla de su teléfono y me veo.

—Sí, bueno... Lo que pasa es que Giovanni es un gran profesional y... —Siento la necesidad de disculparme por no verme tan bien como en las fotos. No quiero que se sienta engañada.

—Entonces, ¿eres tú? —Parece no importarle lo que intento decirle.

—Sí, soy yo —respondo sin muchas ganas.

—¡Lo sabía! —Se gira para dirigirse a un grupo de chicas—. ¿Lo veis? Os lo dije. ¡La chica de las fotos es ella! —Me señala y desearía que la tierra me tragase—. Soy fan de todos los trabajos de Giovanni. —Vuelve su atención a mí—. Tengo la pared de mi cuarto forrada con ellos. ¡Es un mago de las sombras!

—Me alegra que pienses eso. —Giovanni la sorprende y la chica pone las manos sobre su boca para apagar un grito.

—¡Dios mío! ¡No puedo creer que me estés hablando! —Apenas le sale la voz—. Desde que era pequeña, la fotografía ha sido mi pasión y he aprendido mucho gracias a ti. Tengo cientos de tus fotos guardadas en un disco duro.

—Oh, eso es genial. —Sonríe.

—¿Podrías firmarme un autógrafo? —Sus manos tiemblan.

—Claro, dame un segundo. —Pone una bandeja con dos cafés y un cruasán de chocolate sobre la mesa.

La chica abre su carpeta y saca una hoja en blanco junto a un bolígrafo y se lo entrega.



—De verdad que no me lo creo. —No deja de sonreír.

—¿Cómo te llamas?

—Diana.

—Así se llamaba mi abuelita —dice mientras escribe una dedicatoria y la firma—. Aquí tienes. —Se la da.

—¡Muchas gracias! —La lee y suspira—. No imaginas lo emocionada que estoy. —Da saltitos y me ofrece el folio. Extrañada, lo cojo entre mis dedos, leo la dedicatoria, porque imagino que es lo que quiere, y, cuando se lo voy a devolver, me tiende su bolígrafo—. Si no te importa, firmámelo tú también, quiero tener el autógrafo de los dos: fotógrafo y modelo juntos.

—Pero si yo no soy nadie. —Giovanni me mira de reojo—. No soy famosa.

—No puedes decir eso cuando han compartido tus fotos cientos de celebridades —responde, convencida de que está en lo cierto.

—¿Qué?

—¿No lo has visto? ¡Estás en todas las redes sociales! —insiste.

—¿Qué? —Miro a Giovanni en busca de una explicación.

—Ya sabes cómo es esto —se encoge de hombros—: Si publicas algo que gusta, se hace viral en unas horas. —Le da un trago a su café—. Aunque, si te soy sincero, yo también estoy bastante sorprendido. Sabía que gustaría, pero nunca imaginé que tuviera tanto alcance.

—Pero ¿tanto es? ¿Tanta gente lo está viendo? —pregunto, todavía incrédula—. Pensaba que no habría muchas más reacciones de las que vimos anoche.

—¿Que si tanto es? —interviene la chica, riendo nerviosa—. ¡Mirad lo que están poniendo ahora mismo en la televisión! —Señala la pantalla de la cafetería y todos murmuran a la vez.

## Capítulo 31

—Mierda... —Las imágenes que publicó la noche anterior aparecen una y otra vez en la pantalla, bajo el titular «La nueva modelo de Jonathan Giovanni prende las redes»—. Dime que esto es una jodida pesadilla.

Me pongo las manos sobre la cara para esconderme. Todos me están reconociendo y sus giros rápidos hacia mí los delatan. La noticia dura sólo un par de minutos, pero se me hacen interminables. Cuando el alboroto se calma, poco a poco se marchan. Las clases están a punto de empezar y, aunque hoy sólo tendremos tres horas, no podemos permitirnos el lujo de llegar tarde. Son los últimos exámenes y debemos ser puntuales. La chica que está con nosotros también se despide y prácticamente nos quedamos solos.

—Termina eso. —Señala el café y el cruasán de chocolate que me ha traído.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo después de lo que acaba de pasar? —le pregunto, sorprendida al ver que no muestra ningún tipo de interés. Es como si le diera igual.

—Porque no dejo que me afecte. —Levanta los hombros—. Si tuviera que preocuparme por cada una de las cosas que han publicado sobre mí, a estas alturas estaría muerto de algún infarto.

—Pero...

—Pero nada —me corta—. Tómate eso y dale importancia a lo que de verdad la tiene: tus clases.

Protesto mentalmente y agarro mi café. Es inútil discutir con él y tiene razón: si no me doy prisa, llegaré tarde.

Me acerca el plato con el bollo y, aunque arrugo la frente, me obliga a

comérmelo. Tras cuatro bocados, no puedo más y tengo que dejarlo. Nunca me había sentido llena tan rápido. Es como si la capacidad de mi estómago se hubiera reducido a la mitad.

Nada más terminar, prácticamente corremos hasta la facultad. Cuando llegamos, ya no hay nadie fuera y en cierto modo me alivia. No quiero dar más que hablar. Me despido de Giovanni y cruzo el pasillo. Antes de empujar la puerta para entrar en clase, inspiro profundamente y me armo de valor. Si odio llegar tarde es por lo que pasa después. Camino rápido hasta mi asiento y me extraña que nadie lance frases ridículas dirigidas a mí. Mientras me coloco, levanto la mirada y compruebo que hay varias chicas observándome. Cuando se dan cuenta de que las he visto, me sonríen y mi vello se eriza. Algo traman.

El resto del día lo paso en alerta. Miro continuamente en todas direcciones, esperando cualquier cosa, pero todo parece tranquilo. Aparte de susurrar cuando pasan a mi lado, no ocurre nada más.

Llega la hora de salida y, mientras hago tiempo para que todos se marchen, apilo las hojas que nos han dado los profesores. Al haberme dejado la mochila en la casa de mi madre, no tengo dónde guardarlas hasta que compre otra y me las coloco bajo un brazo. Me pongo en pie dispuesta a abandonar el aula y varios folios se me caen al suelo. Me inclino para recogerlas y, cuando casi he terminado, veo un par de manos ayudándome.

—Toma.

Patricia, una de las íntimas amigas de Tamara, me entrega varias de las hojas y la miro extrañada. Dudo por un momento, pero finalmente decido ignorarla. No quiero hablarle ni para darle las gracias. No me fío de ella y sé que cualquier cosa que haga la utilizará en mi contra junto a su grupo. Cuando me giro para irme, oigo gritos.

—Mierda... —murmuro, y veo por la ventana a un grupo de personas que corre en una dirección determinada. No hace falta que me digan lo que está pasando. Miro con más atención y mis sospechas se confirman. El coche de Giovanni está aparcado en la entrada y él, esperándome a la vista de todos.

—Creo que han venido a por ti. —Patricia se acerca y me aparto—. Tienes mucha suerte. —Suspira—. ¿Sabes?, daría lo que fuera por estar en tu lugar.

—¿Perdona? —No puedo seguir callada—. ¿Qué ha pasado con todo ese odio que siempre has vertido sobre mí?

—La verdad, Vanessa, es que yo nunca he querido comportarme así contigo. Todo ha sido siempre por culpa de Tamara. Si no le seguimos el juego, ya sabes... —Sonríe apenada—. Hace mucho tiempo que quiero disculparme contigo, pero no he encontrado el momento y... bueno...

—¿Y por eso has continuado haciéndome daño? —La rabia habla por mí.

—Ya, lo siento. —Baja la mirada—. No tengo excusa para eso. Lamento mucho todo el daño que te he hecho.

—Me gustaría creerte —respondo fríamente y evitando mirarla a los ojos.

—¿Crees que podrás perdonarme algún día? —No contesto—. ¿Lo intentarás al menos? —insiste.

—Es posible —digo tras una breve pausa.

—¡Genial! No imaginas cuánto me alegra oírte decir eso. —Exhala aliviada—. Qué bueno que me des una oportunidad. Seguro que a partir de ahora nos llevaremos bien y, ¿quién sabe?, quizá hasta podremos ser amigas.

—Quizá. —Sonríe sin ganas y miro por la ventana de nuevo. Alessandro ha tenido que salir en su ayuda; hay varias chicas rodeándolo y apenas lo dejan respirar.

—¡Qué bien! Me hace mucha ilusión poder empezar de nuevo contigo. Sólo te pido una cosa: no lo comentes por ahí, ¿vale? No quiero que llegue a oídos de Tamara todavía.

—No te preocupes.

—Sabía que podía confiar en ti. ¿Qué te parece si lo celebramos tomando algo? Puedes decirle a Giovanni que venga con nosotras para que no se quede ahí solo. No quiero que piense que le he robado a la modelo. —Finge que se carcajea.

—Patricia —me mira con una amplia sonrisa en la boca—, te olvidas de

algo sumamente importante.

—¿De qué? —Arruga la frente sin bajar la sonrisa.

—De que soy albina, no gilipollas como tú.

La dejo con la palabra en la boca y me voy.

Con cada paso que doy hacia la salida, me siento más liberada y bien conmigo misma. Hasta mi humor ha cambiado. Debí haber hecho esto hace mucho tiempo, pero siempre me detuvo el miedo a que las represalias fueran peores y por eso aguanté. Por suerte ya estoy en la recta final y espero no volver a verlas en mi vida. Antes de que esto termine, quiero atreverme a decirles cuatro cosas más. No se acercará ni de lejos a todo lo que me han hecho pasar a mí, pero seguro que me sentiré mejor.

—*Boungiorno, principessa* —grita Giovanni nada más verme y viene hacia mí.

—¿Por qué has venido? —digo entre dientes para que sólo él pueda oírme.

—Porque he querido —responde sonriente, y pasa uno de sus brazos por encima de mis hombros.

—Gracias. —Lo sorprendo con esa respuesta y casi se detiene.

—¿He oído bien? —dice extrañado.

—Perfectamente. —Le guiño un ojo.

—Vaya... Ésa sí que no me la esperaba —añade entre risas; me aprieta contra él y besa mi cabeza sin importarle que todos nos estén mirando.

\*\*\*

Los siguientes días se vuelven irreales y tengo la continua sensación de que me he equivocado de centro. Es como si estuviera viviendo dentro de un sueño y casi me apena que las clases estén llegando a su fin. Nunca pensé que diría esto, pero empiezan a gustarme. Todo es mucho más fácil ahora y los alumnos me tratan de un modo totalmente diferente; incluso algunos chicos intentan flirtear conmigo. Sé que lo hacen por la presencia de Giovanni en mi vida, y

por las continuas apariciones de mis fotografías en la televisión, pero necesitaba tanto un cambio que no me importa. Acepto cualquier cosa.

El italiano me acompaña y me recoge todos los días. Mientras espera a que salga, firma autógrafos y se expone para que lo vean. No sé cómo lo aguanta, pero estoy convencida de que lo hace por mí y eso me encanta. Hasta empiezo a encontrarlo atractivo. Sólo espero no enamorarme de él. Llevo días experimentando sentimientos extraños y estoy preocupada. Por nada del mundo quisiera que eso pasara.

A medida que transcurren los días, mi autoestima se ve más reforzada. Tengo ratos peores y otros mejores, pero empiezo a perderle el miedo a los espejos y, aunque todavía no acaba de gustarme la imagen que veo reflejada en ellos, intento aceptarme un poco más.

—Vanessa, ¿estás lista?

—Dame dos minutos. Ya casi he terminado. —Hoy iremos a hablar con un conocido suyo. Según me ha comentado, cuando ese hombre vio mis fotos en Internet, lo llamó; dice que es posible que quiera ofrecerme trabajo. Al contármelo, mi primer instinto ha sido negarme, pero, después de hablarlo tranquilamente, he visto que Giovanni tiene razón. Es dinero fácil que no me vendrá nada mal y tengo que empezar a pensar en mi futuro. Él tendrá que volver en algún momento a su país y no puedo seguir abusando de la hospitalidad de Gloria. Hasta que consiga un empleo estable, podré ir tirando y arreglándomelas con esto. No es algo que me guste, pero puede funcionar. Sólo espero que sea parecido a lo que hice en la sesión fotográfica; después de todo, aunque lo pasé fatal por mis miedos, no ha salido tan mal como esperaba.

Tras una hora de viaje por fin llegamos al lugar de la entrevista. El edificio tiene ocho gigantescas plantas y son todas de la misma empresa.

—Es por aquí —me indica Giovanni, y lo sigo. Llegamos a un gran despacho y, al entrar, vemos a un hombre moreno, de unos cuarenta años, sentado en un amplio sillón.

—Buenos días. —Se levanta y viene hacia nosotros. Me tiende la mano para saludarme y, mientras lo hace, lo miro fijamente. Es extraño, pero su cara me resulta familiar. Sé que lo he visto en alguna parte—. Tomad asiento, por favor. —Señala unas sillas y, mientras nos sentamos, sigo observándolo. Al darse cuenta de ello, me sonrío y bajo la mirada, avergonzada.

—¿Cómo has estado todo este tiempo? —le pregunta Giovanni.

—Muy ocupado, la verdad, pero no me puedo quejar. —Noto su mirada de nuevo en mí.

—Ya he visto la cantidad de películas que estás promocionando. Debe de ser agotador. Por cierto, mi favorita es y siempre será la adaptación que hiciste del libro *El autobús*, de Sonia López Souto.

—¿*El autobús*? ¡Conozco esa película! —No puedo evitar interrumpirlos—. ¿Es usted quien la está promocionando?

—Más bien soy el productor. —Ríe.

—¿Darío Rocha? —Varias imágenes vienen a mi mente y recuerdo dónde lo he visto. Le hicieron una entrevista hace algunos meses en un programa de televisión.

—El mismo. —Levanta una de sus cejas.

—Vaya, no puedo creer que esté sentada frente a usted. —Giovanni me da un golpecito en el pie bajo la mesa y trato de calmarme. Empiezo a parecerme demasiado a Andy.

—¿No te ha dicho este caballero a dónde venías? —pregunta extrañado.

—La verdad es que no. —Me arrepiento al momento de mi respuesta y temo haber metido la pata.

—Deberías despedirlo y venirte conmigo. Seguro que yo, al menos, te tendría más informada —bromea, pero a Giovanni no parece hacerle gracia—. No alarguemos más esto. —Abre un cajón y saca una carpeta. La lanza sobre la mesa y llega hasta mí—. Ábrela —dice en tono autoritario—, es un contrato.

—¿Un contrato? —Miro a Giovanni buscando una explicación y él parece

estar igual que yo.

—No preguntes tanto y ábrela —insiste. Hago lo que me dice y comienzo a leer.

—¿Qué? —Alzo ambas cejas, sorprendida—. Esto es una broma, ¿verdad?  
—No puedo creer lo que me está ofreciendo.



## Capítulo 32

—Con mi trabajo, jamás bromeo —responde serio.

—Pero esto parece un contrato para una película. —No salgo de mi asombro.

—No lo parece, lo es. Y, si aceptas, serás la protagonista. —Levanta otra vez una ceja.

—¿En serio? —Si me pinchan, no sangro.

—Totalmente.

—Yo... —mis manos comienzan a temblar—... lo siento.

—Tranquila, tu reacción es normal. La he visto cientos de veces. Entiendo que para vosotras es una gran emoción a la vez que una gran responsabilidad. Es un papel muy importante.

—No es eso, es que... —trago saliva—... no puedo hacerlo.

—¿Cómo que no puedes? ¿Te parece poco dinero? —Frunce el ceño. Queda claro que no esperaba esa respuesta.

—No lo sé... —No sé qué decir, ni siquiera he llegado a esa parte.

—Dime cuál es tu precio y lo negociaremos —insiste.

—Es que no puedo.

Miro a Giovanni esperando que me ayude. Estoy tan nerviosa que ni siquiera me salen las palabras. Una nueva sesión de fotos con algunas condiciones la podría soportar, pero esto es demasiado.

—La señorita Rodríguez y yo tenemos que estudiar tu propuesta antes de aceptarla —responde con agilidad y me coge el contrato de las manos—. Ahora mismo tiene gran cantidad de compromisos y su agenda está bastante apretada.

Lo miro extrañada.

—Bien, puedo esperar. No demasiado, pero puedo esperar.

—¿Tienes el guion por ahí? —añade.

Vuelvo a mirarlo. No sé qué pretende, pero me está preocupando.

—Claro. —Lo suelta sobre la mesa y me asusto con el ruido. Son cientos de páginas, parece muy pesado.

Justo en el momento en el que Giovanni se pone en pie para alcanzarlo, suena su teléfono. Hace una mueca de desagrado y se detiene para mirar la pantalla.

—Necesito un instante —se disculpa—. Tengo que contestar. Es importante.

Sale del despacho rápidamente y me quedo sola frente a Darío Rocha.

—¿Llevas mucho tiempo en esto? —me pregunta mientras ladea una sonrisa, bastante más relajado que antes. Parece que la presencia de Giovanni lo estaba incomodando.

—No, la verdad es que no. —Evito darle excesivos detalles.

—¿Has actuado alguna vez? —Me observa con detenimiento.

—No, nunca —digo sincera, y temo haber dicho algo que no debiera.

—¿Desde cuándo conoces a Jonathan Giovanni? —Pasa los dedos por su brillante barba.

—Hace algunas semanas.

—Interesante. Entonces no llevas mucho tiempo con él. —Parece gustarle mi respuesta.

—No. No mucho —contesto, cada vez más intranquila. Empiezo a sentirme intimidada.

—Ahora hablemos en serio y como personas maduras que somos. —Se inclina hacia delante y apoya sus codos en la madera—. Conozco muy bien a Jonathan y, sí, es evidente que es un prestigioso fotógrafo de fama mundial, pero te aseguro que conmigo tendrás muchas más posibilidades de llegar a la cima que con él.

—Ya, pero yo estoy a gusto con él.

Puedo notar el latido de mi corazón en el cuello.

—Permíteme que insista, Vanessa. —Un escalofrío recorre mis brazos. No me gusta cómo suena mi nombre en sus labios—. No te olvides de que él — señala la puerta— se dedica a hacer fotos, mientras que yo me dedico a todo lo demás. Definitivamente tendrías más oportunidades conmigo. —Sonríe seguro de lo que acaba de decir—. Hay mucha diferencia entre elegir a uno o a otro. ¿De verdad te lo vas a pensar?

—Me gustaría hablarlo con...

—No necesitas hablar nada con nadie. Recuerda que eres adulta y tienes el poder de decisión. Si aceptas, en tan sólo unos meses estarás podrida de dinero; tendrás tanto que no sabrás qué hacer con él y todos te envidiarán. ¿Imaginas a todas esas personas que detestas viéndote como a una estrella? Sería el mejor castigo para ellos. —Varias imágenes pasan por mi cabeza—. ¿Sabes lo orgullosos que se sentirían tus familiares y amigos? —Hace una pausa para darme tiempo a imaginarlo y pienso en Andy, en mi abuelo, en cómo podría ayudar a mi madre con su adicción, y en todos los que me han acosado durante años. Realmente mi vida podría cambiar—. Eres joven, querida. ¿Vas a dejar pasar esta gran oportunidad? Te estoy ofreciendo la posibilidad de despreocuparte de tu futuro y ser amada por todos.

—Suena muy bien, la verdad... —Sus frases cada vez son más tentadoras.

—Hoy no es buen momento para cerrar ningún trato. —Mira de nuevo hacia la puerta y sé a lo que se refiere—. Voy a dejar que lo consultes esta noche con la almohada. —Abre una agenda y me la ofrece—. Lo que sí que necesito, antes de que te vayas, es tu número de teléfono. Si no te importa, anótalo aquí. —Mientras lo escribo, sigue hablándome—. ¿Te parece bien si nos vemos de nuevo mañana por la mañana?

—No sé si será posible. Tengo clase y vivo a una hora de aquí.

—¿Vives en la capital?

—Sí.

—Entonces no hay problema. Mañana estaré allí. ¿Te viene bien a media mañana?

—Está bien —acepto poco convencida. Se me hace muy precipitado y me gustaría tener más tiempo para meditarlo.

—Perfecto. Sólo una condición. —Lo miro atenta—. No se lo cuentes a tu amiguito el italiano. No debes dejar que nadie interfiera en tu decisión. Eres una chica suficientemente inteligente como para saber qué hacer con tu vida sin consultar con nadie.

La puerta se abre y, antes de que Giovanni entre, esconde la agenda, como si no quisiera que la viese.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, tranquilo. —Le sonrío y se sienta a mi lado.

Hablamos con Darío Rocha durante varios minutos más y finalmente nos marchamos con el guion y el contrato en la mano para estudiar su propuesta. Me siento tentada en varias ocasiones de contarle a Jonathan lo que me ha ofrecido, pero finalmente decido no hacerlo. Quiero escuchar todo lo que el productor tenga que decirme y, si viene conmigo después de pedirme que no lo lleve, se molestará y perderé mi oportunidad. Como Darío me ha remarcado, ya soy adulta para tomar mis propias decisiones.

En el trayecto de vuelta, Giovanni intenta hablarme del contrato, pero estoy tan distraída pensando en lo que ocurrirá mañana que soy incapaz de centrarme y mantener una conversación con él. Saco mi teléfono y escribo a Andy. Me siento tan emocionada que necesito explicárselo. Sé que él no interferirá en mi decisión.

No te vas a creer lo que me acaba de pasar.

Responde rápidamente. Aunque sigue trabajando en Londres, siempre tiene el dispositivo cerca. No se aparta de él ni un instante y podemos mantener un contacto continuo.

Sorpréndeme.

Me acaban de ofrecer un trabajo impresionante...

¿Qué? ¿Quién? ¿De qué? ¡CUÉNTAME!

Sé que he logrado ponerlo nervioso. Antes de terminar de escribir el texto que le voy a enviar, me llega otro.

¿Te puedo llamar?

Elimino lo que ya llevaba escrito y redacto de nuevo.

No, ahora no puedo hablar. Después  
te doy un toque.

Espero, risueña, su mensaje de vuelta.

¡Perra!, para eso no me digas nada.  
Ahora no podré centrarme por tu culpa.  
¡NO TARDES!

Sonrío y guardo el móvil. Sabía que diría eso.

Nada más llegar, me disculpo para ir al baño y aprovecho para liberar a Andy de su tortura. Conociéndolo, estoy segura de que se ha pasado toda la hora revisando su pantalla.

Marco su número y no espera a que termine el primer toque.

—Vamossss, cuéntame —responde apresurado.

—Hola. —Río—. ¿Dónde están tus modales? ¿Qué ha pasado con el «cómo estás» y el «qué tal tu día»?

—Después. Ahora suelta lo que guardas. ¿Qué trabajo es ése?

—¿Recuerdas el éxito que han tenido mis fotos?

—¡Como para olvidarlo! —grita. Durante toda la semana, se ha dedicado a enviarme capturas de los comentarios más votados.

—Pues, a raíz de ahí, un amigo de Giovanni de inmediato se interesó por mí.

—¿Y por qué yo no sabía eso? —Cambia el tono—. Ya no me cuentas

nada... —gimotea.

—No es eso. La verdad es que ni yo misma le di importancia.

—Bueno, da igual. No nos desviemos del tema. ¿Has ido a verlo?

—Sí. Acabamos de llegar ahora mismo, y no puedes imaginar la gran sorpresa que me he llevado cuando he descubierto que su amigo, el que se ha interesado en mí, es... ¡Darío Rocha!

—¡¡¡¿Qué?!!!—Chilla tan fuerte que tengo que cerrar los ojos y apartarme el aparato de la oreja. Es un gran cinéfilo y evidentemente lo conoce—. ¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Qué?!! Júrame que no es una broma.

—No es una broma. —Río de nuevo—. Yo tampoco me lo podía creer. ¡Imagina mi cara cuando lo he visto!

—¡Ay, Dios! ¡Me *meo toa*! ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué has ido a verlo? ¡¡¡Cuenta!!!

—Bueno, no quiero darle muchas vueltas porque no creo que vaya a aceptar, pero me ha ofrecido un papel en una de sus películas.

—¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Quééé?!! ¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Quééééé?!! —Entra en bucle—. ¿De extra?, ¿cómo secundario?, ¿de figurante?, ¿de qué?

—Actriz protagonista —suelto la bomba.

—¡¡¡Me-muero-bien-muerta!!!

Tras un fuerte golpe, hay un silencio al otro lado de la línea y temo que se haya desmayado. Es muy propenso a ello con las emociones fuertes.

—¿Andy? —lo llamo, preocupada.

—¿Andy? —Alguien también lo llama al otro lado.

—¡Mierda! ¡Andy! —digo sin apartar el teléfono de mi oreja—. ¿Andy? —Sigo escuchando atentamente.

—¡Estoy bien! —Por fin lo oigo y respiro aliviada—. Vane, ¿sigues ahí?

—¡Sí! ¡Joder! —Expulso el aire de mis pulmones—. Casi me matas del susto... Dime que no te has caído.

—Nooo —lo niega—, sólo se ha caído... algo de la mesa.

—Claro, claro... y ese *algo* ha rebotado en el suelo y seguro que te ha

hecho otro huevo en la cabeza.

—Muy graciosa. —Puedo imaginar su mirada y me carcajeo—. Ya basta de reírse del pobre Andy y haz el favor de seguir hablándome de tu papel como actriz protagonista.

Le cuento lo que Giovanni no sabe y, aunque siento que desconfía, opina igual que el productor. Debo ser yo quien decida qué es lo mejor para mi futuro, tanto si me equivoco como si no.

Minutos después, y como si supiera que estamos hablando de él, recibo un mensaje.

Cuento las horas para verte mañana.

Tengo grandes cosas que ofrecerte y espero estar a tu altura. Sería un gran honor que me permitieras trabajar a tu lado. Tienes un futuro prometedor.

## Capítulo 33

Leo una y otra vez el mensaje y no encuentro las palabras para contestarle. ¿Qué le debería decir? Tras pensarlo durante un buen rato, finalmente decido dejarlo así. Sólo espero que no crea que soy una maleducada. Durante la cena, Giovanni se muestra contento con el proyecto, hojea varias veces el contrato y lee en alto algunos puntos. Quiere que todo me quede claro si decido firmar.

—La cantidad de dinero que te ofrece es muy atractiva, bien te daría para vivir varios años sin tener que preocuparte. ¿Tú cómo lo ves? —Corta un trozo de la lasaña que ha preparado y se lo mete en la boca.

—Pues la verdad es que no lo sé.

Sigo indecisa y, además, me siento mal por ocultarle algunas cosas... aunque no debería, pues realmente no tenemos nada hablado sobre esto.

—Vamos, si se enfría, no estará igual.

Aunque hace días me convenció para que dejara la dieta, aún me cuesta comer. Le tengo tanto miedo a engordar que he desarrollado una extraña fobia a ciertos alimentos. Si viviera sola y no tuviera a alguien que me vigilara y obligara a comer como hace Giovanni, no sé cómo terminaría. Ha habido momentos en los que me he sentido tan mal que he llegado a perder el control de mi vida y, si no llega a ser por él, no sé qué hubiera sido de mí.

—¿Conoces a Darío desde hace mucho?

Tomo el tenedor y hago lo mismo que él. Realmente está buena. La cocina se le da de maravilla.

—Sí, hace varios años.

—¿Es buen tipo?

—Es... como te diría... *è uno sveglio*.



—¿Cómo?

—*Inteligente!*, ¡Vivo!, ¡Despierto! Es una persona que sabe lo que quiere y no duda en usar cualquier artimaña para conseguirlo.

—Pero, entonces, ¿no es de fiar?

—Sinceramente, no. Es un vendedor de sacos de humo. Pero no debes temer, aquí sólo puede regirse por este contrato. —Lo señala—. Sólo podrá exigirte lo que ponga ahí. De todas formas, se lo he enviado a mi abogado. Él nos dirá, en un par de días, si hay algún vacío legal con el que tengamos que tener cuidado.

—Un par de días... —Pienso en la reunión de mañana.

—¿Ocurre algo, Vanessa? —Me mira extrañado.

—No, nada.

—¿Seguro? Llevas todo el día muy rara.

—No te preocupes, estoy bien.

Vuelvo a meterme comida en la boca, y con esa excusa de dejo de hablar.

Cuando terminamos, lo recogemos todo y me despido. Necesito tiempo para pensar en mis cosas.

—Me retiro ya, quiero acostarme pronto para estar fresca mañana.

—Yo me quedaré por aquí un rato más. Tengo que hacer algunos trabajos.

—Se acerca—. Dulces sueños, preciosa. —Besa mi mejilla tiernamente. Desde hace días sus maneras conmigo han cambiado y lo noto diferente. Es todavía mucho más atento que antes y está en todo momento pendiente de que no me falte de nada.

—Hasta mañana —digo mirándolo a los ojos. Por primera vez soy capaz de sostener una mirada de otra persona sin sentirme intimidada. Hay algo en él que me atrae y es mucho más fuerte que mis miedos—. No trabajes mucho.

Me marcho del salón y entro en mi cuarto.

*Copo* me sigue y, de un salto, sube a la cama. Desde que le damos esa medicación está mucho mejor. No he vuelto a ver gotas de sangre y parece cargado de energía. La semana que viene le harán una nueva revisión y espero

que los resultados sean buenos. Es muy viejito, pero con cuidados todavía puede vivir un poco más. Ni de lejos estoy preparada para su partida. Es el amor más puro que conozco y no soy capaz de imaginarme mis días sin él. Me tumbo a su lado, rasco su cabecita y varias preguntas vienen a mi cabeza.

¿Por qué Darío Rocha no querrá que Giovanni lo sepa? Esa parte se me hace muy extraña. ¿Acaso teme que me pueda quitar la idea de la mente? Estoy segura de que sólo se opondría si fuera algo malo para mí, pero aquí sólo veo beneficios. ¿Por qué debería ocultárselo? Si es algo que me puede ayudar a salir adelante, me apoyará. Pero ¿y si es una trampa o una prueba de confianza del productor? ¿Y si, por contárselo, pierdo la oportunidad de mi vida?

Me levanto y me quedo sentada a los pies de la cama. Realmente le tengo pánico a mostrarme, pero podría sacrificarme por un futuro mejor. Llevo años pasándolo mal, por unos meses más no creo que ocurra nada. Esos meses, además, serían provechosos y me solucionarían la vida...

Cuanto más vueltas le doy, más difícil se vuelve mi decisión y más aumenta la sensación de estar traicionando a Giovanni...

«Él y yo no tenemos nada acordado. No tenemos ningún convenio, ni ningún pacto —trato de excusarme a mí misma—. ¿Por qué no me siento libre, entonces? ¿Quizá es porque, en el fondo, sé que le molestaría...?» Me pongo en pie. «Creo que debería contárselo. Sería muy ingrato por mi parte ocultárselo o, peor aún, que se enterase por otros. Él me lo está dando todo y yo... —me tapo la cara, angustiada—... yo no le estoy dando nada. Me han convertido en una persona tan desconfiada que hasta ahora no me he dado cuenta de cuánto está haciendo por mí sin pedir nada a cambio. Sería muy egoísta esconderle algo así y, además, lo haría sentir mal. Giovanni es una de las pocas personas que me está brindando su ayuda sin dañarme. Desde que lo conozco, me ha demostrado que su única intención es hacerme la vida un poco mejor. Seguro que hasta me puede guiar. Él sabe moverse en este mundo mejor que nadie y Darío no tiene por qué enterarse.»

Con ese pensamiento entre ceja y ceja, salgo de la habitación para caminar

de nuevo hasta el salón.

—¿No puedes dormir? —inquire desde la mesa al verme.

—La verdad es que no.

—¿Estás nerviosa?

—Sí y no. —Bajo la mirada—. Más bien es que tengo algo en la cabeza que no me deja tranquila y necesito contártelo.

—Claro.

Deja todo lo que está haciendo para prestarme atención. Sabe que, si le digo algo así, es porque es importante.

—Verás... —ordeno las frases en mi mente—. ¿Recuerdas cuando, estando con Darío, alguien te ha llamado por teléfono?

—Sí.

—Pues ha aprovechado ese momento en el que nos hemos quedado solos para proponerme algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta, arrugando la frente como si no le gustara nada lo que le acabo de decir.

—Bueno, básicamente quiere ser mi representante.

—Ya veo que sigue en su línea. —Trata de mantener la calma—. No pierde el tiempo. ¿Qué más te ha dicho?

—Quiere que nos veamos mañana a solas.

—¿Qué? ¿Y no pensabas decírmelo? —Se altera.

—Me ha pedido que no te lo contara.

—*Figlio di puttana!* —Su mandíbula se tensa—. Debería habérmelo imaginarlo. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —Nunca lo había visto así—. Me gustaría llegar al final de esto para saber qué opciones tengo, pero necesito tu consejo.

Su expresión cambia.

—La verdad, Vanessa —exhala—, yo te aconsejaría que, fuera de ese contrato, te mantuvieras alejada de él. Y, si en un futuro decides trabajar a su lado de otra forma, asegúrate de que siempre quede todo por escrito y muy

muy claro. —Mira al vacío—. Y aun así te aseguro que encontrará la forma de atraparte.

—No sé qué hacer. Me ha ofrecido tantas cosas buenas que podrían ayudarme.

—*Chi ben dona caro vende se villan non è chi prende* —susurra.

—¿Cómo? —Últimamente apenas habla italiano, pero, cuando lo hace, utiliza frases largas y es mucho más difícil entenderlo.

—Es un proverbio de mi país; viene a decir que quien bien regala, caro vende si el que recibe no es un villano. —Fuerza una sonrisa—. Te aconsejo no hacer demasiados tratos con él. —Aprieta los labios. Al darse cuenta de que estoy decepcionada, se acerca—. No quiero que te sientas mal, ¿de acuerdo? —Asiento aguantando las lágrimas. Estoy demasiado sensible—. Sé que te lo ha pintado todo muy bonito y sientes que vas a perder algo grande, pero créeme que no es así.

—Había logrado ilusionarme —me sincero—. Llevaba años sin experimentar este sentimiento, pero en un instante todo se ha esfumado y he vuelto al mismo lugar.

—Lo sé. —Me abraza.

—Estaba convencida de que mi vida iba a cambiar. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que así fuera. No me esperaba este jarro de agua fría. —Sollozo—. Es horrible no poder fiarse de nadie.

—Tranquila, *ragazza*. —Me abraza más fuerte y noto cómo su energía invade mi cuerpo—. Va a cambiar de todas formas. Ya verás. —Apoya su barbilla en mi cabeza y permanecemos así durante unos segundos. No sé qué tienen sus brazos, pero, cada vez que me rodea con ellos, me siento protegida y segura.

—Lo siento —le digo apoyada en su hombro.

—*Mah!* —Percibo su respiración en mi pelo.

—Siento estar poniéndotelo todo tan difícil.

—No debes preocuparte por eso. —Levanta mi cara y besa mi frente—.

Todo está bien ahora. —Me habla desde tan cerca que noto el calor de sus palabras.

—No está bien. No lo estoy haciendo bien. —Trago saliva—. Nunca tuve la oportunidad de aprender a ser agradecida, porque en muy pocas ocasiones alguien hizo algo por mí, y hoy me he dado cuenta de que...

—Chist... —vuelve a interrumpirme. Sabe que está siendo muy difícil para mí sincerarme, pero realmente lo necesito.

—Sé que mi carácter es agrio y soy muy difícil de tratar —pone su mano en mi mejilla y lucho por no distraerme con su contacto—, pero quiero que sepas que... —Cierro los ojos por un segundo y, al abrirlos de nuevo, me encuentro con una mirada tan intensa y magnética que me olvido de seguir hablando.

—¿Qué...? —susurra cada vez más cerca de mi boca, y mis mejillas arden. Humedezco mis labios para continuar, pero no encuentro las palabras. Nos miramos fijamente a los ojos y comienzo a sentirme extraña, como si estuviera adormecida y a la espera de algo, pero, tras varios segundos, no sucede nada —. Vanessa... —Aunque me llama, no logro salir de mi letargo. Dibuja el borde de mi boca con su pulgar y, sin poder evitarlo, un suspiro relajado escapa de mi cuerpo—. *Ragazza* —cierra los ojos con fuerza—, no puedo más. De verdad que lo intento, pero ya no puedo más.

Se lanza sobre mí sin darme tiempo a pensar, me envuelve con sus brazos y choca sus cálidos labios contra los míos.

## Capítulo 34

Al sentir su contacto, me asusto y quiero apartarme, pero una extraña carga de electricidad me tiene totalmente paralizada. Sus carnosos labios comienzan a moverse despacio, impregnando con su sabor los míos, y poco a poco mis miedos y el impulso de rechazo desaparecen.

La suavidad de su boca me acaricia con tanta delicadeza que todo mi vello se eriza. Lentamente, con la lengua se abre paso entre mis labios, humedeciéndolos y haciendo que mi respiración se corte. Jamás me habían invadido así. Cuando encuentra lo que busca, inspiro profundamente y sus grandes manos, como si tuviera miedo a que lo rechazase, me sujetan y atraen más hacia él. Mi cuerpo y mi mente se rinden y finalmente me dejo llevar. Nuestras lenguas se acarician mutuamente, como si se reconocieran, y por un instante creo que no hay suelo bajo mis pies. Una gran relajación me hace creer que floto y, cuando más entregada estoy a esta nueva sensación, se aleja despacio y empiezo notar el desagradable frío de su distancia.

—¿Debo protegerme esta vez? —Abro los ojos sin saber en qué momento los había cerrado y lo miro fijamente. Luce una amplia sonrisa, tiene la piel más rosada y los labios mucho más marcados que antes. Quisiera poder decir algo, pero no sé cómo reaccionar. Todavía estoy intentando asimilar lo que acaba de ocurrir. Pone su mano en mi mejilla y la desliza hacia mi cuello—. Vanessa —pasa la lengua por su boca como si todavía pudiese saborearme—, necesitaba tanto esto... —Apoya su frente sobre la mía y traga saliva—. Tenía mucho miedo a que me rechazaras de nuevo.

—Yo... —Bajo la mirada, confusa—. No sé cómo tomarme esto. ¿Qué significa lo que acaba de pasar?

—Ojalá lo supiera. —Acaricia mi cara—. Lo único que tengo claro ahora mismo es que sentimos algo muy fuerte el uno por el otro.

—Esto no está bien. No puede salir bien. —Niego con la cabeza.

—No adelantes cosas, no sabemos qué pasará. Dejemos que el tiempo decida, sólo él podrá darnos una respuesta.

—¿Qué tiempo? ¿Una semana?, ¿dos? —Algo se rompe en mi pecho al recordar que pronto se marchará—. Tú tienes tu vida, y yo, la mía. En algún momento tendrás que regresar a Italia y te olvidarás de mí. —Me aparto—. No quiero convertirme en otra conquista más del famoso fotógrafo. Me niego. Esto me puede hacer mucho daño, Jonathan. Tú estás acostumbrado a este estilo de vida; hoy una, mañana otra... pero yo no. No quiero ilusionarme y mucho menos enamorarme. Lo siento, pero no estoy dispuesta a jugar con fuego.

—Hace días que nos estamos quemando, y lo sabes. Tu mirada, tu respiración... tu cuerpo me grita cada vez que estamos cerca. Sientes algo tan intenso por mí como yo por ti, no puedes esconderlo. Tarde o temprano se volverá en contra de nosotros si lo negamos. Démosle una oportunidad, veamos al menos dónde nos lleva. Disfrutemos de los días que nos quedan juntos.

—¿Y después? Eso es lo que me preocupa. —Finjo una sonrisa y me mira pensativo—. Qué fácil lo ves todo, ¿verdad? —Le doy unos segundos, pero no dice nada—. No quiero volver a hablar más de esto. Hagamos como que no ha sucedido. Se está haciendo tarde. Hasta mañana —me despido, y camino a paso ligero para evitar que intente detenerme.

Nada más entrar en mi habitación, cierro la puerta y descanso mi espalda en ella. Exhalo todo el aire que había retenido y, tras unos segundos intentando calmarme, me siento de nuevo sobre la cama.

—No puedo creerlo —susurro para que no me oiga—. Mi primer jodido beso y me lo doy con alguien que jamás valorará lo que eso significa para mí.

Desde pequeña siempre pensé en ello, aunque admito que a medida que iban pasando los años perdí la esperanza de que eso ocurriese. No era capaz

de imaginarme cerca de un hombre, porque estaba segura de que ninguno mostraría interés en mí. Alcanzo mi teléfono para poner la alarma y, al pasar el dedo por la pantalla, veo con sorpresa que tengo otro mensaje de Darío Rocha.

Acabo de darme cuenta de que no hemos acordado ninguna dirección. ¿Dónde te viene bien que nos veamos? ¿Hay algún lugar tranquilo cerca de tu universidad?

—Mierda —suelto en alto cuando el teléfono empieza a vibrar, pues lo tengo en silencio. Al ver que es su número, lo lanzo sobre la cama. No me atrevo a descolgar porque no sé qué decirle. Después de lo ocurrido entre Giovanni y yo, no hemos quedado en nada. Como si oyera mis pensamientos, toca a mi puerta.

—Vanessa, no quiero irme a dormir así. Necesito hablar contigo y saber que todo está bien. —Dobla la manilla y empuja—. Voy a entrar. —Al ver que todavía estoy vestida y de pie, viene hacia mí—. Creo que te he dado una impresión que no quería.

—Te he dicho antes que no quiero hablar del tema.

Me muevo nerviosa mientras el dispositivo sigue vibrando.

—Pues yo sí quiero. Es algo que nos concierne a los dos y no pienso irme de aquí hasta que no lo solucionemos. —Se sienta sobre la cama y ve mi teléfono—. Te están llamando —dice como si no me hubiera dado cuenta.

—Lo sé.

—¿No vas a cogerlo? —pregunta extrañado.

—No. —Dudo por un momento, pero finalmente lo digo—. Es tu amigo el productor.

Lo toma en sus manos y, antes de que pueda ver el número, la llamada se corta.

—¿Le respondiste al mensaje? —Arruga la frente.

—No, y me ha escrito una segunda vez mientras tú y yo estábamos...



hablando, para preguntarme dónde quedar mañana. Y, como no lo he oído, ni le he respondido, imagino que ha decidido hablar conmigo para averiguarlo.

—¿Y cuál será tu respuesta? —Parece preocupado.

—Ojalá lo supiera. —Bajo la mirada—. Todavía no lo he decidido.

—Bien. Siéntate aquí. —Se hace a un lado mientras da palmaditas en la colcha—. Vamos a solucionar eso. —A regañadientes, hago lo que dice y me entrega el teléfono—. Escríbele.

—¿Qué?

—Dale una dirección donde os podáis ver mañana. Vas a asistir a esa reunión.

—Pero... —No entiendo nada. Antes me ha aconsejado que me mantenga alejada y ahora esto.

—Por hablar con él no pierdes nada, y así no pones en peligro el contrato de esa película. Me ha resultado bastante interesante, la verdad, y no te obliga a demasiadas cosas. De todas formas, hasta que mi abogado no me llame para darme el resultado de su estudio al respecto, tendrás que fingir que te interesa todo lo que te proponga —asiento—, pero debes prometerme que no firmarás nada hasta que hablemos de nuevo. Es muy importante.

—¿Y si meto la pata?

—¿Por qué ibas a meterla? A todo lo que te ofrezca, dile que lo pensarás. No le niegues nada, pero tampoco se lo aceptes.

—De acuerdo.

—Respóndele. Mañana te acompañaré y esperaré cerca hasta que termines.

—Pero puede verte, él me ha dicho que...

—Tranquila —retira un mechón de mi cabello de mi frente—, sé lo que ha dicho y no me verá. Pero, eso sí, en cuanto se vaya, o si en algún momento te sientes incómoda, te dice algo que no te gusta o simplemente te quieres marchar, llámame y estaré ahí en dos minutos.

—Está bien. —Busco el mensaje—. Hay un pequeño bar cerca de la facultad bastante tranquilo. A veces, cuando hace mucho frío, en mis horas

libres, en vez de quedarme en el parque, me resguardo allí.

—Perfecto. Ése servirá.

—Ok.

Escribo la dirección seguida de una disculpa por haber tardado en contestarle y lo envío.

La respuesta no tarda en llegar y se la muestro a Giovanni.

Genial, Vanessa. Estaré allí a la hora acordada.

Recuerda venir sola, por favor.

—¿Por qué esta insistencia en que vaya sola? —pregunto intrigada.

—Es fácil. Quiere manipularte. —Se estira sobre el colchón para acariciar a *Copo*, que acaba de despertarse—. Intuye que estás empezando en este mundillo y cree que eres una presa fácil. Intentará engañarte con palabras bonitas pero vacías y sabe que, si yo estuviera delante, te advertiría. Llevo demasiados años en este sector y conozco todos los trucos.

—Pero, realmente, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Disponer de ti a tiempo completo para vender tu imagen. Ha visto cómo ha reaccionado la gente al verte y sabe que puede ganar mucho dinero a tu costa. Te usará de todas las maneras posibles mientras estés de moda sin que puedas negarte y, cuando te haya desgastado, se buscará a otra.

—Y después de lo que acabas de decir, ¿sigues pensando que es buena idea lo de la película?

—Sí. Es un buen precio y el rodaje dura apenas unos meses. No tiene nada que ver con ser tu representante.

—Si tú lo dices, confiaré en tu palabra. —Coloco un cojín y me apoyo en el cabecero de la cama—. Sólo espero que, si llegamos a ese acuerdo, no me dé demasiado miedo hacerlo. Si las fotos ya me asustan, imagina las cámaras de cine.

Me sonrío y juega con *Copo*.

\*\*\*

Abro los ojos sobresaltada y veo a Giovanni dormido frente a mí.

—Mierda —vocalizo sin hacer ruido y busco mi teléfono por la cama. Cuando menos lo espero, noto su brazo rodearme la cintura y me quedo inmóvil. Me fijo en la ventana y veo que, a través de los pequeños agujeros de la persiana, hay claridad. Mi alarma comienza a sonar, mostrándome el lugar exacto donde está mi aparato y, aunque me doy prisa en apagarlo, se despierta.

—¿Qué hora es? —pregunta adormilado.

—Hora de levantarse

—*Cosa?* —dice con sorpresa y se sienta—. ¿Hemos dormido toda la noche?

—Eso parece. —Me froto los ojos—. Nos debimos de quedar dormidos al mismo tiempo.

—Guau, Vanessa... ¿te das cuenta?

—¿De qué?

—Acabamos de pasar nuestra primera noche juntos y no la vamos a recordar —bromea.

—Muy gracioso. —Noto calor en la cara. Me levanto y entro en el baño para prepararme.

Mientras me ducho, comienzo a pensar en el encuentro con Darío Rocha y los nervios no tardan en hacer acto de presencia. Temo que algo salga mal. Se lo comento a Giovanni mientras desayunamos y me da algunos consejos.

Cuando llegamos a la universidad, para en la puerta y me señala el lugar donde va a estar. Hay un parking subterráneo a unos doscientos metros y me esperará allí.

Durante las clases no paro de mirar el reloj; cuanto más se acerca la hora de la cita, más rápido transcurre el tiempo. Al llegar el momento, me levanto para irme y, cuando estoy a punto de cruzar la calle, recibo un mensaje de Giovanni.

Acabo de verlo entrar, ya está en el bar donde habéis

quedado. Todo va a salir bien, preciosa. Recuerda que, si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que llamarme.

Gracias. Ya estoy yendo hacia allí.

Respondo y pongo el móvil en silencio. Miro al frente y veo el lugar. Tomo aire y, con más miedo que otra cosa, me dirijo al local.

## Capítulo 35

Reviso una última vez mi teléfono antes de entrar y veo un mensaje más.

Mi abogado acaba de comunicarme que el contrato no tiene vacíos legales. Si estás decidida, le puedes adelantar que aceptarás hacer esa película, pero hoy no firmes nada. Puede haber añadido alguna cláusula más en su copia.

Ok. Gracias.

Respondo para que sepa que lo he leído y esté tranquilo, y guardo el móvil en mi bolsillo.

Abro la pesada puerta de madera y rápidamente su mirada llega hasta mí. Está sentado a una mesa al fondo del establecimiento. Lleva puesta una camisa negra impecablemente planchada y una corbata blanca bien anudada. Camino hacia él repasando mentalmente todo lo que me ha dicho Giovanni, pero sigo sin sentirme segura. Estoy convencida de que meteré la pata en algún momento. Cuando me pongo nerviosa suelo decir cosas que no debo. Se pone en pie cuando estoy llegando para recibirme y me tiende la mano.

—Buenos días, querida Vanessa.

—Hola. —Le ofrezco la mía temerosa.

Cuando me suelta, noto mis dedos pegajosos. Debe de haber comido algo y no se ha lavado luego las manos. Se inclina para sentarse otra vez y recoloca su cabello. Al tenerlo mojado, varios de sus mechones se le habían movido hacia delante.

—Siéntate, por favor. —Señala la silla de madera que tengo al lado—. ¿Has dormido bien?

—Bueno, a ratos —digo mientras cuelgo la mochila en el respaldo y me acomodo frente a él.

—Imagino que es porque estás nerviosa, ¿cierto?

—La verdad es que sí —confieso forzando una sonrisa.

—Ya irás viendo que no hay para tanto. Es lo bueno de trabajar con un profesional como yo. Te lo pondré todo muy fácil. Sólo tienes que dejar que te guíe. —Se echa hacia atrás, adoptando una postura arrogante, y puedo ver varios centímetros de su peluda barriga a través de los tensos botones—. ¿Tienes ya una respuesta?

—Sí... —Intento centrarme en la conversación, pero se me hace difícil.

—¿Y cuál es? —Entrelaza los dedos, sonriente, y me mira. Cree estar seguro de saber lo que voy a decir.

—Bueno, la verdad es que —me noto la boca seca—, de momento voy seguir así.

—¿Qué? —Apoya sus brazos en la mesa y se acerca más a mí.

—No quiero comprometerme con nadie. Estoy bien de esta manera. —Bajo la mirada.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? —Su tono cambia a uno más duro y mi estómago se encoge—. Ayer me dijiste que mi propuesta te sonaba muy bien. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Sí, bueno, es que todavía no sé muy bien lo que quiero hacer y, hasta que me decida, prefiero tener libertad —pongo excusas.

—Has hablado con Giovanni —casi grita, y el camarero nos mira.

—No... Eh, yo no...

—No mientas. —Frunce el ceño.

—No miento... Él no sabe nada. —Me esfuerzo por mantener la calma y parece que me cree.

—Pues entonces no lo entiendo.

—Es sólo eso, de veras —invento.

—Es una lástima. —Me observa y juraría que está estudiando mis

reacciones—. Una verdadera lástima que no quieras trabajar conmigo. —Acaricia su brillante barba—. El papel de esa película te iba como anillo al dedo y podrías haber ganado mucho dinero.

—El guion sí tengo intención de aceptarlo. —Pienso en el mensaje de Giovanni.

—¿Eso sí te interesa? —Esboza una sonrisa extraña y veo una idea cruzar en sus ojos.

—Sí, la verdad es que, al ser algo de sólo unos meses y que no me compromete a nada más, podría hacerlo. Anoche estuve estudiando el contrato y...

—¿Sabes? —me interrumpe—, no te lo quise decir ayer, pero hay varias chicas más interesadas en ese guion.

Vuelve a recostarse en el respaldo, esta vez con un brazo hacia atrás y las piernas abiertas.

—¿Cómo? —No sé a dónde quiere llegar.

—Te voy a ser sincero, Vanessa. De todas ellas, la que más me gusta para ese papel eres tú, pero, si yo voy a darte una preferencia, tú también tendrás que darme algo a cambio.

—¿Algo como qué? —Me remuevo en la silla, incómoda.

—Debes aceptar que te represente. Sí o sí. Merezco ese privilegio, ¿no crees? —Levanta una ceja—. Con el éxito que tendrás después, necesitarás a alguien que sepa manejarlo. ¿Y quién mejor que yo? —Aprieto los labios y no respondo. Lo que está tratando de hacer conmigo no me gusta—. Piénsalo bien, Vanessa. Te estoy ofreciendo el trabajo de tu vida y, como comprenderás, no voy a permitir que las ganancias se las lleve otro.

—Entiendo —inspiro profundamente.

—Lo lamento, querida, pero, si quieres hacer esa película, tendrás que comprometerte a todo.

Sonríe victorioso, y sin pensarlo demasiado, me pongo en pie y tiendo mi mano hacia él.

—Ha sido un placer.

—¿Qué? —Me mira incrédulo.

—Que ha sido un placer charlar con usted, Darío. Espero que pronto encuentre a la actriz perfecta.

—¿Qué estás queriendo decir?

Me mira totalmente desconcertado. Apuesto a que no esperaba algo así. Debe de estar acostumbrado a que todas pasen por su aro.

—Le estoy muy agradecida por haber pensado en mí para esto, pero no acepto sus condiciones. —Decirle esa frase me resulta mucho más fácil de lo que creía. Estaba aceptando hacer una película debido a mi situación económica, no porque fuese algo que me atrajese.

—No... no puedes negarte... —responde confuso.

—Lo siento.

Cojo mi mochila, me la cuelgo del hombro y, cuando estoy a punto de dar el primer paso para marcharme, me sujeta de un brazo.

—¿Estás loca?

—Es posible. Que tenga un buen día.

De un pequeño tirón, me suelto y camino hacia la puerta sin mirar atrás.

—¡Si te largas ahora, no me busques jamás! —le oigo gritar, pero no me importa.

A medida que me alejo, noto que dejo atrás una gran carga y de algún modo me siento liberada. Realmente no quería todo esto. Pobres chicas ilusionadas. ¿A cuántas habrán engañado de la misma manera?

—Santo Dios —exclamo para expulsar la tensión acumulada cuando por fin piso la calle. Ha sido una conversación totalmente surrealista.

Pienso en Giovanni y temo que se pueda molestar con mi decisión. Es posible que Darío lo llame para quejarse de mí y no me gustaría que quedase mal con nadie por mi culpa. Miro hacia el parking y creo verlo. Acelero el paso y, a medida que me acerco, compruebo que estaba en lo cierto.

—¿Cómo ha ido?



Me quita la mochila y pasa su mano por encima de mis hombros mientras me guía hasta el coche.

—Mal —respondo sin mucho ánimo.

—¿Estás bien? —Me mira preocupado—. ¿Ha pasado algo? —Intenta que nos paremos, pero sigo andando.

—No me han gustado sus formas. Ha querido manipularme y... lo siento... de verdad que lo siento... —Tengo la necesidad de disculparme.

—¿El qué sientes? —Finalmente nos detenemos y se coloca frente a mí—. ¿Qué ha ocurrido, Vanessa?

—No he conseguido nada. —Hago una pequeña pausa, esperando que diga algo, pero sólo me mira—. Cuando se ha dado cuenta de que tenía interés en la película, me ha hablado de más chicas para ese papel, de preferencias y no sé qué más. —Cambio el peso de un pie a otro, nerviosa—. Ha intentado utilizar eso para sujetarme a él y, en vez de discutirlo o tratar de negociar, directamente me he negado a todo y me he marchado, dejándolo con la palabra en la boca.

Lo miro buscando disgusto en su cara, pero no hace ni un solo gesto.

—*Ragazza*, no imaginas lo orgulloso que estoy de ti. —Su respuesta me sorprende. Pensaba que, al ser un conocido, se molestaría conmigo por haber actuado así—. Has hecho lo correcto. —Pone sus manos en mis mejillas—. Me encanta ver cómo te defiendes; te estás aceptando y eso es un gran paso.

—Pero, ¿no te importa? —insisto.

—En absoluto. A mí sólo me importas tú y tu comodidad. Es una oferta de trabajo de tantas que te van a salir; si no te ha gustado, has hecho bien en rechazarla.

Deja un beso rápido en mi cara, sonrío y creo estar en una nube.

Llegamos al vehículo y se coloca a mi lado mientras Alessandro conduce de vuelta a la casa. Sin decir nada, entrelaza su mano con la mía y no deja de mirarme en ningún momento. Me giro hacia la ventanilla en varias ocasiones

para esconder mi sonrojo, pero es tan evidente, que estoy segura de que ya se ha dado cuenta.

Al llegar, no tiene más remedio que soltarme para que pueda bajar y cuelga mi mochila en su espalda.

—Puedo llevarla yo —digo, pues me parece mal que cargue con ella todo el rato.

—No te preocupes. Me gusta hacerlo.

Agarra de nuevo mi mano y caminamos juntos hasta la casa, con la diferencia de que ahora soy yo quien lo observa a él.

No hay nada en su persona que me desagrade. No le encuentro defectos. Es tan perfecto... Todavía recuerdo cuando Andy me hablaba de ese tal Jonathan Giovanni y yo no le daba la más mínima importancia. Me parecía una persona totalmente diferente. Es increíble cómo en sólo unas semanas han cambiado tanto mis sentimientos. No quiero aceptarlo y lucho constantemente contra ese pensamiento, pero últimamente se me hace tan difícil... Sé que para él no soy más que un pasatiempo y que, si acepto su juego, estaré aceptando una condena, pero nunca me he sentido así y no sé lidiar con ello. Estoy cayendo en sus redes sin poder remediarlo y va a dolerme, lo sé.

—Mira quién viene a vernos —anuncia con voz aguda al abrir la puerta, y se inclina para acariciar a *Copo*. Lo alza a la altura de mis ojos y rasca su cabecita.

—¿Quieres comer? —Entiende lo que digo y, de un salto, baja de los brazos de Giovanni. Camina con elegancia hasta la cocina y dejo de verlo cuando entra—. Seguro que ya está sentado y esperando al lado de su cuenco. —Río y, cuando voy a seguirlo para darle su lata, me coge de la muñeca.

—No sabes cuánto me gusta verte así. —Tira de mí y quedo pegada a su pecho—. Te ves tan hermosa que duele.

Me mira por unos segundos y, cuando menos lo espero, me roba un beso.

—Eh... creo que anoche te dije lo que opinaba de esto y...

—Y no llegamos a ningún acuerdo. —Sujeta mis brazos detrás de mi

espalda, me inmoviliza contra la pared y me roba otro.

—¡Basta! —protesto intentando parecer seria, pero es imposible. Está mordiéndome el cuello y no puedo dejar de reír. Tengo demasiadas cosquillas.

—Rrrr... —ronronea imitando a *Copo*—. ¿Sabes?, yo también tengo hambre. —Dejo de notar sus dientes para sentir su lengua y mis piernas se vuelven gelatina.

—Paraaa... —Casi no lo aguanto. Si no fuera porque estoy apoyada en la pared, me caería al suelo.

Ignora mi súplica y lame despacio mi yugular. Mis pechos reaccionan de una manera exagerada y me preocupa que lo note. Nunca me había pasado algo así. Deja un reguero de besos húmedos en mi mentón y, cuando encuentra mis labios, los devora con tanto deseo que se me hace la boca agua. Gimo por la intensidad del momento y me presiona más contra él. Libera mis manos para agarrarse a mis caderas y, sin comprender muy bien lo que me está pasando, lo rodeo con ambos brazos.

## Capítulo 36

Mi respiración se acelera y una ola de calor me embarga. Lo único que mi cuerpo desea es tenerlo cerca y me aferro más a él. Algo está despertando dentro de mí y no logro controlarlo. Sus besos se vuelven más profundos y soy incapaz de negárselos.

—Espera —aunque logro pronunciar esa palabra, continúo dejándome llevar por el extraño deseo. No me reconozco. ¿Cómo he llegado a este punto? Lo que sea que siento por él me está nublando la mente.

Cuando se aparta, todavía embriagada por su sabor, intento protestar, pero no lo hago. ¿Qué me está pasando? Sus ojos permanecen cerrados por unos segundos y, cuando los abre para mirarme, siento algo vibrar en mi pecho.

—Vanessa —moldea mi nombre con sus labios—, ni siquiera tú puedes negar ya esto.

—No... Sí... —Mi mente se queda en blanco. *Copo* llega en ese instante y clava sus pequeñas uñas en mi ropa en señal de protesta—. Será mejor que vaya a darle su comida —me excuso y, aliviada, camino hasta la cocina mientras cruzo los dedos mentalmente para que no me siga.

—*Ragazza* —habla a mi espalda mientras me alejo—, no creas que has logrado escaparte. Voy a demostrarte que esto es... —Su teléfono suena y dejo de oírlo.

—*Copo*... —Abro la lata y maúlla desesperado. Si alguien pudiera oírlo, creería que no lo alimento como debo.

Mientras traga su comida apenas sin masticar, paso los dedos por mis labios todavía calientes y lucho contra varios pensamientos. Antes de

agobiarme con ellos, sacudo la cabeza y llego a la conclusión de que no debo darle más vueltas.

—Sólo siento agradecimiento —me digo una y otra vez para tratar de convencerme.

No estoy preparada. No puedo ni quiero aceptar otra cosa por el momento. Estoy segura de que la necesidad de afecto ha sido lo que me ha hecho reaccionar así. Soy una persona con muchas carencias afectivas y no debo caer ante cualquier persona que me muestre un poco de cariño. Lo que me ha pasado hoy no es más que un intento de mi subconsciente de llenar mi vacío interior. Por esa misma razón siempre les ha sido tan fácil a los demás burlarse de mí. Tanta era mi necesidad de tener amigos, de sentirme aceptada y querida, que no veía más allá, sin ver en realidad lo que estaban intentando.

Regreso al salón y, aunque está dentro de una habitación, ha dejado la puerta abierta y le oigo hablar.

—Necesito dos semanas más. Arréglatelas como puedas, que para eso te pago. —Silencio—. Si no ha salido bien, no es culpa mía. ¡Te recuerdo que me estás representando! —grita—. Mi presencia no es necesaria. —De nuevo silencio—. ¿A quién vas a creer, a ella o a mí? —Emite un sonido como si fuera a decir algo, pero se detiene para escuchar—. Te lo acabo de decir. ¡¡¡Es mentira!!! —Vuelve a gritar y me asusta. No sé qué está pasando con él. Ya son varias las veces que le he oído hablar así y empiezo a sentir curiosidad. Si Andy estuviera aquí, ya lo habría averiguado—. Organízalo como quieras. Cambia fechas si hace falta, pero hasta dentro de dos... —Alza la mirada y me ve—. Tengo que dejarte. Te llamo en unos días. —Cuelga y viene hacia mí—. Disculpa, *ragazza* —parece nervioso—, espero no haberte asustado.

—No, tranquilo. —Finjo una sonrisa y su teléfono vuelve a sonar.

—*Merda!* —Descuelga—. *Pronto, chi parla?* —Su cara cambia—. Alberto, ¿cómo estás? —Está más relajado—. Ajá... —camina por la sala—, ajá... —Se rasca su corta y cobriza barba. Debo reconocer que, aunque no es demasiado larga, como las que acostumbro a ver por ahí últimamente, me

gusta—. Por supuesto. —Me mira y alza una ceja—. La tengo aquí ahora mismo. —Mis ojos se abren como platos, ¿quién puede estar hablando de mí? —. *Va bene*, se lo comento y te llamo. —Presiona la pantalla y vuelve su atención a mí.

—¿Qué ocurre? —no puedo evitar preguntar. Estoy demasiado intrigada.

—Es el director de la revista *Moda & Estilo*. ¿La conoces?

—Como para no hacerlo, está en todas partes. —Cada vez que intento ver un vídeo en Internet, aparece en el anuncio del inicio—. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? —Sigo extrañada.

—Todo. —Sonríe—. Quieren que tú seas su próxima portada.

—¿¿Qué?! —Mi cerebro no me deja procesar lo que acaba de decir.

—La portada, Vanessa. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué? —repito incrédula, y mis rodillas comienzan a temblar.

—Tranquila —viene hacia mí—, sé que impone un poco, pero será fácil.

—No. —Como siempre, mi primera reacción es negarme.

—Sí. —Sonríe y me abraza—. Además, seré yo quien te fotografíe —besa mi cabeza—, así que no tienes excusa. Trabajaremos juntos.

—¿En serio? —Oírle decir eso suaviza mis nervios.

—Totalmente. Será igual que la sesión de Andy. —Me mira sonriente—. ¿Qué me dices? ¿Aceptamos?

—¿Y si por aparecer yo no se vende como las demás? —Mis miedos vuelven—. Podrían perder dinero y no volver a contratarte más.

—¿Y si dejamos la negatividad a un lado? —Aprieta sus labios en una línea recta. No le ha gustado nada lo que acabo de decir.

—Está bien, pero luego no digas que no te he avisado. —Acepto por miedo a que se canse de mí y de mi pesimismo.

—No hará falta, Vanessa. Relájate. —Se aparta y busca el número con el que lo llamaron antes.

Giovanni sólo tarda un par de minutos en concertar una cita con el director de la revista. La suerte quiere que todos estemos libres y quedamos para esta

misma tarde, cosa que agradezco porque así tengo menos tiempo para pensar. Conociéndome, sé que, si se llega a alargar más, lo habría pasado fatal. Mis dudas y temores siempre están ahí.

Cuando llegamos, miro en todas direcciones, sorprendida. El edificio es gigante y todo está decorado en color blanco. Tienes que fijarte bien para saber dónde está el mobiliario.

Una chica de unos treinta años, rubia y muy delgada, viene hacia nosotros. Puedo ver en sus ojos el momento exacto en el que reconoce a Giovanni y, sin hacer ninguna pregunta, nos pide que vayamos con ella. Camina totalmente erguida y gira la cabeza en varias ocasiones para asegurarse de que la seguimos. Sorprendo a Giovanni observando sus caderas y en una décima de segundo mi humor cambia.

—¿Ocurre algo? —pregunta al darse cuenta de que tengo la frente arrugada.

—No —respondo secamente, y evito mirarlo.

—¿Estás bien? —insiste.

—No ves que sí —respondo aún más tajante, y hasta yo misma me quedo chocada. ¿Qué diablos me ocurre?

—*Calmati*. Todo va a salir bien. —Cree que estoy así a causa de los nervios. ¡Si él supiera!

Llegamos a una puerta, también blanca, y, por medio de un telefonillo que hay incrustado en la pared, la chica habla con alguien. Segundos después, la puerta se abre y puedo ver el interior. Hay una mesa de cristal y alrededor de ella ocho personas; nos invitan a pasar y nos ofrecen un lugar para sentarnos alrededor de ella. Giovanni señala dos sillas libres, una al lado de la otra, y nos acomodamos juntos. Tras las presentaciones, comienzan a hablar de la revista y el contenido. Nos explican lo que quieren y, cuando todo parece haber quedado claro, el que creo que es el director, se dirige a mí.

—Vanessa, hemos pensado que, además de la foto principal de la portada, podríamos elaborar un artículo sobre ti..., una especie de entrevista para que sepan quién eres. —Me mira esperando una respuesta y lo único que hago es

girarme hacia Giovanni, asustada—. Estamos dispuestos a pagarte ocho mil euros por todo.

Cuando mis ojos están a punto de abrirse como platos, noto un golpecito de Giovanni en la pierna que me trae de nuevo a la conversación.

—Eeh... —Vuelvo a mirarlo, sin saber que decir.

—Sí, ¿no? —Me hace un gesto para que responda cuando nadie mira.

—Sí, estaría bien —acepto fingiendo que no pasa nada.

—Tú, por las fotos, ¿querrás lo de siempre? —Se dirige ahora a él.

—Sí. Lo mismo —responde seguro y cruza los brazos sobre la mesa—. Sólo necesitamos saber el día para que Vanessa y yo podamos organizarnos.

—¿Cómo lo tenéis para el próximo sábado? Sé que es muy precipitado, pero... —se disculpa—, voy a salir unos días y quisiera dejar el trabajo hecho.

—¿Cómo está tu agenda, Vanessa?

La pregunta de Giovanni hace que mi estómago se encoja. Siento que no valgo para esto; me falta esa capacidad de improvisación y la picardía que él tiene.

—Creo que ese día lo tengo libre. —Me cuesta arrancar.

—Bien, pues, si os parece, cerramos esa fecha. Si tenéis algún problema o hay que cambiar el día, avisadme con tiempo.

—Claro, no te preocupes —interviene Giovanni.

—Ahora, si me disculpáis, he de marcharme. Me están esperando.

Se despide de nosotros y, tras él, se van todos los demás. La chica rubia vuelve y nos acompaña ahora a la salida. Esta vez camina a nuestro lado y no tengo que preocuparme.

—¿Cómo estás? —dice cuando ponemos el pie en el primer escalón del exterior.

—¿Que cómo estoy? —respondo sofocada—. ¡Qué mal rato he pasado! Deberíamos habernos preparado algo antes de entrar, yo no sé improvisar como tú y me bloqueo.



—Ya aprenderás. —Se carcajea—. Aquí todo son apariencias, tendrás que actuar mucho. —Mira hacia delante y ve algo que llama su atención—. ¿Te parece si compramos una botella de vino para celebrarlo?

Con esa frase ya sé lo que ha visto. Hay una especie de bodega delante de nosotros.

—Yo nunca bebo.

Esa afirmación va asociada a la imagen de mi madre y es lo primero que aparece en mi cabeza. Por un instante me pregunto cómo estará, pero me esfuerzo en no pensar en ella. No quiero que me estropee el momento, bastantes me ha arruinado ya.

—Esto no se puede quedar sin festejar, *ragazza*. Trae mala suerte.

Me guiña un ojo y cruza la calle. Lo sigo y entramos en la bodega. Todo el local apesta a madera de roble húmeda y no me resulta agradable. Me lleva a un mal recuerdo y me angustia no saber cuál es. Tengo la sensación de haber estado aquí antes. Compra la botella más cara y la mujer que nos atiende no me quita ojo. Giovanni se da cuenta de ello, pero no dice nada. Hasta que no salimos a la calle de nuevo, no desaparece esa espeluznante sensación.

—¿Te conoce? —pregunta curioso.

—No lo creo.

—Qué extraño... Me ha dado la impresión de que sí, te miraba mucho.

—Eso no es nada nuevo, todos lo hacen —le resto importancia—. Si caminamos más veces juntos, tendrás que acostumbrarte. Creen que soy una especie de bruja o vete tú a saber qué.

—No creo que fuera eso.

Mira hacia atrás por un segundo y es lo último que hablamos sobre el tema.

Nada más subir al coche, coloca la botella en una especie de caja con tapa y pronto me doy cuenta de que es una mininevera.

—Ya tengo ganas de ver cómo sabe. Adoro el vino español.

Abrochamos nuestros cinturones, pasa su brazo por encima de mis hombros y, mientras sigo dándole vueltas a la sensación de antes, Alessandro conduce

hasta casa.

## Capítulo 37

### *Jonathan Giovanni*

Nada más llegar, me disculpo con Vanessa, dejo la botella en la cocina y entro en el baño para darme una ducha de agua caliente. Necesito soltar mis músculos como sea. Desde que supe cuáles eran las intenciones de Darío, apenas he dormido y no he podido relajarme. Tengo tanta tensión acumulada en el cuello que apenas puedo girar la cabeza.

Ese cabrón sigue jugando sucio. Cuando me llamó creí que podría manejar la situación para obtener algo bueno. Si nos ofrecía una película, como intuía, Vanessa no tendría trato directo con él, sino con el director de cine, pero olvidé que no se pueden hacer negocios con Darío. Siempre acaba enredándolo todo para salirse con la suya. Por suerte Vanessa me lo contó a tiempo y pudimos evitar males mayores.

Todavía recuerdo cómo trató a mi hermana los meses que trabajó para él. Se pasaba los días llorando desconsolada y fue horrible verla así. La presionó tanto que hasta su carácter cambió y jamás volvió a ser la misma. Danna se formó desde niña en las mejores escuelas de interpretación y, para que se fuera familiarizando con la industria, mi padre, aprovechando que la familia de Darío y la nuestra se conocían, la envió una temporada con él. Sólo hizo falta un verano al lado del productor para que su sueño se truncara y decidiera volver. Según me confesó, fue la peor experiencia de su vida. No quiero imaginar qué hubiera pasado si Vanessa hubiese aceptado su oferta; en cuestión de días habría acabado con la poca fuerza que le queda.

Me seco el cuerpo con una toalla y me visto con la ropa más cómoda que tengo. Me peino con las manos, pulverizo algo de perfume sobre mi cuello y

salgo del baño para encontrarme con ella. Llevo bastantes días demasiado entregado a mi trabajo y necesito un respiro.

Cuando me ve llegar, el tono de sus mejillas cambia y daría lo que fuera por tener mis gafas cerca. Últimamente me ha preguntado mucho por ellas y he preferido guardarlas. Sólo las utilizo cuando salimos a la calle o cuando trabajo, siempre que ella no esté cerca. Empieza a sospechar algo y debo tener más cuidado, no es el mejor momento para que descubra cuál es mi problema.

—¿Qué te apetece cenar? —Veo protesta en sus ojos tras mi pregunta y pongo en blanco los míos—. Sin excusas. —Empiezo a estar preocupado; aunque está delgada, se empeña en ver lo contrario y conseguir que coma es todo un logro. Me costó mucho convencerla para que abandonara esa ridícula dieta, pero aun así sigue intentando ingerir lo mínimo. Reduce las raciones constantemente y cree que no me doy cuenta. Llevo años trabajando con modelos y sé lo que hacen.

—¿Algo ligero, tal vez? Es tarde para cenar pesado y no quiero irme a la cama con el estómago lleno. Después paso mala noche.

Excusas como siempre. Al mediodía es más de lo mismo, sólo que culpa a la comida de darle sueño.

—Vamos a tomar vino, así que debemos alimentarnos bien. —Le guiño un ojo y aprieta los labios al ver que su pretexto, esta vez, no va a funcionarle.

Voy hasta la nevera y saco los ingredientes que me hacen falta. Con su ayuda, preparamos milanesa de pollo y le explico paso a paso cómo se hace. Ríe con mis bromas y parece relajada, pero, cada vez que me acerco, se tensa. Quizá la estoy presionando demasiado, pero no puedo evitarlo. Aunque intento no agobiarla, necesito su contacto. Desde que le robé el primer beso, si no la tengo cerca, es como si me faltara el aire. He estado con muchas mujeres en mi vida, pero esta vez no sé qué diablos me está pasando. Vanessa me tiene totalmente atrapado. No puedo cerrar los ojos sin verla, no puedo hacer nada sin imaginarla y no pasa una noche sin que piense en ella.

El primer día que la vi sentí que estaba observando un ángel. Su cabello y

su piel tan claros brillaban con cada rayo que caía, como si fuera de cristal. Necesité capturar su imagen para estar seguro, después, de que no había sido un sueño. Quedé tan hipnotizado por su belleza en aquella azotea que, si llego a tardar un segundo más en reaccionar, hubiera llegado tarde.

—¿Te pongo otro o así está bien? —Su voz me saca de mis pensamientos.

—Así está bien.

Cojo los platos servidos y los llevo hasta la mesa.

Cenamos tranquilos mientras charlamos sobre nuestras vidas. Últimamente se está abriendo mucho más a mí y eso me permite conocerla mejor. Estoy descubriendo cosas de ella realmente sorprendentes. Nunca imaginé que hubiera tenido que pasar por tanto; es una mujer mucho más fuerte de lo que creía. Tiene la cabeza bien amueblada, y eso la ha ayudado a mantenerse serena mucho más tiempo del que hubiéramos aguantado cualquiera de nosotros en su lugar. Aunque cuando nos conocimos ya había llegado a su límite, se está esforzando por reponerse y eso resulta un gran paso. Planea un futuro y con eso me demuestra que tiene ganas de vivir. Reconozco que al principio lo pasé fatal pensando que podría intentar suicidarse de nuevo, pero ahora ya me siento más tranquilo.

—¿Jonathan? —Su voz me trae de nuevo al momento—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona. —Trato de disimular—. ¿Qué estabas diciendo?

—Te hablaba de lo de la bodega. Tengo la sensación de que ya he estado allí; ha sido muy raro.

Sigue preocupada. Antes también lo ha comentado, cuando estábamos en la cocina.

—Cierto, se me ha hecho extraño hasta a mí. La dependienta te miraba como si te conociera. He tenido la sensación de que en cualquier momento iba a decirte algo.

—¿Verdad? —Se mueve inquieta—. En un principio he querido creer que me miraba como todos, extrañada por mi albinismo, pero después, dándole vueltas, su cara... —pestañea, pensativa—... me resulta muy familiar.

—Pues, si nos acabamos el vino —trato de que se relaje—, podemos volver con la excusa de llevarnos otra botella y le hacemos algunas preguntas —bromeo mientras relleno las copas.

—Quizá no sea mala idea.

Sonríe y mi corazón da un vuelco. No sé si será por el efecto del alcohol, pero hoy está mucho más hermosa.

—Oye, ¿es normal que sienta tanto calor? —dice mientras pone las manos en su frente.

—No, no es normal; deberías beber un poco más para refrescarte.

Reímos. Definitivamente se me está subiendo el vino a la cabeza.

Entre bromas y carcajadas, terminamos la botella y Vanessa protesta. Está disfrutando tanto que no quiere que se acabe. Recuerdo algo y una idea acude a mi mente. Días atrás, mientras guardaba el portátil en el mueble, encontré una licorera con whisky y, sin darle demasiadas vueltas, voy a buscarla.

—¿No será esto muy fuerte para mí? —pregunta mientras se acomoda en el sofá y levanta su vaso para que lo sirva.

—No lo creo; tómalo despacio y ya está. —Al primer sorbo, ocurre lo que espero. Tose repetidas veces, dándose aire con la mano, y me mira mal—. Uy, ¿te has atragantado? —pregunto divertido.

—No, es que debo beber más porque tengo la garganta seca.

De nuevo nuestras risas llenan el salón.

—Esto se bebe así. —Alzo el codo y vacío el vaso en mi boca. Ella, para no quedarse atrás, hace lo mismo y aguanta una mueca de dolor.

—Ponme más. —Estira su mano hacia mí.

—Recuerda que no estás acostumbrada... —Dudo por un momento.

—Estoy bien. Dale. —Hago lo que me pide, pero esta vez le echo la mitad—. Oye —su voz suena graciosa—, no seas así, mi hígado está prácticamente sin usar. Podré soportarlo. —Se ve tan tranquila y divertida que no puedo negarme.

—De acuerdo, pero no me hago responsable.

Quince minutos después, ambos estamos bastante afectados.

—No sé cómo voy a levantarme —comenta mirando al techo—. Tengo que ir al baño y mi equilibrio me ha abandonado hace rato. —Me mira—. Vas a tener que acompañarme.

—Vamos.

Me pongo en pie disimulando la dificultad y tiro de ella.

—Ufff, parece que estoy subida en una noria. —Apoya su cabeza en mi pecho y rodeo con mi brazo su cintura—. No vas a dejar que me caiga, ¿verdad?

—No te vas a caer. —Río. Como puedo, abro la puerta y enciendo la luz—. ¿Puedes sola desde aquí?

—Creo que sí.

—*Bene...* Avísame cuando acabes. —La dejo apoyada en la pared y salgo. Espero unos minutos y, cuando termina, oigo cómo me llama.

—Giooo.

—¿Gio? —Río mientras abro—. ¿Desde cuándo me llamas tú así? —Está intentando lavarse las manos y me ignora.

—¿Es que acaso no puedo? —dice por fin, acercándose mucho a mí.

—Tú, conmigo, puedes lo que quieras, Vanessa.

Intento procesar lo que acabo de soltar, pero desisto. Sinceramente no me importa, es lo que siento.

Su mirada se intensifica, suspira y se muerde el labio inferior.

—Gio... —Apoya sus manos en mis hombros.

—Dime.

Ahora quien se muerde el labio soy yo, para contenerme. No quiero hacer nada de lo que me pueda arrepentir después y me lo está poniendo muy difícil.

—Bésame.

Esa palabra tan imprevisible en ella hace que todo mi autocontrol se esfume. Como si estuviera hambriento, me lanzo sobre su boca y la tomo con un beso penetrante. Sus manos se deslizan por mi cuello mientras saborea mi

lengua y creo enloquecer. Bajo mis manos por su espalda hasta llegar a sus caderas y presiono mi cuerpo contra el suyo. Quiero que mi dureza le explique sin necesidad de palabras lo que siento por ella. No tarda en captar mi mensaje y su respiración se acelera. Sin que lo espere, la levanto del suelo y cruza sus piernas alrededor de mi cintura. Como si no pesara, avanzo hasta su habitación, hundo una rodilla en la cama con cuidado y me echo sobre ella.



## Capítulo 38

*Copo* salta sobre la almohada y me despierta. Un fuerte dolor de cabeza me da los buenos días y tengo que cerrar los ojos para soportarlo. Al intentar girarme, noto un peso extraño en la cintura y no puedo moverme. Cuando intento averiguar qué es, oigo una respiración a mi espalda y me tenso. Roto la cabeza despacio y lo veo. Giovanni está dormido a mi lado y, hasta donde le tapa la colcha, puedo ver que no lleva ropa.

—No... No, no, no... —suplico mentalmente mientras varias imágenes borrosas se forjan en mi cabeza. Giovanni se mueve en ese instante, llevándose parte de la sábana con él, y descubro que estoy completamente desnuda. Apago un grito mientras tiro de la tela para taparme y se mueve de nuevo—. Dios mío... —Me cubro la boca al ver que tampoco lleva ropa interior y recuerdo algunas cosas. La cena, el vino... whisky; el baño, besos, más besos... Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho a medida que llegan más imágenes. La cama, su cuerpo, la suavidad de su piel, gemidos...—. ¡No puede ser! —Me muevo rápido para salir de la cama y lo despierto.

—*Merda!* —suelta al verme. Se sienta y me mira fijamente. Parece tan sorprendido como yo.

—¿Qué hemos hecho? —pregunto aterrada mientras me tapo los pechos.

—*Merda! Merda!* —repite, masajeando sus sienes—. *Merda!* Lamento esto. —Se pone en pie dándome la espalda y no puedo apartar la mirada de su cuerpo. Busca el pantalón y, cuando lo encuentra, se viste mientras habla—. Debí pararlo antes. ¡Joder! —Evita mirarme a los ojos—. No quería que esto pasara, Vanessa. De verdad que lo siento.

Mi boca cada vez está más seca. No puedo creer que lo hayamos hecho...

Sale apurado de la habitación y cierra la puerta. Yo, todavía en *shock*, miro a la pared sin saber qué hacer. Más recuerdos llegan en forma de *flashes* y siento ganas de llorar. Sus labios recorriendo mi cuerpo, mis pechos, mi estómago..., la cara interna de mis piernas—. ¡No! —digo en alto y busco mi ropa. Tengo que irme de aquí; después de lo que ha pasado, no podré volver a mirar a Giovanni a la cara.

Cuando termino de abrochar mis zapatillas deportivas, me dejo caer, agobiada, en el suelo. Estoy tan avergonzada que no sé ni cómo salir de la habitación. Durante varios minutos, oigo sus pasos en el pasillo. A veces juraría que se acercan, pero después se alejan de nuevo, y mi corazón entra en un estado de continua tensión. Abro el armario y comienzo a sacar todas las prendas que compré cuando vinimos a vivir aquí. *Copo* parece oírlo también y rasca la madera para que le abra. Últimamente es él quien le da de comer por las mañanas y quiere ir a buscarlo.

—*Copo*, ven —susurro para que Jonathan no me oiga, pero, cuando tiene hambre, no atiende a otra cosa.

Pego el oído en la pared para captar si está cerca y, al no captar nada, decido abrir. Él parece pensar lo mismo y, cuando tiro de la puerta, quedamos uno frente al otro.

—Vanessa... —intento cerrar por la impresión, pero se adelanta poniendo un pie delante y no puedo—, necesito hablar contigo. —Me echo hacia atrás sin ser capaz de decir nada y entra en la habitación. Cruzo los brazos sobre mi pecho, como si así pudiera protegerme mentalmente, y miro al suelo—. No quiero que pienses que me he aprovechado de ti. —Niego, no quiero hablar de ello—. Ambos bebimos, nos besamos... me perdí, Vanessa. Fui débil. —Sigo negando con la cabeza y me giro, dándole la espalda. Necesito más distancia—. Por favor —se acerca—, di algo; me estoy sintiendo tan mal como tú. —Apoya su frente en mi hombro y me rodea desde atrás con los brazos—. Gritame, insúltame, pero no te calles. —Me aprieta contra él y su pecho queda pegado a mi columna—. No sé qué hacer para enmendar esto.

—Quiero irme.

Detiene su respiración por unos segundos y lentamente afloja sus brazos hasta que me suelta.

—Está bien. —Se separa de mí—. Lo entiendo, no puedo retenerte, estás en tu derecho. —Cuando creo que ya no está en el cuarto, oigo cómo se sienta en el borde de la cama. Tras unos segundos en silencio, miro con disimulo y veo a *Copo* frotándose en sus piernas mientras lo acaricia—. Señor *Copo* —su voz suena rara—, voy a echarlo mucho de menos —lo miro con más detenimiento y veo dos gotas transparentes caer de su cara—, cuídate mucho. —Lo alza para dejar un beso en su nariz, se pone en pie y se marcha de la estancia.

En el momento exacto en el que sale por la puerta, comienzo a llorar. ¿Qué me sucede? Siento rabia, tristeza, alegría, culpa, sorpresa... Son tantos los diferentes sentimientos que no sé lidiar con ellos. Son tantas las dudas que ni siquiera distingo cuál de ellas predomina. Mis límites están oscilando. ¿Es tan malo lo que hemos hecho? ¿Realmente debo alejarme de él por ello? ¿Es sólo culpa suya? Yo también bebí, también es mi responsabilidad, pero...

—Vanessa... —Alzo la mirada y lo veo frente a mí. Tiene la cámara en la mano y una mochila colgada al hombro. Arruga la frente al darse cuenta de que estoy llorando y exhala—. Lo siento mucho. —Da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás. La tristeza que veo en sus ojos hace que mi estómago se anude y el cóctel de sentimientos vuelve. Mira hacia el armario vacío y después a mí—. Acabo de hablar con Gloria —traga saliva—; le he dicho que regreso a Italia, pero que tú vas a quedarte unos días más aquí. —Una punzada de dolor atraviesa mi pecho—. No puedes irte así, busca antes un lugar donde quedarte.

Se gira para irse y lo detengo.

—Jonathan... —Cuando me mira, no sé qué más decirle y me siento ridícula—. Yo... —Lo intento de nuevo, pero no me sale nada.

—Cuídate. —Sonríe apenado y sus ojos se encharcan.

—No estaba preparada. —Algo dentro de mí no quiere dejarlo ir.

—Lo sé. —Sorbe por la nariz y, con disimulo, seca sus lágrimas.

—No tenía que haber sido así. Si algún día llegaba el momento... —No sé ni cómo terminar la frase; quisiera culparlo, pero me detiene el hecho de saber que lo puedo hacer sentir peor. ¿Por qué tengo estos sentimientos tan dispares? —. Entregar esa parte de mí tenía que haber sido especial, quería recordarla.

—Y lo será. —Lo miro extrañada—. Esa parte de ti sigue intacta.

—¿Qué? ¿Estás queriendo decir que no tuvimos sexo?

Estoy segura de que miente. Los fragmentos que recuerdo, aunque son pocos, están claros.

—Depende de a lo que llames sexo. —Aprieta los labios—. Hay muchas formas de hacerlo.

—¿Hubo penetración? —Mi cara se tiñe de rojo, pero necesito preguntarlo.

—Hubo muchas cosas, Vanessa —confiesa con la mirada baja—, pero no eso.

—¿Lo dices para hacerme sentir mejor?

—Si supieras el dolor que tengo en cierta parte, me creerías —susurra, y al no esperar esa respuesta, se me escapa una sonrisa—. ¿Acabo de ver lo que creo...? —Levanta una ceja—. ¿*La signorina* se está riendo de mí? —Su expresión cambia.

—No, bueno... —No puedo creer que haya dicho eso y vuelvo a sonreír, esta vez sin poder ocultarlo.

—*Oh, Vanessa!* —Tira todo lo que tiene en las manos y me abraza con fuerza—. Lo siento, lo siento mucho. —Se viene abajo—. Debí parar antes, pero no era yo. Bebí demasiado. Tenía que haber esperado a que estuvieras serena. —Pone sus manos a ambos lados de mi cara—. Perdóname, *ragazza*. No quiero perderte ahora que te he encontrado. —Tardo unos segundos en responder, pero finalmente asiento y una especie de alivio me cubre hasta los pies. Besa mi cara con ansia, me abraza y nos mece despacio—. No volverá a pasar. *Te lo prometto, angelo mio.*

Pasamos varios minutos así y el dolor en mi pecho, poco a poco, va desapareciendo. Saber que, aunque llegamos muy lejos, me respetó, me alienta

a confiar más en él.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Habla en mi hombro.

—¿Por qué, si lo tenías tan fácil, no lo hiciste?

—¿Querías que terminara? —Me mira con los ojos muy abiertos—. Si quieres que continuemos donde lo dejamos, sólo tienes que decirlo. No tengo problema. —Ríe.

—No seas idiota —resoplo—, me has entendido a la perfección. ¿Qué te detuvo?

Es extraño, pero, después de lo que pasó anoche, lejos de lo que creía, me siento mucho más cómoda con él.

—La sensatez, Vanessa. —Tuerce el gesto—. En medio de nuestro arrebató, me llegó un soplo de lucidez y, aunque protestaste —levanta las cejas, gracioso, mientras impide que me esconda en su cuello—, conseguí detenernos. —Roza su nariz con la mía—. Si surge de nuevo, ambos debemos estar en plenas facultades; esto que está naciendo entre nosotros se está convirtiendo en algo muy importante para mí y yo también quiero recordarlo.

—¿Cómo de importante es? —Necesito saber más.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —Pone su boca en mi cuello y lo ladeo para darle mejor acceso—. Podría asustarte. —Besa con suavidad mi piel y tengo que cerrar los ojos para controlarme.

—Más de lo que ya lo estoy, lo dudo. —Me muerdo el labio para no gemir.

—Está bien, tú lo has querido. —Se acerca a mi oído y susurra—: *Sono completamente innamorato di te...*

## Capítulo 39

Sus palabras hacen que pierda el equilibrio. Aunque las ha pronunciado en italiano, lo he entendido a la perfección. Intento decir algo, pero estoy tan impactada que he olvidado cómo se habla.

—Estamos yendo por el camino equivocado —digo con esfuerzo.

El nudo en mi garganta cada vez me oprime más. Pese a que deseaba más que nada oír lo que acaba de declarar, siento que estamos cometiendo un error. No puedo quitarme de la cabeza que se irá.

—*Ragazza*, no le cierres la puerta a esto. —Acaricia mi mejilla—. No somos adivinos, ¿cierto? Dejémoslos llevar... Confía en mí y vivamos el momento. No dejes que tus miedos nos hagan perder la oportunidad de ser felices.

—No puedo. —Aunque su declaración ha sonado muy profunda y sincera, me cuesta creer que alguien se haya podido enamorar de mí.

—Vanessa, ¿tú sientes algo por mí? —Su pregunta me pilla por sorpresa y vuelvo a quedar muda. Lo miro fijamente y él hace lo mismo. Varios pensamientos cruzan mi mente y sólo se me ocurre eludir la respuesta.

—Yo...

—*Sen scuse, per favore*. —Parece saber lo que estoy pensando.

—¿Qué quieres que te diga? —Sigo intentando evitar responder.

—La verdad. —La intensidad de su mirada me lo pone mucho más difícil.

—Yo... algo siento. —Me encojo de hombros y trato de disimular.

—¿Algo? —Levanta una ceja.

—¿Por qué quieres saberlo? Debería darte igual, no vamos a llegar a ningún sitio. —Temo que, si lo admito, sea lo que está buscando para

alimentar su ego y después pierda el interés en mí.

—Porque quiero ilusionarme, Vanessa. —Humedece sus labios—. Quiero crear en mi mente un futuro contigo y luchar día a día para procurar alcanzarlo. —Pone sus manos a ambos lados de mi mentón—. Necesito que seas sincera conmigo: ¿tengo alguna esperanza?

—Esto es ridículo —intento apartarme, pero me sujeta—. Puedes tener a la que te dé la real gana. ¿Por qué yo? ¿Qué quieres de mí?

—Te lo va a explicar él. —Arrugo la frente al no entenderlo. Coge una de mis manos y la pone sobre su pecho—. ¿Lo notas? —Me da unos segundos antes de continuar—. Eres la única persona capaz de cambiar mi frecuencia cardíaca sólo con tu presencia; la única capaz de hacerme perder el sentido con tus besos y la única por la que me plantearía dejarlo todo si me lo pidieras. —Me muerdo el labio inferior y sus latidos aumentan—. ¿Me crees ahora? —Aprieta más mi palma contra su tórax—. Él no miente, Vanessa. —Sonríe y mi muro se derrumba—. Acepta intentarlo conmigo.

—No puedo creerlo. —Niego con la cabeza y su corazón parece volverse loco—. Hasta para esto me vas a convencer.

—¿Eso es un sí?

Asiento porque no me atrevo a decirlo con mi voz y me sorprende con un apasionado beso.

Mientras nuestros labios se reencuentran, viene a mi mente Andy y sonrío interiormente al pensar en su reacción cuando se entere. ¡Es tan increíble que alguien como Jonathan Giovanni se haya fijado en mí! Varios de mis pensamientos negativos amenazan con estropear el momento y lucho contra ellos. Segundos después me sorprendo a mí misma deteniéndolos. ¿Tan fácil es? ¿Será que antes nunca lo había intentado realmente? No tenía motivaciones, estaba tan sumida en mi negatividad y mi dolor que ni siquiera me había esforzado en apartarlos, aunque me estaban consumiendo. Por fin, tras pasar toda una vida entre tinieblas, empiezo a ver luz en el camino. ¿Será

que mi suerte está cambiando o es mi nueva actitud la que está provocando que cambie?

\*\*\*

Los días siguientes se convierten en los mejores de mi vida. Después de mucho intentarlo, por fin he acabado la carrera y, aunque por ahora no voy a ejercer, ya puedo decir que soy genetista. Me decidí por esa rama cuando entré en la Secundaria; soñaba con encontrar la cura de mi condición para que así todos dejaran de molestarme. No he asistido a la ceremonia de graduación porque no me sentía cómoda. Aunque la relación entre los alumnos y yo ha cambiado desde que Giovanni está en mi vida, he preferido mantenerme alejada de ese tipo de personas. Odio su hipocresía.

Giovanni y yo hemos decidido mantener en secreto nuestra relación para que no salte a la prensa; aunque cada vez estamos más unidos, no queremos ser carne de cañón. Además, me comentó que, hasta que no solucione algunos asuntos, es mejor que no lo relacionen con nadie. Me ha explicado que, lo que sea que esté arreglando, podría salpicarme, y quiere mantenerme al margen. Sólo espero que no sea nada grave. No he querido preguntarle nada al respecto para no agobiarlo más, pues últimamente esas extrañas llamadas se han vuelto más intensas y parece estresado. Confío en que, llegado el momento, él mismo me contará lo que ocurre.

Poco a poco, y aunque todavía me parece un sueño, empiezo a asimilar lo que tengo con él y, a medida que transcurren los días, me encuentro mucho más cómoda a su lado. Con mi trabajo me pasa lo mismo, hasta le estoy viendo el lado bueno. Apenas terminamos una sesión, nos llaman para otra, y he tenido que comprarme una agenda. Durante los próximos dos meses, casi no tengo días libres. No puedo creer que esté teniendo tanta aceptación. En apenas unas semanas, mi cara aparece en todas partes y eso me está ayudando a aceptarme. Ya no me molesta tanto verme en fotos. Creo que me estoy acostumbrando a



ello. Giovanni, con su infinita paciencia, está empeñado en mostrarme la mejor parte de mí y, para mi sorpresa, no es tan mala como yo creía. La venda que en algunos momentos todavía cubre mis ojos cada vez está más floja y sé que cualquier día terminará por caer. Sólo me falta confiar un poco más en mis posibilidades.

Muchas personas me reconocen por la calle y, aunque todavía las hay que me miran raro, la mayoría de la gente lo hace diferente... e incluso se acercan a pedirme autógrafos. Giovanni se ríe porque algunas veces se obsesionan tanto conmigo que no se dan cuenta de que él está a mi lado.

—¡Por favor! Hágase una foto conmigo para enviársela a mi hija —me pide una señora de unos cincuenta años—. Es una gran fan de usted y le va a hacer mucha ilusión.

—Claro. —Sonrío a la cámara de su teléfono mientras nos hacemos un *selfie*.

—¡Gracias, millones de gracias! No puedo creerlo. —Se marcha escribiendo algo en la pantalla.

—Humm... Creo que debería empezar a ponerme celoso. —Me rodea con un brazo.

—¿Por una mujer? —pregunto extrañada.

—Me siento eclipsado. —Hace un gesto de tristeza poco creíble—. ¿Te das cuenta de que me estás arrebatando todo el protagonismo?

—Oh, vamos —me carcajeo—, no digas tonterías. —Se inclina y me besa.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti. —Cuando va a besarme de nuevo, se detiene y mira al frente—. ¿Ves eso? —Sonríe ampliamente. Me giro y veo pasar un autobús con una de mis fotos impresa en un lateral.

—Guau... se ve increíble.

—¿Verdad? —No aparta su mirada de él hasta que se aleja—. Esa marca de perfumes venderá muchos más productos gracias a ti. Reconozco que han sabido crear una campaña de publicidad excelente.

—Ha quedado mejor de lo que imaginé.

No había visto el trabajo terminado. El líquido del perfume es del mismo color que mis ojos.

—¿Te parece si lo celebramos? —Levanta ambas cejas y sé a lo que se refiere—. Si mal no recuerdo, la bodega donde compramos el vino la otra vez está en la siguiente calle.

—Sí, me parece bien.

Acude a mi mente la mujer que nos atendió en esa ocasión y un escalofrío recorre mi espalda. Desde que estuvimos allí, he tenido varios *flashes*, pero no he logrado recordar nada en concreto.

Al llegar, mientras bajo los escalones, la misma sensación que la vez pasada se apodera de mi cuerpo. Ese olor tan característico es como si quisiera decirme algo. Nos detenemos en el mostrador y, cuando Giovanni va a tocar un pequeño timbre de metal, un fuerte ruido nos sobresalta. Nos giramos a la vez y puedo ver a la mujer mirándonos fijamente. Por los cristales y el vino derramado que hay en el suelo, queda claro que se le han caído varias botellas, pero está tan absorta en nosotros que parece no importarle.

—*Buongiorno* —saluda Giovanni, y la saca de su trance.

—Hola... —responde apurada y se coloca detrás del mostrador—. ¿En qué... puedo ayudarlos? —Su boca está seca y no aparta la mirada de mí.

—Queremos una botella de vino.

Lo ignora y nos quedamos los tres en silencio unos segundos. La mujer, al darse cuenta, sacude la cabeza y le pregunta de nuevo.

—¿Disculpe? No lo he oído.

—Una botella de vino, *per favore* —repite—. El mejor que tenga.

—Sí, ahora mismo. —Va hacia la estantería y se vuelve dos veces, como si quisiera asegurarse de que sigo ahí.

—Empieza a darme miedo —murmuro entre dientes—. ¿Qué le pasa a esta mujer?

—No lo sé —susurra—, quizá deberíamos preguntarle.

Antes de contestar, ésta nos habla.

—Tengo dos variedades de la misma cosecha. El de la etiqueta azul es más dulce y el de la roja, más áspero, ¿cuál prefieren?

—El azul —respondemos a la vez.

—Creo que está demasiado alto. ¿Puede alcanzarlo usted? —le pide a Giovanni—, no tengo aquí la escalera y no alcanzo.

—Eh... —Me mira—. Sí, creo que sí. —Se acerca a la estantería y, antes de levantar su brazo, vuelve a mirarme—. ¿Éste? —Señala otro diferente.

—No, el azul.

—Ok. —Empiezo a notarlo nervioso y no sé por qué—. ¿Este de aquí?

—Jonathan —frunzo el ceño—, ése tiene la etiqueta verde.

—No veo el que dices, ¿está a la derecha o a la izquierda?

—¿Cómo no lo vas a ver? Lo tienes justo encima de la cabeza.

—Uff, si es un león, me come. —Ríe y coge la botella de vino.

Cuando vuelvo mi atención a la mujer, la sorprendo observándome de nuevo y Giovanni también se da cuenta de ello.

—Disculpe, *signora*. —Sé lo que viene y me preparo—. ¿Usted conoce a Vanessa? —Mi pulso se acelera.

—Yo... no, no... no la conozco. —Sus manos comienzan a temblar y las guarda en el bolsillo de su delantal.

—¿Seguro?

—No... no sé de qué habla... Yo no...

—¿Puedo hacerle una pregunta? —intervengo casi sin pensar, y los dos me prestan atención—. Detrás de esa puerta, ¿hay una especie de sótano?

Veo una expresión extraña en sus ojos y, poco a poco, se vuelven brillantes.

—Sí, Vanessa. —Mis ojos se abren al oír mi nombre con tanta seguridad—. Veo que te acuerdas. —Me tenso y Giovanni agarra mi mano—. El primer día que te vi aquí, intuí que podrías ser tú, pero, hasta que no oí más tarde tu nombre en un programa, no estuve segura.

—¿De qué está hablando? —La miro confusa.

—Mi nombre es Mónica.

—Mónica —repito para mí y, aunque no sé por qué, ahora estoy más segura de que la conozco.

—Eras muy pequeña.

—¿Quién eres? —Ya no aguanto más suspense.

## Capítulo 40

—Alguien que vivió a tu lado los primeros años de tu vida.

—¿Qué? —No entiendo nada.

—Dame un momento. —Se marcha dejándonos solos y, al cabo de un par de minutos, vuelve con una cartera en la mano. La abre delante de nosotros y saca lo que parece una foto antigua—. ¿Recuerdas esto?

Nerviosa, la cojo y la miro con atención. Hay dos niñas, una al lado de la otra, y ambas están agarradas de las manos. La más alta parece tener entre trece y catorce años, y la pequeña, unos tres.

—¿Ésta soy yo? —digo con gran sorpresa al notar que una de ellas es albina. Cuando asiente, creo que voy a desmayarme. Jamás había visto una imagen mía en la que apareciera tan pequeña. Todas las que recuerdo fueron tomadas después de ser adoptada. Siempre me había preguntado cómo sería de más pequeña—. Y ella... ¿quién es? —La miro con atención, esperando una respuesta.

—Yo.

—¿Tú? —Pestañeo, confusa.

—Sí, Vanessa. —Sonríe con visible tristeza.

—¿Éramos amigas? —Pienso en la vecina que me rescató. Posiblemente sea su hija.

—Algo más que eso.

—¿Cómo? —Me preparo para escuchar lo que va a contar. Algo me dice que me va a afectar.

—Tú y yo somos hermanas. —Esta vez no sonrío y sólo aguarda mi reacción.

—¿Qué? —Miro a Giovanni y él me devuelve una mirada de preocupación—. ¿Qué está diciendo? —Siento que me ahogo—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué dice eso? —Trato de examinar la foto una vez más, pero no puedo. Soy incapaz de controlar mis manos y se me cae al suelo.

—*Calmati, ragazza* —Giovanni me abraza—, *calmati*... Mónica seguro que te lo explicará.

—Vanessa —me llama, y no sé si quiero hablar con ella. Estoy demasiado alterada—. Imagino que ahora tendrás muchas preguntas. —Niego sobre el pecho de Giovanni. No quiero oír lo que tiene que decirme. Esa mujer pertenece a la familia que me abandonó. Ahora entiendo por qué me parecía tan familiar este lugar: es donde pasé encerrada una buena parte de mi infancia—. Nos obligaron a separarnos. Regresé a por ti cuando cumplí los dieciséis, pero ya no estabas aquí. —La escucho. Se ha ganado mi atención con esa frase y decido darle una oportunidad. Quizá no sea como pienso—. Alguien denunció el estado de abandono en el que te encontrabas y los de asuntos sociales se te llevaron. Después de aquello, pasé años buscándote, pero nunca logré dar contigo. —Espira y, tras unos segundos, continúa—. La única esperanza que tenía era que tu nueva familia te estuviera dando todo lo que aquí te quitaron.

—No imaginas la vida que he tenido —suelto con rabia—. ¿Por qué me tratasteis así? —Mi necesidad de saber se hace más presente con cada segundo que pasa.

—Yo fui una víctima igual que tú.

—Eras, cuánto, ¿diez años mayor que yo?

—Sí, diez.

—Razón de más, ¿podrías haber hecho algo!

—Cuando vivía aquí era menor, Vanessa... sólo una niña. Aunque intenté explicar lo que ocurría, nadie me creyó. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Mil veces busqué ayuda, pero nunca nadie me hizo caso; no me escucharon. —Seca sus ojos—. Después, cuando cumpliste los tres años, nuestros padres se

separaron y a mí me obligaron a irme con él, mientras que tú te quedaste con ella.

—Ella...

Aprieto los puños. No recuerdo su cara, pero sí todo lo que me hacía. Es extraño, siempre había creído que no tenía recuerdos de aquello, pero sólo estaban almacenados, esperando que algo así sucediera para aflorar.

—Nos trató tan mal a las dos que en cierto modo me alegré de apartarme de nuestra madre. Lo único que me apenó fue alejarme de ti.

—¿Dónde está?

Quiero decirle todo lo que pienso. Necesito cerrar ese círculo de mi vida. Estoy segura de que me sentiré mucho mejor después de escupirle cuatro verdades a esa indeseable mujer.

—Enterrada. —Baja la mirada—. Según supimos después, el día que te dejó abandonada en la casa fue el día de su muerte.

—¿Cómo?

—Se suicidó, por eso nunca regresó.

—¿Y él?

Finjo que no me afecta, aunque sé que, cuando me tranquilice, será lo primero que pasará por mi cabeza. ¿Por qué lo haría? Casi puedo sentirme identificada con ella. Aunque jamás la perdonaré, reconozco que debió de pasarlo muy mal para acabar tomando esa decisión.

—¿Él? —Aprieta los labios—. No tengo ni idea. —Me mira, pero al ver que no pregunto, continúa—. Lo último que supe de nuestro padre fue el día que me escapé para venir a buscarte. Después jamás regresé y él tampoco se preocupó de encontrarme. Hay personas a las que no se les debería permitir tener hijos. —Su mandíbula se tensa—. Por suerte conseguí un trabajo y mis jefes resultaron ser muy buena gente, si no, no sé qué hubiera sido de mí. — Nos quedamos pensativos y en silencio durante algunos segundos—. Siento que te hayas tenido que enterar así. Me hubiera encantado que fuera de otra forma.

—¿Por qué vives aquí?

Sigo teniendo dudas respecto a ella y no acabo de fiarme.

—Todo esto pertenecía a nuestra madre, pero, al no haberse hecho nadie cargo de los gastos durante años, quedó embargado y a la venta. —Se encoge de hombros—. Tenía un poco de dinero ahorrado, así que lo invertí. Este edificio estaba muy bien situado y era ideal para lo que buscaba. Me va bien, así que no me puedo quejar.

—Mamá... —Un niño de unos cuatro años aparece tras las cortinas y me quedo con la boca abierta.

—Sí, Vanessa. —Sonríe al darse cuenta de mi asombro—. Es tu sobrino y es igualito a ti. —Lo alza en brazos y el niño me mira con sus enormes ojos azules—. Es algo hereditario.

—¡Tiene el pelo como yo!

El niño tira de sus rizos mientras mira, sorprendido, a su madre.

—Claro, cielo, porque ella también es albina. —Le habla con tanta naturalidad de su condición que hasta a mí me hace sentir cómoda—. Es casi tan bonita como tú. —Besa su nariz.

Por un momento he sentido una punzada de compasión por él, pero, viendo el trato de su madre, sé que no permitiré que le hagan daño. Es fundamental en estos casos contar con un apoyo como el suyo..., alguien que te enseñe a aceptarte y a encaminar tus miedos desde pequeño. Ojalá yo hubiera tenido unos brazos así donde poder cobijarme cuando empecé a perder la confianza en mí misma. Todo hubiera sido muy distinto.

—Tengo hambre. Quiero macarrones.

—Ve con papá y dile que vaya poniendo la mesa. En un ratito subo y estoy con vosotros.

Deja otro beso en su blanca carita y el niño se marcha saltando y canturreando alguna canción infantil que desconozco.

—Adiósss... —Mueve su pequeña mano en nuestra dirección y se despide.

Me cubro la cara y comienzo a llorar. Son tantas las emociones acumuladas



que no puedo retenerlas más. Aunque no los conozco, por primera vez algo en mi vida es real y ese niño acaba de robarme el corazón.

Mónica viene hacia mí y pone su mano en mi hombro para calmarme.

—Tranquila —acaricia mi pelo—; entenderé que, cuando salgas por esa puerta, prefieras no volver nunca más, pero quiero que sepas que jamás me he olvidado de ti y que, si alguna vez te apetece hablar o simplemente visitarme, ésta es tu casa.

La miro y, como si estuviera programado, nos abrazamos con fuerza y lloramos a la vez.

Cuando por fin conseguimos sosegarlos, y recordando que el niño tiene hambre, decidimos que ha llegado el momento de marcharse, no sin antes acordar una fecha para vernos de nuevo. Ambas tenemos muchas cosas de que hablar y para entonces estaremos más tranquilas. Intercambiamos nuestros números de teléfono y, cuando Giovanni saca su cartera para pagar, insiste en regalarnos la botella. Nos despedimos y, mientras subo la escalera para salir de la bodega, me doy cuenta de que camino mucho más ligera. Estoy segura de que se debe a la carga que acabo de dejar atrás. Nunca antes me había sentido tan en armonía con mis pensamientos.

—Guau —exclama Giovanni mientras me mira con ambas cejas levantadas—, qué intenso ha sido eso.

Hasta ahora no había dicho ni una sola palabra. Ha entendido que era nuestro momento y se ha mantenido al margen.

—Mucho —afirmo con una enorme sonrisa en la cara.

Todavía no me lo creo. Hace tan sólo unos minutos no tenía nada, y ahora puedo decir que tengo una familia real. Cuando voy a añadir algo más, suena mi móvil. Lo saco para ver quién es y reconozco el número.

—¿Ocurre algo? —pregunta Giovanni al notarme indecisa.

—Es Darío Rocha —comento extrañada—. ¿Qué hago? ¿Descuelgo o lo dejo sonar?

—Déjalo sonar. —Ladea una sonrisa—. Ahora tienes trabajo de sobra, ya

no nos hace ninguna falta.

—Pues tienes razón.

Lo guardo y, al ponernos en marcha, llega un mensaje. Me detengo y lo leo.

—Es él, ¿verdad?

—Sí.

Mi cara me debe de estar delatando. Me desagrada mucho volver a tener noticias suyas.

—¿Qué diablos quiere ahora? —Suena malhumorado. No parece hacerle ninguna gracia que me busque.

—Según pone aquí, disculparse. Dice que el otro día perdió las formas y quiere que le dé una oportunidad para que nos veamos de nuevo.

—¿Qué vas a hacer? —Trata de disimular su nerviosismo. Teme que acepte.

—Esto.

Me acerco a él y le muestro la pantalla. Pulso el botón de responder y escribo.

No me interesa, gracias.

Cuando lo envío, oigo cómo Giovanni expulsa el aire de sus pulmones y se queda mucho más tranquilo.

—Buena respuesta.

Hace el intento de darme un beso, pero en el último segundo se detiene. Lo miro extrañada y veo que tiene sus ojos puestos en un punto fijo. Me esfuerzo para encontrar lo que está llamando su atención, pero no hay nada que llame la mía.

—¿Qué ves? —pregunto curiosa.

—Alguien nos está siguiendo. —Arruga la frente y mi vello se eriza—. Es la cuarta vez que le veo hoy.

—¿Cómo? ¿Quién? —Su frase no me gusta.

—No lo sé, pero vámonos de aquí.

Pone su mano en mi cintura y, mientras caminamos, no deja de mirar atrás.

## Capítulo 41

Cuando por fin llegamos al coche, parece más relajado, aunque no deja de mirar por la ventanilla mientras nos movemos.

—¿Qué está pasando? —pregunto inquieta.

—Nada, tranquila. —Sonríe, pero no logra convencerme.

—Estás demasiado tenso. No creo que... —Mi teléfono vibra de nuevo y lo miro—. ¡Qué pesado es este hombre! ¿No se cansa nunca? —refunfuño mientras abro el mensaje que acaba de llegar.

De una manera u otra conseguiré que te interese. Ya lo verás.

Lo leo en alto.

—¿Qué habrá querido decir con eso? —Miro a Giovanni esperando que hable, pero no dice nada—. ¿Le respondo?

—Es mejor que lo ignores. Puede llegar a ser muy insistente, y más si sabe que ha captado tu *attenzione*.

—Está bien. Haré eso, entonces.

Quito el sonido para que no nos moleste más, lo guardo y apoyo mi cabeza en el asiento.

El viaje de vuelta se me hace corto. Cada vez que miro por la ventanilla y veo cuánto hemos avanzado, me sorprendo. Estoy tan sumergida en mis pensamientos que siento que pierdo la noción del tiempo. Mi cabeza no para de pensar en Mónica y en su hijo. Sólo he necesitado pasar unos minutos cerca de ellos para sentir esa química de la que tanto hablan los hermanos. Es como si hubiera una conexión especial entre nosotras.

—¿Estás feliz? —pregunta conociendo de antemano mi respuesta. Por más

que intento disimularlo, soy incapaz de borrar la sonrisa de mi cara.

—Mucho. —Sonrío más ampliamente—. Estoy deseando que pasen los días para volver a verlos.

—Yo también. —Pone su mano sobre la mía—. *È bello* verte así.

Una agradable presión en el pecho me hace suspirar. Adoro cuando dice esas cosas.

El resto del día transcurre sin problemas. Cenamos, bebemos, reímos y hasta conseguimos bromear con lo que ocurrió la última vez. Desde que acabamos desnudos en la cama, no habíamos vuelto a hablar sobre ello. Es un tema bastante incómodo para mí.

Aunque cada vez tenemos más confianza y llegamos más lejos, no consigo terminar de superar esa barrera. Me avergüenzo demasiado de mi cuerpo y no permito que me vea. Él se empeña en intentar convencerme de lo contrario, pero no lo consigue y siempre acabamos discutiendo. No entiende que, vestida, mis defectos quedan cubiertos. Si me viera desnuda y sin alcohol de por medio, cambiaría de opinión.

Aunque estamos muy cansados, decidimos ver una película. Ninguno de los dos quiere irse todavía a la cama. Estamos disfrutando tanto del momento que no queremos que se acabe. Media hora después, y aunque lucho contra ello, mis ojos se cierran.

—Vanessa —noto sus dedos en mi brazo—, *amore*. —Me mueve—. Vamos a la cama.

—¿Ehh?

Miro desorientada en todas direcciones y me cuesta distinguir que seguimos en el salón.

—*A dormire*. —Tira de mi mano y me levanta—. La película acabó hace rato.

Me apoyo en él y apenas recuerdo cómo llego a la cama. Me cubre con la colcha y oigo cómo se marcha.

\*\*\*

—¡Mami! ¡Mami! ¿Dónde estás? —Todo está oscuro y no puedo ver nada—. Tengo mucha sed... ¡Quiero agua! —Me cuesta hablar. Mi boca está tan seca que puedo notar cómo se rajan mis labios—. ¿Mónica? ¿Eres tú? —Un ruido llama mi atención y, cuando me acerco para descubrir qué es, unas grandes manos atraviesan la pared y me sujetan con fuerza—. ¡¡¡Nooo!!! —grito asustada, y me muevo con violencia para soltarme.

\*\*\*

—Despierta, Vanessa. —Giovanni me llama y abro los ojos, sobresaltada—, estás teniendo una pesadilla. —Me siento rápidamente en la cama y, con las manos sobre mi pecho, trato de calmarme. Varias imágenes acuden a mi mente y por un segundo puedo recordar su rostro—. La he visto, estaba conmigo —susurro.

—¿A quién? —pregunta extrañado.

—A Mónica... ¿Cómo había podido olvidarla? Ella siempre estuvo ahí.

Poco a poco los recuerdos que creía perdidos comienzan a inundar mi mente. Algunos son tan horribles que, según llegan, quisiera tener un botón para poder borrarlos. Descubrir que tengo una hermana debe de haber activado algo en mi memoria y mi cerebro no para de mostrarme momentos desagradables. Ojalá vuelvan pronto al lugar del que nunca debieron salir.

Las siguientes noches son aún peores. Me despierto cada pocos minutos, angustiada, y me cuesta conciliar el sueño de nuevo. Giovanni, al notarme tan nerviosa, ha empezado a dormir conmigo. Hasta ahora estábamos descansando en habitaciones separadas.

A diferencia de las noches, aunque estoy agotada por la falta de sueño, mi trabajo cada día funciona mejor y mi cuenta bancaria no para de crecer. Jamás

en mi vida hubiera imaginado que llegaría a conseguir una cantidad de dinero así.

—¡¡Joder!! —Giovanni grita mientras mira la pantalla del portátil—. No te lo vas a creer. —Se gira hacia mí.

—¿El qué? —pregunto mientras le doy un sorbo a mi café.

—¡La firma de lencería más grande del mundo quiere contratarnos!

—Uf... —Odio la palabra «lencería». Sé lo que implica.

—¡Nos ofrecen un dineral! —Echa hacia atrás su cabello—. Para que te hagas una idea, sólo con tu parte podrías comprar el chalet que tanto te gustó hace unos días.

—¿Hablas en serio? —Alzo las cejas, sorprendida. Nunca nos han pagado tanto.

Aunque Gloria insiste en que nos quedemos más tiempo en la casa, he empezado a buscar por mi cuenta un lugar donde invertir mi dinero. Me encantaría tener una casa decorada por mí. He estado mirando algunas, pero sus precios son demasiado elevados y todavía no me alcanza.

—Como te lo estoy diciendo. Creo que no deberíamos dejar escapar esta oportunidad.

—Yo... Ya sabes que posar en ropa interior... —Tengo demasiados complejos y por ellos me he negado a hacer ese tipo de campañas hasta ahora.

—Todavía no puedo creerlo. —Deja el portátil y pone las manos en su frente—. ¿Sabes? Hace algunos años, llegar hasta aquí era mi meta. —Me mira—. ¿Tienes idea de lo que supondría esto en nuestra trayectoria? —Niego con la cabeza—. Nos abriría todas las puertas, Vanessa, ¡todas! Trabajar con esta marca es lo mejor que nos podría pasar. Aquí sólo entran los grandes.

—Ya, pero...

Por una parte quisiera aceptar por él, está tan entusiasmado con esa posibilidad que no quiero decepcionarlo, pero, por otra, no me sentiría cómoda.

—Buscaremos las posturas y prendas que más te cubran —insiste—. No

debes preocuparte.

—Creo que no sirvo para eso. —Trago saliva—. Mi cuerpo no es bonito. —Temo que, cuando me vean apenas sin ropa y con todos mis defectos expuestos, me rechacen. Ahora mismo estoy en una posición en la que no soportaría volver atrás. La caída sería mucho mayor que cuando estaba en la universidad. Ya no sólo se reiría de mí un grupo de alumnos... lo haría todo el mundo.

—Tienes un cuerpo espectacular —me interrumpe—, lo único que necesitas es superar tus miedos.

—No es tan fácil.

—La mejor manera de hacerlo es enfrentándolos. —Se encoge de hombros.

—Mejor lo olvidamos.

—Hagámoslo, Vanessa. —Sus ojos brillan—. Sabes que puedes confiar en mí. Si en algún momento no te sientes cómoda, lo dejaremos, pero al menos debemos intentarlo.

—No sé. —Tuerzo la boca, poco convencida.

—Podemos hacer la sesión a solas para que estés más tranquila, más cómoda, y después, entre los dos, elegimos las fotos que más nos gusten.

—No sé qué hacer.

—Inténtalo.

—¿Te enfadarás si una vez allí me niego a continuar?

—No me enfadaré. *Te lo prometto.*

—Está bien, pero después no digas que no te lo he advertido.

Nada más terminar la frase, me arrepiento y quiero echarme atrás, pero la ilusión que veo en sus ojos no me lo permite. Pienso en lo que tendré que hacer y no puedo evitar sentir temor. Sacudo la cabeza y decido olvidarlo todo hasta que llegue el momento. De nada sirve ya darle más vueltas.

\*\*\*



La visita a casa de mi hermana calma de alguna forma mis pesadillas y éstas empiezan a remitir. Hablar con ella durante horas me ha ayudado a poner en orden mis pensamientos. Esas imágenes todavía me despiertan algunas noches, pero nada comparado con lo vivido días atrás. Ahora mis preocupaciones son otras.

—¿Estás preparada?

La temida sesión ha llegado más rápido de lo que me hubiese gustado.

—La verdad es que no.

—Piensa en cómo será tu nueva casa y dime si no merece la pena pasar un mal rato.

—No estoy tan segura —digo mientras aprieto el botón del ascensor que nos llevará hasta al estudio—. Me siento como una cualquiera.

—Pero no lo eres, así que sólo déjate llevar y yo haré el resto. —Alza ambas cejas y achino los ojos.

Llegamos a una gran habitación y, como nos prometieron, no hay nadie en ella. Cuando entramos, Giovanni gira la llave para evitar que alguien pueda entrar y saca su cámara. La coloca sobre un trípode y comienza a prepararlo todo.

—¿Esto de aquí es la lencería? —pregunto curiosa mientras abro una especie de armario con cremalleras. Levanta la cabeza para contestar, pero al darse cuenta de que ya no hace falta, sigue trabajando. Saco la primera percha y de ella cuelgan cuatro finas tiras de tela negra. Arrugo la nariz con desaprobación y tiro de la siguiente. Es parecida a la primera, pero ésta lleva encaje.

Una tras otra voy sacando todas las perchas y las dejo caer sobre una especie de cama donde imagino que haremos algunas fotos. Me cuesta, pero finalmente selecciono los conjuntos que más tela tienen, aunque para mi gusto sigue siendo escasa.

—Ve a cambiarte, que esto ya casi está. —Habla mientras termina de ajustar el objetivo de la cámara.

—No sé si quiero hacerlo —comento mirando la minúscula ropa.

—Inténtalo al menos. —Coloca la lente.

—Ok.

Recojo todas las prendas con una sola mano y entro en un pequeño camerino. Como siempre, evito mirarme en cualquier espejo para no desmotivarme y me pongo el primero de los conjuntos: un sostén y una braga de gasa negra que deja al descubierto más carne de la que me gustaría. «Es un bikini, es un bikini...», me repito una y otra vez para convencerme.

—¿Estás bien? —pregunta al notar que tardo.

—Sí, ya salgo.

Cuando me dispongo a abrir la puerta, el miedo me paraliza.

—Vanessa —Giovanni me llama de nuevo—, ¿quieres un batín para cubrirte?

—Sí, por favor.

Abro la puerta lo suficiente como para que entre su mano y, cuando me lo da, vuelvo a cerrar. Me cubro el cuerpo con él, lo anudo a mi cintura y, sintiéndome más segura, salgo del cuarto.

Camino despacio hasta la cama y espero indicaciones junto a ella.

—Ponte justo ahí —señala el centro—, quiero enfocarte antes. —Hago lo que me indica—. Perfecto, empezamos. Ya puedes quitarte el batín.

Trago saliva y, a medida que suelto el nudo, otro se va formando en mi garganta.

## Capítulo 42

### *Jonathan Giovanni*

Antes de quitarse la prenda, me mira tímidamente y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para parecer calmado. Llevo días preparándome mentalmente para este momento, pero siento que no ha sido suficiente. He fotografiado a miles de mujeres en ropa interior, a cuál más impresionante, pero nunca me hicieron sentir así. Esto sólo me pasa con ella.

Trago saliva y miro mi cámara para disimular. Debo hacer todo lo que esté en mi mano para transmitirle profesionalidad. Si no se siente segura, es posible que se niegue a continuar.

Lentamente abre el suave raso que cubre su cuerpo y un extraño nerviosismo me atrapa. Por fin voy a poder contemplarla a la luz y sin excusas. Está demasiado acomplejada y confío en que esto pueda ayudarla. Necesito que entienda que no hay nada de lo que deba avergonzarse. Nada en su físico está mal, sólo las ideas que un puñado de imbéciles le han metido en la cabeza.

La tela resbala por sus hombros, dejando al descubierto su blanca piel, y mi respiración se corta. Es la visión más pura, única y perfecta que he admirado hasta ahora. Los focos iluminan su ya radiante imagen, resaltando aún más sus espectaculares curvas, y se agudiza todo lo que siento por ella. Es una auténtica obra maestra de la naturaleza. La lencería negra se adapta tan bien a su figura que cautiva mis más profundos deseos y tengo que ajustar mi pantalón. Sacudo la cabeza y finjo colocar la lente, pero es inútil, no puedo apartar la mirada de ella y, si no disimulo rápido, pronto se dará cuenta.

Admito que la suma a cobrar es muy suculenta, pero este momento tan especial no tiene precio. Lo hubiera hecho gratis sin ningún problema.

—Ve... colocándote sobre la cama. —Mi voz suena diferente y carraspeo para recuperarla—. Voy a buscar otro foco más en ese cuarto —me excuso. Necesito apartarme de Vanessa unos minutos para calmarme. Cuando entro en la habitación, cierro la puerta al tiempo que mis ojos y expulso todo el aire que llevo dentro. Mi pantalón cada vez está más tenso y empieza a resultar molesto—. *Maledizione!* —Golpeo la cabeza contra la pared—. Debo controlarme. —Aprieto con fuerza los dientes y trato de borrar su imagen de mi mente, pero está grabada a fuego en mi retina.

Pasados unos minutos, y aún sin terminar de recuperarme, decido salir y hacer el trabajo lo más rápido que pueda. Si busco las posiciones correctas, quizá no lo advierta. Éste no es el mejor momento para que presencie cuánto me atrae.

—¿Y el foco? —pregunta al ver que vuelvo con las manos vacías. Tira de las sábanas con disimulo y cubre parte de su cuerpo. En casa hace igual; si está tumbada en el sillón con ropa corta y entro, se coloca de forma que no se le vea nada.

—No hay —aliso mi camisa y me inclino tras la cámara—, pero no importa. Así está bien. —Sin más explicaciones, lanzo el primer disparo para dar por iniciada la sesión y miro el resultado—. Voy a necesitar que te muestres un poco más. —Asiente y se destapa hasta la cintura—. No es suficiente, deben verse ambas prendas —insisto, y finjo un control que no tengo.

—¿Así? —Arrugo la nariz y niego con la cabeza. Me cuesta pedírselo—. ¿Mejor? —inquire de nuevo.

—Humm, no. Tu cuerpo está demasiado tenso. —Crujo mi cuello al sentir que el mío está igual—. Debes imaginar que estás sola en la estancia.

—Eso va a ser difícil. —Se muerde el labio inferior, pensativa, pero lo intenta.

Tras varios minutos y más de cuarenta disparos, ninguna de las fotografías que he hecho me sirve. En todas sale muy forzada y no me gustan.

—Tenemos que repetir las.

Ajusto el trípode de metal.

—Definitivamente no valgo para esto.

Resopla y, con desgana, se coloca de nuevo.

—No digas eso, *ragazza*. Claro que sirves. —Me acerco a ella consciente de lo difícil que le está resultando y me acomodo a su lado. Por fin he conseguido dominar mis instintos y desde hace rato ya no tengo que esconderme—. Sentirse así es normal —procuro animarla—. Las primeras veces son las peores, pero después te acostumbrarás. Ya verás —le resto importancia.

—Es fácil decir eso cuando no eres tú el que está aquí prácticamente desnudo y con una cámara pegada a la cara —se lamenta—. Si estuvieras en mi lugar, no pensarías lo mismo.

—Toma —digo sin pensar, y pongo la cámara en sus manos.

Pestañea, pero no dice nada. Me pongo en pie y comienzo a quitarme la ropa delante de ella. En mi cabeza proceso lo que estoy haciendo y, aunque me parece ridículo, me siento retado y no puedo parar.

—Pero ¿qué haces? —me dice.

—Lo que tú me has pedido. —Río mientras me quito los calcetines y, de un salto, me tiro sobre el colchón—. Soy todo tuyo, ¿te gusto así? —Hago una postura ridícula y se carcajea—. Vamos, aprieta el botón. ¿A qué esperas? ¿Tienes miedo? —Se pone en pie, me imita y, sin dejar de reír, comienza a fotografiarme. Se ha metido tanto en el juego que ha olvidado todo su pudor y ni siquiera recuerda que está en ropa interior—. Espera. —Busco mi bolsa y cuando la encuentro, saco otra cámara más pequeña y vuelvo con ella. Enfoco a Vanessa y, entre risas, comenzamos una guerra.

Quince minutos después, ambas cámaras cargan con más de doscientas fotos.

—Uauu! —exclamo con sorpresa mientras reviso la mía—. ¡Mira está! —Vanessa sale increíble en ella—. ¡Y está! —Sin planearlo, he conseguido las mejores imágenes que podría imaginar. Se ve tan natural, sensual y atractiva que hasta ella misma, aunque no quiera admitirlo, se gusta—. Ya tenemos la primera ronda —afirmo satisfecho—. Si te cambias, continuamos.

Asiente convencida y se va. Mientras está en la pequeña habitación, aprovecho y sigo revisando las instantáneas. Es tan hermosa que no necesita ni siquiera focos, brilla por sí sola.

—Creo que mejor me cambio, es demasiado pequeño —le oigo decir y, cuando me giro para mirarla, mi corazón se detiene. Esta vez ha elegido un conjunto de lencería fina que deja poco a la imaginación. La delicadeza del encaje blanco sobre su piel, acaba de convertirse en mi perdición.

—Está... está bien... —digo totalmente arrepentido de haberme quitado la ropa. No sé cómo diablos voy a ocultar ahora esa parte de mí tan expuesta. Mientras lucho por disimular mi erección, viene hacia mí. Esta vez camina algo más segura y el que se siente apocado soy yo.

—¿No te gusta? —pregunta al notarme raro y hace un intento de taparse con las manos—. ¿Me pongo otra cosa?

—No... no. —Trato de evitar que malinterprete mi reacción—. Es sólo que... —Busco las palabras correctas en mi cabeza, pero sólo aparecen frases indecentes—. Estás... vaya... ¡guau! —Me riño mentalmente.

—¿Guau? —Sonríe avergonzada.

—Sí, guau... —Cada vez me siento más ridículo. ¿Por qué no soy capaz de centrarme?—. Vamos... a empezar, ¿te parece? —propongo con esfuerzo. Alzo la cámara sin levantarme de la cama y le hago un gesto para que se acerque. En un mal paso, enreda su pie en el trípode y cae encima de mí.

«*Calmati... calmati...*», me digo buscando serenidad. Notar su cuerpo caliente sobre el mío hace que mi excitación aumente.

—Perdón.

Sonríe y, aprovechando que nuestros rostros están cerca, deja un pequeño

beso en mi boca a modo de disculpa. Cuando intenta separarse, pongo mi mano en su nuca y la detengo. Necesito mucho más de ella. Hasta ahora no había querido ni rozarla para no cruzar la línea del trabajo, es algo que siempre me he tomado muy en serio, pero, después de esto, ya me da igual.

Rota hacia un lado y, sin separar nuestros labios, roto con ella, atrapándola debajo y quedando entre sus piernas. Poco a poco nuestros besos se vuelven más hambrientos y casi no puedo respirar. La busco con ansia, la muerdo, la quiero más cerca y no dejo de exigir su lengua. Los deseos de caricias se vuelven incontrolables y rodeo su cintura con mis brazos. Tenerla así, atrapada bajo mi cuerpo, hace que me caliente cada vez más.

Mantenemos esa deliciosa y agonizante cercanía, disfrutando de la proximidad de nuestros sexos y, lejos de esconderme como antes, me aprieto cada vez más contra ella. Quiero que me note y sepa cuánto me afecta. Rozo mi duro miembro contra su centro y, aunque nos separan las finas telas de la ropa interior, puedo sentir su forma como si no lleváramos nada.

Me detengo un segundo buscando algo de sosiego y la observo. Sus mejillas están tan encendidas como todo mi ser. Humedece sus labios hinchados y puedo ver la protesta en sus ojos. Paso las manos por su espalda y suelto el cierre de la prenda que cubre sus pechos. Con cuidado, la retiro de su cuerpo y mi vista se nubla. Es demasiado bella.

Tomo uno de sus pezones con mi boca y gime al tiempo que se arquea. Mi pene duele y comienzo a besar cada centímetro de su cuerpo. Me deslizo hacia la parte más baja y, muy despacio, retiro el minúsculo encaje, dejándola sin nada. Espero alguna reacción para continuar y su respiración agitada la delata. Quiere más y pienso dárselo. Me saco los bóxers, demorándome a propósito para que pueda verme erecto. Es su primera vez y quiero que le quede bien grabada en la memoria. Alcanzo mi pantalón y extraigo un pequeño paquete dorado de la billetera. Lo rasgo y, con cuidado, me protejo. Vanessa me observa nerviosa y consciente de lo que viene. Me coloco de nuevo a su lado

y, mientras beso sus labios, con una caricia atrevida, invado su lugar más cálido.

Suspira una y otra vez mientras mis dedos recorren su suave tacto y, cuando el calor húmedo que mana entre sus piernas me indica que está cerca, me sitúo y, con sumo cuidado, tomo posesión de ella.

Inicio una penetración lenta y espero a que su cuerpo se amolde al mío. Cuando mi erección está completamente dentro de ella, mi vello se eriza y tengo que parar unos segundos para no perderme. Estoy tan sensible que podría llegar al orgasmo en cualquier momento. Incremento el ritmo sin apartarme de su boca y, en el instante en el que sus músculos comienzan a ceñirse a mi alrededor, no puedo más y, con una última embestida, alcanzamos juntos el clímax.



## Capítulo 43

—*Madonna mia* —exclamo en su cuello. Alzo la mirada y la veo. Tiene parte del rostro tapado con un brazo—. ¿Estás bien? —Asiente sin hablar. Parece avergonzada—. ¿Seguro?

Poco a poco empiezo a procesar lo que ha pasado. No tenía ninguna intención de llegar tan lejos, pero el instinto me ha dominado por completo. Ni siquiera le he preguntado si estaba segura. Me aparto lentamente y temo su reacción. Me partiría el corazón pensar que la he llevado a un terreno al que todavía no estaba preparada para pisar. Me dejo caer a su lado y espero.

Los segundos pasan y sigue en la misma posición. No se mueve y comienzo a preocuparme.

—Lo hemos hecho —susurra por fin.

—Sí —respondo al instante y permanezco atento. No quiero precipitarme. Conociéndola, ahora mismo debe de estar luchando contra sus fantasmas. Deseo abrazarla, pero me contengo. Me asusta lo que sea que esté pasando por su cabeza. Cuando menos lo espero, baja el brazo despacio y me deja ver sus hermosos ojos.

—Nunca imaginé que fuera así —dice con una tenue sonrisa en la boca y el rostro saturado. No parece estar tan afectada como esperaba y exhalo aliviado.

—¿Cómo creías que sería?

Más confiado, rodeo su cuerpo con mi brazo.

—Aquí, desde luego que no.

Río con su frase.

—Si te soy sincero, yo tampoco esperaba esto.

Ríe conmigo y siento que toco el cielo. Nunca una mujer me ha hecho sentir

tanto.

Nos besamos, acariciamos y abrazamos durante varios minutos más. Tengo una gran necesidad de tenerla cerca y parece que ella también. Me devuelve todas las caricias y, aunque su timidez repunta y no para de intentar cubrirse con la sábana, la encuentro mucho más relajada.

Saboreo el instante sabiendo que pronto llegará a su fin, ya que estamos en un lugar poco apropiado y no acabo de sentirme tranquilo. Aunque he girado la llave, no soy el único que tiene una copia y podría entrar alguien en cualquier momento.

—Deberíamos vestirnos. —Parece leerme la mente.

—Yo, sí —suelto en tono burlón—. A ti todavía te queda un rato. —Agarro la parte baja del conjunto de lencería y se la muestro. Pone los ojos en blanco, pero asume lo que le toca.

Tardamos sólo una hora en terminar, aunque la tirantez de mi ingle no ha parado de darme problemas. Ya ni siquiera me esfuerzo en ocultársela, ¿para qué? Podría tomarla diez veces más y seguiría igual. Es increíble lo que esta mujer me provoca sólo con su presencia.

La actitud de Vanessa ha cambiado completamente y se muestra mucho más segura. Quizá sean cosas mías, pero veo en sus ojos una mirada totalmente diferente y no puedo evitar sentirme orgulloso de ella. Sus poses tranquilas y su cuerpo libre de tensiones me indican que está cómoda a mi lado. Hasta juraría que, durante la sesión, ha intentado coquetear conmigo... Sólo espero que no le esté cogiendo el gustillo a esto de tenerme así o voy a pasar mucho dolor.

Mientras Vanessa se viste, reviso las imágenes y quedo totalmente impresionado. En todas está increíble. Son, de lejos, las mejores fotografías que he hecho nunca.

Tocan a la puerta y, cuando estoy a punto de abrir, alguien lo hace desde fuera. Miro a Vanessa y arquea las cejas. Ambos pensamos lo mismo... Ha estado cerca.

—Hola, ¿habéis acabado? —pregunta una mujer que viene acompañada de cuatro chicas más. Reconozco a dos de ellas y me saludan. Hemos trabajado juntos en varias ocasiones.

—Eh... sí. Estamos a punto de terminar. En dos minutos dejaremos el estudio libre.

—¿Esa chica es...? —La más alta mira detrás de mi hombro—. ¿Es Vanessa? ¡Quiero conocerla! —Entra sin darme tiempo a contestar y camina hacia ella.

—Hola. —Se saludan y hablan, pero no oigo lo que dicen.

—Sofía —la mujer llama su atención—, no los entretengas, por favor. Deben dejar la sala libre para que podamos empezar nosotras.

La chica aprovecha para decirle algo más a Vanessa y vuelve. Cierro de nuevo la puerta y, cuando me giro, Vanessa ya no está. Debe de haber entrado en la pequeña habitación. Guardo todo lo que tengo y la espero. Viendo que tarda, decido ir a buscarla.

—*Ragazza* —Golpeo con los nudillos la madera—. Tenemos que irnos. ¿Estás lista?

—Ya voy... —Su voz no me gusta.

—¿Ocurre algo?

—No, tranquilo. —Abre la puerta, sale y esconde su rostro.

—¿Vanessa? —Me ignora y sigue caminando hacia la salida. Tiro de su brazo y la detengo—. ¿Estás bien? —Asiente sin enfrentarme y no la creo—. Mírame. —Sujeto su barbilla y le elevo la cara, para descubrir con sorpresa que está llorando—. ¿Por qué estás así? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada... —Intenta esconderse de nuevo, pero se lo impido.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué esas lágrimas?

—Estoy sentimental. —Finge una sonrisa y no me engaña.

—¿He hecho algo que no te haya gustado? —Niega con la cabeza—. Entonces, ¿qué es?

—No te preocupes... Se me pasará en un minuto.

—¿Que no me preocupe? —En medio de la angustia por verla así, algo viene a mi mente—. ¿Qué te ha dicho esa modelo?

Aprieta los labios y sé que estoy en el camino correcto.

—La verdad... —susurra al tiempo que seca sus ojos.

—¿Qué verdad? —Mis alarmas se disparan.

—Bueno... —sorbe por la nariz—... sólo tienes que mirar su figura, parece un maniquí, mientras que yo...

—Tú otro, pero mucho más *bello* —me adelanto.

—A veces pienso que tienes algún problema en la vista —me espeta sin que lo espere y abro mucho los ojos. Arruga la frente y hace una pequeña pausa. Intuye que ha tocado un tema delicado—. Eres... eres el único que nunca me encuentra defectos... —continúa.

—Porque no los tienes. —Ladeo una sonrisa y beso su frente—. Vanessa, debes ignorar todo lo que te diga este tipo de gente, ¿de acuerdo? Sólo son un puñado de chicas queriendo triunfar a cualquier precio.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—Bueno... Debes tener en cuenta que ahora mismo estás en una *posizione* que muchas desean y, por ello, te tienen envidia. Tratándote así, buscan debilitar tu autoestima para conseguir que te retires... y una vez que te quiten de en medio, les será mucho más fácil ocupar tu lugar.

—Me había ilusionado creyendo que mi vida había tomado un rumbo diferente... —Resopla decepcionada.

—Y así es, *ragazza*. Es cierto que a veces este mundo puede llegar a ser un tanto... oscuro, pero también tiene sus cosas buenas...

Por primera vez empiezo a plantearme si he hecho bien en meterla en esto. No había contado con estos ataques gratuitos.

—Es lo mismo en todas partes...

Su teléfono suena y por la melodía sé que es un mensaje. Sólo espero que no sea Darío o tendré que intervenir. Aunque Vanessa se ha negado a todas sus propuestas, lleva días acosándola.

—¡Es Andy! —Su mirada cambia—. ¡Está en España! —Ríe mientras lee—. Dice que planeaba darme una sorpresa, pero que se ha dejado el dinero y las tarjetas en Londres y está atrapado en el aeropuerto. No tiene ni para un taxi y Roberto no está en la ciudad. —Me mira—. ¿Podemos ir a por él?

—No —contesto serio.

—¿No? —Relaja los hombros y baja la mirada.

—Claro que podemos. —Sonrío y rápidamente entiendo que estoy bromeando.

Cuando estamos a punto de salir, las modelos de antes están cerca de la puerta y puedo observar cómo la tal Sofía le da un codazo a su compañera mientras señala sutilmente a Vanessa.

—*Amore* —me giro hacia Vanessa—, tu maquillaje se ha corrido —miento.

—Voy a arreglarlo, un momento.

Se marcha y veo mi oportunidad.

—En cuanto salga del baño, nos vamos. —Me dirijo a ellas y sonrío—. ¡Guau!, lo de esta chica es increíble. Jamás he conocido a una modelo tan hermosa como ella. —Sus sonrisas, lentamente, se borran—. No paran de lloverle ofertas de trabajo. ¿Lo podéis creer? Ha despertado el interés de todas las firmas. —Arrugan la frente—. En los próximos meses —me acerco más y hablo bajo, fingiendo que no quiero que Vanessa me oiga— no tengo ni un solo día libre... Es agotador.

—Nunca entenderé ciertas cosas... —contesta la tal Sofía. Ya no puede morderse más la lengua.

—¿Qué cosas? —Sé a lo que se refiere, pero me hago el tonto.

—¿Cómo puede llegar tan lejos alguien como ella? Ni siquiera tiene las medidas correctas.

—Quizá por esa razón. Es diferente y no sigue un patrón como todas las demás. Ver siempre lo mismo es aburrido. —Tuerzo la boca.

—¿Estás diciendo que nosotras somos aburridas? —Busca ayuda en las demás.

—No sé si la palabra correcta es «aburridas»... Quizá la mejor definición es decir que sois iguales.

—¿Iguales? —Hablan entre ellas, malhumoradas.

—Sí. A los hombres nos gustan las curvas de la mujer, no sus huesos. —Sus bocas se abren y ninguna dice nada—. Así que, sí... como estáis esqueléticas, parecéis iguales.

—Ya estoy —oigo a Vanessa detrás de mí. Por suerte no se ha enterado de nada.

—Encantado, señoritas.

Pongo la mano sobre la cintura de Vanessa y nos marchamos.

## Capítulo 44

### *Vanessa*

Mientras viajamos hacia el aeropuerto, intento controlar mis emociones, aunque es todo un reto. No paro de pensar en lo que ha ocurrido en el estudio y en mi estómago parece que habiten ardillas. Siempre creí que, si algún día llegaba el momento, cosa que dudaba, mi primera vez sería muy distinta... Sería algo rápido y, por mi vergüenza, con casi toda la ropa puesta. Debo admitir que ha sido mucho más hermoso de lo que había imaginado. Giovanni ha conseguido que mi desnudez pase a un segundo plano y he logrado entregarme completamente. Aunque sé de sobra que no acabaré mis días a su lado, al menos lo he hecho sabiendo que lo que siento es sincero. Desde hace días intento asimilar que me he enamorado de él y ya no puedo hacer nada contra eso. Sé que en cualquier momento me romperá el corazón, pero finalmente he decidido aceptarlo y disfrutaré de su compañía mientras pueda. Ya veré qué hago después... pero, hasta entonces, no quiero darle demasiadas vueltas.

Alessandro nos deja en la entrada y busca un lugar donde aparcar. Antes de cruzar las puertas, creo oírlo.

—¡Vaneee! —Me giro y veo que viene corriendo hacia nosotros. Casi salta sobre mí y tengo que esforzarme por mantener el equilibrio—. No imaginas cuánto te he echado de menos. —Deja cientos de besos en mi cara. Aunque hemos hablado por teléfono casi a diario, ambos coincidíamos en que necesitábamos vernos.

—¡Y yo a ti! —digo casi ahogada en su hombro. Cuando se aparta, me mira fijamente.

—Uy, Vane, estás distinta.

—¿Distinta? —Noto calor en la cara.

—Sí... Estás cambiada. —No puedo evitarlo y una sonrisa escapa de mi boca. ¿Será posible que lo haya notado?—. ¿Qué me escondes?

—Nada. —Aprieto los labios para evitar sonreír de nuevo. Se va a volver loco cuando lo sepa. Por teléfono no le he dado ni una sola pista y desconoce totalmente nuestra relación.

—Hola, guapo —se dirige a Giovanni—. ¿Qué tal se ha portado mi chica?

—*Bene, molto bene.*

Me guiña un ojo y no sé dónde meterme. Mi cara debe de parecer un tomate maduro.

—¿Qué juegucito es éste? —pregunta Andy, extrañado—. ¡Por cierto! —Quiere contarme tantas cosas que cambia rápidamente de tema—. ¡En mi trabajo sólo se habla de ti!

—¿En serio? —Mis ojos se abren con sorpresa.

—¡Sí! Cuando les dije que eras mi amiga, casi se caen de espaldas. Seguramente te llamarán para la temporada del año que viene. Estamos creando una línea de ropa en tonos claros inspirada en ti.

—¿En mí? —No salgo de mi asombro.

—Estás de moda, reina. —Da saltitos y me abraza de nuevo—. ¡No puedo creer lo lejos que estás llegando! Las perras envidiosas de tu universidad deben de estar muertas de celos. —Sacude su pelo.

—Disculpe. —Alguien toca mi hombro y me giro—. ¿Puede hacerse una foto conmigo?

—Ehh... —Miro a Giovanni como pidiendo permiso. No acabo de acostumbrarme a esto y él sabe mejor que yo qué hacer en estos casos.

—Vanessa —me habla sabiendo que estoy bloqueada—, atiende a tus fans. —Sonríe ampliamente.

—Sí. Sí, claro. —Me coloco a su lado.

Cuando creo que hemos terminado, viene alguien más.



—Hola, ¿te harías una foto conmigo?

—Claro... —Aunque no es lo que más me apetezca, acepto.

—¿Me firmas? —Alguien me entrega una libreta.

—¿Y a mí?

Miro en todas direcciones y la gente empieza a rodearnos. Busco a Giovanni con la mirada para pedirle ayuda, pero, cuando lo encuentro, compruebo que está haciendo lo mismo que yo. La única diferencia es que él está disfrutando. Yo, por el contrario, me estoy empezando a agobiar. Cada vez hay más personas junto a nosotros y siento que me falta el aire. Me tocan, tiran de mí, hablan todos a la vez y no logro centrarme.

—¡Dejadla respirar! —grita Andy.

Me conoce y sabe por mi cara que lo estoy pasando mal. Llega hasta mí casi nadando entre los cuerpos de todos los que están agolpados junto a nosotros y, tirando de mi brazo, consigue sacarme de ahí. Giovanni, al darse cuenta, se disculpa con sus fans y se acerca a nosotros.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí... bueno... —No puedo ocultar mi angustia—. Me encanta que se emocionen al verme, pero no estoy acostumbrada a tratar con tanta gente a la vez. Antes no se me acercaban ni las moscas —bromeo para eliminar tensión.

Segundos después, el grupo de personas vuelve. Nadie quiere irse sin su foto e insisten.

Viendo que la situación se torna insostenible y que, lejos de calmarse, se corre la voz y aparecen cada vez más, Giovanni llama a Alessandro y éste no tarda en llegar. Se abre paso entre la gente para llegar a nosotros y, de la misma forma, salimos de allí.

—Alessandro, estás muy fuerte —le dice Andy una vez sentados en el coche—. Si no es por ti, todavía estaríamos firmando y todo eso.

—Andy... —Lo miro. Sé lo que está intentando—, tienes novio —artículo sin voz esto último, sólo para que él me entienda.

—Estamos en crisis —vocaliza él del mismo modo, y lo miro extrañada.

No sabía nada—. No te lo había dicho para no preocuparte... —responde, sin saberlo, a mi pregunta.

Cuando llegamos a casa, Giovanni, consciente de que tenemos muchas cosas que contarnos, se centra en su trabajo para darnos un poco de espacio. Andy y yo aprovechamos para ponernos al día y me cuenta lo que ha ocurrido con Roberto. Al parecer, a su novio no le gusta que viaje tanto y le está poniendo muchas trabas. Entiende que está cumpliendo su sueño, pero se niega a tenerlo lejos y discuten a todas horas, razón por la que, tras meditarlo unos días, han decidido darse un tiempo.

Después de saber esto, tengo algunas dudas y finalmente decido no contarle todavía lo mío con Giovanni; definitivamente no es el mejor momento.

Cuando el día acaba y segura de que a mi fotógrafo no le importará, le ofrezco quedarse con nosotros la semana que estará en España. Sabiendo cómo están las cosas en su casa, sé que será un alivio para él no tener que verle la cara a Roberto. Como imaginaba, acepta encantado.

—Necesito besarte —susurra Giovanni en mi oído mientras Andy deshace la maleta en su habitación—. ¿Se lo has dicho ya?

—Todavía no —respondo—. No he encontrado el momento.

—¿En serio? —protesta—. Llevo toda la tarde pensando en lo que hemos hecho y... —Me rodea con sus brazos y respira sobre mi cuello—. Necesito desesperadamente unas cuantas dosis más de lo mismo o empezaré a arder. —Una extraña excitación invade mi cuerpo y un suspiro me delata—. Rrrrr —ronronea casi de la misma forma en que lo hace *Copo* y el ritmo de mi respiración cambia.

—Vane —nos separamos rápidamente al oírlo y Giovanni tiene que sentarse en el sillón para ocultar su entusiasmo—. Te he traído un regalito. —Me entrega una caja negra aterciopelada y lo miro extrañada—. ¡Ay, no! —comenta al ver mi cara—. No te voy a pedir matrimonio. —Ríe—. No mientras siga siendo gay. Puedes abrirla sin miedo.

—Pero... no tenías por qué... —digo al ver el grabado que hay impreso.

Reconozco las letras y sé que lo que hay dentro le debe de haber costado una pequeña fortuna.

—¡Ábrelo y calla! —Se muestra más entusiasmado que yo.

Con delicadeza, presiono la caja y, a medida que se abre, quedo impresionada.

—¡Uau! ¡Andy! Es... No tengo palabras... —Tiro de una elegante cadena de oro blanco y observo la preciosa amatista engarzada que cuelga de ella.

—Cuando la vi, lo primero que vino a mi mente fueron tus ojos. Ojalá pudiera arrancártelos y ponérmelos.

—Andy —lo riño mientras Giovanni se carcajea—. Acabas de cargarte nuestro mejor momento.

—Bobadas, tendremos mil momentos como éste. Por cierto, ¿sabes que es una piedra protectora?

—¿Cómo es eso? —Lo miro atenta.

—Según me explicó la chica de la joyería, si llevas la amatista siempre contigo, te ayudará a reducir los temores, propiciará tu valentía y autoestima, y, además, te ayudará con la purificación de las energías negativas.

—Guau...

Miro el colgante, sorprendida. Nunca he creído en esas cosas, pero no pierdo nada por intentarlo.

—En resumen, querida, toda tu negatividad se irá a la mierda y ya no podrás hablarme mal nunca más.

—Eso habrá que verlo.

Me río mientras lo pone sobre mi cuello. Ojalá sea como dice y de verdad funcione. Me hace mucha falta.

\*\*\*

Los días siguientes se vuelven increíbles. Aunque el trabajo nos absorbe la mayor parte del tiempo y mi amigo tiene momentos de bajón pensando en

Roberto, los tres lo pasamos genial. No sé si tendrá algo que ver con la amatista, pero empiezo a encontrarle el gustillo a esto de ser el centro de atención.

—Voy a por otra ronda.

Andy se levanta por cuarta vez y camina hasta donde está el camarero. Aunque es un lugar bastante tranquilo y nadie nos molesta, nos gustaría ir a otro bar, pero no nos deja. Está tan obsesionado con el chico de la barra que nos ha prohibido movernos.

—¿Por qué no mandamos a un hotel a tu *amico*? —Giovanni no para de preguntarme lo mismo una y otra vez.

—Ya te lo he dicho —ruedo los ojos—, aguanta unos días más.

—No sé si podré. —Hace pucheros.

Aunque ha estado todas las noches viniendo clandestinamente a mi habitación, no ha sido suficiente para él. Odia tener que volver a su cuarto antes de que despierte mi amigo y siempre lo hace protestando.

—Tomad esto, que me estoy meando.

Andy suelta las botellas sobre la mesa y corre en dirección al baño. Con todo lo que ha bebido y teniendo una vejiga tan poco flexible como la suya, no sé cómo ha aguantado tanto.

—Por fin un par de minutos solos. —Giovanni toma mi barbilla, mira en todas direcciones y, al ver que apenas hay gente y que los pocos que quedan están a lo suyo, posa sus carnosos labios sobre los míos—. Humm... —gime, y se aparta unos milímetros—. No imaginas las ganas que tenía de hacer esto. —Humedece su boca como si pudiera saborearme y vuelve a besarme.

—¡¡¡Aaaah!!! —Nuestros ojos se abren a la vez y nos miramos por unos segundos. Ambos sabemos lo que acaba de suceder.

## Capítulo 45

—Mierda —susurro, y espero cualquier cosa.

—¡¡¡Aaaah!!! —Andy vuelve a gritar—. ¡¡¡Traicioneros!!! ¡¡Falsos!!  
¡¡Embusteros!!!

—Oh, oh... —Giovanni se lo toma a risa—. Prepárate.

—¡¡¡Judasss!!!

La poca gente que hay nos mira y no sé dónde meterme. A medida que se acerca, le hago gestos para que se calle o, al menos, baje la voz. Nadie debe saber que estamos juntos.

—Puedo explicártelo... —digo cuando llega a nuestra mesa.

—¿Qué acabo de ver?

Habla con una mano en el pecho e intenta calmar su respiración.

—Luego te cuento —bajo aún más la voz.

—Me vas a contar, ¿qué? ¡Pero si le estabas comiendo los morros!

Pega el dorso de su otra mano en la frente y finge un mareo.

—*Calmati*, Andy. —Giovanni interviene al ver que no logro controlarlo—. No es el momento más *appropriato*. Vanessa te lo contará después.

—¡Ay, Dios mío! —sigue dramatizando—. ¡¡¡Ay, Dios mío!!! —Me mira—. Nunca te perdonaré esto. ¿Ya no confías en mí? ¿Desde cuándo estáis... así?

—Nos señala primero a uno y después a otro.

—Por favor. Siéntate...

Miro, incómoda, a todas partes.

—¿Os habéis acostado?

—¡Andy! —le grito.

—Sí —responde tajante Giovanni, y lo miro abochornada. Está tan reciente

que ni siquiera me ha dado tiempo a asimilarlo aún. No puedo creer que se lo haya dicho.

—¡¿Qué?!! —No esperaba esa respuesta—. ¡Ay, que me da algo!

Retira la silla y se sienta despacio. Su rostro está pálido y temo que, como siempre que tiene una sobreimpresión fuerte, acabe por el suelo.

—Lo siento. —Giovanni me mira encogiéndose de hombros—. Tenía que detenerlo de algún modo.

Quiero protestar, pero no puedo. Estoy completamente en *shock*.

—Te lo iba a contar... pero no he encontrado el momento —consigo decir.

—¡Son ellos! —Alguien sentado a una mesa paralela a la nuestra habla y nos señala—. ¡Os lo he dicho! —Habla con dos chicas que están junto a él.

—Se acabó la tranquilidad... —musito y, cuando alzo la mirada, Andy y Giovanni tiene clavados sus ojos en la pantalla que hay colgada en la pared. Me fijo mejor y, cuando descubro lo que ven, creo morirme.

Están anunciando varias fotografías en la que aparecemos Giovanni y yo en actitud cariñosa. Nos estamos besando en plena calle y, de fondo, puede verse el autobús que nos cruzamos con mi rostro impreso.

—*Figlio di puttana...* —Aprieta los puños—. *Paparazzo disgraziato*. Sabía que nos estaban siguiendo.

—¡Joder! —exclama mi amigo—. ¡Si me descuido, me entero el último!

—¡Andy! —Le piso un pie para que se calle.

Giovanni parece bastante afectado y comienzo a preocuparme. Mi autoestima empieza a caer en picado y temo que, a pesar de haberme dicho que no cada vez que le he preguntado, el hecho de estar conmigo le avergüence. Quizá ésa sea la razón por la que ha estado escondiendo con tanto esmero lo nuestro...

Su teléfono suena y, cuando ve el número, duda por un instante. Lo mira, lo deja sobre la mesa y lo vuelve a coger. Tras unos segundos con evidente inquietud, se levanta y contesta mientras se aleja.

—*Pronto* —es lo único que le oigo decir.

—Creo que me debes una explicación —me suelta Andy, aprovechando que Jonathan está a varios metros de nosotros.

—Ahora mismo no me apetece hablar —me excuso mientras lo observo. Parece estar teniendo una discusión bastante acalorada con la persona que está al otro lado de la línea.

—Creía que éramos amigos... No esperaba algo así de ti.

Por el tono con el que me habla mi amigo, capto que realmente está molesto. Estoy ignorando algo que para él es importante y necesita una explicación.

—Y lo somos. Es sólo que por teléfono no me pareció buena manera y... bueno, acabas de dejarlo con Roberto. Ni de lejos era el mejor momento para contarte algo así, pero te prometo que mi intención era decírtelo.

—Está bien —parece convencido con mi explicación—. Y, ahora, dime: ¿os habéis acostado de verdad? —Levanta ambas cejas, risueño.

—¡Andy! —Lo reprendo—. No quieras saber tanto.

—¡Ay, Dios mío! ¿Entonces es verdad? —Mi cara se calienta—. ¡Tienes que contarme eso! —Se da aire con la mano—. ¿Vais en serio?

—Calla. —Está empezando a levantar el tono y temo que lo oigan.

—¡Mi mejor amiga se acuesta con el fotógrafo más sexy y famoso del mundo!

—Cállate —insisto.

—Vanessa. —La voz de Giovanni me sobresalta y me giro con rapidez. Su rostro parece otro. Está completamente desenchajado.

—¿Qué ocurre? —digo con el vello de punta. Algo debe de haber pasado.

—Debo irme.

—¿Irte? ¿A dónde? —Mi mente se dispara.

—A mi país. Tengo que resolver algunos asuntos.

—Pero... ¿volverás? —Mi garganta se seca. Me aterra que esto haya llegado a su fin.

—Sí... —responde poco convencido y siento ganas de llorar.

—¿Cuándo te vas?

—En unas horas.

—¿Cómo? —Las ganas de llorar aumentan.

—Acaban de reservarme el pasaje. —Aprieta los labios—. Debemos irnos, tengo el tiempo justo.

Asiento confusa y, sin decir nada más, Andy y yo nos levantamos y caminamos en silencio junto a él. Aunque tengo mil preguntas, no me atrevo a plantearle ninguna. Me aterra que sus respuestas puedan partirme el corazón.

Nada más llegar a la casa, entra en su habitación y comienza a hacer el equipaje.

—¿Qué coño habrá sucedido? —Andy no puede aguantarse más.

—No lo sé —digo abatida.

—Seguro que detrás de esto está la perra esa que lo incordia a todas horas. —Lleva tiempo convencido de que detrás de esas extrañas llamadas hay una mujer.

—Espero que no. —Suspiro.

—*Ragazza...* —Giovanni me habla desde la puerta. Suelta la maleta en el suelo y viene hacia mí—, lo siento. Siento dejarte así...

—Tranquilo. —Fuerzo una sonrisa—. No tienes que excusarte. Lo entiendo —miento. No entiendo nada, pero necesito una despedida fácil. No quiero alargarlo más. Cuanto antes se vaya, antes podré derrumbarme.

—Volveré. —Quisiera creerlo, pero algo en su expresión no me deja hacerlo—. Vanessa —bajo la mirada y, con su mano, levanta mi rostro por mi mentón—, *te lo prometto*. —Asiento sin decir nada—. No sé cuánto tiempo me llevará, pero volveré. Sólo espérame. —Pega su frente a la mía y traga saliva—. Voy a llamarte todos los días. —Entrelaza sus dedos con mi cabello y besa suavemente mi boca. Segundos después, noto cómo se aparta y, cuando abro los ojos, veo cómo se marcha. Al oírle cerrar la puerta, comienzo a llorar y Andy me abraza.



\*\*\*

Los días pasan mucho más lentos de lo que me gustaría y sin él a mi lado nada es lo mismo. Me había acostumbrado a su presencia y me está costando mucho adaptarme. Hasta *Copo* lo echa de menos. Aunque cumple su promesa de llamarme todos los días, a veces juraría que lo hace por compromiso y en muchas ocasiones parece estar deseando colgar. Sutilmente le pregunto cómo va todo, pero rápidamente cambia de tema y nunca consigo sacarle nada. La incertidumbre me está matando.

Andy, sabiendo que no estoy bien, ha pedido más días libres en el trabajo para no dejarme sola, pero, como hace poco que ha empezado, no puede abusar y pronto tendrá que marcharse también.

—Venga, Vanessa, vamos a que nos dé un poco el aire. Llevamos días encerrados. —Andy tira de mi brazo.

—No tengo ganas, de verdad. —Me he negado a salir. Ni siquiera hago la compra. Es Andy quien se encarga de eso.

—Nos vendrá bien.

—No lo creo...

Cada vez que vamos a algún sitio, siempre me reconoce alguien o me acosa la prensa con preguntas estúpidas, y no estoy de humor. Desde que salieron a la luz las fotos en las que aparezco con Giovanni, me siguen a todas partes.

—¡Hay que ver cómo eres! —Desiste y se sienta a mi lado.

—¿Vemos una película? —propongo mientras apunto con el mando al televisor. Desde lo ocurrido evitamos los programas, pues cada vez inventan más cosas sobre nosotros y me hacen sentir peor.

—¿Cuál?

—La que tú quieras.

Realmente no me apetece ver ninguna, pero a veces me distrae y puedo pasar algunos minutos sin pensar en él. A Andy parece pasarle lo mismo.

Aunque mi amigo no me habla de Roberto, sé que lo está pasando mal. Apenas bromea y suele estar demasiado tiempo callado, cosa rara en él.

—Creo que vamos a tener que alquilar más... Hemos acabado con el bono de todo el mes —dice mientras comprueba que es cierto lo que dice. Se equivoca de botón y, por un segundo, aparece en la pantalla una imagen que reconozco.

—¡Ey! ¿Has visto eso? —Me incorporo.

—Sí, pero es algo que no nos interesa. Ya hemos hablado sobre ello.

—Dale para atrás. —Se muestra reacio, pero finalmente accede—. ¡Ahí! —grito para evitar que siga pasando canales y casi me levanto del asiento—. ¡Es él! ¡Sube el volumen!

La presentadora habla de Giovanni mientras aparecen tras ella varias imágenes recientes de él. La chaqueta que lleva puesta se la compró una de las tardes mientras paseamos juntos.

«Su aventura con Vanessa, la modelo albina, ha llegado a su fin —narra la mujer con total seguridad, y no entiendo nada. ¿De dónde ha sacado eso? Giovanni me prometió que en unos días estaría de nuevo conmigo—. Según fuentes cercanas, el guapo fotógrafo habría vuelto a Italia para reencontrarse con su novia.»

—¿Qué? —Miro a Andy y parece tan asombrado como yo—. ¿Por qué dice eso? —Aunque sé que mi amigo no podrá darme una respuesta, necesito que de alguna manera diga algo que me calme.

—Ni caso. Esto debe de ser otra mentira de ésas para sacar dinero.

Se dispone a cambiar de canal, pero no se lo permito.

—Hace tan sólo unas horas, los han visto salir juntos de una clínica y todo parece indicar que Raquel y Giovanni podrían estar esperando su primer hijo.

—¡¡¿Qué?!!

Mi visión se nubla y me falta el aire.

## Capítulo 46

—¡Le están queriendo cargar el hijo de otro! —chilla Andy en medio de mi *shock*—. ¡Esa lagarta lo ha engañado!

—A quien han engañado ha sido a mí... Él... —susurro mientras mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo creer lo que acabo de oír.

—¡Ay, no, cari! Conozco muy bien a estas zorras y sé hasta dónde pueden llegar para atrapar a un hombre.

—Me lo ha ocultado.

Ignoro sus palabras y el mundo se me viene encima.

—Vane, no te creas nada de esta mierda hasta que hables con él. Seguro que todo lo que están diciendo ahí es mentira. Llámalo, verás cómo tiene una buena explicación para esto. —Se inclina hacia la mesa y alcanza mi teléfono—. No esperes más —me pide entregándomelo—, sé que esa cabecita tuya ya está montándose unas cuantas películas.

—No —niego llorosa—. ¿Quién soy yo para pedirle explicaciones a nadie? Él sabrá lo que está haciendo.

Estoy tan confundida que apenas puedo pensar con claridad.

—¿Perdona? ¿Que no eres quién? —Busca su número—. Querida... eres ¡¡su novia!!, hasta que uno de los dos diga lo contrario. —Pulsa una tecla y, cuando empieza a sonar el tono de entrada, lo pone en mi oreja. Intento apartarlo, pero insiste tanto que finalmente no me queda más remedio que ceder. Espero, nerviosa, hasta que terminan los tonos y nadie responde—. Vamos a intentarlo de nuevo, debe de estar ocupado. —Cuando va a marcar otra vez, se lo quito.

—Déjalo. No quiero saber nada de él..., ahora entiendo muchas cosas...

«¡Última hora! —Andy y yo miramos la televisión a la vez—. Acaba de llegarnos el vídeo del momento exacto en el que Giovanni y Raquel salen de la clínica de la que os hemos hablado antes y parecen hacerlo muy acaramelados.»

Las imágenes están en blanco y negro, pero se nota claramente que son ellos. Deben haberlas sacado de alguna cámara de seguridad. Giovanni sale del edificio y ella lo sigue. La toma de la mano para ayudarla a bajar los escalones y pasa su brazo por encima de sus hombros al igual que hacía conmigo. Aun así, todavía quiero creer que son artimañas de la prensa. He visto muchas veces cómo juegan con los espectadores y siempre utilizan titulares que nada tienen que ver con la realidad. Caminan varios metros juntos y se detienen. Cuando parece que Giovanni va a decirle algo, ella se acerca a él y, con total confianza, lo besa. Puedo oír el preciso momento en el que mi corazón se rompe en mil pedazos y un gran vacío se apodera de mi pecho. Es, sin duda, la traición más grande a la que me han sometido jamás.

—Hijo de puta... —No puedo contener por más tiempo las lágrimas y comienzo a llorar.

—¡¡¡Cabrón!!! —Andy le grita como si pudiera oírlo y tira un cojín a la pantalla—. ¡Maldito malnacido! Creía que era diferente... —Se queda en silencio durante unos segundos y, de inmediato, me rodea con sus brazos—. Lo siento, cari. Lo siento...

Estos días hemos hablado mucho sobre mis sentimientos por Giovanni y puede hacerse una idea de cuánto estoy sufriendo en este instante. Conoce de primera mano lo enamorada que estoy de él.

—Sabía que pasaría algo así —suelto sin poder controlar el llanto—. Se ha reído de mí..., igual que todos los demás. —El dolor cada vez es más fuerte. Si Andy no llega a estar conmigo, ahora mismo estaría haciendo una locura. Desde hace meses he sido incapaz de lidiar con mi frustración y lo único que he deseado ha sido morir. Llevaba semanas sintiéndome mucho mejor y de pronto parece haber vuelto todo de golpe.

—Vane... te está llamando. ¿Qué hago?

Andy levanta mi teléfono con una mano y observa cómo vibra.

—Dámelo. —Me armo de valor. Quiero que sepa el daño que me ha hecho, aunque estoy segura de que no le importa. Me ha usado como si fuera un pañuelo desechable y necesito desahogarme—. ¡Mentiroso! —le espeto nada más descolgar—. ¡¡¡Te odio!!!

—Vanessa —oigo su voz mientras sollozo—... me queda claro que ya lo has visto, pero debemos hablar.

—Tú y yo no vamos a hablar nunca más, ¿me oyes? —Hipeo—. Tu madre no tiene la culpa, pero eres un hijo de la grandísima puta. —No me reconozco—. Ojalá alguien te haga algún día lo mismo que me has hecho tú a mí. Ojalá te destrocen el corazón de la misma manera.

—Debí contarte algunas cosas...

—¿Todavía lo dudas?

—Quise protegerte. Todo esto es por una razón.

—¡Vete a la mierda! No quiero saber nada más de ti.

—Escúchame, por favor. Dame una oportunidad de explicártelo.

—Púdrete, desgraciado. Si te tuviera delante en este momento, te escupiría a la cara. ¡Me das asco! —Cuelgo y me derrumbo. Hasta ahora nunca le había hablado así a nadie, pero la rabia ha podido conmigo.

—Saldremos de ésta, cariño. —Andy vuelve a abrazarme—. No necesitamos a ningún hombre que nos joda la vida. —Se mece conmigo y nos quedamos así varios minutos.

El teléfono vuelve a sonar y lo ignoro. Sé que es él. Llega un mensaje y puedo leerlo sin necesidad de abrir la aplicación.

Vuelvo a España. En unas horas estaré contigo.

Necesito que hablemos.

—Vámonos de aquí. —Me levanto rápidamente—. Busquemos otro lugar donde vivir. Después de ver ese vídeo no caben las explicaciones.

—Totalmente de acuerdo, reina.

Se levanta conmigo y comenzamos a recoger nuestras cosas.

Una hora más tarde, y tras haber tenido que poner mi teléfono en silencio por la cantidad de llamadas que Giovanni me ha estado haciendo, lo tenemos todo empaquetado y sólo nos queda esperar a que llegue el taxi.

—¿Te gusta este sitio? —Andy me muestra las fotos de una habitación—. Ponen buena comida y se ve muy limpio. Además, aceptan mascotas. Hasta que encontremos un apartamento, podemos quedarnos ahí.

—Ok... Me parece bien —acepto sin mirar. Tengo los ojos tan llenos de lágrimas que no puedo ni enfocar la vista.

De camino al hotel, el taxista no para de mirarme a través del retrovisor y me cubro la cara para que no me vea.

—Disculpa, sólo por curiosidad —sé que me habla a mí—, ¿eres la chica esa que sale en todas las revistas?

—No —se adelanta Andy. Entiende que no es el momento para ese tipo de preguntas—, sólo se le parece.

Esa respuesta no acaba de convencerlo, pero es suficiente como para que no nos hable más hasta que llegamos.

Nada más entrar en la habitación, deo de malas maneras mis bolsas sobre la cama y me echo sobre ella. Lo único que me apetece es taparme la cabeza con las sábanas y llorar hasta quedarme dormida.

—Toma, cielo.

Andy me entrega el teléfono. Lo estaba guardando él.

Al contacto con mi mano, se enciende la pantalla y puedo ver que tengo treinta y seis llamadas perdidas y doce mensajes. Leo sólo el último y borro todos los demás.

Estoy subiendo al avión. Te llamo al tocar tierra. Por favor, descuelga.

Bloqueo su número para evitar que pueda seguir contactándome y deo el móvil en la mesilla de noche. No quiero volver a saber nada más de él. Siento tanta ira, confusión e incredulidad que, por primera vez, tengo la necesidad de

vengarme. Aunque me esforcé durante las primeras semanas de nuestra relación en mentalizarme de que algo así podría pasar, mi mente finalmente se rindió y le entregué toda mi confianza. En el fondo sabía que no debía hacerlo, pero mi corazón ganó la batalla y decidí creer en él. Era una persona tan opuesta a todo lo que había conocido hasta entonces que realmente llegué a pensar que era diferente y alguien en quien se podía confiar. ¡Qué engañada me tenía!, todo lo que me dijo era mentira.

Las horas pasan y soy incapaz de levantar la cabeza de la almohada. Andy insiste en que coma algo, pero no puedo. Las imágenes de Giovanni con su novia no paran de dar vueltas en mi cabeza. Me mintió sin ningún tipo de remordimiento, aun sabiendo que estaba esperando un hijo de otra mujer. ¿Por qué la gente es así? No entiendo tanta maldad. ¿Ni siquiera pensó en el daño que esto me podría hacer? O quizá sí, pero no le importó.

—Cielo —Andy llama mi atención—. En otro momento presumiría de esto, pero... Giovanni no para de llamarme. ¿Le quieres decir algo antes de que lo bloquee yo también? Está en la casa e insiste en saber dónde estás.

—No —respondo ahogada en mis lágrimas mientras abrazo a *Copo*. Cuando sabe que estoy mal, nunca se aparta de mí—. Que se vuelva por donde ha venido. Lo odio —es lo último que digo antes de que, finalmente, logre quedarme dormida.

## Capítulo 47

A la mañana siguiente, nada más abrir los ojos, Andy tiene que traerme un analgésico. He llorado tanto y me he despertado tantas veces que tengo la sensación de que en cualquier momento me puede estallar cabeza.

—Toma, reina. —Me acerca un vaso de agua y me cuesta tragar la pastilla. Mi garganta está tan seca e irritada que parece raspada con lija—. ¿Cómo te encuentras?

Se sienta a mi lado.

—Mal. —Mi voz suena ronca.

—Lo sé, cariño.

Mira al vacío y suspira. Conociéndolo, sé que está pensando en Roberto.

Cojo mi teléfono para mirar la hora y descubro que Darío me ha escrito. Presiono el botón para eliminar el mensaje y, por error y sin darme cuenta, lo abro.

Lo siento, Vanessa. Acabo de ver todo lo que ha pasado con Giovanni y me siento muy culpable.

—¿Cómo? —digo en alto—. ¿Por qué dice eso?

—¿Quién? —pregunta Andy, y le muestro la pantalla para que lea—. ¿Que se siente culpable? ¿Por qué?

—Eso me gustaría saber a mí. Aquí pasa algo.

Respondo sin darle más vueltas.

¿Qué quieres decir con eso?

Debería haberte avisado antes, Vanessa.



¿De qué?

Insisto.

No es la primera vez que Jonathan Giovanni hace algo así. Suele conquistar a jovencitas como tú para aprovecharse de ellas y después dejarlas tiradas. Es un auténtico cabrón.

Leo su mensaje una y otra vez mientras pienso en todas las mentiras que Giovanni me hizo creer. Cuando voy a contestar, llega otro.

Además, tiene por costumbre desprestigiar el trabajo de los demás. Apuesto a que también te ha hablado mal de mí, para evitar que trabajes conmigo. Siempre que se siente amenazado o que cree que puede perder dinero, lo hace. Sólo quiero que sepas que no estoy molesto contigo. Entiendo todo lo que haya podido pasar y aquí me tienes para lo que necesites.

Gracias.

Respondo mientras le doy vueltas a su última frase. No habría cosa que le sentara peor a Giovanni que el hecho de saber que me he ido con Darío. Insistió mucho para que no lo hiciera y ahora sé la verdadera razón. Quería sacar tajada a toda costa.

—¿Qué piensas? —me plantea Andy.

—Eh... —dudo—. Quizá... lo voy a hacer.

—¿El qué? —pregunta confuso.

—Creo que voy a firmar con Darío.

—Pero no decías que...

—Sólo repetía lo que Giovanni me explicó. Me creí todo lo que me contó sobre el productor, pero seguro que también era mentira.

Le muestro los mensajes de Darío.

—No sé si debes fiarte de él, Vanessa. Siempre me ha parecido un

oportunista.

—A mí también, pero no tengo nada que perder. Además, acabo de quedarme sin trabajo.

Las ganas de darle un poco de su propia medicina a Giovanni no me dejan ver más allá. Aunque tengo claro que es un riesgo, no me importa correrlo sabiendo que le voy a hacer daño.

—No lo entiendo. Según me dijiste por teléfono hace algunas semanas, tenías dinero en tu cuenta.

—Y lo tengo, pero no me alcanza para lo que más necesito. Quería comprarme una casa y ya no voy a poder.

—¿Por qué no?

—Contaba con el dinero de varias campañas que he hecho y todavía no he cobrado, entre ellas la más importante y la que me iba a dar la cantidad que necesito, pero la he perdido.

—¿Cómo que la has perdido? Tendrán que pagártela.

—Se la pagarán a Giovanni. Lo hemos estado haciéndolo así todo este tiempo. Él cobraba primero y después me entregaba mi parte. —Bajo la mirada, recordándolo.

—Entonces es fácil. Que te lo dé.

—Eso ya no podrá ser. —Aguanto las lágrimas—. No quiero nada que venga de él.

—Vanessa, ese dinero no es suyo.

—Ya lo sé, pero te aseguro que prefiero perderlo. Renunciaré a cualquier cosa con tal de no volver a verle la cara.

—No puedes hacer eso. Te lo has ganado a pulso y es tuyo. —Frunce el ceño.

—No importa. Si firmo con Darío, conseguiré más.

—Pensaba que no te gustaba este trabajo.

Andy me mira extrañado.

—Y no me gusta, pero es dinero fácil y rápido. Si quiero tener mi propio

hogar pronto, debe ser así. Básicamente estoy en la calle y me corre prisa.

—No te reconozco...

—No me queda otra opción —me engaño a mí misma. Quiero trabajar con él y no precisamente por la pasta.

—Creo que deberías esperar unos días antes de tomar una decisión tan precipitada. Ahora mismo estás demasiado cabreada y no piensas con claridad. Además, hay algo en él que no acaba de gustarme.

—No te gusta porque yo misma te he infundido esas desconfianzas. Cuando te hablé de él, te conté lo que me había dicho Giovanni, y ya has visto lo que ha hecho. No nos podemos fiar.

—Sigo opinando que deberías meditarlo bien. Ahora estás en una posición en la que podrías irte con cualquiera. ¿Por qué con Darío Rocha?

Su pregunta me hace imaginar la cara que pondrá Giovanni cuando se entere y me siento más motivada.

—Me ofreció cosas interesantes y necesito con urgencia un representante. ¿Quién mejor que él, que lleva toda la vida dedicándose a esto?

—Cari, creo que te está afectando demasiado.

—Es posible.

Desbloqueo mi teléfono antes de terminar la frase y respondo a Darío. Quería venganza y creo que la voy a tener.

¿Sigue en pie la oferta?

Responde casi al instante.

Para ti, siempre. ¿Te parece bien si nos reunimos esta tarde? Saldré de viaje unos días y no sé cuánto tardaré en volver.

Mi corazón da un vuelco y por un momento pienso en aplazarlo hasta que regrese, pero me armo de valor y contesto. Cuanto antes, mejor.

¿Te viene bien donde la última vez,

a las cuatro?

Allí estaré 😞

—Jódete, Giovanni —susurro y comienzo a llorar. Me duele tanto que se haya portado tan mal conmigo... No me merecía esto.

Pasan las horas y, mientras Andy baja a comer, trato de deshinchar mis ojos con agua fría. No quiero que Darío me vea así. Estoy horrible y podría cambiar de opinión.

—Vane —oigo a mi amigo llamarme mientras estoy arreglándome.

—Estoy en el baño.

—Ok. Te he traído un sándwich y no quiero excusas.

—Te he dicho que no tenía hambre —protesto.

Si como algo, lo vomitaré. Mi estómago está tan cerrado que no tolera nada.

—Bueno, tú inténtalo. Voy a bajar a comprar un cargador para el teléfono. Me he dejado el mío en la casa de Gloria.

—De acuerdo, pero no tardes mucho, debemos ser puntuales.

Veinte minutos más tarde, regresa y parece desorientado.

—¿Te encuentras bien? —digo preocupada.

—Sí. Tranquila. —Su tono no me convence.

—¿Ha pasado algo? —Lo observo con detenimiento.

—No. Todo está bien. —Sin decir nada más, cuelga una pequeña mochila de su hombro y me ayuda a introducir a *Copo* en su transportín. Me duele mucho dejarlo encerrado, pero temo que la señora de la limpieza entre cuando no estemos y se escape.

A las cuatro en punto estamos en el lugar donde hemos quedado y, al abrir la puerta, podemos ver a Darío sentado al fondo. Un escalofrío recorre mi espalda, pero me esfuerzo por ignorarlo. Miro a Andy esperando que suelte alguna de sus perlas, pero sigue tan perdido en sus pensamientos como antes. Desde que ha vuelto de la compra, lo noto diferente. En cuanto acabe la

entrevista intentaré averiguar qué es lo que lo tiene así. Sé que me esconde algo.

Caminamos hasta la mesa y, antes de llegar, vemos cómo se levanta. Alisa su chaqueta azul y se recoloca su corbata roja. Nos saludamos y, muy sonriente, nos ofrece un asiento.

—Lo siento mucho, Vanessa —comienza él la conversación—. Ojalá hubiera tenido el valor para avisarte. De verdad que lo siento.

—No hay nada que sentir —digo aguantando las lágrimas. Está tan reciente que no puedo hablar, ni oír hablar de ello, sin venirme abajo. Inspiro profundamente y continúo—. ¿Podemos centrarnos en lo que hemos venido a hacer?

—Por supuesto. —Sonríe y abre una cartera de cuero marrón de la que saca un montón de papeles y los pone sobre la mesa—. Aquí tienes el contrato. En él se especifica cuáles son tus obligaciones como modelo y actriz, y cuáles las mías como representante. Entiendo que es un poco extenso, pero puedes leerlo sin problema. No llevo prisa.

Cojo las hojas entre mis dedos y las leo por encima. Hay demasiadas palabras que no entiendo y es tal el embotamiento mental que tengo que no logro enterarme de nada, pero, aun así, finjo que lo hago. Paso una página tras otra y, cuando creo que he llegado al final, pillo el bolígrafo que ha dejado sobre la mesa y, sin darle más vueltas, me dispongo a firmar.

—Cari, pásamelo. Quiero echarle un ojo. —Andy me detiene antes de que lo haga.

—El contrato es para ella —lo interrumpe Darío—; ya es mayorcita para decidir por sí misma.

—Cuatro ojos ven más que dos —insiste mi amigo y, cuando intenta tirar de los folios, se lo impide poniendo su enorme mano sobre ellos.

—Este contrato lleva una cláusula de confidencialidad. Sólo ella puede leer lo que está escrito en él.

—Vaya... ¿Hay algo que no quieres que vea? —Andy se cruza de brazos.

—Sí —responde tajante—. A nadie le importa lo que ofrezco a mis representados. Eso es algo que debe quedar entre ellos y yo. ¿Acaso tú muestras los bocetos de tus diseños a la competencia?

—Yo no soy la competencia.

—¿Quién me dice a mí que no vas a irles con el cuento?

—Uy... —Andy se levanta molesto—. Te daría una bofetada, pero tienes el cutis demasiado grasiento y no quiero ensuciarme. —Me mira—. Cari, te espero fuera. Me niego a ver cómo le entregas tu alma a este mezquino codicioso.

—¿Podéis parar? —intervengo. Tengo miedo de que Darío se ofenda y pierda la única oportunidad de hacerle sentir a Giovanni la rabia que yo siento. Agarro de nuevo el bolígrafo y, antes de que Andy se vaya, firmo.

Nada más hacerlo, recoge rápidamente los folios y los guarda en la cartera.

—Deberías empezar a alejarte de este tipo de personas. —Lo mira cabreado—. Nos pueden perjudicar mucho. — Mete la mano en su bolsillo y me entrega una tarjeta—. Nos vemos en dos semanas en esa dirección. Y ven sola. —Recalca lo de *sola*, igual que hizo cuando me citó sin Giovanni—. Te llamaré en cuanto vuelva de mi viaje. —Se pone en pie y se larga sin despedirse.

—Has estado a punto de estropearlo todo —farfullo entre dientes mientras se aleja.

—Una pena no haberlo conseguido. Estoy seguro de que me arrepentiré muy pronto de ello.

Hago como que no lo he oído y nos vamos. No tengo ganas de seguir discutiendo. Él parece pensar lo mismo y no vuelve a sacarme el tema.

## Capítulo 48

Durante la tarde tengo que pelear conmigo misma para no desbloquear a Giovanni. Es tanta la necesidad de su presencia y lo echo tanto de menos que, por momentos, creo que sería capaz de perdonarle cualquier cosa, pero después recuerdo las imágenes del vídeo y me enfado por ser tan idiota. ¿Cómo es posible que piense siquiera en la posibilidad de volver con él?

Apago el teléfono y me giro hacia un lado mientras observo la espalda de Andy. Lleva al menos dos horas durmiendo en la cama que hay frente a la mía. ¿Qué será lo que le pasa? Lleva todo el día raro.

—Andy —lo llamo al ver que se mueve.

—¿Qué? —Su voz no parece la de una persona que se acaba de despertar.

—¿Estás bien?

—Sí —responde secamente y no aguanto más. Me pongo en pie y me siento a su lado.

—¿Qué te ocurre? A mí no puedes engañarme. —Suspira, pero no dice nada—. ¿Has vuelto a hablar con Roberto? —Por el gesto de su cara puedo adivinar que estoy en lo cierto—. ¿Habéis solucionado algo? —Niega con la cabeza.

—Lo nuestro ya es definitivo. Hoy me ha llamado y lo hemos dado por terminado. Está empaquetando mis cosas para que vaya a recogerlas.

—Lo siento, Andy. —No sé qué más decir. Estoy demasiado baja de ánimo.

—No te preocupes, mejor ahora que dentro de unos años. No era para mí y ya está.

—Ya, pero imagino cómo te sientes. —No puedo evitar verme reflejada en su dolor.

—No te preocupes, estoy bien. Es sólo que, aunque habíamos decidido darnos un tiempo e intuía lo que venía después, en el fondo no estaba preparado para oírlo. —Se sienta apoyando la espalda en la pared—. Pero lo superaré. —Me guiña un ojo—. No has visto cómo está de rico el chico de abajo. —Su frase consigue sacarme una sonrisa.

Adoro su fuerza interior. Aunque esté destrozado, siempre se repone de todo tan rápido como se propone y esta vez sé que no será diferente.

Mi teléfono vibra en la mesilla de noche y ambos miramos a la vez. Andy estira un brazo y lo alcanza. Cuando me lo entrega, puedo ver un mensaje en la pantalla de un número que no tengo guardado en la agenda. Lo abro, extrañada.

Vanessa, estoy totalmente desesperado. Nada es como crees y me duele que sufras por algo que no es cierto. Aún no puedo explicártelo, porque hay mucho en juego, pero, por favor, confía en mí y déjame verte.

—Es de Giovanni —digo con la mirada fija en sus palabras. Aunque me he jurado una y otra vez que no quiero volver a saber nada de él, algo en mi interior se ha alegrado de tener noticias tuyas.

—¿Qué te dice? —Se lo muestro—. ¿Qué querrá decir con eso? ¿Algo que no es cierto?

—No sé a qué se refiere, pero me da igual. —Bloqueo la pantalla haciéndome la dura, aunque en el fondo deseo que vuelva a escribirme. Su mensaje ha despertado varias dudas en mí.

—¿Y si realmente es verdad lo que dice? —A Andy parece haberle pasado lo mismo—. Ya sabes cómo son estos famosos, fingen relaciones para vendérselas a la prensa y sacarse un pastizal por ellas.

—No creo que Giovanni tenga necesidad de eso —descarto la idea.

—¿Y qué puede ser, entonces? Dice que hay detrás mucho en juego.

—No lo sé, pero en serio que no me importa. Cambiemos de tema.

Me esfuerzo en visualizar su beso con la mujer del vídeo, es lo único con lo que consigo odiarlo. No debo dejar que me engañe con palabras vacías.



Seguro que también son mentira.

—¿Por qué no quedas con él a ver qué te cuenta? Por escucharlo, no pierdes nada.

—Paso. No me ha negado en ningún momento que esté con ella, así que para mí todo lo demás sólo son excusas.

Apago el teléfono, pero esta vez no lo bloqueo.

\*\*\*

A la mañana siguiente lo primero que hago nada más abrir los ojos en conectarlo y, como imaginaba, llegan varios mensajes. Todos son del estilo del primero, pero no me importa, siento un extraño placer al verlos. Saber que quiere comunicarse conmigo me ayuda, de alguna forma, a no sentirme tan mal. Debo de ser masoquista.

Los siguientes días ocurre lo mismo: aunque no respondo a sus wasaps, éstos siguen llegando sin parar. En todos se lamenta por lo ocurrido, cada vez de una manera diferente, y quiere que quedemos para hablar. Sabe que los leo y debe creer que tiene alguna posibilidad, pero no tengo intención de dársela. En el fondo me gustaría, pero sé que, en cuanto lo hiciera, me volvería a engañar, y no pienso caer en el mismo error.

—Cari, no te lo vas a creer.

Andy viene de la calle con una enorme sonrisa dibujada en su boca.

—Por la cara que traes, debe de ser algo bueno.

Dejo todo lo que estoy haciendo y le presto atención.

—Buenísimo. —Se mueve nervioso. Poco a poco está volviendo a ser el mismo que era—. ¡Me han aceptado la petición!

—¿En serio? —Aunque me negué a que lo hiciera, Andy no quiso dejarme sola y llamó a sus jefes en Londres para solicitarles un permiso especial que le permitiera desarrollar su trabajo desde España.

—¡Sí! Me lo han concedido. Podré enviar mis diseños desde cualquier

lugar. —Da palmaditas—. Prepárate para soportarme día y noche pegadito a ti.

—Créeme que ya lo hago —bromeo.

¡Necesitaba tanto oír una buena noticia! Andy no imagina lo feliz que me hace poder seguir teniéndolo a mi lado, su compañía es vital para mí estos días.

—Por cierto, mira. —Me muestra varias fotos. Ha ido a ver una vivienda donde alojarnos de manera provisional. Tiene que ir a recoger sus cosas al apartamento que compartía con Roberto y en la habitación no caben, además de que un hotel no es lugar para vivir, y menos teniendo un gato—. Está lista para entrar, podemos mudarnos hoy mismo.

—¡Genial! ¡Es perfecta!

Tiene un pequeño jardín donde *Copo* podrá pasear a sus anchas y tomar el sol sin peligro. Aunque la medicación le está yendo genial, desde que nos hemos venido aquí lo noto algo más tristón.

Lo preparamos todo para no tener que volver, entregamos la llave en recepción y nos dirigimos a la nueva casa.

—¿Qué te parece? —me pregunta nada más abrir.

—Increíble, Andy. ¡Qué gran elección!

Entro en todas las habitaciones y cada vez me gusta más. Aunque es pequeña, tiene todo lo que necesitamos y, de momento, nos vale.

Dejamos nuestras cosas sobre un sillón de dos plazas que hay en el salón y, aunque en un principio se niega, lo acompaño a casa de Roberto para ayudarlo con las cajas. No me entusiasma la idea de que vaya solo.

Como imaginaba, cuando entramos, el ambiente se puede cortar con un cuchillo, por la tensión reinante. Roberto me saluda como siempre, pero con Andy guarda las distancias. Él también lo debe de estar pasando mal. Se querían mucho y han pasado por muchas cosas juntos, aunque también opino que, cuando aparecen problemas y diferencias de este tipo, en donde uno no deja crecer al otro, es mejor finalizar la relación. Por mucho amor que haya,

nadie tiene derecho a privar de cumplir sus sueños a otra persona, y más sabiendo cuáles son desde el principio. Andy siempre los gritó a los cuatro vientos.

Tras varias horas de ir y venir, por fin terminamos. Por suerte mi amigo ha recuperado su coche y eso nos ha hecho más fácil la tarea. No sé cómo nos las hubiéramos arreglado si no llega a ser así. Intentamos colocarlo todo en la nueva vivienda, pero son tantas las cajas y las cosas que hay dentro de ellas que decidimos dejar algunas sin abrir. Nunca imaginé que pudieran almacenarse tantos objetos en unos pocos años.

Cuando acabamos, nos sentamos, agotados, en el salón con la intención de cenar algo. Apenas hemos comido nada en todo el día por querer terminar la mudanza cuanto antes.

—Pues por una nueva vida, querida. —Andy alza su refresco y no dudo en chocar mi lata con la suya.

—Por una nueva vida.

Bebemos.

—¿Quién nos iba a decir a nosotros que hasta íbamos a vivir nuestras rupturas juntos?

—Al final voy a tener que creerte cuando dices eso de que somos almas gemelas. —Río.

—No lo dudes, cari. No lo dudes.

El sonido de un mensaje nos interrumpe y un extraño regocijo me recorre el cuerpo. «Que sea él», me digo. Cuando veo que no es de Giovanni, sino de Darío, siento decepción.

Vanessa, ya estoy de vuelta. El viaje ha sido más corto de lo que tenía previsto.

Te espero mañana a lo largo de la tarde en mi despacho para preparar el comunicado de prensa de nuestro acuerdo. Vamos a anunciarlo a los cuatro vientos.

—Uff —resoplo mientras mi amigo lee conmigo.

A medida que han ido pasando los días, he experimentado pereza y una punzada de arrepentimiento por haberme comprometido con Darío. Si algo me ha quedado bien claro en todo esto es que las cosas no deben hacerse nunca en caliente. Nos dejamos llevar por impulsos y después nos pesan.

Respondo sin muchas ganas.

De acuerdo.

—No te veo muy animada.

Andy le da un mordisco a su sándwich y me mira.

—La verdad es que no —contesto sincera—, pero, bueno, si no me gusta, veré la forma de arreglarlo.

—Tienes un contrato firmado, ¿recuerdas?

—Ya, pero habrá alguna manera —intento convencerme a mí misma.

—Puede —se encoge de hombros—; si no, la has cagado.

—Calla y come —lo riño.

Sé que es verdad lo que dice, pero no quiero pensar en ello.

## Capítulo 49

Durante la noche, debido a que una vez más extraño mi cama, pienso en mil maneras de excusarme para decirle a Darío que no quiero seguir con esto, pero finalmente decido esperar. Quizá no vaya tan mal después de todo, y resulte una buena oportunidad.

Mientras me ducho, Andy se encarga de preparar café y dar de comer a *Copo*. Me seco el cabello con cuidado y pruebo distintas formas de peinármelo; finalmente me decido por una trenza con varios mechones sueltos. No logro perderle el miedo a llevar la cara despejada, siempre acabo escondiéndome detrás de mi melena blanca. ¿Será que me siento más protegida así?

—¡Cari! Date prisa, que tengo que entrar.

Si tuviera que sacarle alguna pega a la casa, sería que sólo tiene un baño.

—Ya termino, un segundo. —Me apresuro y, nada más abrir la puerta, entra él. Camino hasta la cocina, cojo mi taza de café y voy hacia el salón. La televisión está encendida y me acomodo en una silla frente a la mesa. Pillo el mando a distancia y cambio varias veces de canal. No parece haber nada interesante y, cuando estoy a punto de perder el interés, veo en la pantalla a Giovanni. Al principio me cuesta reconocerlo, porque su rostro está demacrado, pero no hay duda, es él.

—Jonathan, ¿Raquel y tú estáis juntos de nuevo? —Varios periodistas lo persiguen por una calle, con micrófonos y cámaras en las manos—. ¿Es cierto que estáis esperando vuestro primer hijo? —Giovanni los ignora y sigue andando—. ¿Por qué has vuelto tan pronto a España? —Sus cejas están fruncidas y mantiene una postura seria—. ¿Por qué dejaste a la modelo albina?

—En su rostro puedo ver que esa pregunta le molesta—. ¿Cómo se ha tomado Vanessa Rodríguez vuestra ruptura? Según fuentes cercanas, es una chica con muchos problemas.

—¡Dejadme en paz! —grita, y golpea a uno de ellos, provocando que caiga de espaldas.

—Y ahí tenéis la agresión de la que os venimos hablando durante toda la mañana. —Cambian el plano y ahora es la presentadora quien habla—. El conocido fotógrafo Jonathan Giovanni ha agredido a uno de nuestros periodistas, causándole varias lesiones.

—Dios mío... —Me pongo las manos sobre la boca.

—No lo puedo creer. —Andy habla desde la puerta. Estaba tan metida en la noticia que no lo he oído llegar—. ¡Pero si siempre ha sido un amor con la prensa! Lo adoran por eso... ¡Guau!, fíjate en su cara. Debe de estar pasándolo muy mal.

Una punzada de culpa atraviesa mi pecho, pero me recupero rápidamente al recordar que no la tengo. Fue él quien me engañó.

Un mensaje me llega en ese instante y, por la hora, sé que es de él. Todos los días me escribe a la misma.

Vanessa. Te echo de menos.

Nada tiene sentido sin ti.

Cada vez estoy más tentada a responderle. Empiezo a sentir lástima y no me gusta, él no la sintió por mí cuando me lastimó. Miro fijamente durante varios segundos mi teléfono y Andy se da cuenta de ello.

—No sé cómo aguantas tanto —dice mientras se sienta frente a mí—, yo ya habría caído en sus redes. Soy débil.

—Sé lo que busca y no pienso dárselo.

—¿No crees que se está tomando demasiadas molestias para que lo perdones?

—Sí, pero de sobra sabe que no lo haré.

—Si yo fuera tú, le daría una oportunidad para que, al menos, se explicara.

—Pero no lo eres.

—Cabezona... —Se levanta—. Voy a comprar algo para comer. ¿Qué te apetece?

—Humm... Algo verde.

—Siempre igual, pareces un caracol.

Se marcha protestando. Detesta la verdura.

Cuando oigo la puerta de la calle cerrarse, siento un gran vacío. No me gusta nada quedarme sola. Iría con él, pero, desde que sé que Giovanni está en la ciudad, tengo miedo de encontrármelo y prefiero quedarme en casa.

Desbloqueo el teléfono y releo una y otra vez el último mensaje. No importa las veces que lo haga, en todas siento un gusanillo moverse en mi estómago. Definitivamente tengo un problema. ¿Cómo puede gustarme recibir mensajes de alguien que me ha traicionado? El teléfono vibra cuando menos lo espero y casi lo dejo caer al suelo. Por suerte los reflejos están de mi parte y lo sujeto a tiempo. Cuando veo su número en la pantalla, mi corazón da un vuelco y lo abro como si me fuera la vida en ello.

Darí cualquier cosa porque me permitieras estar contigo cinco minutos...

Lo leo y lo vuelvo a leer. Camino por la habitación sin apartar la mirada de esa frase que tanto me afecta y varias ideas se cruzan en mi mente. Quisiera decirle que sí, pero mi orgullo no me deja. Me siento en una de las sillas y apenas aguanto dos segundos; estoy tan nerviosa que no puedo quedarme quieta en ningún lugar. Apoyo una de mis manos en la cintura e inspiro profundamente para intentar cortar la crisis de ansiedad que me está dando.

—No caigas... no caigas, no caigas —repito en alto, pero mi mente parece tener claro lo que quiere. Lucho contra la idea de responderle, pero es demasiado tentadora como para dejarla escapar. Realmente quiero verlo para poder reprocharle en persona todo esto. Además, sé que escuchar sus excusas baratas me ayudará a entender que estoy haciendo lo correcto.

Con las manos temblorosas y la respiración agitada, respondo.

Espero que esto sirva para que definitivamente me dejes en paz. Tendrás esos cinco minutos, pero con la única condición de que no vuelvas a utilizar mi número de teléfono nunca más. En una hora en el bar-café donde nos vimos la primera vez. Quiero terminar con esto cuanto antes.

Realmente me duele ponerle eso, porque no es lo que deseo, pero, si quiero olvidarme de él, tiene que ser así.

Te lo prometo. Será mi último mensaje o llamada hasta que tú decidas otra cosa. Gracias, de verdad. Ya voy para allá.

—¿Qué he hecho? —exclamo al leer su respuesta, y mis dudas se acentúan—. Soy idiota... ¡¡Soy idiota!! —*Copo* se asusta al oírme gritar y se marcha—. ¡Joder! —Me dirijo a la cocina y bebo un poco de agua—. Está bien... Debo serenarme y acabar con esto cuanto antes. —Hablo sola—. Voy a ir hasta allí, le daré esos putos cinco minutos y se acabará todo.

Entro en mi habitación, saco un papel y un bolígrafo de mi bolsa de mano y le dejo una nota a Andy.

Salgo un rato. Regresaré en un par de horas.

Evito darle demasiados datos para que no me acribille a preguntas cuando regrese. Guardo algo de dinero en mi cartera y me marchó.

Llegar hasta allí en transporte público me ha tomado más tiempo del que creía y casi ha pasado la hora. Camino deprisa por la acera y, cuando me dispongo a entrar en la cafetería, me detengo. No entiendo por qué he elegido este lugar, me trae demasiados recuerdos.

Empujo la puerta y veo dentro mucha gente, más de la que me gustaría. Miro a mi alrededor y, a unos metros, diviso un parque. Cruzo el paso de cebra y, cuando entro en él, puedo ver el edificio abandonado donde empezó todo. Lo observo con detenimiento y un sentimiento de tristeza me inunda.



—A mí me ha pasado lo mismo. —Oigo su voz a mi espalda y mis ojos se abren como platos. Ni siquiera me ha dado tiempo a decirle que estaba aquí, debe de haberme visto llegar. Me giro lentamente para que no note cuánto me afecta su presencia y ahí está. Lleva la barba mucho más larga que de costumbre y parece más delgado—. Hola, Vanessa.

—Ho... hola. —Carraspeo. Apenas me sale la voz. Nos miramos en silencio durante unos segundos y tengo que esforzarme para disimular mi nerviosismo—. El tiempo empieza a contar —añado tratando de tomar el control.

—Es difícil así, tengo demasiadas cosas que decirte y no sé por dónde empezar. —Traga saliva—. Pero lo único que voy a pedirte es que olvides todo lo que has visto hasta ahora...

—¿Que lo olvide? —Su descaro me cabrea—. Me ofendes si crees que soy tan gilipollas como para hacer eso.

—*Per favore*, Vanessa. Debes confiar en mí. Sólo quiero que salvemos lo nuestro.

—¿Lo nuestro? Lo nuestro nunca existió, porque fue todo una mentira por tu parte.

Rememoro la escena que protagonizó con su beso en aquel vídeo que emitió la televisión y siento ganas de vomitar.

—¡No digas eso! —Sus ojos se encharcan. Me agarra de los brazos y tira de mí—. Lo nuestro existe y es lo más real e increíble que me ha pasado en la vida.

—¿Eso le dices a todas? ¿Así conquistaste también a tu novia? —Lucho contra el nudo de mi garganta.

—Ella no es mi novia —responde con los dientes apretados.

—Claro, y el hijo que estáis esperando tampoco es tu hijo, ¿verdad? —Mira al vacío, como si estuviera pensando—. Suéltame. Nuestra conversación ha terminado.

Intento marcharme, pero no me deja.

—Vanessa, cree en mí, por favor —me ruega agotado—. Sólo necesito unos días más. Esto no es como piensas.

—No tengo más que decir —insisto para que me deje en paz.

—¡No puedo vivir sin ti! ¿No lo entiendes? —Sus palabras me debilitan. Me encantaría poder creerlo, tal como me pide, pero no puedo. Ni siquiera me ha dado una explicación clara y no creo que pueda dármela después de lo que vi—. Sólo te pido que me des unos días más, y lo entenderás todo. Hay cosas de las que no puedo hablar, porque, como ya te comenté, hay mucho en juego, pero, cuando llegue el momento, serás la primera en saberlo y lo comprenderás.

—¡Vi cómo la besabas! ¿Crees que puedes cambiar eso?

No aguanto más y comienzo a llorar. Quisiera poder gritarle, pero el dolor no me lo permite.

—Lo sé... lo sé, *ragazza*... —Pone su frente sobre la mía y no me aparto. Aunque quiero rechazarlo, es más fuerte mi necesidad de su contacto—. Sé cuánto te debe de estar doliendo todo esto, pero te doy mi palabra de que terminará muy pronto y volveremos a ser felices. —Coloca sus manos una a cada lado de mi cara y alza mi rostro—. Vanessa... —hace una pequeña pausa mientras seca mis lágrimas con sus pulgares—... te amo, te amo como nunca imaginé que amaría a nadie. —Es la primera vez que alguien me dice algo así y, aunque estoy decidida a no volver a verlo jamás, reconozco que ha removido algo en mi interior. Deja un beso que no espero en mis labios y sonrío apenado—. Confía en lo que digo, ¿de acuerdo? —Pone uno de sus puños en su pecho—. Te *prometto* que pronto lo entenderás todo. Pase lo que pase estos días y veas lo que veas, en mi corazón sólo estarás tú, y haré lo imposible para volver contigo. —Sus palabras me confunden y consiguen despertarme cientos de sentimientos encontrados. Quisiera decirle que lo odio, pero lo amo tanto que no puedo; también me gustaría pedirle que se vaya, pero me aterra que lo haga. ¿Por qué soy incapaz de rechazarlo si tengo razones suficientes para hacerlo? ¿Por qué su presencia anula mi rabia?

—Se... se acabó el tiempo.

Necesito apartarme de él o conseguirá lo que pretende.

—*Per favore*, no sufras por esto. No es una *relazione* real.

No sé qué ha querido decir, pero me da igual. Me niego a ser el juguete de nadie.

—Lo siento. Sé feliz —digo amargamente.

Me giro, dándole la espalda, y me marcho.

—Te quiero, *ragazza* —es lo último que oigo que me dice mientras me alejo, y lloro sin poder remediarlo.

## Capítulo 50

Hace una semana que no sé nada de Giovanni y no puedo sacármelo de la cabeza. Desde el día que nos vimos en el parque, no ha vuelto a escribirme y, aunque me cuesta admitirlo, me siento apenada y lo echo de menos. Sé que es lo mejor, pero no puedo dejar de pensar en él ni en todo lo que me dijo. Esto va a acabar conmigo.

—¡Estás preciosa!

Andy revisa mi vestido y me ayuda con los últimos retoques.

Tras varios días preparándolo todo con Darío, hoy haremos público nuestro acuerdo y, para ello, ha organizado una gran fiesta en su mansión. Intenté convencerlo para que lo hiciera de una forma más discreta, pero se negó. Ha convocado a la prensa y a todos sus amigos y, aunque nadie sabe qué se trae entre manos, todos han aceptado la invitación. Lo único que les ha dejado saber es que les anunciará algo importante. Se nota que tiene tablas en esto y sabe cómo crear expectación.

Andy ha estado tres días cosiendo sin parar. De nuevo llevaré uno de sus diseños, y la verdad es que, el que ha elegido esta vez, me tiene totalmente enamorada. Es de gasa, rojo brillante y llega hasta el suelo. Su escote en forma de pico hace que mis pechos se vean mucho más turgentes, y mi cintura, más fina. Al no llevar mangas, me siento algo desnuda, pero ha peinado mi cabello de una forma tan perfecta que hace que me sienta segura.

Paso los dedos por el cinturón plateado y puedo ver en el espejo cómo brillan los cientos de pequeños cristales que tiene engarzados. Los zapatos son exactamente igual.

—Me encanta —digo impresionada.

—Ten cuidado con los zapatos, se pueden enganchar con la tela y jugarte una mala pasada. —Asiento mientras se aparta para mirarme mejor—. Cari, sin lugar a dudas, todas las miradas caerán hoy sobre ti. Tienes suerte de que no sea hetero.

—No seas bobo. —Me carcajeo.

—Espera —camina hasta el maletín de maquillaje y saca una barra de labios roja—, falta la guinda del pastel. —Ríe.

—Guau... —La presiono contra mis labios y, con un suave movimiento, extendiendo el carmín—. Estoy... Nunca me había visto así... Es tan... —Me emociono y no puedo acabar ninguna frase.

No sé si será porque, desde que me siento más aceptada, mi autoestima está en alza, pero por primera vez no siento rechazo al verme.

—¡¡Eh!! —chilla—. Ni se te ocurra llorar o arruinarás el maquillaje. —Abre un paquete de plástico y saca un pañuelo de papel—. Sécate esa lágrima con cuidado antes de que corra por tu cara o te dejará marca.

Justo cuando estoy haciendo lo que me ha pedido, oímos un claxon y miramos a la vez por la ventana.

—¿Eso es lo que creo? —exclamo asombrada.

Sabíamos que enviarían un coche a por nosotros, pero no esperábamos algo así.

—¡¡¡Madre mía!!! —grita casi en mi oído—. ¡¡¡Es una jodida limusina!!!

—No me lo puedo creer...

Me inclino para verla mejor. Es blanca y tan larga como la fachada de la casa.

—Al final me va a caer bien y todo el idiota de Darío.

—Qué facilón eres —bromeo.

—Yo, siempre. Ya lo sabes, reina.

Reímos, recogemos nuestras cosas y nos marchamos.

Darío, en un principio, no quería que Andy me acompañara a la fiesta, pero viendo que era algo importante para mí y que me podría negar a asistir en caso

contrario, decidió ceder. Debo reconocer que realmente no es como me lo pintó Giovanni. Hace apenas unos días que estamos juntos en esto, pero en todo momento se ha preocupado por mi bienestar.

A medida que llegamos, el paisaje cambia completamente. Las casas cada vez son más grandes, más lujosas, y tienen más zonas verdes. Nos detenemos frente a unas grandes puertas de metal y, segundos después, se abren solas para que podamos continuar la marcha.

—¡Mira esto! —dice Andy con la boca abierta. El jardín es tan grande como un campo de golf y los arbustos están podados de forma que parecen esculturas—. ¡¡¡Joooder!!! —Señala al frente y puedo ver de lejos la mansión. Ambos estamos totalmente impresionados. Es inmensa y derrocha opulencia por todas partes.

—No sé si sería capaz de acostumbrarme a vivir en un lugar así —digo sin pestañear.

—Yo, sí —responde Andy en tono gracioso—. Cuando sea rico y famoso, se la compraré.

El chófer aparca en la puerta y nos habla por una especie de telefonillo.

—Señores, hemos llegado. Que tengan una agradable velada.

Bajamos de la limusina, la puerta se abre y un chico de unos veinte años nos da la bienvenida.

—Hola, guapo, ¿cómo te llamas? —Andy no pierde el tiempo y le doy un codazo—. ¡Ay! —protesta, y se toca la zona dolorida—. ¿Por qué eres así?

—Porque te conozco —resoplo.

—Ñi-ñi-ñi —me hace burla mientras seguimos al chico.

La entrada tiene cuatro gigantescas columnas de mármol talladas y la puerta es de madera, con las iniciales del propietario grabadas en el centro. Alzo mi vestido para no pisármelo y subimos varios escalones hasta llegar a un recibidor donde hay unas cien personas. Todas ellas tienen una copa de champán en la mano y hablan entre risas.

—Querida, estás más que impresionante. —No tengo que girarme para

saber que quien habla es Darío. Pone su mano en mi cintura e ignora a Andy —. Ven conmigo, en unos minutos voy a presentarte y no quiero que te vean hasta entonces, así la impresión será mayor.

Miro a mi amigo y me hace un gesto con la mano para que vaya. Señala la comida y las copas para indicarme que estará bien y me quedo más tranquila.

Subimos en ascensor hasta la primera planta y, una vez en ella, me explica lo que debo hacer.

—Quédate aquí y espera a que te nombre; cuando lo haga, debes bajar por esta escalera. —La señala—. Todos estaremos esperándote abajo. Después, agarra mi brazo y, mientras saludas a los invitados, debes decir «muchas gracias. Es un verdadero placer para mí que el gran Darío Rocha haya aceptado ser mi representante». —Arrugo la frente. Realmente fue él quien insistió en representarme a mí, pero decido mantenerme callada—. A continuación, posa sonriente para las fotos y, mientras, daremos juntos el inicio a la fiesta. —Me mira esperando una respuesta y asiento, aunque poco convencida—. ¿Lo recordarás todo?

—Sí.

Nunca me ha gustado ser el centro de atención, pero, si quiero seguir con esto, no me queda más remedio. Y, para colmo, me preocupan los tacones; no estoy acostumbrada a caminar con ellos y temo tropezar.

—Pues no perdamos más tiempo. Empecemos. —Se marcha y me quedo sola.

Desde el lugar donde estoy, puedo ver a todos los invitados. Los periodistas fotografían y graban a todas las personas que hay y éstas posan felices. Por más que busco a Andy entre ellos, no lo veo. Sólo espero que no haya ido a buscar al chico con el que ha intentado flirtear cuando hemos llegado.

Cuando Darío llega a la planta de abajo, alza la mirada buscándome y, cuando me localiza, se posiciona. Alguien le acerca un micrófono y comienza a hablar para llamar la atención de todos los presentes. Da las gracias a

quienes están aquí y comienza con el discurso. Trato de prestar atención, pero estoy tan nerviosa que no me entero de nada y finalmente opto por centrarme sólo en oír mi nombre.

—Y aquí está, señoras y señores. La nueva promesa de esta agencia, la modelo albina más bella de mundo, Vanessa Rodríguez.

—Allá voy —digo entre dientes y me sujeto a la barandilla para evitar caerme.

A medida que bajo escalones, el calor que siento en la cara se vuelve cada vez más molesto. Debo de estar tan roja como mi vestido. Lo alzo ligeramente para evitar pisármelo y, cuando los miro, siento una especie de vértigo. Hay demasiados ojos observándome y no me siento cómoda en absoluto. Por fin veo a mi amigo y me centro en él. Cuando se da cuenta, comienza a hacerme gestos extraños que no entiendo y decido ignorarlo para centrarme en lo que viene. Cojo del brazo a Darío, saludo mientras todos aplauden y repito la frase que me ha dicho.

—Muchas gracias a todos. Es un verdadero placer para mí que el gran Darío Rocha haya aceptado ser mi representante.

Mantengo la sonrisa y poso como me ha indicado. Primero hacia la derecha, para que los fotógrafos de esa zona tengan un buen plano; después para los del centro y, cuando me giro hacia la izquierda, no puedo creer lo que veo. Mi respiración se corta y todos los sonidos desaparecen, lo único que oigo es el fuerte latido de mi corazón. Ahora entiendo lo que trataba de decirme Andy. Giovanni está en primera fila, inmóvil y mirándome fijamente. Su cuerpo, tenso, y la expresión de sus ojos me indican que él tampoco esperaba verme a mí. ¿Qué hace aquí? Los dedos de su mano derecha están blancos por la fuerza con la que está apretando la cámara que siempre usa y, antes de que pueda reaccionar, se gira para abrirse paso entre la gente y, segundos después, dejo de verlo.



## Capítulo 51

Darío se acerca a mí y me habla con los dientes apretados para disimular.

—Sigue sonriendo. Céntrate en lo que estás haciendo.

Debe de haber notado el cambio en mi cara.

Sonrío sin ganas y, por más que miro entre todos los que están aquí, no lo encuentro. Busco a Andy con la mirada y tampoco está donde lo he visto la última vez. Los siguientes minutos se me hacen interminables; lo único que quiero es que todo termine cuanto antes para poder ir a hablar con mi amigo. Necesito saber si le ha dicho algo.

Viendo que pasa el tiempo y que Darío no tiene intención de dejarme ir, me disculpo y, aunque me hace un gesto de desaprobación con la mirada, lo ignoro.

—¿Lo has visto? —Andy me encuentra antes que yo a él.

—¿Qué mal rato he pasado! ¿Dónde está? ¿Has podido hablar con él?

—Sí. Cuando me ha visto, se ha extrañado, y lo primero que ha hecho ha sido preguntarme qué hacía aquí.

—¿Y qué le has contestado?

—¿Qué le voy a decir? Que he venido a acompañarte. No he querido darle más información; total, estaba a punto de descubrirlo él solo.

—Dios mío, ¿has visto su cara?

—Por supuesto... y además he podido oír el momento exacto en el que su corazón se ha partido en dos.

—¡No me digas eso!

—Pero ¿no era lo que buscabas?

—Sí... bueno, no. ¡No lo sé! —Me pongo las manos sobre la cara,

agobiada.

—¡El maquillaje! —Agarra mis muñecas y tira de ellas para que no lo estropee.

—Me siento fatal.

No logro dominar mis sentimientos; son como un remolino horrible en el que ganan los que más duelen. Es como si ese daño no se lo hubiera hecho a él, sino a mí misma.

—Vamos, cari, no has hecho nada malo.

—Sí lo he hecho.

Aunque a mi amigo le hice creer algo distinto, sé la razón por la que firmé con Darío.

—Sólo estás buscando maneras de ganarte la vida. Lo entenderá y, si no, pues... ¡que se la pique un pollo! ¿Acaso él pensó en ti cuando volvió con Raquel?

—Vanessa —Darío me llama y, por su tono, no parece contento—, haz el favor de venir conmigo y no apartarte así.

—Ella pueda ir donde quiera —me defiende mi amigo.

—Mientras estemos en actos oficiales, no. —Tira de mí y me obliga a ir con él.

Durante el resto de la noche, no para de presionarme para que sonría y en todo momento insiste en que cambie de actitud. Quiere que todos vean lo supuestamente feliz que estoy. Aunque me duela admitirlo, empiezo a comprender a lo que se refería Giovanni.

Cuando todo termina y por fin nos quedamos solos, aprovechando que Andy está con su nuevo amigo paseando por el jardín, se dirige a mí.

—Espero que esto cambie a partir de ahora. —Habla en un tono severo.

—¿El qué? —Aunque sé a lo que se refiere, disimulo.

—Tus maneras. —Camina a mi alrededor y me incomoda—. Ha parecido, en todo momento, que no querías estar aquí.

—Y era la verdad... —se me escapa la frase, y me arrepiento de

inmediato.

—¿Cómo? —Se acerca y mi vello se eriza.

—Creo que esto no es para mí. Cometí un error al decirte que sí.

Ya que he empezado, decido terminar. Estaba esperando a ver cómo funcionaba esto antes de decidirme, pero con una noche me ha bastado.

—¿Qué me estás queriendo decir? —Su respiración se hace sonora.

—Quiero anular el contrato.

Aprieto las muelas con fuerza. Temo lo que pueda venir.

—Oh, Vanessa... —su tono cambia y, con una de sus manos, acaricia mi cabello—... siento decirte que eso no podrá ser. —Sigue girando a mi alrededor, como si fuera su presa—. Para ello tendríamos que estar los dos de acuerdo y, como comprenderás, yo no lo estoy.

—Quiero terminar con esto —insisto—, no puedes obligarme a continuar.

—Por supuesto que no. Sólo espero que tengas mucho dinero, porque rescindir nuestro contrato te puede salir muy caro. —Pasa su brazo por mi cintura y me pega a su cuerpo—. Aunque siempre hay maneras más fáciles de arreglar las cosas.

—Suéltame. —Tiro de su brazo para quitármelo de encima. No puedo creer que me haya insinuado algo así. Cuando por fin logro apartarme, mira a un punto fijo por encima de mi hombro y se carcajea—. Vamos, no te lo habrás tomado en serio. Ha sido una broma.

Lo miro con rabia. Para nada me lo ha parecido.

—¿Para esto me has obligado a venir? —La voz de Giovanni tras de mí hace que retenga el aire en mis pulmones—. Eres un ser despreciable.

—Sólo te he invitado para que pudieras sacar algunas fotos.

Me alivia entender que no es a mí a quien se dirige, pero sigo preocupada.

—¡He venido porque me has extorsionado! —grita Giovanni.

¿Qué le pasa? Se coloca frente a él con postura amenazante y me doy cuenta de que tiene una botella en la mano. Debe de haber estado bebiendo.

—Vamos, no exageres. Tampoco ha sido para tanto.

—Esto no quedará así. —La vena de su cuello se hincha—. Encontraré la manera de que pagues por lo que estás haciendo.

—¿Qué está pasando? —pregunto tan confundida como asustada. Deben de tener algún problema entre ellos que desconozco, pero a estas alturas ya no me extraña nada.

—¿Todavía no te lo ha dicho? —Giovanni habla con los ojos llenos de ira.

—No, ¿el qué? —Lo miro buscando una explicación.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —Al soltar eso, Darío se adelanta y sonrío de una manera extraña.

Giovanni me mira, después a Darío, y otra vez a mí. Abre la boca para decir algo, pero al momento la cierra. Lo vuelve a intentar y pasa lo mismo. Noto cómo pelea con algo en su cabeza y no se atreve a dejarlo salir.

—*Figlio di puttana*. —Aprieta un puño como si buscara controlarse—. Haré que acabes en la cárcel. —Cada vez estoy más intrigada. ¿Qué les habrá pasado?—. Vanessa —se gira hacia mí—, has cometido un grave error.

—Deja de molestar a la chica. No creo que le queden ganas de saber nada más de ti después de lo que le has hecho. —Sabe dónde dar para hacer daño—. ¿No deberías estar en Italia con tu prometida? —Nota cómo esa última palabra me afecta.

—¡No es mi prometida! —vocifera—. Yo no estoy prometido, Vanessa.

Niego con la cabeza para que deje de hablarme. No quiero explicaciones ni escuchar más mentiras.

—¿Ocurre algo? —Los chicos de seguridad vienen hacia nosotros. Tienen que haber oído las voces.

—Llevaos a éste de aquí —les ordena—, no entiende que ya no son horas de andar molestando.

—Sé dónde está la salida. —Se aparta de ellos—. *Ragazza* —se acerca a mí y coge una de mis manos. Noto cómo presiona algo en mi palma y cierra mis dedos para que no se caiga—, todo se va a solucionar. —Besa mi frente—. Ábrelo cuando estés a solas —susurra aprovechando que está tan cerca de

mí que nadie puede oírlo. Me mira fijamente a los ojos y, tras unos segundos, da un largo sorbo a su botella y se marcha.

Cierro con fuerza el puño y mantengo oculto en él lo que me ha entregado. Aunque estoy tentada de tirarlo en el primer cubo de basura que me encuentre, la curiosidad me puede y decido echarle un vistazo antes. Andy aparece en ese momento con su amigo y lo llamo. Es tarde y quiero marcharme, la noche ha sido horrible y necesito desconectar.

Nos despedimos y, cuando Darío se acerca a mí para darme un beso en la mejilla, mantengo las distancias. Sé que no le gusta por la posición de sus cejas, pero me da absolutamente igual. No se me ha olvidado lo que ha ocurrido en el jardín y tenemos que hablar sobre ello. Si de verdad ha sido una broma, cosa que dudo, debe saber que este tipo de cosas y yo no somos para nada compatibles.

En la puerta nos espera la misma limusina que nos ha traído y, sólo cuando nos ponemos en marcha, abro la mano.

—¿Qué es eso? —pregunta Andy mientras despliego un papel con algo escrito en él.

—Me lo ha dado Giovanni.

—¿Al final has podido verlo?

—Sí. Ha aparecido mientras hablaba con Darío. Creo que me estaba esperando para entregarme esto.

Le muestro el papel y comenzamos a leer.

Éste es el número de mi abogado. Llámalo, por favor, él te ayudará. No permitas que nadie te manipule. Prometí no molestarte y seguiré cumpliendo, pero tú sí puedes hacerlo. Ya sabes cómo localizarme.

—¿Qué coño? —suelta—. ¿Por qué viene ahora con eso?

—Creo que lo sé, aunque espero equivocarme.

—Cuenta.

—Bah, son bobadas. —Tengo tantas ganas de olvidar todo lo que ha ocurrido en la mansión de Darío que le pongo excusas para no seguir con la

conversación—. Ya te explicaré más adelante.

—Pues yo he mojado.

—¿Qué? —Me incorporo en el asiento y lo miro.

—¡Ay, no me juzgues! Necesitaba experimentar algo así. Quería saber qué se siente con un polvo de una noche.

—Y no hace falta que te pregunte, ¿verdad?

Su sonrisa lo delata.

## Capítulo 52

Han pasado ya tres meses desde la fiesta en la mansión y todo está yendo más o menos bien, si quitamos, claro está, que no he podido dejar de pensar en Giovanni ni una sola vez. Todos los días reviso mi teléfono o la prensa para ver si hay noticias de él, pero no aparece nada y me vengo abajo. Con frecuencia me arrepiento de haberle prohibido contactar conmigo y al momento me convengo de haber hecho lo correcto. Empiezo a creer que soy bipolar.

Aunque he tenido mis momentos de inseguridad con Darío, no está resultando tan mal, después de todo. Es cierto que tiene mucho carácter y que todo tiene que ser como él dice, pero en la mayoría de ocasiones tiene razón. Yo no tengo ninguna experiencia y eso se nota.

Salimos a comer a menudo para preparar nuestra agenda, ya que ambos estamos tan saturados de trabajo que, si no es por esos momentos, sería imposible organizarnos.

—Esta tarde tienes programadas dos entrevistas, ¿recuerdas? —dice mientras corta un trozo de carne ayudándose del tenedor.

—Sí, y después lo de la joyería.

Vamos a grabar un anuncio para una gran marca de joyas y lo haremos en su mansión. No hay un lugar más lujoso cerca y tiene unos planos fantásticos.

—Sí, también lo tengo anotado. Hoy me han llamado para realizar una campaña con una protectora de animales, pero pagan poco, así que me he negado.

—No, ¿por qué? —Hasta ahora ésa es la única que de verdad me hubiese gustado hacer.

—Ya te lo he dicho: pagan poco.

—Pero...

—Pero nada. Tú ya tienes un caché y no vamos a bajarlo por cuatro perros de mierda.

—No son cuatro perros de...

—Fin de la conversación. —No me deja expresar mi opinión y eso me cabrea. No es la primera vez que lo hace—. ¿Te has leído el guion de mañana?

—Sí —respondo de mala gana. Me ha molestado bastante su contestación.

La semana que viene interpretaré mi primer papel como actriz. Reconozco que pasar de las fotografías a los vídeos me está costando bastante, porque me siento ridícula actuando; tendré que acostumbrarme, como me ha tocado hacer con todo lo demás.

—Eso espero, porque no estoy dispuesto a perder más tiempo. El tiempo es dinero. —Lo miro, pero decido no responder. Sé que no le iba a gustar lo que me hubiera gustado decirle.

Cuando terminamos, Darío pasa su mano alrededor de mi cintura con la intención de que vayamos así hasta la salida y, con disimulo, me aparto. No me gusta nada su contacto y siempre se lo hago ver de la misma forma, aunque parece no querer darse cuenta.

Al finalizar las entrevistas me queda mejor sabor de boca que con las de la semana pasada. Nadie me ha hecho preguntas incómodas y por fin me voy notando un poco más suelta. En las primeras apenas me salían las palabras y era demasiado escueta.

—Esta vez lo has hecho mejor, Vanessa. —Darío se acerca a mí para premiarme con palabras y lo miro sorprendida. Para él siempre lo hago todo mal.

—Estaba más tranquila —comento mientras nos dirigimos a la limusina. De tantas veces que he viajado en ella estos días, ya no me parece tan grande como al principio.

Nos acomodamos dentro y, aunque es muy espaciosa, se sienta demasiado



cerca de mí.

—Estás muy guapa hoy. —Le sonrío para evitar contestar. No me apetece mantener una conversación con él; además, me duele un poco la cabeza. Duermo fatal por las noches y, los ratos que consigo conciliar el sueño, tengo unas pesadillas horribles. Imagino que tanto estrés no debe de ser nada bueno —. Realmente guapa —insiste.

—Gracias —respondo para ver si con suerte lo deja.

—Me encanta cómo te queda este vestido. —Toca el tirante de mi hombro y finjo colocarme mejor para apartarme. Con la misma excusa, él hace lo mismo y se vuelve a acercarse—. Deberías reservarlo para una ocasión especial. — Puedo oler su aliento y siento náuseas. Coge un mechón de mi cabello y lo enrolla entre sus dedos.

—No me gusta que me toquen el pelo.

Muevo la cabeza para que lo suelte. Está mucho más pesado que otras veces. Por fin parece percatarse y se aparta como si estuviera cabreado.

Al llegar a la mansión puedo ver coches aparcados alrededor de ella. Un grupo de personas lleva varios trípodes en las manos y unos focos enormes. La imagen de Giovanni aparece en mi mente y recuerdo algunos de los momentos que pasé con él. Me hacía las sesiones mucho más fáciles y me sentía relajada, no como ahora, que siempre estoy tensa. El conductor se detiene en la entrada y el amigo de Andy nos abre la puerta. No han vuelto a verse en persona desde aquel día, pero me consta que hablan.

—Buenas tardes —dice sacándome de mis pensamientos—. Espero que hayan tenido un buen día.

—Gracias —le respondo con una sonrisa y descendemos del vehículo. La grabación comenzará en breve.

Subo al primer piso y, con prisa, me quito la ropa que llevo puesta para vestirme con la que me han dejado en una de las habitaciones. Ésta es tan grande como toda la casa que comparto con Andy. No sé cómo pueden vivir en sitios así, más que un cuarto parece una pista de baile. Camino rápido por el

gran pasillo y por fin llego hasta donde están todos esperándome. Me siento en uno de los taburetes y comienzan a prepararme.

—Ponle más cristalitos por ahí —dice uno de los maquilladores.

Están cubriendo parte de mi cuerpo con pequeñas imitaciones de diamantes. Darío no pierde detalle y empieza a mirarme de una manera que no me gusta. Tiro del minúsculo vestido para taparme, pero es inútil. Apenas hay tela y deja demasiada piel al aire.

Cuando vamos a empezar, decide quedarse, aunque sabe que siempre insisto en que haya la menor cantidad de personas conmigo, pero es su casa y no puedo echarlo.

Algunas de las poses que me piden, aunque después no se verán en los cortes, dejan mi cuerpo demasiado expuesto, y saber que tiene sus ojos puestos en mí me incomoda de tal manera que no puedo actuar con libertad. Eso es algo que todos notan y por esa razón debemos repetir varias tomas. En una de ellas giro la cabeza y juraría que lo sorprendo con la mano en su entrepierna. Siento tanta repugnancia que lo único que quiero es terminar para poder irme. Esto empieza a disgustarme mucho.

Acabamos una hora más tarde de lo previsto y la piel me comienza a picar. Siempre que me ponen productos un poco más fuertes de los que suelo usar me ocurre lo mismo.

—Necesitas una ducha con urgencia —dice al ver que no paro de rascarme los hombros.

—No te preocupes, aguantaré hasta que llegue a casa.

Después de lo que he visto, no quiero permanecer ni un segundo más con él.

Poco a poco los chicos se marchan y, cuando quedan dos, les pregunto si me harían el favor de acercarme a casa. Darío me oye e interviene.

—¿Por qué les pides que te lleven —sonríe delante de ellos, como si yo no supiera lo que estoy diciendo— si ya sabes que te voy a llevar yo?

—No... no te preocupes. Es por no molestarte, tú ya estás en casa... y así no tienes que volver —me excuso—. Si ellos ya se van, no creo que les

importe, ¿verdad?

—No, podemos dejarte donde quieras. —Salen a mi encuentro.

—Ni caso, chicos. Idos tranquilos, que en unos minutos la llevo yo. Debe darse una buena ducha antes, mirad cómo está... —Señala mi piel.

—¡Uff! Tiene razón, Vanessa —comenta uno de ellos—. No deberías estar más rato sin actuar. Podría darte una reacción alérgica si no te está dando ya.

Darío se sale con la suya y los chicos se van, dejándonos solos. Camina hacia mí y observo con temor todos sus movimientos. Por alguna razón mi instinto me dice que no estoy en el lugar más seguro.

—Ven conmigo. —Pone una mano en mi espalda y no me muevo del sitio.

—¿A dónde? —pregunto tratando de disimular mi miedo. Ni siquiera tengo el teléfono cerca, está en la habitación donde me cambié al llegar, con todas mis cosas.

—Al baño, querida, tienes que quitarte todo eso del cuerpo. —Cedo y, mientras caminamos, estoy tan asustada que no siento el suelo bajo mis pies—. Aquí es. —Abre una puerta y respiro aliviada cuando se queda fuera.

¿Es posible que esté viendo cosas dónde no las hay? Soy demasiado desconfiada.

—Gracias.

Cierro y expulso con fuerza el aire de mis pulmones. Si tuviera más ganas de largarme, explotaría.

El plato de la ducha es tan grande como todo lo que hay en la casa. Abro un grifo y comienzan a salir pequeños chorros de agua de la pared. Regulo los grados con unos preciosos botones que parecen de oro y me dejo masajear por la presión. Necesitaba algo así para aflojar mi cuerpo.

—Vanessa, querida.

La puerta se abre y mis ojos también. Me tapo rápidamente y trato de esconderme.

—¿Qué quieres? —digo asustada.

—Te has olvidado la ropa.

Veo cómo mueve una mano con ella.

—Déjala en el suelo, ya me encargo yo —respondo apurada.

—Ok.

La suelta y vuelve a cerrar.

—Santo Dios... —susurro con el corazón a mil. Me acabo de duchar apresuradamente y, con una gran toalla que hay colgada cerca, seco mi cuerpo y me rodeo con ella—. Madre mía —hablo sola—, tengo que salir de aquí ya.

Me visto lo más rápido que puedo y, hasta que no abrocho el último botón, no empiezo a sentirme segura.

Salgo del baño y descubro que Darío me está esperando apoyado en la pared.

—¿Ya estás lista? —Me mira de arriba abajo.

—Sí, ya podemos irnos.

No quiero estar aquí ni un minuto más.

—Tomemos algo antes.

—No me apetece, gracias. Tengo cosas que hacer y quiero volver ya. —  
Finjo una sonrisa.

—Entonces no nos demoremos más. —Lo miro extrañada. Ha sido más fácil de lo que creía. Definitivamente mi mente me la está jugando—. Vamos a por tus cosas.

Lo sigo hasta la habitación, recojo mi bolso y, cuando me giro, compruebo que está demasiado cerca.

—¿Por qué coño me lo pones tan difícil? —murmura casi en mi oído y mi vello se eriza.

—¿El qué?

Me hago la tonta e intento apartarme, pero no puedo. Está cortándome el paso.

—Lo que estás haciendo. —Su tono cambia—. Estoy intentándolo todo por las buenas y me ignoras.

—No entiendo...

Ahora sí que no sé de qué habla, pero no quiero preguntarle más. Empiezo a sentirme de nuevo como una presa acorralada.

—Disimulas muy bien.

Se acerca aún más a mí y, cuando intento dar un paso hacia atrás, choco con la cama.

—Darío, debemos irnos ya.

Simulo tranquilidad. Estoy segura de que, en el momento en el que fuerce la situación e intente irme, se me echará encima. Su mirada es muy distinta a la que he estado viendo estos días.

—Me debes algo. —Pone su nariz en mi cabello y miro hacia la puerta buscando la salida. Es inútil dialogar con él; sé lo que quiere y no parará hasta conseguirlo—. Has ganado ya mucho dinero a mi costa y es hora de que me lo agradezcas, ¿no crees?

Pasa su lengua por mi cuello y no aguanto más. Intento golpear su entrepierna para huir, pero fallo y, de un empujón, me tira sobre la cama.

—¿Qué haces?! —Se echa encima de mí—. ¡Déjame! —Me muevo debajo de él, pero consigue inmovilizarme—. ¡Suéltame! —Me agarra las muñecas con una sola mano y con la otra comienza a romper mi ropa—. ¡No! ¡Nooo! ¡¡¡Ayuda!!! —grito— ¡¡¡¡Socorrooo!!!! —Oigo cómo arranca los botones de mi vestido e intento doblar las piernas para hacer más fuerza, pero está prácticamente sentado sobre ellas. Mi angustia cada vez es mayor y, por más que pido auxilio, nadie viene a socorrerme. Me arranca el sostén y noto el asqueroso calor de su boca en uno de mis pechos—. ¡¡Nooo!! —Chillo tan fuerte que parece que mi garganta se desgarrar.

—¡No te resistas! —Forcejea—. Te va a dar igual. Nadie vendrá a defenderte. ¡Eres mía!

Su rostro está completamente rojo y su boca echa agua. Nunca en mi vida había sentido tanto asco.

—¡Nooo! ¡Suéltame! —Aunque me resisto, está consiguiendo hacerse conmigo. Me saca las braguitas, abre mis piernas y se coloca entre ellas—.

¡¡¡Para!!! —La desesperación es máxima—. ¡¡¡Para!!! ¡¡¡Ayudaaa!!!

Me ignora y puedo ver el momento exacto en el que se baja el pantalón y saca su pene. En un último y desesperado intento, consigo morder uno de sus brazos, pero eso sólo sirve para cabrearlo más.

—¡Zorra!

Me coge del pelo y siento un fuerte dolor en la cabeza. Aun así, sigo luchando por liberarme, pero no lo consigo.

—¡Déjame! —Comienzo a llorar y las fuerzas me fallan—. ¡Déjame, por favor! —Me vengo abajo. No puedo más, mis músculos están completamente sobrecargados y apenas puedo moverme ya.

—Chist.... Te va a gustar... —es lo último que oigo.

Miro un punto fijo ante la imposibilidad de defenderme y mi mente se desconecta.

## Capítulo 53

Oigo ruidos, pero no distingo de dónde proceden. Parpadeo y, aunque hay luz, no veo absolutamente nada. Poco a poco soy consciente de que estoy tumbada sobre una superficie blanda y me relajo en ella. La ausencia de ropa me lleva a creer que acabo de despertar y estoy junto a Giovanni en nuestra cama, como tantas otras veces. Sus dedos acarician mi cabello y de pronto mis ojos se abren. No es su mano. El olor a cigarro me devuelve a la realidad y despierto sobresaltada de mi letargo. Debo de haber entrado en una especie de *shock*. Todas las imágenes de lo ocurrido se agolpan en mi mente y, cuando intento levantarme, la mano que antes me acariciaba ahora agarra con fuerza mi pelo y me detiene.

—¿A dónde crees que vas? —La repugnante voz de Darío suena a mi espalda.

—¡Sueltamente, maldito hijo de puta!

Las náuseas no tardan en llegar. En mi cabeza se repite una y otra vez lo que me ha hecho y, tras varias arcadas, acabo vomitando sobre la cama. Mi cuerpo quiere borrar sus huellas y lo hace de esa manera.

—¡Dios! —Se aparta con repulsión—. ¡Qué asquerosidad! —Se levanta rápidamente y me tira una toalla—. ¡Limpia eso! —grita.

Ignoro lo que me pide y me cubro con ella. Aprovechando que está en un lateral de la habitación, corro hasta la puerta y consigo salir del cuarto. Oigo sus pasos tras de mí y aumento la velocidad.

—¡¡¡Ayudaaa!!! —intento gritar, pero estoy demasiado afónica. Cuando casi he llegado a la escalera, me alcanza. Tira de mi brazo y, por la inercia, caigo al suelo—. ¡¡Suéltame, desgraciado!! —Lo golpeo mientras me arrastra—.

¡¡¡Suéltame!!! —Me rodea con sus grandes brazos y me lleva de nuevo a la habitación. Cierra la puerta y se apoya en ella con una sonrisa en los labios.

—No te va a ser tan fácil. —Puedo ver en sus ojos la mirada que tanto odio y comienzo a llorar desesperada. Va a volver a hacerme daño y no lo soportaré. Miro hacia una de las ventanas y calculo mentalmente el tiempo que tardaré en abrirla y tirarme por ella. Antes muerta que pasar de nuevo por lo mismo. Parece leer mi mente y, en el momento en el que doy el primer paso, viene hacia mí y me inmoviliza—. Antes de que hagas eso, debemos hablar. Sería una pena que alguien arruinara la carrera de tus amiguitos, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —Mi voz se entrecorta por la fuerte crisis de ansiedad.

—El marica se lo pasó muy bien en la fiesta. —Abre un cajón, saca un puñado de fotos y las esparce sobre la cama—. Tengo un montón, y todas son muy explícitas.

—No... no, no, nooo —suplico cuando las veo. El mundo acaba de caer sobre mí. Sé lo que pretende.

—¿Imaginas que salieran a la luz?

—No creo que nadie se escandalice por su condición sexual —digo tratando de no derrumbarme.

—Seguro que no, pero a su amiguito le falta una semana para ser mayor de edad.

En todas aparece Andy practicando sexo con el chico que creía su amigo.

—¡No dejaré que le hagas eso! —grito, y las rompo en mil pedazos.

—Puedes quedártelas —dice mientras observa cómo las destruyo—. Tengo muchas más, y éstas son sólo una copia.

—¡Cabrón! —Cojo una especie de escultura que hay en la mesita de noche y se la lanzo—. ¡Hijo de puta! —Sigo tirándole objetos con la intención de alcanzarlo, pero los esquiva mientras se carcajea.

—Todavía hay más, querida, pero creo que con esto será suficiente por el momento. —Apenas puedo verlo debido a mis lágrimas—. Si cuentas lo que



ha pasado hoy y lo que pasará a partir de ahora...

—¡Muérete! —No quiero oírlo. Me niego a escuchar lo que va a decirme.

—Si hablas sobre esto, serás la única responsable.

—Pagarás por lo que has hecho. —Siento tanta rabia que podría matarlo con mis propias manos sin sentir remordimientos.

—No lo creo. —Ríe. Recoge mi vestido roto del suelo y me lo lanza—. Vístete y lárgate ya. Mañana tenemos trabajo. —Abre la puerta—. Y recuerda: si dices algo que no debas, tu amigo pagará por ello.

Se marcha dejándome sola y lo único que pido al cielo es despertar de esta pesadilla.

Tras varios minutos inmóvil y llorando sin parar, me visto y uno mi vestido como puedo. Todos mis botones están desperdigados por el suelo y tengo que sujetarlo con las manos para que no se abra. Recojo mis cosas y me marchó sin mirar atrás.

Al llegar a la calle, hay un coche esperándome. Subo a él sin decir nada y me lleva hasta mi casa. Durante el trayecto, Andy me escribe preocupado.

Cari, se me hace que estás tardando mucho y no sé nada de ti desde hace horas. ¿Estás bien?

Estoy de camino.

Respondo y pienso en cómo haré para ocultarlo. Estoy destrozada emocionalmente.

Vale, cielo, ya me quedo tranquilo.

Me acuesto, que estoy agotado y mañana madrugo.

Su nuevo mensaje me da la solución. Si llegase a ver en las condiciones que voy, no pararía de preguntar hasta que se lo contara. Guardo el teléfono, me pongo las manos sobre la cara y rompo en llanto. Aunque no quería que el conductor me oyera, la impotencia es superior a mí. Ni siquiera puedo denunciarlo o Darío le arruinará la vida a mi amigo.

Cuando abro la puerta de nuestra casa, no hay luz; no la enciendo y camino despacio para evitar que me oiga. Entro en el baño y lo único que quiero es meterme bajo el agua para quitarme su olor. Me siento tan sucia que podría vomitar de nuevo en cualquier momento. Ni siquiera compruebo la temperatura y, al entrar en la ducha, me quemo, pero cierro los ojos con fuerza y aguanto el dolor. Necesito un estímulo físico que me haga dejar de pensar. Me cortaría buscando alivio como he hecho otras veces, pero ni siquiera eso podría ayudarme. Cierro más el grifo del agua fría y me muerdo el labio para no gritar. Cuanto más caliente salga, más limpia quedaré. Apoyo las manos en la pared y dejo que caiga sobre mi cuerpo mientras ahogo mi llanto para no hacer ruido.

No sé cuánto tiempo paso así, pero no encuentro el momento de salir. Ojalá pudiera convertirme en agua para colarme por el desagüe y desaparecer. Pienso en Giovanni y en la nota que me dio. ¿Acaso él lo sabía? Apoyo mi espalda en la pared de baldosas y me dejo caer mientras los chorros siguen azotando mi dolorido cuerpo. ¿Debería llamar a ese número? Yo misma me quito la idea. Nadie puede saber lo que ha pasado hoy. Nadie. No puedo poner en riesgo a Andy.

—Reina, ¿te has dormido en la ducha?

—Mierda... —susurro, y me pongo en pie rápidamente—. No... no. Es que estoy a gusto —miento.

—Pues verás la factura del agua, hermosa. Llevas como dos horas ahí metida y el ruido del agua me despierta cada dos minutos.

—Lo siento. —Cierro el grifo—. Ve a dormir, ya he terminado.

—Ok, nos vemos mañana.

Se marcha y expulso el aire, aliviada.

Me seco con cuidado y, cuando paso cerca del espejo, veo varios moretones en mi cuerpo. Los observo y sé de qué manera me ha hecho Darío cada uno de ellos. Las imágenes no paran de atacarme y su olor sigue aferrado a mí como si se hubiese quedado grabado en mi cuerpo. Barajo la posibilidad

de volver a ducharme, pero Andy protestaría. Voy hasta mi habitación y rocío mi piel con el perfume más fuerte que tengo. Me echo sobre la cama y, cuando mi cabeza toca la almohada, mi cuero cabelludo me duele debido a sus tirones.

—Dios mío... Dios mío, Dios mío... —repito una y otra vez, balanceándome sobre la cama. Con cada minuto que pasa me siento peor y la esperanza de que todo haya sido parte de una pesadilla se desvanece por completo.

Las horas transcurren y mi estado no cambia. Veo salir el sol y, cuando Andy se levanta, continúo en mi habitación. Es inútil disimular; en cuanto me vea, sabrá que algo me ocurre.

—Vane, cari, ¿cómo quieres el café?

—So... solo —La afonía me impide hablar con claridad y temo que abra.

A veces, si ve que tardo, entra y me despierta. Hay días en que estoy tan cansada que, si no fuera por él, me habría dormido. Aparto a *Copo* de mis piernas con cuidado para no asustarlo y me levanto. Asomo la cabeza por una rendija de la puerta con la intención de ir al baño sin que me vea, y la mala suerte quiere que me lo encuentre de frente.

—¿Te encuentras bien? —Arruga la frente al verme—. Tienes una cara horrible.

—Sí... —Mi voz suena completamente ronca por los esfuerzos.

—¡Ay, Dios!, has pillado la gripe.

—Eso creo. —Me aprovecho de su deducción para salir del paso.

—Deberías llamar a Darío para decirle que hoy no te espere. A ver si hay suerte y te pueden cambiar la prueba esa del guion para otro día. —Al oír su nombre, mis lágrimas amenazan con delatarme y tengo que esforzarme para aguantarlas.

—Sí, voy a llamarlo y después seguiré durmiendo, estoy agotada —me excuso.

—Es lo mejor. —Antes de que acabe de dirigirse a mí, cierro la puerta y comienzo a llorar. Si llego a tardar un segundo más, me habría descubierto.

Bajo la persiana y me meto en la cama. Conociéndolo, sé que entrará para preguntar y, con la habitación a oscuras, me será más fácil ocultarme.

Cojo mi teléfono y busco el número de Darío. Mis manos comienzan a temblar mientras marco y cuelgo antes de que dé señal. No puedo hacerlo, no quiero oír su asquerosa voz de nuevo. Dejo el móvil en la mesita de noche y me acuesto tapando con las sábanas mi cabeza. Ni siquiera me siento con fuerzas para acariciar a *Copo*; me siento tan sucia que tengo miedo de poder contaminarlo. Lo único que quiero es que me dé sueño para dejar de pensar, pero, cuanto más lo necesito, menos llega.

Dos horas después, el móvil comienza a sonar y, cuando veo de quién se trata, decido no cogerlo. No tengo fuerza para oírlo. Lo intenta una vez más y, a continuación, me envía un mensaje.

¿Dónde cojones estás? El coche lleva una hora esperándote en la puerta.

La ansiedad no tarda en aparecer y noto un fuerte ahogo. Intento responder, pero las náuseas me lo impiden. Llama de nuevo y mi corazón late tan rápido que podría desmayarme en cualquier momento. Con gran esfuerzo, logro controlar mi respiración y, aunque mis manos no paran de temblar, escribo.

No me encuentro bien. Cambia la fecha.

Respondo y me llega un nuevo mensaje casi al instante.

¡Qué casualidad! Quizá esto te ayude a curarte...

Me envía las mismas fotos de Andy que me enseñó en su habitación.

Me das asco.

Respondo con rabia.

Tienes media hora o convoco a la prensa.

## Capítulo 54

Salgo de la cama y, aterrada, comienzo a vestirme. No puedo creer que vaya a ver a ese animal otra vez. Elijo ropa que cubra todo mi cuerpo y que cueste quitar: unos pantalones vaqueros negros, una camiseta y una sudadera. Me calzo unas botas e inspiro profundamente antes de salir de la habitación.

—¿A dónde vas?

El primero al que tengo que enfrentarme es a Andy.

—A trabajar —respondo sin mirarlo a la cara. No quiero que vea mis ojos.

—¡Pero si estás enferma! ¿Y con esa ropa? ¡Te vas a cocer!

—No quiero empeorar.

—¡Te va a salir una urticaria!

Es lo último que le oigo decir antes de cerrar la puerta de la calle.

Cuando veo el coche, me tenso. Los cristales son tintados y tengo miedo de que esté dentro. Me detengo en uno de los laterales y me cuesta llevar la mano a la manilla. Cuando por fin lo consigo, tiro de ella y miro hacia el interior con miedo. En el momento en el que compruebo que no está y que viajaré sola, respiro aliviada.

El trayecto se me hace corto, imagino que se debe a las pocas ganas que tengo de enfrentarlo. Llegamos al lugar donde se realizará la prueba y, cuando lo diviso entre la gente, mi vello se eriza y me quedo pegada al asiento. Al ver que tardo en salir, viene hacia el coche y puedo oír el fuerte latido de mi corazón en la garganta. Abre cabreado, me agarra del brazo y tira de mí mientras me arrastra para que salga.

—¡Date prisa! —grita—. No podemos hacerlos esperar más.

La prueba, como imaginaba, es un verdadero fracaso y eso lo enfada

todavía más, pero, en el estado en el que me encuentro por su culpa, debería dar gracias de que aún me acuerde de cómo me llamo. A empujones, me obliga a entrar en el coche y esta vez sí viene conmigo. Trato de mantener las distancias en todo momento y finalmente lo consigo. Está tan encolerizado que ni siquiera me mira.

Cuando veo que el vehículo toma una dirección distinta a la que debería para llevarme a mi casa, se disparan todas mis alarmas y, cuando llegamos a la temida mansión, creo morir de angustia.

Abre la puerta el mismo chico de siempre y lo miro con tanta ira que, sin necesidad de palabras, entiende lo que quiero decirle. Ha engañado a mi amigo y por su culpa me estoy viendo así.

—¿Cuánto te han pagado, desgraciado? —No puedo callarme.

—Mucho. —Sonríe y, cuando salgo del vehículo, le doy una fuerte patada. Mientras él se queja, Darío me mira y siento náuseas. Ya no soporto ni su mirada. Me obliga a subir con él hasta el primer piso y, cuando veo que nos dirigimos a la misma habitación, el pánico se apodera de mí.

—¡No quiero entrar ahí!, ¡¡¡No!!! —Me detengo en el pasillo y me coge del cabello—. ¡¡¡¡No!!!! —Me dejo caer en el suelo y, sin soltarme, me arrastra hasta que consigue llevarme donde quiere. Nada más cerrar la puerta, me fuerza y revivo la pesadilla del día anterior.

\*\*\*

Durante las siguientes semanas, los abusos se repiten una y otra vez, tantas veces como quiere. Mi cerebro poco a poco ha tenido que adaptarse y, en esos momentos tan horribles, es capaz de transportarme a otro lugar. Ya ni siquiera me defiendo. ¿Para qué?, lo va a hacer igual... Todos los días pienso en quitarme la vida, pero ni siquiera tengo libertad para ello, pues me ha jurado que, si lo hago, será peor para mi amigo.

Andy no para de preguntarme que qué me pasa y siempre le doy la misma

respuesta. «Estoy agotada», le digo, pero para mi desgracia no me cree y sigue insistiendo. No quiero hablar y, cuando estoy en casa, apenas salgo de mi cuarto. He perdido mucho peso y mi desmejorado aspecto ha hecho que nos anulen varias campañas de publicidad. Hasta la prensa se ha dado cuenta de mi declive y está hurgando en mi vida para encontrar una razón, aunque muchos ya aseguran que se debe a mi ruptura con Giovanni.

—Cari, tenemos que visitar a un médico —dice preocupado al ver que no he tocado ni mi café.

—Estoy bien.

—Llevas muchos días sin comer, esto no puede seguir así. ¿Me estás ocultando algo?

—Ya te lo he dicho, estoy cansada.

—Vanessa —cuando me llama por mi nombre completo sé lo que viene—, ¿te está haciendo algo Darío que yo no sepa?

Lo miro fijamente y disimulo con rapidez mi expresión para que no se dé cuenta de que ha tocado un tema delicado. En ese momento alguien toca al timbre y se levanta para abrir.

—¿Quién era? —pregunto cuando regresa.

Mi ansiedad hace que sienta un gran vacío en el estómago cada vez que oigo la puerta o suena algún teléfono. Lo primero que pienso siempre es que han descubierto mi secreto.

—El cartero. —Pone una carta sobre la mesa—. No hay remitente, pero aquí dice que es para ti.

—Ah, vale.

La guardo en mi bolsillo y me mira extrañado.

—¿No vas a leerla?

—Sí, pero luego.

Vuelve a mirarme de la misma forma.

—¿No quieres que la lea contigo?

Le parece raro, porque siempre comparto con él todo lo que cae en mis

manos.

—Ehh... —No sé qué responderle—. Sí, pero después. Ahora no me apetece.

—Ok... —Frunce el ceño, pero no dice nada. Tengo la impresión de que está empezando a sospechar algo.

—Cielo, el coche está en la puerta —me comunica mirando hacia la ventana—. ¿Por qué no hablas con ese explotador y le dices que te dé unos días libres? No puedes seguir así... Llevas semanas sin descansar ni un solo día.

—Se lo diré. —Me levanto y camino hacia la puerta—. Pasa un buen día.

Subo al coche y, aprovechando que estoy sola, abro la carta. El hecho de que no lleve remitente me mosquea y rezo para que no sea lo que tanto temo. Si alguien se entera, no habrá servido de nada todo por lo que estoy pasando ni que guarde silencio.

*Querida Vanessa,*

Mis ojos se abren mucho al reconocer la letra.

*Llevo días meditando y he decidido dar este paso para contarte algo que debiste saber desde el principio.*

Mi respiración se corta.

*En vistas de que todo este proceso se está alargando, creo que ha llegado el momento de hablarte sobre ello. Siento hacerlo de este modo, pero es la única forma de no incumplir mi promesa. Como verás, no estoy usando tu número de teléfono.*

En otra ocasión hubiera sonreído al leer eso.

*Como ya sabes, tuve que volver a Italia de forma inmediata, pero*



*nunca fue algo que yo quisiese hacer. Eso debe quedarte claro.*

Ha sabido dirigirse a mí para que no lo rechace. Si lo hubiera intentado de nuevo en persona, lo hubiese ignorado, y lo sabe.

*Todas aquellas llamadas que me oías atender, y en las que siempre acababa gritando, eran de mi abogado o de Raquel, la mujer con la que me viste besarme. Antes de conocerte, estuvimos juntos un tiempo, pero aquello finalizó. También quería aclararte que no estamos esperando un hijo, como cuentan; sólo fuimos a una revisión que yo le pedí. Lo demás se lo ha inventado la prensa. Lo que sí quiero que sepas es que sí íbamos a ser padres hace más de un año, pero, tras una fuerte discusión, me fui de la casa y Raquel lo perdió.*

¡Dios mío!... Lo culpo mentalmente. Debió de sentirse fatal al quedarse sola y embarazada.

*Por supuesto me culpó..., y lo peor de todo es que la creí. Utilizó aquello durante meses para someterme a un duro maltrato psicológico y asegurarse de que me quedaría con ella, pero, lejos de lo que esperaba, consiguió el efecto contrario. Me marché de nuevo y no lo aceptó. A raíz de eso, comenzó una guerra de demandas y acusaciones que para nada son ciertas y, con ayuda de mi abogado, las gané todas menos una... esa que estoy intentando demostrar ahora y que me tiene apartado de ti. Me ha denunciado por «daño moral por abandono en el embarazo» y «único responsable de la pérdida de nuestro hijo».*

Mi corazón se encoge. Eso es demasiado duro.

*Cuando se enteró de que estaba contigo, se volvió loca y me amenazó con suicidarse; por esa razón tuve que volver de una forma tan apresurada a Italia.*

—Pero ¿y el beso? —me digo en voz alta—. No creo que fuera necesario.  
—Doy la vuelta a la hoja y sigo leyendo.

*Nada más aterrizar, mi abogado me llamó. Resulta que el amigo de un amigo, al parecer, conocía a un médico que le contó en secreto que le había practicado un aborto a Raquel coincidiendo con las fechas en las que todavía estaba embarazada de mí. Esa idea me había pasado por la cabeza varias veces al principio, pero nunca me atreví a creer que fuera cierto.*

¿Qué? ¿Cómo puede alguien hacer algo así?

*Entre los dos trazamos un plan con la única intención de averiguar la verdad. Aunque me moría de ganas por arruinarle la vida de la misma forma en la que ella lo ha estado haciendo conmigo durante todo este tiempo, tuve que tragarme mi orgullo y hacerle creer que estaba arrepentido y que quería volver a su lado. Cayó en la trampa y, gracias a eso y a la audacia de mi abogado, hemos logrado reunir muchas de las pruebas que necesito. Hasta encontré en sus cajones algunos informes que demuestran que acudió a esas consultas.*

*Vanessa, necesito que me creas. Estar apartado de ti es la peor de las torturas. No te contaría algo así si no fuese cierto. Además, me estoy jugando mucho al enviarte esta carta cuando todavía no se ha celebrado el juicio. Sólo quiero que sepas que cada vez estamos más cerca de poder demostrar lo que realmente ocurrió y, lo más importante para mí, saber que no fue culpa mía. No podría vivir con eso. De otra manera, hubiera sido imposible demostrarlo. No me atreví a contarte esto hasta estar seguro, pues no quería que me vieras como un monstruo, ni tampoco que, si esto salía a la luz, te salpicara la polémica. Mi única intención ha sido protegerte. Si todo sale como espero, en las próximas semanas me libraré de la condena y, sólo si tú quieres, volveré a buscarte. Te quiero, Vanessa, y estoy muy preocupado por ti. He visto algunas de tus fotos más actuales*

*y sé que no estás pasando por un buen momento. Desearía como no imaginas poder estar a tu lado.*

Tengo la impresión de que cree que estoy así por él y con esta confesión ha intentado aliviarme.

*Déjame verte. Saldremos de ésta.*

## Capítulo 55

Me seco las lágrimas, doblo la carta y la guardo en mi bolsillo trasero. Todo hubiera sido tan distinto si me lo hubiese contado antes... Miro por la ventanilla y veo que todavía estamos lejos. Saco mi teléfono, desbloqueo el número de Giovanni y abro una conversación. Aunque ya es tarde, al menos quiero disculparme. Si es verdad lo que dice, no me he portado nada bien con él... y el orgullo hace tiempo que lo perdí. Todo me da igual desde que Darío abusa de mí, lo único que me importa ya es tener el alma tranquila.

Tu carta me ha aclarado muchas cosas. Lo siento de veras, espero de corazón que lo soluciones pronto. Siento mucho por todo lo que has tenido que pasar.

Mientras me seco la nariz, llega su respuesta.

Dios mío, no imaginas lo infinitamente feliz que me ha hecho tu mensaje. Necesito verte; dime cuándo para tomar el primer vuelo.

Es mejor dejarlo aquí. Sólo quería que supieras que te creo. Ojalá todo hubiera sido diferente.

Juntos haremos que lo sea.

Ya es tarde para eso.

Vanessa, ¿me sigues queriendo?

No tengo que pensar la respuesta. Sé que lo hago y, al igual que él se ha sincerado, me veo en la obligación de hacerlo yo también, aunque ya no sirva de nada.

Nunca he dejado de hacerlo.

Pues no permitas que esto se pierda.  
Lucha por nosotros.

No me queda nada que ofrecerte.  
Estoy completamente vacía.

Me estás preocupando. No pareces tú la que habla.

Nota algo diferente en mis palabras.

Soy lo que queda de mí.

Respondo derrotada y vuelvo a bloquearlo. De la antigua Vanessa sólo quedan los huesos y la piel. Debe olvidarme.

Cuando llegamos a la nueva sesión, me siento mareada. Últimamente mis fuerzas están al límite y me noto bastante débil. Aunque Andy se pasa los días intentando que coma, soy incapaz de tragar nada. Tengo el apestoso olor de Darío tan grabado en mi cabeza que todo lo que ingiero me sabe o me huele a él.

—Podías haberte maquillado para tapar esa... cara de muerta que tienes.  
—Darío protesta al verme. Ya se ha convertido en algo habitual—. Cada día estás más descuidada. Si pierdo esta campaña, te la descontaré de tus ganancias.

Evito responderle y entramos en el edificio. Mientras camino tras él juraría que el suelo se mueve bajo mis pies, pero prefiero callarme. Si le pongo en conocimiento de que me encuentro mal, se enfadará.

Mientras grabamos, el mareo se vuelve cada vez más intenso y por momentos creo desmayarme. Al acabar, entro en el camerino para cambiarme de ropa y Darío no tarda en aparecer. Por suerte, ya casi había acabado y sólo me falta anudarme las zapatillas deportivas. Me inclino para hacerlo, lejos de su mirada como hago otras veces, pero el muy cabrón se coloca detrás de mí. No imagina cuántísimo asco me da cada vez que hace eso, porque sé lo que

busca. Cuando menos lo espero, pone la mano en mi glúteo y tira de algo. Me doy la vuelta para ver qué ha hecho y veo la carta de Giovanni en su mano.

—¿Qué es esto?

La mira y siento que me muero. No podría haber pasado algo peor.

—Nada que te interese. —Intento quitársela, pero alza la mano y no la alcanzo—. Es mía. Dámela. —Si llega a descubrir lo que pone ahí, le arruinará la vida por mi culpa y no podré soportarlo. Me ignora, la despliega y comienza a leer—. ¡Dámela! —procuro evitar que lo haga—. ¡Que me la des!

Lo golpeo para captar su atención y me agarra del cuello.

—Si vuelves a tocarme, te rompo los dientes. —Me mira con tanto odio que sé que sería muy capaz de hacerlo. Aun así, lo ignoro y lo golpeo de nuevo, sin importarme las consecuencias. Debo evitar que descubra el secreto que me ha confesado—. ¡Zorra!

Me pega un puñetazo y siento un desagradable sabor metálico en la boca. Me deja tirada en el suelo y se marcha con la carta.

—¡¡Nooo!! —grito y lloro a la vez.

Esto no puede estar pasando. Busco mi teléfono y marco el número de Giovanni, debo avisarlo cuanto antes. En el momento en el que estoy marcando, la puerta se abre y Darío vuelve.

—Me encanta tener siempre la sartén por el mango. No imaginas la cantidad de cosas que voy a conseguir con esto. —Se carcajea.

—Por favor, no lo hagas. Haré lo que me pidas, pero no le hagas daño —suplico.

—Admito que me encanta tu propuesta, pero esto es mucho más valioso que tú, mil veces más. Tendrás que portarte muy bien para que lo considere. —Pasa la lengua por sus labios.

—Haré lo que quieras, te lo juro. Pero no lo metas en esto.

—Ya veremos. Lávate la cara, que nos vamos.

Se marcha de nuevo y lloro desesperadamente. Debo impedir como sea que les haga daño. No me importan las consecuencias.

Camino hacia el baño y me lavo con cuidado la boca. Hay demasiada sangre y, cuando alzo la mirada para mirarme en el espejo, me doy cuenta de lo hinchado que tengo el rostro. Abro la boca y veo una herida interna. Debo de haberme cortado la mejilla con mis propios dientes. Mientras me aplico un poco de frío, pienso en cómo voy a disimular esto. Hasta ahora no me había golpeado así.

Al salir del edificio, nos encontramos con que toda la calle está llena de *paparazzi*. Alguien debe de haber corrido la voz de que estamos aquí y han venido a tratar de sacarme información.

—Vanessa, ¿es cierto que desde que terminaste con Giovanni estás pasando por una depresión?

No contesto y me tapo la cara. Nadie debe ver el golpe.

—¿Cómo te estás tomando el hecho de que te haya abandonado por otra?

—¿Estás siguiendo alguna dieta?

Son tantos los que me hablan a la vez que me agobio y el mareo vuelve. Los *flashes* hacen que pierda el equilibrio y, sin saber muy bien cómo, acabo en el suelo. Alguien me levanta sin mucho cuidado y me ayuda a entrar en el coche.

—Lamentable, el espectáculo —oigo hablar a Darío—. En mi vida he pasado tanta vergüenza.

A medida que pasan los minutos, poco a poco me voy recuperando. Mi teléfono comienza a sonar y lo saco como puedo.

—¿Sí? —pregunto todavía desorientada.

—Vanessa, ¿estás bien? —Es la voz de Giovanni, que me llama desde otro número.

—Eh... sí —digo extrañada de que haya roto su promesa.

—*Madonna Santa!*, he visto cómo te caías y el golpe que tienes en la cara. ¿Qué te ha ocurrido?

—¿Cómo lo sabes? —No entiendo nada. ¿Acaso estaba allí?

—Una de las cadenas de televisión estaba emitiendo en directo y, de casualidad, lo he visto.

Darío me sacude en un hombro y hace un gesto para que corte la llamada.

—Estoy bien. Gracias por preocuparte, que tengas buen día. —Cuelgo.

Al momento es Andy quien llama y me pregunta lo mismo.

—Tranquilo, estoy bien. Sólo me he tropezado —miento—; en unos minutos estaré en casa.

—Me alegra saberlo, porque vamos a tener una pequeña conversación tú y yo. No tardes. —En esta ocasión me cuelga él.

—Cuidadito con lo que cuentas. —Ha oído lo que me ha dicho—. Recuerda que ahora tengo también agarrado por los huevos a tu querido italiano.

Lo ignoro y, cuando llegamos, salgo del vehículo sin despedirme y cierro de un fuerte portazo.

Andy está esperándome y, cuando entro en la casa, tiene los brazos cruzados a la altura del pecho. Siempre que adopta esa postura, luego viene una charla. Aguanto el chaparrón como puedo, dándole la razón en todo, y, cuando me canso, lo dejo con la palabra en la boca y me encierro en mi dormitorio.

—Esto no va a quedar así, señorita. Buscaré ayuda donde sea, pero no puedes continuar de esta forma. —Es lo más parecido a una madre que conozco.

Nada más echarme sobre la cama, debo levantarme de nuevo porque mi teléfono me anuncia una nueva notificación y lo acababa de conectar a la corriente.

Cariño, estoy viendo en todas partes lo que te ha pasado hoy. ¿Estás bien? ¿Puedo llamarte?

Mi hermana parece angustiada.

No te preocupes, sólo ha sido un tropezón... Estoy bien. En cuanto tenga un rato, te llamaré yo.



No quiero hablar con nadie y suelto la primera excusa que se me cruza por la cabeza. Vuelvo a tumbarme y me arropo hasta la cabeza. Mañana Darío saldrá de viaje y por fin tendré un día libre, que, por supuesto, emplearé en dormir. Es la única forma en la que mi mente descansa.

A la mañana siguiente me despierta el timbre y protesto. Cada vez que me desvelo, me cuesta mucho volver a conciliar el sueño. Cierro los ojos forzándome a dormir y finalmente lo consigo. No sé cuánto tiempo pasa cuando una puerta cerrándose me sobresalta; alzo la cabeza..., juraría que ha sido Andy. Oigo a alguien hablar, pero el cansancio me puede y caigo en un profundo sueño. Estoy realmente agotada.

Cuando todo mi cuerpo me duele de estar en la cama, decido levantarme. *Copo* no está en el cuarto y deduzco que, quien ha cerrado la puerta hace rato, ha sido Andy. Ha debido de sacarlo para que comiera.

Desconecto el teléfono del cargador para llevármelo, salgo de la habitación y, como imaginaba, encuentro a mi gato en la cocina. Compruebo que Andy no está en la casa y veo dos tazas de café sobre la mesa. Alguien debe de haber venido a visitarlo. Tomo un poco de agua fresca y voy hasta el salón, me acomodo en el sillón y miro durante varios minutos mi teléfono mientras pienso en una solución para evitar que Darío lleve a cabo su amenaza. *Copo* sube de un salto a mi regazo y tiro mi móvil a un lado para acariciarlo; parece mucho más animado que de costumbre. Se tumba, se restriega y ronronea mientras juega a clavarme sus afiladas uñitas. Sin duda éste es el mejor rato que he pasado en muchos días. En uno de sus movimientos, pisa con una de sus patas la pantalla del teléfono y éste comienza a grabar.

—Mira lo que has hecho —lo riño mientras pauso el vídeo.

Cuando voy a soltarlo para poder seguir jugando, una idea cristaliza en mi mente.

## Capítulo 56

El resto del día lo paso planificando. Tengo que hacer lo mismo que Giovanni hizo con Raquel, bendita carta y la idea que me ha dado con ella. Debo conseguir todas las grabaciones de vídeo y audios posibles cada vez que esté con Darío; cuantas más pruebas consiga, mejor. Si él hunde a mis amigos, yo lo hundiré a él. Jugaremos a lo mismo. Sé que es peligroso, pero me da igual... Prefiero morir mil veces que seguir viviendo así. Creo un acceso directo de la cámara y la grabadora del móvil para que, cuando llegue el momento, sólo tenga que pulsar un botón. Aparte de eso, compro por Internet dos grabadoras más; una es para el coche y otra la esconderé en la habitación de su casa. Habrá momentos en los que no pueda hacerlo desde el teléfono.

Esa misma tarde Darío me llama para decirme que ya ha llegado y que me prepare por la mañana porque quiere verme en la mansión. Cada vez que me cita allí, mis pelos se ponen de punta. Sé perfectamente por qué razón.

Apenas puedo dormir esa noche por lo nerviosa que estoy; hacía meses que no me sentía tan viva. Saber que puedo arruinarle su jodida vida me da la fuerza que necesito para continuar.

A las diez en punto ya está su coche esperándome en la puerta y, casi media hora después, llegamos a la mansión. No pierde el tiempo y, cuando entro en la habitación, ya está desnudo. Reprimo una arcada, abro el bolso disimulando sacar un pañuelo y pulso el botón que tenía preparado para dar comienzo a la grabación. En esta ocasión sólo se registrará el audio, pero servirá. Más adelante me las ingeniaré para que también aparezcan imágenes.

Durante los siguientes días es más de lo mismo. Sabiendo lo que estoy haciendo, le hago hablar y, en tan sólo cuatro días, consigo todo lo que

necesito. En varias de las grabaciones han quedado reflejadas sus amenazas y coacciones, y, por fin, colocando la cámara de una manera estratégica, he conseguido las imágenes que tanto buscaba, en las que me agrede y me fuerza. Ahora sólo me falta pagarle con la misma moneda y hoy es el día. No sé cómo reaccionará cuando lo haga, pero no me queda más remedio que intentarlo. Debo impedir que la carta de Giovanni y las fotos de Andy salgan a la luz, porque jamás me lo perdonaría. Todo esto ha sido por mi culpa, nunca debí firmar ese maldito contrato.

A escondidas de mi amigo, preparo una caja con varias notas y guardo las pruebas que he recopilado en ella; quiero dejarlo todo bien atado por si me ocurriese algo, para que Darío de ninguna forma salga impune. La empujo debajo de la cama y me marcho.

Como cada día, el coche que envía Darío toca el claxon en mi puerta. Cuando llegamos a la mansión, me tiemblan las piernas. No sé cómo voy a empezar, pero lo que sí tengo claro es que de hoy no pasa. Subo a la habitación y allí está, esperándome con su mirada obscena. Me detengo en la puerta y me mira extrañado.

—¿A qué esperas? —El miedo me paraliza. Quizá tendría que haber traído algo para defenderme en caso de que se ponga realmente agresivo—. ¡Entra, joder! No tengo todo el día. —Comienza a quitarse la ropa y permanezco inmóvil—. ¿Quieres jugar? —Levanta una ceja.

—No. No quiero jugar.

—¡Vamos! —grita, y me asusta—. Si tengo que ir yo a por ti, será peor.

—No vas a tocarme más. —La frase me sale sola y comienza a carcajearse.

—¿Ya no te importan tus amigos? —Viene hacia mí en ropa interior—. Sólo tengo que hacer una llamada y...

—¡Y yo otra! —Me alejo—. Si me tocas, te denunciaré.

—Nadie va a creerte y, para cuando se celebre el juicio, el fotógrafo y tu amigo el marica estarán barriendo calles.

—Pero no estarán en la cárcel como tú. —Al verme tan segura, arruga la

frente. Sabe que estoy hablando en serio—. He grabado durante días todo lo que me has hecho... y, si les haces algo, destrozaré tu carrera y acabarás preso.

—¿Que has hecho qué?

Con rapidez, saco una de las grabadoras del bolso y presiono el botón. Comienza a sonar uno de los audios y en él puede oírse cómo me amenaza y cuenta sus intenciones si no hago lo que me pide.

—Y esto es sólo una copia. —Repito las mismas palabras que él usó conmigo mientras rompía las fotos de Andy—. Puedes quedártelo. —Se lo lanzo y golpea en su pecho.

—Hija de puta. —Su cara cada vez está más roja y la vena de su cuello, más hinchada—. ¡No sabes lo que has hecho! —Corre hacia mí y huyo—. ¡¡¡Zorra!!!

Va tan rápido que pronto consigue alcanzarme, me agarra del pelo y golpea mi frente varias veces contra la barandilla de la escalera. Pido ayuda, pero como siempre en esta casa es inútil y nadie acude a auxiliarme. Sin soltar mi melena, me gira y empuja hasta la habitación. Cierra con llave y se queda conmigo dentro.

—No quería llegar a esto, ¿sabes? —Coge su teléfono—. Pero tú me has obligado. —Hace una llamada y le suplico que pare.

—No, por favor. —Lloro—. ¡No lo hagas! ¡Perdóname! —Me acerco a él y, de una patada, me aparta.

—Carlos, envía la foto de la modelo a la prensa —le dice a alguien que no conozco—. Sí, la que le compré a su compañera. Que todo el mundo la vea. —No sé a qué foto se refiere—. ¡Húndela! Que aparezca en todas las cadenas. Yo ya no la represento. —Cuelga y me mira con odio. Abre el cajón de su mesilla de noche y saca el mando a distancia de la gran televisión plana que tiene colgada en la pared—. Ahora vas a sentir en carne propia lo que van a vivir tus amigos en los próximos días.

Sigo sin saber a qué se refiere. Pasa de un canal a otro durante al menos

veinte minutos y por fin se detiene en uno.

«Acaba de llegarnos una noticia de última hora. —La presentadora anuncia algo—. La modelo y actriz albina Vanessa Rodríguez ha sido fotografiada en unas condiciones deplorables. —Miro con atención—. Hace meses que venimos sospechando que Vanessa no está pasando por su mejor momento, y sin duda esta imagen lo confirma.»

De pronto, en la pantalla, aparece una fotografía mía que llevo mucho tiempo intentando olvidar.

—No...

Me pongo una mano sobre la boca para silenciar mi llanto y cierro los ojos con fuerza. Todos los fantasmas del pasado acaban de volver a mi cabeza. Es la fotografía que me hicieron, drogada, en la biblioteca.

—Tu querida amiga Tamara vino a buscarme hace meses e hicimos un trato. Yo le compraba esa imagen y ella guardaba silencio. No podía permitir que mi mejor fuente de ingresos saliera perjudicada, pero, aun así, en vez de destruirla, la guardé. Sabía que en algún momento me haría falta. —Ríe—. Había pensado usarla para destruirte cuando me cansara de ti. No creerías que iba a dejar que te fueras tan fácilmente para que otro se aprovechara de mi trabajo, ¿verdad? Recuerda que, gracias a mí, has llegado a lo más alto..., pero has resultado ser una idiota y por tu culpa he tenido que adelantar este momento.

—¡Muérete! —Me ahogo con mis propias lágrimas—. ¡¡¡Me das asco!!!

Acaba de terminar de destrozarme la vida. Todo el mundo estará viendo esa imagen en este instante y volverán a reírse de mí, pero ahora a una escala mucho mayor. No voy a poder soportarlo.

—¿Te siguen quedando ganas de mostrarle esos audios y esos vídeos a alguien? ¿De verdad quieres que tus amigos pasen por esto? —Ríe—. Ya has visto lo fácil que ha sido. Una llamada y ¡bang!

—¡Eres un enfermo! ¡Un maldito psicópata! —Me ignora mientras cambia de canal y la misma noticia aparece ya en todas las cadenas—. Dios mío, no

puedo más. —Me abrazo a mí misma y comienzo a balancearme—. No puedo más, no puedo más... —Entro en un bucle del que no puedo salir y mi cabeza, por momentos, parece ida.

—Pues vas a tener que poder, zorruta. —Se acerca a mí y tira de mi pelo para que lo mire—. Porque, si haces alguna gilipollez, me encargaré de que ellos la paguen. Me suelta y camina hacia mi bolso, saca mi teléfono y se dirige a mí de nuevo—. ¿Cuál es la contraseña?

—No pienso decírtela.

—¡¡¡Dame la puta contraseña!!! —Me golpea la cara con una mano y sigo negándosela—. Tienes tres minutos o ya sabes lo que haré. —Sé que habla en serio y no me queda más remedio que ceder. Desbloquea la pantalla y busca algo—. Aquí está —dice cuando lo encuentra—. Vas a hablar con tu amigo el maricón y le vas a decir que estarás unos días fuera de casa. Cualquier paso en falso y será responsabilidad tuya.

Presiona el botón y pone el móvil en mi oído.

—Hola, cielo, ¿qué tal todo? —Andy no tarda en descolgar—. Te he llamado como quinientas veces.

—Hola; bien, Andy. No me he enterado, tengo el teléfono en silencio. —Trago saliva para disimular mi voz llorosa—. Escucha, voy a salir unos días, tenemos que grabar una campaña lejos de aquí y nos alojaremos fuera.

—¿En serio? —Se queda callado.

—Sí.

—¿Y de verdad tiene que ser hoy? —insiste.

—Sí, lo siento.

—Mierda... —susurra—, había hecho planes.

—No te preocupes, los llevaremos a cabo en otro momento.

Varias lágrimas corren por mis mejillas.

—¿Realmente no hay forma de que lo anules? Al menos hasta mañana.

Me extraña su insistencia, nunca me ha pedido algo así.

—Me temo que no. Lo siento.

—Mierda —lo oigo decir otra vez—. ¿A qué hora sales?

—Nos vamos ya.

—¡Joder qué prisas!

—Ya, esto es así. —Darío me hace un gesto para que termine la conversación—. Bueno, tengo que dejarte. Hablamos cuando regrese.

—¿Cómo que cuando regreses? ¿Vas a tenerme días sin noticias? —oigo que me dice antes de que ese malnacido retire el aparato de mi oreja y cuelgue.

—Como comprenderás, no puedo dejar que vuelvas a casa hasta que estas lesiones se curen. —Pasa sus dedos por mi cara y me aparto con asco—. Espero que no me provoques más, o tendrás que alargar tu estancia fuera para curar otras.

## Capítulo 57

Hace horas que Darío se ha ido de la habitación, dejándome encerrada en ella con la televisión conectada, imagino que para torturarme con la noticia de mi fotografía. Se ha llevado el mando a distancia, mi teléfono y el teléfono fijo que había en la mesilla de noche. No se fía de mí, aunque sabe que me tiene sometida por completo. Me siento sobre la cama y espero; sé que no me dejará salir de aquí hasta que, como él ha dicho, desaparezcan mis golpes y moratones.

Los colaboradores del programa que está sintonizado no paran de hablar de mí y es demasiada la impotencia que siento al oír cómo conjeturan y sacan conclusiones equivocadas o directamente inventan. Unos dicen que he acabado así porque no he soportado mi ruptura con Giovanni; otros aseguran que se me ha subido el éxito a la cabeza. Hablan del abandono de mi madre sin importarles cuánto daño me estén haciendo. Aseguran que no sé lidiar con mis problemas y enumeran mis cambios de universidades... y lo peor de todo es que están acosando a mi abuelo para que hable.

«¿Es verdad que Vanessa estuvo presente en la muerte de su hermano?»

La rabia me domina al oír cómo le plantean esa pregunta a mi abuelo y ya no aguanto más. Agarro una de las sillas de madera, la alzo y, cuando voy a golpear con ella la pantalla, cortan la transmisión en directo y la periodista que está en el plató dice algo que llama mi atención.

«Señoras y señores, nos vemos obligados a pedir disculpas, pues acabamos de descubrir que hemos sido víctimas de lo que parece un engaño. —Mi fotografía aparece proyectada a su derecha, marcada con una cruz roja—. Hace tan sólo unos minutos, les mostrábamos aquí, en esta cadena, una imagen



de la modelo albina, Vanessa Rodríguez, en un estado lamentable, que, según acaban de confirmarnos nuestras fuentes oficiales, podría ser falsa. —Bajo la silla y escucho con atención—. La exclusiva con la que abríamos este programa ha resultado ser una estrategia de marketing llevada a cabo por el famoso fotógrafo Jonathan Giovanni.»

—¿Qué? —No entiendo nada. ¿Giovanni ha sido quien ha hecho pública esa imagen? ¿Pero si he sido testigo de cómo Darío ordenaba que la enviaran a los medios y él mismo me ha contado cómo la consiguió? Sigo escuchando lo que dicen, completamente desconcertada.

En la pantalla aparecen ahora las redes sociales de Giovanni, donde se puede ver que acaba de publicar la misma foto que anunciaron antes en el programa, pero retocada a tal punto que más bien parece un anuncio.

—¿Qué está pasando? —pregunto en voz alta.

«¿Se trata de la mejor campaña de concienciación creada hasta ahora? —La presentadora parece tan asombrada como yo—. Con toda seguridad podemos afirmar que sí. Juzguen ustedes mismos.»

Amplían la imagen y puedo ver el texto adjunto de Giovanni.

¡Hola, amigos! Ahora que he conseguido captar la atención de medio mundo, os muestro la campaña completa. La preciosa modelo albina Vanessa Rodríguez, desde hace varias semanas, ha venido prestando su imagen para realizar este experimento.

Creemos que es importante que nuestros jóvenes sepan que las drogas no son un juego y hemos decidido mostrarles, a través de esta foto, algunas de sus consecuencias. Si no quieres ser el protagonista de una situación como ésta... ¡DI NO ALAS DROGAS!

—¡Dios mío! —Comienzo a llorar, agradecida. Acabo de entender lo que ha hecho. Me está protegiendo haciéndoles creer que incluso la imagen demacrada que han visto en mí estos días ha sido ideada para esto. Los ha convencido a todos de que sólo es una campaña—. Dios mío, Dios mío... —Me cubro la boca—. Me ha salvado. Ha cambiado totalmente la imagen que estaban creando de mí. Aun cuando me he portado tan mal con él, sigue demostrándome que está ahí.

«Estamos seguros de que tanto Jonathan Giovanni como Vanessa Rodríguez —continúa diciendo la chica— conseguirán concienciar a muchos jóvenes con este proyecto... pues, como ya sabemos, las drogas arruinan las vidas de quienes las toman. Volvemos a disculparnos y, lejos de lo que pueda parecer, agradecemos que nos hayan utilizado para darle salida a una campaña tan innovadora e impactante como ésta. Les deseo una feliz semana. Ya saben, digan no a las drogas.»

—En cuanto todo esto acabe, tengo que hablar con él —digo, sintiendo unas inmensas ganas de verlo.

La puerta se abre en ese instante, chocando contra la pared, y me asusta.

—He cambiado de opinión. —Darío entra acompañado de otro hombre—. Toma. —Me entrega un bolígrafo y una libreta. Cuando lo tengo en las manos, lo miro extrañada—. Escribe lo que te voy a dictar. —No entiendo nada, pero, aun así, me coloco para hacerlo—. Andy, gracias por todo lo que has hecho por mí, pero he llegado a mi límite.

—¿Qué? ¿Por qué quieres que escriba esto?

—¡¡¡Escríbelo!!! —grita, asustándome, y sin pensarlo demasiado hago lo que me ordena—. Añade palabras cursivas, un «te quiero» o algo así.

—Pero...

Estoy realmente preocupada. No me gusta nada.

—¡¡¡Hazlo!!! —Obedezco—. Ahora firma. —Cuando acabo, me quita la libreta y revisa el texto—. Perfecto. —La pone sobre la mesita—. Esos días que le has anunciado a tu amigo que vas a estar «fuera» —hace una especie de comillas con los dedos en la última palabra— servirán para que podamos prepararlo todo.

—¿El qué? ¿Qué hay que preparar? —pregunto confundida.

—¿De verdad creías que, sabiendo lo que sabes y habiendo hecho lo que has hecho, iba a dejar que te fueras? —Se carcajea.

—¿Qué? —Me aparto de ellos. Mi instinto me dice que estoy en verdadero peligro. En este momento todas las pruebas que tenía no servían de nada, y

ellos lo sabían.

—Vamos a hacerte un favor. —Ríe—. Entendemos que esto no es vida para ti.

—¡No! —Vienen hacia mí y trato de escapar de ellos.

—Cuanto más lo alargues, peor será para ti.

Se sitúan cada uno a un lado de la estancia.

—¡Dejadme! —Les tiro objetos, pero se echan sobre mí y me atrapan—. ¡Soltadme! —Forcejeo—. ¡¡¡Soltadme!!! —Pataleo y me agarran por las piernas—. ¡¡¡Dejadme!!! ¡¡¡Ayuda!!! —Los muerdo y les clavo las uñas varias veces en sus cuerpos—. ¡¡¡Socorroooo!!! —grito mucho más fuerte.

Tiran de mí y me llevan hacia otra escalera; aunque me niego a subir, a empujones y golpes me obligan.

—¡A la terraza! —vocifera Darío, y tengo claro lo que pretenden—. Vas a aprender a volar, querida —se carcajean y, aprovechando el momento, de un fuerte tirón logro liberarme.

Corro con todas mis fuerzas, consciente de que vienen detrás de mí; bajo los escalones de dos en dos, ayudándome de la barandilla para no caerme y, aunque percibo que están cerca, no me rindo. Me duelen las piernas y el pecho me arde, pero mantengo la intensidad. Con que pierda tan sólo un segundo, me darán caza. Llego hasta el siguiente tramo de escalones y lo bajo de la misma forma; tras un golpe, los oigo quejarse y, por una milésima de segundo, giro el rostro para descubrir que se han caído, dándome con ello ventaja. Giro en el pasillo y busco un lugar donde esconderme.

Entro en la primera habitación que encuentro, atranco la puerta y rezo para que haya un teléfono dentro. Aunque consiguiera salir de la mansión, no serviría de nada, tendría que cruzar el enorme jardín y me atraparían antes de lograrlo.

Cuando me doy la vuelta para buscarlo, alguien habla.

—Hola. —Apago un grito—. ¿Qué haces aquí? —El chico que creía amigo de Andy está frente a mí, sonriendo.

—Por favor... —Mis ojos se encharcan—. Por favor, ayúdame. —Suplico su protección, aunque sé que está de su parte—. Quieren matarme, no permitas eso.

—¿Qué? —Se pone ambas manos sobre la boca—. No me creo eso.

—De verdad. —Lloro—. Quieren tirarme por la terraza. No dejes que lo hagan, serías igual de responsable, su cómplice.

—¿Hablas en serio?

—¡Te lo juro!

No sé qué más decirle para que me crea. Me dejo caer de rodillas y, ahora sí, noto mi cansancio. Respiro sofocada y lo miro buscando en sus ojos algo que me dé confianza.

—Vale, no te muevas de aquí. Déjame ver.

—Gracias, gracias...

Sigo llorando y me levanto para ir a la parte de atrás de la estancia. Me apoyo en un rincón y espero.

Se acerca a la puerta, la abre, mira a ambos lados del pasillo y sé en el momento exacto en el que los divisa.

—¡Darío! ¡Alfonso! —los llama—. ¡Está aquí!

—¡¡¡No!!! —Mi corazón prácticamente se detiene—. ¡Hijo de puta!

Lloro desconsolada y me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo, cubriéndome con ambas manos la cabeza. No puedo luchar más, estoy acabada. Que hagan conmigo lo que quieran.

Aunque no los veo, sé que han entrado en la estancia por el ruido que hacen sus zapatos. Me sujetan por los brazos y me levantan. Me niego a caminar y tienen que arrastrarme para sacarme de aquí.

—¡Vamos! —Tiran de mí para que me ponga en pie y, al ver que no lo hago, uno de ellos, no sé cuál, estampa su puño contra mi cara. Me da igual cuántas veces me golpeen, no pienso colaborar en mi muerte.

Mis rodillas arrastran por el suelo continuamente y comienzan a dolerme por la fricción. Van más rápido de lo que suponía. En un momento de lucidez,

me resisto. Si lo van a hacer, que al menos les cueste. Forcejeo y les hago frenar varias veces hasta el punto de cabrearlos mucho más.

—¡Maldita sea! Coge ese jarrón y estámpaselo en la cabeza; como caerá desde arriba, creerán que ha sido por el impacto.

—¡Desgraciados!

Lanzo una patada y logro alcanzar a Darío en la boca.

—¡¡¡Putas!!!

Me agarra del cuello y lo aprieta con tanta fuerza que me corta la respiración. Con la angustia del ahogo, pataleo nerviosa, pero a mis músculos ya no les llega oxígeno y comienzan a desfallecer.

—Cuidado, en la autopsia pueden darse cuenta de que ha muerto estrangulada —le dice el otro; habla como si no fuera la primera vez que han hecho algo así, pero Darío está tan centrado en mí, tan obcecado, que no se detiene—. Para ya o nos descubrirán... —Oigo sus palabras como si estuvieran dentro de una botella y todo comienza a volverse negro.

De pronto y sin saber por qué, deja de apretar y, por instinto, aspiro una gran bocanada de aire. Aturdida, permanezco en el suelo, incapaz de ponerme en pie y, aunque quiero correr, no puedo moverme. Oigo ruidos que no distingo y, mientras toso, comienzo a recuperar la vista. Uno de ellos cae desplomado a mi lado y lo miro sin entender nada. Mientras el otro se aparta con gran rapidez, una voz conocida me llama.

—¡Vanessa! —Me giro para buscarlo y mis ojos se abren como platos. Giovanni está sobre Darío, inmovilizándolo; con una de sus rodillas presiona su nuca—. ¡¡Corre!! —Su cara está completamente roja por el esfuerzo y temo que no pueda hacerse con él—. ¿A qué esperas?

—¿Qué... qué haces aquí? —La confusión me paraliza.

—Rellenar *ravioli*, ¿tú qué crees? —Presiona más fuerte a Darío para que desista, pero eso sólo lo enfurece más—. ¡Vete! —El que estaba inconsciente en el suelo comienza a emitir sonidos y parece estar despertando—. ¡¡Vamos, joder!! —grita al ver que no me muevo.

Quisiera huir, pero no puedo dejarlo ahí. Los dos son demasiado para él y podrían hacerle daño.

—¿Dónde está? —Andy aparece tras la puerta, hiperventilando.

—¡Andy!

Estiro una mano y, cuando me ve, viene corriendo a ayudarme. Mi cuerpo está tan dolorido que no puedo levantarme sola.

—Vane, mi Vane. ¿Qué te han hecho? —Con su ayuda, logro ponerme en pie. Me abraza y llora—. Vámonos de aquí, cariño. El coche está fuera. ¿Puedes andar?

Asiento poco segura, pero, tras dar los primeros pasos, compruebo que sí puedo.

—¡Cuidado! —El que acaba de despertar roza mi tobillo, pero no consigue atraparme. Giovanni nos ha avisado a tiempo y hemos logrado esquivarlo.

—Mamón. —Andy se acerca a él y patea su cabeza como si fuera un balón de fútbol, dejándolo inconsciente de nuevo.

—¡Sácala de aquí!

Varias gotas de sudor corren por la frente de Giovanni y noto que cada vez le cuesta más sujetar a Darío.

—Vamos, cielo. Debemos ponerte a salvo.

Cuando estamos a punto de cruzar la puerta, veo asomar el cañón de una pistola.

—¿A dónde vais con tanta prisa? —El «amigo» de Andy nos apunta con ella.

—¡¡¡Aaah!!! ¿Qué haces? —le grita mi amigo—. ¡Idiota! A mí no me acerques eso.

Él todavía no sabe que lo ha traicionado.

—¡Entrad! —Nos obliga a retroceder—. Tú, suelta a Darío.

Coloca el arma en mi sien para presionar a Giovanni, y Andy se pone tan nervioso que, de un manotazo, golpea la pistola y el «amigo» la deja caer al

suelo. El chico y yo nos miramos por una décima de segundo y, como si supiéramos las intenciones del otro, nos lanzamos a la vez a por ella.

—¡Vanessa! —oigo a Giovanni gritarme preocupado—. ¡Cuidado, Vanessa!

Tras varios angustiosos segundos luchando por ella, no sé cómo, acaba en mis manos.

Cuando me giro, el chico se aparta de mí como si se quemara y se marcha corriendo de la estancia. Andy me ayuda a ponerme en pie y, con una extraña calma, observo la brillante arma en mis manos.

—Suéltalo —le digo a Giovanni, pero me ignora.

—Vanessa, vete con Andy al coche.

Darío ha dejado de defenderse y eso me extraña. Intuyo que me tiene miedo.

—Cari, vámonos.

Andy intenta convencerme, pero no le hago caso. Me acerco a Darío, giro la cabeza y lo miro.

—Vanessa, cielo... Dame el arma. —Alzo las manos y encañono a Darío con ella—. *Ragazza* —Lo suelta, se aparta de él y se dirige hacia mí—. Dame el arma, por favor.

Darío, lejos de intentar escapar, permanece inmóvil y ni siquiera pestañea.

Inspiro profundamente y siento un extraño placer. Sólo tengo que apretar el gatillo y mi pesadilla habrá terminado. Me acerco más a él, giro la cabeza hacia otro lado y, con mi dedo índice, acaricio el gatillo. Realmente quiero hacerlo.

—No arruines nuestra vida juntos por alguien como él. —Giovanni me habla cerca del oído.

—No sabes las cosas que me ha hecho. —Mis ojos se empañan—. No te haces ni una idea.

—Créeme que sí, *ragazza*. Si por mí fuera, lo mataría con mis propias manos. Tu caja ya está en manos de la policía.

Mis ojos se abren y reacciono con su frase.

—Mi caja... ¿Cómo la habéis encontrado?

—*Copo* no quería salir de debajo de tu cama. —Es Andy quien me lo explica—. Giovanni tuvo que ayudarme a sacarlo y por eso la encontramos... Baja el arma, cari, no hagas ninguna locura.

—¿Qué hacía Giovanni en nuestra casa? ¿Qué hace aquí?

Mis manos tiemblan mientras sigo apuntando a Darío.

—Vanessa... —Darío intenta hablar.

—¡Cállate! —Alzo más la pistola y apunto a su cabeza.

—Llegué anteayer —prosigue Giovanni—, sólo que tú no lo sabías. Incluso estuve contigo en la habitación mientras dormías.

Recuerdo que el sonido de la puerta me despertó y, cuando me levanté, había dos tazas de café en la mesa de la cocina, pero en todo momento pensé que alguien había visitado a Andy.

—Sí, y hoy íbamos a hacerte una encerrona para hablar contigo. No puedes seguir así —dice mi amigo—. Llevamos varios días en contacto. Lo llamé porque estaba muy preocupado por ti.

—Eso, junto a la intranquilidad que me dejaron tus mensajes, fueron el detonante de mi regreso. Sabía que estabas mal y por eso vine a buscarte.

—¡Toda la culpa es de él! —grito, y los nervios se apoderan de mí. Estoy muy cerca de disparar.

—*Ragazza*, si lo matas irás a la cárcel tú y no él. No le quites la vida, para que pueda pagar por lo que te ha hecho.

—Sólo me quedará tranquila sabiendo que nunca más podrá volver a tocarme. —Lloro y apunto a su entrepierna—. ¡Hijo de puta! —Se cubre con las manos.

—Dame el arma. —Giovanni pone su mano sobre mi brazo y la desliza despacio hasta la pistola—. Déjame hacerlo a mí.

Besa mi mejilla y cierro los ojos mientras se hace cargo del arma. En el momento en el que la tiene en sus manos, mi cuerpo entero comienza a temblar y me vengo abajo.



Oímos lo que parecen derrapes en el exterior y, al instante, entran varios policías armados.

—Ya estás a salvo, *amore mio*. —Me abraza y apoyo, derrotada, mi cabeza en su pecho—. Ya está, *ragazza...*, la pesadilla ha terminado.

Me rodea con sus brazos mientras lloro desconsoladamente; pasa una mano por debajo de mis rodillas, me alza en brazos y me saca de allí.

## Epílogo

### *Dos meses después*

—¿Estás lista?

Giovanni coge mis bolsas y, con una enorme sonrisa en los labios, me espera en la puerta.

Hoy por fin me dan el alta en el hospital. He pasado aquí varias semanas y ya tengo ganas de salir. Tras lo ocurrido en la mansión, sufrí un *shock* emocional que me dejó bastante afectada...; perdí el habla y la capacidad de tragar, pero ya estoy algo más recuperada. Todavía son muchos los momentos en los que mi mente se desconecta y mi vista queda fija en algún punto indeterminado, pero me han asegurado que, con tiempo, mucha ayuda y poniendo todo de mi parte, lograré recuperarme. De momento tengo que visitar al psicólogo una vez por semana y al nutricionista, dos. Parece que también arrastro desde hace tiempo algún tipo de anorexia nerviosa. La verdad es que estoy bastante obsesionada por intentar agradar a los demás con mi aspecto y, desde la universidad, he estado haciendo locuras con la comida.

Durante estos dos meses, Giovanni y Andy no se han apartado de mi lado ni un solo día y he tenido ocasión de hablar bastante con ellos. Apenas se refieren al tema de Darío y es algo que les agradezco como no imaginan. Aunque por mis vídeos descubrieron toda la verdad y la noticia se ha hecho viral, nos limitamos a escucharla nada más. Es algo de lo que sólo quiero hablar cuando sea estrictamente necesario. En cuanto acabe el juicio, me voy a esforzar en olvidar todo esto y trataré de empezar de nuevo.

Aparte de Darío, Tamara y todos los que trabajaban en la mansión también están imputados; unos, por estar implicados, y otros, por encubrimiento. Según

me ha contado Giovanni, él acudió a la fiesta de la mansión porque Darío lo manipuló mostrándole mi foto en la biblioteca. Le dijo que, si no se presentaba, la expondría... y, consciente de que en cualquier momento lo haría, ideó esa falsa campaña para contrarrestar el daño.

La hermana de Giovanni vino a visitarnos hace tres semanas al hospital y en ese momento supimos que ella también había sido víctima de Darío. Fue un gran palo para toda su familia enterarse de que ese desgraciado le había hecho pasar por lo mismo que a mí. Por suerte, se armó de valor y habló de ello cuando conoció mi caso y también lo ha denunciado. Todos se habían dado cuenta de que su carácter no había vuelto a ser el mismo desde que trabajó para él, pero nunca imaginaron cuál era la verdadera razón. Ojalá les caiga la máxima condena para que sirva de ejemplo.

Sé que superar esto me va a costar más de lo que creo, pero debo recuperarme por mí y por ellos. Sólo espero que estos bajones tan horribles y esas crisis de pánico que aparecen de la nada desaparezcan pronto para hacérmelo un poco más fácil. Al menos me consuela saber que Giovanni ya ha terminado con lo suyo; hace tres días dio por zanjado su tema legal con Raquel y ha quedado libre de todos los cargos. Ella, en cambio, tendrá que pagar una fuerte indemnización por daños y perjuicios, y la verdad es que me alegro. Se lo merece por querer lastimarlo de esa manera. Gracias a Dios que ni su carta ni las fotos de Andy salieron a la luz; si no, no sé qué hubiera pasado.

Las pesadillas son muchas todavía y pasará tiempo hasta que Giovanni y yo podamos alcanzar la normalidad y naturalidad que tuvimos al principio, pero es paciente y sé que lo entenderá. Además, no para de demostrarme cuánto me quiere y eso me da una gran seguridad...

## *Un año después*

*Copo* murió hace cuatros meses y no pasa un día sin que Giovanni y yo le pongamos flores, por supuesto siempre blancas. Nunca podré olvidar lo importante que ha sido en mi vida y no hay quien me quite de la cabeza que

aquel día se metió bajo la cama sabiendo lo que hacía. Nunca se había comportado así. Gracias a él aún sigo viva y estoy gozando de la oportunidad de saber qué se siente cuando por fin consigues ser feliz.

Decidimos enterrar su pequeño cuerpo en el jardín de nuestro nuevo hogar para tenerlo cerca. Giovanni, tras mucho insistir, finalmente me convenció para que entre los dos comprásemos el chalet que tanto me gustó el día que lo vi y, desde entonces, vivimos juntos. Ninguno ha pensado todavía en boda, y mucho menos en hijos, pero siento que todo eso no tardará en llegar.

Emocionalmente cada vez estoy mejor, aunque eso no quita que tenga que enfrentarme a problemas casi a diario. Mi madre, por ejemplo, sigue haciendo de las suyas y hasta intentó fingir su propio secuestro para estafarnos. Su fallo fue planearlo borracha en la bodega de mi hermana; ésta lo oyó desde la trastienda y, al reconocerla, me llamó para contármelo. Mónica y yo nos hemos vuelto inseparables y entre los tres están logrando llenarme el vacío familiar que he arrastrado toda mi vida. No puedo sentirme más completa. Su marido es un encanto y adoro a ese chiquitín de pelo blanco que me llama «tía» y no para de darme besos.

Sin duda mi vida ha dado un giro enorme en todo este tiempo; miro hacia atrás y no me reconozco. En mis años más cruciales e importantes, tuve que enfrentarme al abandono de mis padres y al duro rechazo de la gente. Mi pecado: nacer albina, algo sobre lo que no se puede elegir, aunque un gran puñado de ignorantes parece creer que sí.

\*\*\*

—¿Sigues nerviosa? —me pregunta Giovanni mientras conduce hasta el colegio donde daré mi primera charla.

—¡Mucho!

Abro la ventanilla para que entre un poco de aire fresco.

Me he apartado de todo lo que tenga que ver con las cámaras y he decidido

utilizar mi popularidad para sensibilizar a la gente sobre un tema tan delicado como es el *bullying*. Reconozco que, si aguanté tanto tiempo como modelo, fue porque en cierto modo me volví adicta a sentirme aceptada, y es algo que quiero evitar que otros hagan. Puede llegar a ser peligroso. Si consigo crear conciencia, aunque sólo sea en unos pocos, habrá merecido la pena.

—Te preocupas por nada, *ragazza*.

—Sufro de albinismo, ¿recuerdas?

Parece mentira que a estas alturas todavía no lo entienda. No sé cómo reaccionarán los chicos al verme y eso me aterra.

—Y yo de la afectación más extrema del daltonismo.

—¿Qué?

—Curioso, ¿verdad? Tú no tienes colores en la piel y yo no los veo.

—¿Qué?! —Lo miro con los ojos muy abiertos. No puede ser cierto. Nunca me había dicho nada.

—Sólo distingo el blanco y el negro. —Se encoge de hombros—. ¿Qué se siente al saber que eres la persona a la que más real he visto hasta ahora sin mis gafas especiales?

—¿Estás hablando en serio?

A mi cabeza vienen varios momentos en los que tuvo confusiones con los colores y, sobre todo, la imagen de las gafas oscuras de las que nunca se aparta. Ahora lo entiendo todo.

—Totalmente.

—¿Y cómo... cómo puedes haber llegado a ser un fotógrafo tan famoso con esa limitación?

No salgo de mi asombro.

—Porque las limitaciones sólo están en la mente, *ragazza*. Aunque también sufrí acoso por esa razón, nunca permití que otras personas condicionaran mi vida. Lejos de eso, les mostré que, incluso con una discapacidad visual, podía llegar más lejos que ellos sin que tuvieran ninguna.

—Cuánta razón tienes...

Apoyo la cabeza en el asiento y sonrío feliz. Si algún día se da, será un padre excelente.

Dos horas después, y tras pasar los nervios iniciales, ultimo mi discurso frente a una sala repleta de alumnos y padres.

—Si tienes gafas, te sobran kilos, sufres alguna discapacidad o simplemente eres diferente en algún aspecto, serás carne de cañón hasta que consigamos concienciar a las siguientes generaciones, pero, para eso, hay que empezar por educar a los padres. He sido testigo de cómo algunas personas, en presencia de sus hijos, han hablado mal de sus compañeros de clase, alimentando así el odio hacia ellos, sin darse cuenta de que es un arma de doble filo. Con esa actitud, pueden arruinar la vida de su pequeño e incluso la suya propia. ¿No es mejor invitarlo a dialogar, si tienen diferencias? Hay casos en los que no se podrá, pero, antes de usar la violencia física o verbal, hay otros medios mucho más efectivos.

»Conocí el caso de un profesor que riñó a un chico y, al día siguiente, el padre apareció en el colegio en busca del docente para gritarle y faltarle al respeto en presencia de su hijo y los demás alumnos. ¿Qué aprendieron esos niños? ¿Así es cómo les enseñamos a actuar en los desacuerdos? Padres, nunca permitáis que vuestros hijos se unan a un maltratador para no ser maltratados, estarán cayendo tan bajo como él y, además de convertirse en sus cómplices y seguidores, siempre serán unos cobardes. Como decía Pitágoras, educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres.

Todos aplauden efusivamente cuando termino y no puedo evitar emocionarme. Han entendido mi mensaje y me siento realizada. Éste es el principio para que, entre todos, consigamos que esto pare.

## Biografía

Elena García nació el 17 de mayo de 1979 en Toledo y creció en Navahermosa, donde actualmente reside junto a su esposo y sus dos hijos.

Aunque siempre destacó por su talento en la pintura, a la temprana edad de siete años ganó su primer concurso de relatos. Desde entonces creció su amor por las letras y aunque ha publicado artículos en diversas revistas, no fue hasta 2015 cuando decidió escribir su primera novela, *Dr. Engel*, que se convirtió en un éxito de ventas, llegando incluso a traducirse al inglés.

Posteriormente publicó *El tormento de Alex* (2016), y resultó ganadora en los premios Wattys 2016 (el concurso online más grande del mundo) con el galardón «Lecturas Voraces».

Su tercera novela, *La marca de Sara* (2017), está siguiendo los mismos pasos que las anteriores. En la actualidad está preparando nuevos proyectos, pues es su manera de abrir el corazón y se siente bien haciéndolo.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en

Facebook: [https:// www.facebook.com/elenagggg](https://www.facebook.com/elenagggg)

Instagram: <https://www.instagram.com/elenagggggg/>,  
<https://www.elegarciagonzalez.com/2018/02/escritora-de-exito-por-sorpresa.html>

*Absolutamente única*  
Elena García

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Elena García, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico: enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20231-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

